

Monetarismo y capitalismo periférico
en América Latina

Tesis doctoral
de la Universidad de San Gall (Suiza)
de Ciencias Económicas y Sociales

apta para otorgársele el grado de
Doctor en Ciencias Económicas

presentada por Jürgen Schuldt
ciudadano peruano

Aprobada tras propuesta del
profesor Dr. J. M. Baumer
y del Dr. U. Heierli

Tesis No. 837

Centro de Investigación de la
Universidad del Pacífico
Lima - Perú

La Universidad de San Gall de Ciencias Económicas y Sociales da, con la presente declaración, su asentimiento para que se publique la tesis aquí presentada, sin opinar, de parte propia, acerca del contenido ideológico que en ella se manifieste.

San Gall, 19 de abril de 1982.

**El Rector
Prof. Dr. A. Riklin**

Monetarismo y capitalismo periférico
en América Latina

Tesis doctoral
de la Universidad de San Gall (Suiza)
de Ciencias Económicas y Sociales

apta para otorgársele el grado de
Doctor en Ciencias Económicas

presentada por Jürgen Schuldt
ciudadano peruano

Aprobada tras propuesta del
profesor Dr. J. M. Baumer
y del Dr. U. Heierli

Tesis No. 837

Centro de Investigación de la
Universidad del Pacífico
Lima - Perú

INDICE

	Página
INTRODUCCION GENERAL	7
PARTE I: EL ENFOQUE TEORICO DEL MONETARIS- MO	13
1. El Neo-Monetarismo	19
2. El Neo-Positivismo	47
3. El Neo-Liberalismo	73
Fin de Etapa	89
PARTE II: LA PRAXIS Y RACIONALIDAD DEL MO- NETARISMO	93
1. Acumulación, Estado y Política Económica en Amé- rica Latina	97
2. Crisis de Coyuntura y Monetarismo	123
3. Crisis Estructural y Monetarismo	145
Proyección Adicional	201
CONCLUSIONES	207
BIBLIOGRAFIA	223

INTRODUCCION GENERAL

1.

La influencia de la escuela *monetarista* de economía crece día a día, invadiendo y monopolizando Facultades de Economía, promoviendo y dirigiendo la política económica de un número cada vez más grande y variado de países.

Parecería así que la "crisis" de la ciencia económica convencional, que —cuando menos desde fines de la década pasada— se expresa a través de una proliferación de los más variados enfoques de análisis económico, estuviera culminando por el reconocimiento cada vez más generalizado de las bondades del enfoque monetarista, que amenaza convertirse rápidamente en la nueva "ciencia normal"⁽¹⁾.

Esta tendencia es notable sobre todo en América Latina, continente sobre el cual centraremos y desde el cual postularemos nuestro análisis y crítica. Si bien el chileno es el caso más publicitado, son cada vez más numerosos los países cuyas Escuelas de Economía, Ministerios de Economía y Bancos Centrales son dirigidos por graduados de la escuela de economía de Chicago u otras universidades de línea similar.

Los eventos de Chile, luego del golpe a Salvador Allende, le dieron notoriedad mundial adicional al enfoque monetarista de política económica y a sus proponentes, los denominados Chicago Boys.

(*) En el sentido que le imprimiera Thomas Kuhn (1962) en su brillante y discutido ensayo sobre la estructura de las revoluciones científicas. Respecto a la crisis de la ciencia económica convencional puede consultarse los trabajos de Frey (1974) y Schuldt (1975), en los que se esbozan los enfoques alternativos contemporáneos (incluyendo amplia bibliografía).

Estos economistas chilenos, en su mayoría exalumnos del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, aplicaron al pie de la letra las lecciones impartidas por Milton Friedman, controvertido Premio Nobel de Economía, y otros eminentes profesores del mismo establecimiento (Hargerger, Sjaastad, etc.), quienes los ayudaron además, en forma directa, en la implementación de su programa de "normalización".

La crítica a tal política económica y al modelo de desarrollo "a la chilena", que en estos días ha cumplido ocho años de terca sobrevivencia, no se hizo esperar: científicos sociales de las más variadas ramas y tendencias criticaron contundentemente las *consecuencias sociales y políticas* a que estaba llevando el "experimento". Sin embargo, tal crítica se agotó a ese nivel (expresando además la indignación natural por el atropello de los derechos humanos elementales de la población chilena), más que cuestionando el contenido y papel del monetarismo en sí.

Por otra parte, a menudo se olvida que en otros países del subcontinente se viene aplicando el mismo "modelo" de análisis y política económica desde muchos años atrás, sin que ésto llame poderosamente la atención: Brasil (desde 1964), Argentina (1966-70 y sobre todo a partir de 1976) y Uruguay (de 1974 en adelante). Pronto seguirán nuevos experimentos. Y, poco a poco, estas economías se recuperan y permiten incrementar los niveles de ingreso per cápita, reducir la tasa de inflación, eliminar el problema de balanza de pagos, etc. Ante estas circunstancias la crítica que se centra en las consecuencias de la dirección económica monetarista queda desarmada y "rebatida". Como tal es, en consecuencia, superficial.

2.

De lo anterior que sea necesario ir más a fondo, objetivo central de esta tesis. La ruta que seguiremos será resumida a continuación.

En la Parte I se expone el *enfoque teórico* de los neo-monetaristas, su concepción de la ciencia, de la economía y de la sociedad.

Se parte en tal sentido de la idea que no se puede entender su enfoque económico (teoría y política económica), si no se esbozan paralelamente sus concepciones sobre el Estado y la sociedad, así como la Teoría de la Ciencia implícita a sus concepciones. En la medida en que ese enfoque tridimensional es interdependiente -reflejando su coherencia en abstracto- no se puede intentar su cuestionamiento sino tomando en cuenta cada uno de esos aspectos. Se pretende, por ello, sentar las bases para una crítica de sus elementos teóricos, metodológicos e ideológicos -abarcando la economía, la política y la sociología implícitas- de los representantes más conspicuos de la escuela neomonetarista de economía: el pensamiento de la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago.

En la Parte II se procede a desentrañar el papel que desempeña la praxis monetarista de "estabilización" en América Latina. Se distingue nítidamente las políticas monetaristas que se aplican en el período de sustitución de importaciones, de las que se llevan a cabo hoy en día ante nuevas tendencias de acumulación en el subcontinente; siendo temporales en el primer caso y relativamente permanentes en el segundo. En cada caso se busca detectar la racionalidad del monetarismo, explicitando los intereses económico-políticos a que sirve. Para cumplir con esta tarea fue necesario desarrollar todo un marco teórico para establecer la correlación existente entre la política económica y sus determinantes más profundas: las formas de acumulación y la dinámica socio-política (incluida la forma de Estado) del capitalismo periférico en América Latina.

En última instancia lo que se pretende mostrar es el carácter ideológico del enfoque neomonetarista, tanto a partir del estudio de sus bases teóricas, como de su aplicación a sociedades de nuestro subcontinente.

Finalmente, conviene señalar que toda crítica parte implícitamente de un enfoque alternativo; a la ciencia, a la economía o a la sociedad. Si bien este enfoque ve emergiendo paulatinamente, se encuentra implícito a lo largo de todo el trabajo. Sólo en los capítulos 2 y 3 de la Parte II se sientan sus bases centrales.

3.

De lo anterior se derivan las varias inquietudes concatenadas, de índole tanto personal como profesional, que nos llevaron a la elaboración de esta investigación.

En primer lugar, el sangriento golpe militar del 11 de setiembre de 1973 y su secuela de asesinatos, encarcelamientos y represión que acompañan a los totalitarismos y ante la que no podemos permanecer indiferentes. Era necesario profundizar en esta experiencia cuya explicación no podía bastarse en la idea de "un nuevo golpe militar irracional", tan común en América Latina.

Más próximo a nosotros, y ligado a lo anterior, se encontraba la preocupación de que miembros de la única ciencia social galardonada con el Premio Nobel colaboren con semejante proyecto (e incluso, jactándose de ello). El Plan Económico elaborado por un grupo de economistas (conocidos como "Chicago Boys"), que llevó a la represión económica —de peor efecto sobre la salud y la vida que la de tipo político—, refleja la alienación (de la que no podemos culparlos) de un selecto gremio de individuos (¡de buena voluntad!) que ensayan en su patria un recetario, sin percatarse de la ideología implícita a la que denominan economía "positiva".

En lo anterior se apoya nuestro interés por hacer un análisis de las principales características de la Escuela de Economía de Chicago y desentrañar sus debilidades más importantes, a partir de sus propias bases científicas. Hemos preferido esto en vez de concentrarnos en la más común y, a primera vista, más convincente tarea de criticar las consecuencias sociales y políticas de las medidas en cuestión. Aquella nos parece una labor de mayor alcance y perdurabilidad. En ese sentido, este trabajo pretende servir también de introducción al pensamiento "monetarista", que tantos critican y pocos conocen.

Inicialmente este trabajo fue concebido, también, para convencer a exalumnos de la Universidad de Chicago o de la Católica de Chile, de las limitaciones de su enfoque a la ciencia económica. Nos hemos convencido, sin embargo, que la evaluación que harán

de este trabajo merecerá calificativos como el de ingorancia, demagogia, histeria, incompetencia, por decir lo menos. Porque, nos dicen: “para conocer el monetarismo hay que vivirlo” y “para entender a Friedman hay que escucharlo”. Cabe indicar la paralela con el autoritarismo científico que caracteriza a todo pensamiento ortodoxo: el dogma derivado de los textos de sus respectivos “inspiradores” es incuestionable. Lamentablemente el dogmatismo y espíritu de clan de los monetaristas ha aumentado últimamente por las críticas a que han sido expuestos, como es común a cualquier grupo humano homogéneo que es avasallado desde fuera.

Finalmente, este trabajo nace de la conciencia de que el Perú se encuentra en esta década ante el inminente peligro de ser víctima de la aplicación de medidas de corte monetarista, por lo que el conocimiento de las bases en que se sustenta —si bien no consolará a quienes han de sufrir de sus consecuencias— podrá servir como un primer paso para su crítica y de incentivo a las jóvenes generaciones en la búsqueda de enfoques y políticas económicas y sociales alternativas.

Está demás decir que este trabajo es un tímido e incompleto inicio e introducción a un sofisticado y, en muchos casos, brillante intento (si bien en la dirección falsa) de hacer análisis económico. Partimos del supuesto que en la ciencia, como en la sociedad, no se puede progresar (y plantear alternativas) sin conocer a fondo y críticamente lo establecido y dominante.

4.

Quiero terminar esta breve introducción con mis agradecimientos.

En primer lugar, a mis profesores de la Universidad de San Gall, quienes me hicieron ver —con mayor claridad— que para entender el funcionamiento de una economía y para hacer análisis económico serio era menester estudiar sobre todo Filosofía de la Ciencia, Historia y Sociología, más que ciencia económica convencional

En segundo lugar, a la Fundación Ford, gracias a la cual pude permanecer durante dieciocho meses (con mi larga familia) en Suiza, para proseguir estudios de perfeccionamiento en economía.

Tercero: a la Universidad del Pacífico por el tiempo que me ha dejado para elaborar este trabajo, a mis colegas-profesores por sus consejos y a sus alumnos por haber soportado mi mal humor cuando se detenía el avance de la investigación.

Last but not least, merecen el mayor aprecio, la paciencia y el apoyo de mi mujer y la resignación de mis hijos, quienes tuvieron que dejar de jugar fútbol muchos fines de semana para que Papá pueda escribir estas líneas.

Lima, Setiembre de 1981

PARTE PRIMERA: LA TEORIA DEL MONETARISMO

INDICE	Página
Introducción	15
1. El Neo-Monetarismo	19
1.1. El Keynesianismo Tradicional	20
1.2. Los Neo-Monetaristas	22
1.2.1. Masa Monetaria, Precios e Ingreso	23
1.2.2. Críticas adicionales a los keynesianos ..	29
1.3. Evaluación crítica del monetarismo friedmaniano	32
1.3.1. ¿Revolución o diferenciación del pro- ducto?	33
1.3.2. Endogeneidad de la masa monetaria ...	37
1.3.3. Modelos, Econometría y Predicciones ..	41
2. El Neo-Positivismo	47
2.1. Teoría de la Ciencia y la Escuela de Chicago ...	48
2.1.1. Racionalismo Crítico	48
2.1.2. Instrumentalismo	53
2.1.3. Universalidad y Panaplicabilidad	56
2.2. Ciencia Social y Juicios de Valor	57
2.2.1. La objetividad de la ciencia económica	57
2.2.2. Ciencia económica y juicios de valor ...	58
2.3. La problemática de las revoluciones científicas .	61
2.3.1. La teoría de las revoluciones científicas	61
2.3.2. ¿Revolución o contrarevolución?	66
2.3.3. Grupos de poder y revoluciones cientí- ficas	68
3. El Neo-Liberalismo	73
3.1. Keynes	73
3.2. Reviviendo a Adam Smith	75
3.3. El desarrollo económico en la visión de Chicago	83
Fin de Etapa	89

INTRODUCCION

Es ya lugar común que el panorama de la ciencia económica contemporánea se presenta variado, complejo e incluso caótico por la coexistencia de las más variadas “escuelas” y “tendencias” alternativas a la *visión económica ortodoxa* (neoclásica/keynesiana). Por otro lado, de las discusiones que se están llevando a cabo —desde la década pasada fundamentalmente— entre los economistas ortodoxos podemos deducir que ese fenómeno se repite también *dentro* de la misma ciencia económica dominante.

Nos referimos básicamente a *dos grandes controversias* entre neoclásicos y neokeynesianos, cuya duración e intensidad se explican por los problemas que se encuentran tras la discusión aparentemente formalista y de aspectos técnicos ⁽¹⁾: crecimiento económico, validez de la ciencia económica, eficacia de las diversas medidas de política económica, etc. Y es más: tras todo ello se esconden posiciones distintas, visiones divergentes del funcionamiento de la economía, todo lo que no aparece explícitamente en las discusiones, pero que representa lo primordial de las mismas.

El primer grupo de discusiones tiene lugar entre neoclásicos de la universidad de MIT (Cambridge, EE.UU.) y post-keynesianos de la universidad de Cambridge (Cambridgeshire, GB): Samuelson, Solow, Levhari, etc. *versus* Joan Robinson, Pasinetti, Harcourt,

(1) La discusión gira en torno al “reswitching” y la reversión del capital, los indicadores de la política monetaria, el mecanismo de transmisión, el concepto de capital etc.

etc., respectivamente. La crítica de los últimos se dirige fundamentalmente contra la teoría neoclásica del capital y de la distribución funcional del Ingreso. De tener éxito los neoricardianos ello llevaría a una “revolución” científica, en el sentido de Kuhn (1962) o de Lakatos (1970)⁽²⁾.

Muy distinta es la situación en relación a la *segunda* gran controversia, que llevan a cabo neo-monetaristas (neoclásicos) y fiscalistas (post-keynesianos) sobre la teoría y política monetarias. La discusión no está localizada geográficamente en dos universidades, si bien a menudo se relacionan estas controversias con las universidades de Chicago y de Yale, respectivamente. De culminar con éxito la posición de los retadores (los neomonetaristas) se llevaría a cabo una contrarrevolución en la ciencia económica⁽³⁾. En este trabajo es únicamente esta controversia la que nos interesa, ya que tiene relevancia directa para el estudio de la política económica en América Latina.

Los más conocidos representantes del enfoque neomonetarista son Firedman, Brunner, Meltzer, Andersen, Jordan, Laidler, Walters.⁽⁴⁾

(2) La discusión más completa se llevó a cabo en 1966 (publicada por el *Quarterly Journal of Economics*, vol. 80, noviembre 1966; pp. 503–583). Los artículos más importantes fueron reimpresos en Harcourt y Laing (1971), Hunt y Schwartz (1972) y Braun (1973). Luego del libro de Harcourt (1972), en el que se planteaban los puntos centrales del debate, favoreciendo al Cambridge inglés, parecía que su enfoque iba a convertirse en “ciencia normal” y que los debates iban a cesar (si bien nadie esperaba que Samuelson y Solow se convirtieran en neoricardianos). Sin embargo, en 1974, Mark Blaug, de la London School of Economics, escribe una crítica furibunda contra la “escuela de Cambridge”, y el *Quarterly Journal of Economics* —en 1975— vuelve a publicar una discusión acalorada con artículos de Robinson, Solow y Samuelson. Blaug aún no ha recibido respuesta y por la frase final de la señora Robinson son de preverse nuevos debates sin fin: “Professor Samuelson is kind enough to make me a number of compliments in his comment. I would be more gratified if he would answer my point” (Robinson, 1975, p. 55). Poco a poco la discusión también va encontrando eco en América Latina: Braun, Monza (ambos en Braun, 1973) y Dieguez (1976).

(3) Johnson (1971).

(4) La influencia de estos economistas no se detiene en la teoría pura. Los neomonetaristas tienen cada vez más audiencia, más discípulos y más poder de decisión (en los organismos pertinentes de más influencia en EE.UU. y en América Latina, por no hablar del FMI, AID, BID y el Banco Mundial).

Si bien son éstos los que nos interesan en primera instancia, no es posible comprender su posición —y las discusiones que se están llevando a cabo— si no es a la luz (o a la sombra, dependiendo de la propia posición del lector) del enfoque de los neo y post keynesianos como Tobin, Brainard, Smith, Kaldor, Hicks, etc.

Los keynesianos aparecieron en escena —y la llegaron a monopolizar— pocos años después de la publicación de la *Teoría General* en 1936, mientras que los neomonetaristas atrajeron la atención por primera vez veinte años después, con la publicación del artículo "The Quantity Theory of Money-Restatement" (Friedman, 1956), si bien no tuvieron gran acogida sino hasta diez años después⁽⁵⁾. Ahora bien, ya que el keynesianismo era en aquel entonces la teoría económica ortodoxa o dominante (en tanto representaba la "ciencia normal"), a los neomonetaristas no se les puede entender propiamente sin hacer alusión a los keynesianos, en la medida en que aquellos presentaban sus argumentos en función de la teoría nekeynesiana establecida, es decir como alternativa a la ortodoxia y como crítica a fondo de ésta⁽⁶⁾. En este sentido también —aunque con consecuencias distintas— se repite lo que en otras actividades humanas: Se presenta lo propio (y lo nuevo), destruyendo lo ajeno y establecido. La discusión entre ambas escuelas continúa e incluso ha aumentado en intensidad (y agriedad) recientemente (véase Hicks, 1975 y 1976; y Johnson, 1976), sin preverse aún una síntesis que absorba (en el sentido hegeliano de "aufheben") ambas en un sólo cuerpo de teoría.

Conviene, en consecuencia, plantear las posiciones generales de los neomonetaristas (chicaguinos) en contraposición a la de los neokeynesianos⁽⁷⁾. En ese quehacer descubriremos que las diver-

- (5) "No es casualidad que el monetarismo como movimiento intelectual poderoso apareciera por las consecuencias de la escalación de la guerra del Viet Nam en 1965" (Johnson, 1970), es decir por la inflación acelerada a que dió lugar.
- (6) Tampoco a Keynes se le entiende completamente, sino es en contraposición a la ortodoxia dominante de su época (Pigou, Robertson y, en general, los economistas clásicos).
- (7) Tenemos que ser muy cuidadosos al hablar de los keynesianos —en tanto "escuela"—, distinguiendo las divergencias que hay entre lo que Keynes "realmente dijo" (y pensó) y lo que han planteado los seguidores de Keynes (véase: Leijonhufvud, 1968) por un lado; así como, por

gencias entre estas ‘tendencias’ no sólo deben buscarse —como se piensa demasiado a menudo— en el papel que cada una de ellas le asigna al dinero en la economía. Veremos que las divergencias son bastante más profundas que ésto (lo que, a su vez, explica la duración e intensidad de la controversia), en tanto se generan también en —por lo menos— los otros niveles. Por un lado, en relación a la “concepción del mundo” o “paradigma” que comparte cada escuela, más específicamente, en relación a la forma en que funciona (y debería funcionar) el sistema capitalista, así como en cuanto a las características estructurales de tales economías. Y, por otro lado, en cuanto a la concepción que cada grupo tiene de la ciencia económica en sí, más concretamente, en relación a la metodología de análisis (y de pronóstico) que el economista usa y debe manejar.

En resumen, las divergencias en cuanto al *rol* de la moneda en la economía, así como a las relacionadas con la *política económica* —en torno a lo cual gira prácticamente toda la discusión entre las escuelas contrincantes— no pueden entenderse si no se explicitan además las diferencias *ideológicas y metodológicas* implícitas a cada una de estas escuelas de pensamiento económico. Por lo demás todos estos aspectos —teoría y política económicas, filosofía y metodología— están íntimamente relacionados entre sí, no pudiéndose entender uno sin la comprensión de los otros dos, en tanto se condicionan mutuamente formando un todo coherente. Sin embargo, en las secciones que siguen, separaremos estos tres aspectos sólo por razones de exposición; enfatizando implícitamente las relaciones entre ellos. Esta forma de presentación nos servirá, además, para alcanzar un objetivo más ambicioso que trataremos más adelante: la crítica del enfoque neomonetarista, y no sólo de su concepción del dinero en la actividad económica, sino fundamentalmente en relación a las otras dos esferas (su concepción de la sociedad y de la ciencia económica).

otro lado, las que existen entre los mismos neokeynesianos (entre los que se encuentran economistas tan disímiles como Joan Robinson, Kaldor y Tobin). En este sentido, entre los neokeynesianos hay menos posiciones en común que entre los neomonetaristas (sobre ésto: Friedman, 1970a, sección V; Brunner, 1971, pp. 37 y 42); si bien también hay divergencias crecientes entre éstos, como veremos.

1. EL NEOMONETARISMO

En este capítulo analizaremos el aspecto alrededor del cual gira —casi exclusivamente— el debate entre “keynesianos” y “monetaristas”, a saber: el papel del dinero en la economía y la efectividad de la política monetaria (8). Veremos, en consecuencia, las características de la “contrarrevolución”(9) a que dieron lugar Friedman y sus pupilos (10) en teoría y política monetarias, frente al cuerpo de la doctrina establecida (el Keynesianismo).

Así como sucedió que, para comprender a Keynes había que conocer a los “clásicos”, para captar a Friedman y a los neomonetaristas es indispensable analizarlos teniendo siempre bien presente las lecciones que nos han dado los keynesianos. De ahí que ini-

-
- (8) Es por ésto que esta sección es la más extensa de esta primera parte; lo que no quiere decir que los aspectos que se discuten aquí sean los más relevantes, ni tampoco que ellos nos darán la llave maestra para entender el pensamiento completo de Friedman. Veremos, más bien, que el neomonetarismo friedmaniano no puede entenderse si no se entiende su origen, a saber: las concepciones de la ciencia y la de la sociedad que se encuentran implícitas a lo largo de toda su obra (y que analizaremos en los apartados 2 y 3 de esta Parte Primera). Y estos puntos se discuten muy pocas veces, si bien asoman a menudo en las discusiones entre keynesianos y monetaristas.
- (9) Ellos mismos entienden sus contribuciones como un regreso (en sus aspectos fundamentales) a la teoría monetaria prekeynesiana, inspirándose en Irving Fisher (si bien algunos aspectos los retoman del propio Keynes). De ahí la palabra “contrarrevolución” en los títulos de varios artículos de los más célebres monetaristas (Friedman, 1970 a; Johnson, 1971).
- (10) Meiselman, Schwartz, Harberger, Lukas en la misma Universidad de Chicago. Fuera de Chicago: Andersen, Brunner, Jordan, Meltzer, Walters, Laidler (los últimos dos en Inglaterra).

ciemos nuestra exposición con una breve exposición de doctrina keynesiana convencional (11).

1.1 El Keynesianismo Tradicional(12)

Se reconoce generalmente que Keynes llevó a cabo una “revolución”(13) en la ciencia económica, al destruir dos de los pilares centrales en que se basaba el “saber convencional” de la época (Pigou y los “clásicos”).

En primer lugar, los clásicos suponían *equilibrio con pleno empleo*, es decir consideraban que el equilibrio siempre es posible en nuestras economías en ausencia de rigideces de precios (tanto en el mercado de bienes y servicios como en el de factores de producción). Keynes muestra, en contraposición, que el equilibrio puede darse (y se da efectivamente) en condiciones en que el empleo no es pleno(14). De ahí que el “laissez faire, laissez passer”, pasa a proponer la intervención creciente del gobierno en la actividad económica si se desea alcanzar la meta del pleno empleo (ver el capítulo 3 de esta Parte I). Es decir, las fluctuaciones de la actividad económica se deben al sector privado debido a la inestabilidad de la eficacia marginal del capital(15); luego: el rol del gobierno es reestablecer la estabilidad, en base a “*políticas discretionales*” (“fine tuning”).

En segundo lugar, los clásicos postulaban una *concepción dicotómica de la economía*, separando estrictamente el sector “real”

- (11) Hablamos de los keynesianos tradicionales (o convencionales) para distinguirlos de los keynesianos “modernos” (o neo keynesianos), en especial a los que forman parte del círculo centrado en Tobin, de la Universidad de Yale. En la sección 1.2.3. volveremos sobre esta distinción tan importante para captar las complicaciones de la controversia entre keynesianos y monetaristas.
- (12) En este grupo se incluyen convencionalmente a Hansen y Hicks, pero básicamente vale para los libros de texto comunes de enseñanza del curso de Macroeconomía. (Shapiro, Ackley, Dernburg-McDougall, etc.).
- (13) Seers (1962), Johnson (1971), Klein (1947).
- (14) Es decir, en circunstancias en que se presenta lo que él denominó desempleo “involuntario”.
- (15) Y debido a una función de preferencia de liquidez altamente elástica a tasas de interés bajas e inelástica a tasas de interés más elevadas.

(bienes y servicios) del sector monetario; consideraban que en el primero se determinaban las relaciones de precios, mientras que en el segundo se obtenía únicamente el nivel absoluto de los precios. Keynes critica esta "dicotomía clásica", señalando la *interdependencia* entre las esferas real y monetaria, introduciendo la posibilidad de que variaciones en la cantidad de dinero influyan efectivamente sobre el sector real, afectando —si bien no siempre— el ingreso real y la tasa de interés; y a la inversa.

El análisis de estos aspectos se basa generalmente en las curvas IS-LM, tal como fueran popularizadas por Hicks (1937) y tal como siguen en boga en la mayoría de libros de texto de macroeconomía. Muchos derivan de tal análisis que la controversia entre monetaristas y keynesianos podría ventilarse a partir de estudios empíricos sobre la inclinación de cada una de esas curvas. Así, podría argumentarse, los keynesianos "tendrían razón" si la pendiente de la IS es elevada y la de la LM reducida, ya que una política fiscal sería muy efectiva en tal caso. Por otro lado, si la IS es muy elástica y la LM muy empinada se favorecería la política monetaria, con lo que la posición de los monetaristas sería la "correcta".

Sin embargo, esta forma de tratar de reducir los enfoques de monetaristas y keynesianos a un problema de pendientes es superficial y, por ello, injusto frente a tales economistas⁽¹⁶⁾: importantes ideas y argumentaciones de ambos bandos no pueden captarse a cabalidad con el simple instrumental de las curvas IS-LM⁽¹⁷⁾. En la sección siguiente se presentarán algunas de las críticas a este esquema de análisis⁽¹⁸⁾.

(16) Friedman reconoce explícitamente que es errado reducir las diferencias entre monetaristas y Keynesianos a las pendientes de la IS-LM (1966, reimpreso en 1969). Posteriormente rebate en ese sentido a Tobin (1972 a) quien postula que todo depende de la pendiente de la LM (Friedman 1972 a; pp. 137 ss). La crítica de Friedman a la macroeconomía keynesiana no ha sido publicada (Brunner, 1970) y circula en versiones restringidas, lo que aparentemente explica parte considerable de las "interpretaciones erróneas" de su obra.

(17) No olvidemos, además, que —debido al alto nivel de agregación del 'modelo'— no se puede tomar en cuenta los efectos de diversas medidas sobre la asignación de recursos y sobre la distribución del Ingreso.

(18) Muchas de las cuales son compartidas incluso por los neokeynesianos.

Uno de los puntos centrales y más debatidos entre keynesianos y monetaristas debe buscarse en sus divergentes concepciones sobre la forma en que los cambios en la masa monetaria afectan la economía, con lo que entramos a la problemática del denominado *mecanismo de transmisión*. De acuerdo al análisis keynesiano, un aumento en la masa monetaria eleva las cotizaciones de los valores, con lo que se reduce la tasa de interés⁽¹⁹⁾. Debido a esto último, y de acuerdo nuevamente con el modelo IS-LM, aumenta la Inversión y, con ella, el Ingreso (y la Ocupación) por efecto del multiplicador⁽²⁰⁾.

1.2 Los neomonetaristas ⁽²¹⁾

Antes de iniciar nuestra exposición conviene resaltar que es aventurado tratar de exponer en unas pocas páginas la concepción friedmaniana de la economía y de la política monetaria. Otros economistas, de más talla, conocimientos y experiencia; así como con más espacio para la exposición, han fracasado en este intento⁽²²⁾.

-
- (19) Nótese, sin embargo, que la trampa de liquidez, que se pondera tanto en los libros de texto, no tiene sustento en el propio Keynes (Leijonhufvud, 1968; VI: 2; pp. 401 ss.). Tampoco las investigaciones empíricas permiten darle mucho peso (Laidler, 1969).
- (20) Explícitamente se toma en cuenta solamente una tasa de interés, ya que para Keynes —y en su afán por simplificar— sólo habían dos formas de asignar el dinero, a saber: o en efectivo o en valores (a interés fijo).
- (21) Esta exposición se basa fundamentalmente en las contribuciones de Friedman y de Brunner y Meltzer (si bien somos conscientes de las divergencias que separan a éstos de aquel).
- (22) Por lo menos a los ojos del propio Friedman. A manera de ejemplo repásese sus "Comments on the Critics" (1972 a) en que discute cuatro ensayos críticos de dos de sus artículos (1970 b, 1971) y señala que se ha mal interpretado su interpretación de Keynes (artículos de Davidson, Patinkin y Tobin) y que no se ha tenido presente los fines que perseguía al escribir el artículo de 1970 y de 1971 (artículos de Brunner Meltzer, Davidson y Patinkin). Si bien en otras controversias dice que "a lo mejor" se ha expresado mal, por lo general su obra y la de la "tradición de Chicago" es malinterpretada (p. ej. por Johnson, 1971), dando una "impresión errada" de ella. De publicarse las obras de Friedman, seguramente se alcanzarían a imprimir 10 tomos, la mitad de los cuales cubriría esta temática: ¡sin embargo, nadie lo entiende! Y la clave me la dió uno de sus actuales alumnos de postgrado, quien me escribía nada menos que "uno tiene que estar en sus clases escuchándolo para entenderlo"! Otro grupo que parece "entenderlo" a cabalidad es aquel que no lo critica, siguiendo fielmente sus pasos.

Nuestra terquedad en el intento de sintetizar sus ideas busca –casi exclusivamente– concientizar a quienes creen conocer su enfoque y que subvalúan la importancia y dificultad que implican⁽²³⁾. Creemos que el desarrollo de un enfoque alternativo o la defensa de alguno establecido requiere de su conocimiento profundo⁽²⁴⁾, si estamos interesados en el progreso de la ciencia y, con ello, en el bienestar de quienes pagan –con una reducción de su nivel de vida– los errores de los economistas (por lo menos de los que tienen acceso al poder como asesores al más alto nivel).

1.2.1 Masa monetaria. Precios e ingreso.

A continuación presentamos, en forma esquemática y en términos de hipótesis de trabajo (H), las ideas centrales de los monetaristas en relación a las variables fundamentales de la actividad económica⁽²⁵⁾:

H₁: Las fluctuaciones de la actividad económica se explican básicamente a partir de *impulsos monetarios*. Las medidas de política fiscal, por el contrario, en la medida en que no están ligadas a cambios en la masa monetaria, son débiles (y poco confiables) en sus consecuencias⁽²⁶⁾. Consecuencia de este enfoque es un distanciamiento radical de los keynesianos, tal como se deriva de las hipótesis siguientes.

(23) Muchos conocen a Friedman después de haber “captado” algún artículo de periódico o a partir de conversaciones de café entre economistas sobre él. Consideran que todo depende de alguna manera o que puede resolverse de alguna manera a partir de la “cantidad de dinero.” Otros, más estudiosos, consideran que Friedman es tremendamente sencillo (y “primitivo”), en la medida en que trata de desenterrar la teoría cuantitativa del dinero (que en su versión original, en muchos de los casos, tampoco se ha entendido).

(24) No debe olvidarse que lo que comúnmente se ha denominado “revolución”, ha partido de un análisis y crítica profundos de la ortodoxia dominante: Marx (en: “Theorien über den Mehrwert”) de los clásicos; Keynes de los neoclásicos; Sraffa de los neo neoclásicos.

(25) Todas estas “hipótesis” monetaristas están en abierta contraposición al “saber convencional” de los keynesianos.

(26) Friedman (1970 a), Andersen y Carlson (1970, p.8).

H₂: Fuerza y dirección de los impulsos monetarios devienen de cambios en la masa monetaria. Esta es influida —en forma dominante— por la *base monetaria*, que controlan las autoridades monetarias⁽²⁷⁾.

H₃: De H₁ y H₂ concluyen que las fluctuaciones económicas no deben buscarse en el sector privado, como lo hacen los keynesianos, sino en primera instancia en el *sector público*⁽²⁸⁾. Y es más: los procesos de adaptación en la esfera privada tampoco actúan en forma desestabilizadora, sino que más bien contribuyen a estabilizar y suavizar los procesos de expansión y de contracción de la economía⁽²⁹⁾.

En el período “muy corto” que, como veremos, cubre entre un año y un año y medio (Friedman, 1970 a, sección IV), podemos establecer las hipótesis en relación al nivel de la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero (H₄ – H₅) y al cambio en la tasa de crecimiento del dinero (H₆ – H₇):

H₄: “Existe una relación directa y fija, si bien no precisa, entre el crecimiento de la masa monetaria y la tasa de crecimiento del ingreso nominal” (Friedman, *ibid*, 1972, p. 66).

H₅: El nivel absoluto de crecimiento de la masa monetaria tiene poca influencia sobre la tasa de crecimiento del PNB real, pero es dominante en su influencia sobre la tasa de crecimiento de los precios, así como sobre las tasas de interés⁽³⁰⁾.

(27) Base monetaria: dinero en circulación y depósitos de los bancos en el Banco Central.

(28) Aparte de cambios en la política monetaria, las “distorsiones” en la actividad económica pueden radicar en nuevos impuestos o programas de gasto del gobierno: Brunner (1971).

(29) Brunner (1971; pp. 41 ss.).

(30) “(. . .) históricamente, las tasas de interés nominales altas y crecientes han estado asociadas con un veloz crecimiento de la cantidad de dinero, como en Brasil y Chile o como en años recientes en los Estados Unidos, y (. . .) las tasas de interés bajas y en descenso han estado asociadas con un crecimiento lento de la cantidad de dinero, tal como en Suiza ahora o como en los Estados Unidos entre 1929 y 1933. Como cuestión empírica, tasas de interés reducidas son señal de que la política monetaria *ha sido* ajustada —en el sentido que la cantidad de dinero ha cre-

H₆: Pero, y esto es lo esencial, “Una modificación de la tasa de crecimiento monetario lleva a una modificación de la tasa de crecimiento del Ingreso nominal, después de dos a tres trimestres (. . .), cualquiera que sea el país que tomemos” (ibid, nuestro subrayado; y 1972 b, p. 13). (31)

Sin embargo, debido a efectos de retroalimentación, tal influencia sólo es temporal si la tasa de crecimiento de la masa monetaria sólo se eleva (o reduce) a un nuevo nivel, es decir si no hay *aceleración*. (32)

H₇: De lo anterior (H₅ y H₆) se sigue que “la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario” (Friedman, 1968 b); es decir, si a un alto nivel promedio de crecimiento de la masa monetaria se la acompaña de aceleraciones apreciables en su tasa de crecimiento, se darán procesos inflacionarios (que

cido lentamente; altas tasas de interés son signo de que la política monetaria *ha sido* fácil (easy)— en el sentido que la cantidad de dinero ha crecido rápidamente” (Friedman, 1968, pp. 6—7). Esto nos lleva al problema de los indicadores de la política monetaria (vid. H₁₁); al usar la tasa de interés como indicador, los keynesianos tomando en cuenta lo anterior llevan a confusión: cuando creen estar llevando a cabo una política restrictiva, ella es en realidad expansiva (y a la inversa). Véase también H₈.

(31) “(. . .) appreciable changes in the rate of growth of the stock of money are *necessary and sufficient conditions* for appreciable changes in the rate of growth of money income” (Friedman y Schwartz, 1963; p. 53). En otro lugar señala que el “time lag” “a veces dura solo tres meses, a veces doce meses o más.” (Friedman, 1972 d, p. 7).

(32) Para una explicación detallada de esto (y el análisis gráfico correspondiente), véase Brunner (1970). No se encontrará, sin embargo, ni en Brunner el detalle sobre el cambio relativo en p y en Y_r a consecuencia del cambio en Y_r , lo único que dice es que primero afecta Y_r y luego p . “La teoría cuantitativa no tiene (. . .) implicación clara (. . .) sobre políticas concernientes al crecimiento del ingreso real. Ambas, tanto la inflación como la deflación, han demostrado ser consistentes con crecimiento, estancamiento o declinación” (Friedman, 1978 a, p. 445). Pero es eso, el crecimiento del Ingreso Real, lo que nos interesa en última instancia. Ahora, si el Ingreso Real aumenta, disminuye o permanece constante a la par que se da inflación, pierde relevancia también la lucha contra la inflación (bastaría recompensar a los grupos sociales que ven afectados sus ingresos reales en mayor cuantía).
¡Lo esencial es el crecimiento real del Ingreso Nacional en una economía, no importando si se da con o sin inflación!

vienen acompañados de fluctuaciones en la producción agregada y el empleo). (33)

H₈: ¿Cuál es el mecanismo de transmisión de cambios en M sobre el Ingreso? Según los monetaristas el aumento en M, por ejemplo a través de operaciones de mercado abierto del Banco Central, eleva las cotizaciones de los valores demandados (acciones, bonos) y, con ello, a la reducción de sus réditos⁽³⁴⁾. Esta mayor cantidad de dinero en manos de quienes vendieron sus valores, los lleva a re-estructurar su portafolio, dando lugar al *efecto sustitución*: demandarán ahora –para reducir su caja– los valores cuyas cotizaciones no han sido afectadas por las operaciones de mercado abierto, lo que –ya que su oferta es fija en el corto plazo– eleva las cotizaciones de esos valores. Esto afecta los precios, cuyo aumento eleva la riqueza real. Es a partir de este punto que, por varios medios, se inicia la “transmisión” de la política monetaria sobre el sector real de la economía. Así:

- a) Por el lado de la oferta aumenta la producción (nueva) de “capital real” es decir aumenta la *inversión*; y
- b) Por el lado de la demanda, por el mismo efecto (que viene reforzado por el efecto sustitución) ⁽³⁵⁾, aumenta la riqueza personal y, con ello, el *consumo* ⁽³⁶⁾.

(33) Por lo demás, las fluctuaciones en la velocidad de circulación del dinero tienden a reforzar las fluctuaciones de la masa monetaria, tal como puede derivarse de las series estadísticas (Friedman, 1970 a; p. 58; Teigen 1971, p. 147). (Para los keynesianos tal “velocidad” juega más bien un papel pasivo: así, por ejemplo, si aumenta M, baja V).

(34) Aquí terminaría el razonamiento de los keynesianos (tradicionales) que trabajan con el modelo IS–LM, ya que sólo tienen en cuenta un tipo de valor.

(35) La sustituibilidad no sólo se da entre los valores o entre los valores y la riqueza real, sino también entre la demanda de algún activo (p. ej. compra de una casa) y la demanda de servicios de tal activo (p. ej. alquiler de una casa), una relación stocks-flujos. Se presenta aquí el aspecto esencial del mecanismo de transmisión, a saber: que es un proceso de *precios relativos* en relación a las interacciones entre dinero, activos financieros, capital real, rendimiento del capital real, obligaciones y nueva producción de capital real o de bienes de consumo (Brunner, 1970, p. 76). “Y es más, en algunas ramas del análisis monetarista a la

Tenemos, entonces, una explicación simplificada ⁽³⁷⁾ del sutil efecto que la masa monetaria ejerce sobre la producción, en contraposición al enfoque de la teoría cuantitativa convencional, donde ello se presentaba en forma mecánica y automática.

H₉: En relación a periodos más largos de tiempo, “que (. . .) pueden durar cinco y hasta diez años, las modificaciones monetarias afectan principalmente a la producción. Visto en términos de décadas, en cambio, la tasa de crecimiento monetario afecta principalmente a los precios” (Friedman, 1970 a).

Con ello, y cerrando el círculo, llegamos a los aspectos de política monetaria:

H₁₀: “Somos de la opinión que una política automática con *tasas fijas* de crecimiento de la masa monetaria ⁽³⁸⁾ —de mes en mes, de año en año— *ofrece un marco monetario estable* ⁽³⁹⁾ para el crecimiento económico, sin ser ella misma factor disociador o fuente de inestabilidad” (Friedman, 1970; nuestro subrayado). “Esto no dará lugar a una estabilidad total, no

interacción de los mercados de crédito (o mercado de activos) se le ha asignado un lugar central” (Brunner, 1971, p. 38).

A diferencia del enfoque keynesiano que se basa en flujos de fondos que presionan y reaccionan uno sobre otro, independiente de los cambios en los precios relativos (Brunner, 1971, p. 36). Esto explica el actual renacimiento y desarrollo de la teoría de precios en el marco de la macroeconomía (vid . Phelps, ed. 1970).

(36) M. Friedman (1962 c).

(37) Complementación importante del enfoque es que, tomando en cuenta *costos de información y de adaptación*, buscan explicar la subutilización de factores de producción y el desempleo (distanciándose así nuevamente, de los keynesianos).

(38) La definición precisa de “masa monetaria” no parece ser lo más importante; a la vez, la tasa de crecimiento variará según la definición por la que nos decidamos (Friedman, 1968, p. 16).

(39) “Las fuerzas ciegas y cuasiautomáticas que controlaban los asuntos monetarios en décadas anteriores (J.S. se refiere al período anterior al establecimiento del ‘Federal Reserve System’, 1919—39) produjo un mayor grado de estabilidad que un sistema establecido específicamente para promover la estabilidad monetaria y económica” (Friedman, 1968 a, p. 445).

podrá instaurar el cielo en la tierra, pero puede significar una importante contribución para garantizar una economía estable" (ibid.)⁴⁰).

H₁₁: El *indicador* adecuado de la política monetaria es la tasa de modificación de la cantidad de dinero⁽⁴¹⁾.

Según Friedman (Newsweek, 1 de marzo de 1971; 1972 d, p. 59) las tasas de interés son una medida extremadamente insegura para evaluar la política monetaria. Que la tasa de interés sea baja no quiere decir que el dinero se haya hecho "fácil", ni lo inverso:

"Las tasas de interés son el precio del 'crédito' y no del 'dinero'. Las tasas de interés pueden ser bajas porque el Banco Central ha ido incrementando la cantidad de dinero y, con ello indirectamente, la cantidad de crédito, o porque la demanda de crédito es reducida. Por ejemplo, las tasas de interés de corto plazo cayeron en EE.UU. entre 1929 y 1933, sin embargo la cantidad de dinero se *redujo* en un tercio. De manera similar, las tasas de interés pueden aumentar fuertemente, como sucedió en 1967 y en 1968, aún cuando la cantidad de dinero crecía rápidamente."

De lo anterior, que proponga el uso de M_1 y M_2 como indicadores adecuados de la política monetaria⁽⁴²⁾.

(40) "(...) Steady monetary growth would provide a monetary climate favorable to the effective operation of those forces of enterprise, ingenuity, invention, hard work, and thrift that are the true springs of economic growth" (Friedman, 1968, p. 17; y 1972 d, p. 67).

(41) Es ésta una de las críticas más contundentes a los keynesianos, para quienes las tasas de interés y/o la cuota de desempleo son los indicadores adecuados para poder decir si la política monetaria es "ajustada" o "fácil". Friedman (1968, pp. 5-11) fundamenta que estos criterios llevan a conclusiones falsas o que por lo menos confunden en ese sentido; él se muestra mucho más favorable hacia el tipo de cambio y los precios —y, por supuesto, la tasa de crecimiento monetario— como indicadores eventuales (ibid., p. 15).

(42) Es conciente, sin embargo, de las divergencias que se han dado últimamente en los EE.UU. en las tasas de crecimiento de M_1 y M_2 , lo que —según él— se debe básicamente a los máximos legales fijados a las tasas de interés que pagan los bancos comerciales sobre depósitos (Friedman, 1972 d, p. 59).

1.2.2 Críticas adicionales a los keynesianos.-

No menos contundentes que las críticas teóricas planteadas por los monetaristas a los keynesianos, son las que se dan a *nivel empírico* y en relación al *instrumental analítico* (43) de los keynesianos. Veamos ésto.

Para evaluar la validez (relativa) de una teoría frente a otra (en este caso la keynesiana *vis a vis* la monetarista) es necesario determinar cuál *explica* en forma "más realista" los eventos y cuál *pronostica* más precisamente la evolución económica (44). De ahí que Friedman haya dedicado parte importante de su obra a ésto (45).

En primer lugar, Friedman buscó mostrar que —contrariamente a la opinión de los keynesianos— la Gran Depresión (46) se debió a la reducción de la masa monetaria (47), con lo que la crisis es más bien un ejemplo contundente de la *efectividad* de la política monetaria. Indudablemente la relación causal que establece y de acuerdo a la cual la reducción de la masa monetaria no es consecuencia de la reducción del ingreso, sino su causa, es motivo de discusión interminable entre los economistas (48).

(43) Las curvas IS—LM (Hicks, 1937) y, con restricciones (Friedman, 1976), la curva de Philips (Philips, 1957).

(44) Implícito se encuentra un tercer criterio: cuál evalúa con mayor precisión el impacto de la política económica.

(45) Ver especialmente Friedman y Schwartz (1963) y Friedman (1970 a).

(46) Indudablemente su insistencia en este caso se debe al hecho que tal crisis llevó precisamente —entre otros factores— a la "revolución keynesiana" (poniendo a un lado la "tradición chicaguña").

(47) M se redujo en 1/3 entre 1930 y 1933 (Gordon, 1974, p. ix) (Friedman, 1972 d., p. 39, 1970 a, p. 56): "Cayó porque el Sistema de Reserva Federal forzó o permitió una reducción drástica de la base monetaria" (Friedman, 1968, p. 3). Según él, de no haber sucedido ésto, tal período habría sido uno común de recesión. O sea que, a diferencia de los keynesianos, no existían causas "reales" que pudieran explicar la profunda depresión.

(48) Como Kaldor ha indicado (1970, p. 13), sin embargo, con los mismos datos de Friedman-Schwartz (1963, pp. 803s.), ¡se puede llegar a la conclusión que la base monetaria fue mayor en 1932 y 1933 que en 1927!

Por otro lado, Friedman considera que su enfoque es también superior al keynesiano en el *pronóstico* de la coyuntura económica. Veamos dos ejemplos ilustrativos (de EE.UU.) usados por el mismo Friedman (1970 a) en una conferencia.

El primer ejemplo se refiere a la "experiencia" de 1966/67. En 1966, debido a la inflación, en la primavera el Banco Central intervino "muy fuertemente" (y, como siempre, tarde) llevando a cabo una combinación de política monetaria muy restrictiva paralelamente a una política fiscal muy expansiva. Y, se pregunta Friedman, ¿cuál de las políticas predominará? Los keynesianos obviamente pronosticaron una expansión rápida para 1967. Pero, según Friedman, los monetaristas pronosticaron mejor los eventos ⁽⁴⁹⁾, porque "se dió una clara reducción en la tasa de crecimiento de la actividad económica durante la primera mitad de 1967" (debida al impacto de la reducción en el crecimiento monetario). Y, continúa Friedman, cuando —descubierto esto por el Banco Central—comenzaron a emitir dinero "como locos", "se recuperó el Ingreso y le siguió la expansión."

El otro ejemplo ("más dramático") se inició en 1968 y dura "hasta ahora" (1970): para luchar contra la inflación el presidente Johnson propuso un impuesto adicional al Ingreso (de 100/o) y, para evitar el posible "overkill", los keynesianos y el Banco Central proponen (y logran imponer como medida complementaria) el aumento veloz de la masa monetaria. Y, nuevamente, los monetaristas "triunfaron" porque la inflación no logró contenerse (y la política complementaria se convirtió en dominante) ⁽⁵⁰⁾.

Estos y otros muchos "ejemplos-clave" llevaron a reforzar la creencia en la "veracidad" del enfoque monetarista respecto a las relaciones entre precios, Ingreso y Masa Monetaria. Ello llevó, irremediablemente también, a una *crítica del instrumental analítico convencional de los keynesianos*, así como al desarrollo de un

(49) Klein, 1971, p. 257.

(50) Todos estos eventos reforzaron la desilusión con la política fiscal, favoreciendo grandemente la posición de los monetaristas. Además, y ya no por razones de "tipo teórico", su efectividad relativa perdió peso por una serie de razones de índole política (Friedman, 1968; p. 3; Klein, 1971, p. 260).

juego alternativo (de utilidad académica y docente en primera instancia). Veamos, las críticas al instrumental de la IS–LM (51), cuyo uso en la cátedra y en los libros de texto sigue generalizado (52).

En primer lugar se apunta una deficiencia obvia (que es compartida crecientemente por los propios keynesianos), indicando que los precios en tal diagrama están dados exógenamente.

Segundo: la construcción IS–LM no toma en cuenta las expectativas de precios; un fenómeno dinámico éste, que no puede analizarse en base a aquel instrumental (de estática comparativa) (53). Tales expectativas, que se generan a partir de la inflación anticipada, modifican efectivamente las ecuaciones de comportamiento (en especial si se espera un cambio en la tasa de inflación) (Rasche, 1972, p. 167).

En tercer lugar, tal diagrama simplifica excesivamente (y en forma problemática) algunas realidades: Considera *una* sola tasa de interés. Por lo demás y tomando en cuenta la crítica segunda, no distinguen entre la *tasa de interés real y la nominal* (Friedman 1974, p. 141) (54).

Finalmente, Brunner (1970, p. 74) escribe que el diagrama IS–LM se convierte en una herramienta compleja e incómoda si se toman en cuenta los procesos de sustitución y los efectos riqueza que

-
- (51) La crítica a la curva de Philips, ya que se ha generalizado en extremo, no será expuesta aquí (Ver Friedman, 1970 b).
- (52) Nótese, sin embargo, que muchos keynesianos están pasando ya a criticar crecientemente tal diagrama (p. ej. Rasche 1972).
- (53) Esto lo reconoce explícitamente Teigen (1971), quien por lo demás defiende la IS–LM.
- (54) “Keynes General Theory (. . .) provided neither an integration of monetary and value theory nor a satisfactory analysis of the influence of money on the economy in the short run. Instead, through the assumption of a given level of money wages, it transformed money into real balances and identified the money and real rates of interest, so that monetary influences affected real choice-theoretic variables. This remains the distinguishing feature of the Keynesian tradition in contrast to the neo-quantity-theory tradition, as exemplified particularly by the theoretical work of the ‘Yale School’ ” (Johnson, 1974, p. 218).

postulan los monetaristas para fundamentar el mecanismo de transmisión (ver Hg), a los que tiende a encubrir y distorsionar.

Como era de esperarse, tal crítica debió llevar a la construcción de un instrumental analítico (y gráfico) alternativo, concordante con la posición general de los monetaristas. Esta tarea ha sido iniciada, aparentemente con éxito ⁽⁵⁵⁾, por Brunner-Meltzer (1972). En años venideros, de seguir las tendencias de la teoría, seguramente los libros de texto traerán estos diagramas (sustituyéndolos por la IS-LM) en los libros de Macroeconomía (más precisamente y en la terminología de Chicago: en los cursos de “Teoría de Precios”).

1.3 Evaluación crítica del monetarismo friedmaniano.

Esta sección está dedicada a esbozar un primer ensayo de crítica a las concepciones económicas *centrales* de Friedman. No podemos ir tan al detalle como para criticar aspectos específicos de la teoría de Friedman, como por ejemplo para rebatir aspectos como su respuesta a la siguiente pregunta (Friedman, 1975, pp. 46s) que le plantearon después de dar una conferencia en Chile: “¿Considera usted factible la constitución de un mercado libre y competitivo en Chile, dado que la magnitud de nuestro mercado no permite a las empresas aprovechar todas las economías de escala?”; a lo que el maestro responde: “Me pregunto si la persona que escribió esta pregunta habrá considerado la situación de un país como Suiza, que tiene un mercado más chico, con menor número de personas, que Chile. O si toma en cuenta el caso de Hong-Kong, Bélgica, en fin, podría seguir y seguir nombrando países que tienen poblaciones menores a la que Chile tiene.”

En cualquier universidad, en el primer curso de economía, los alumnos son desaprobados si determinan el tamaño del mercado por el *número* de personas que lo componen.

Este tipo de asuntos técnicos muy concretos no pueden tocarse en esta evaluación. Tampoco nos podremos dedicar —como qui-

(55) “I applaud and welcome their efforts in that direction, without necessarily accepting the detail of their model” (Friedman, 1970 b, en 1974, p. 137).

siéramos— a evaluar los comentarios “filosóficos” y “sociológicos” de Friedman sobre una serie de puntos. Entrar a estos temas nos llevaría al estudio de su personalidad, por un lado, y a cuestionar su cultura general y su formación profesional, por el otro (56).

1.3.1 Neomonetarismo: ¿Revolución o diferenciación del producto?

Es relativamente común y natural a la persona humana ignorar aquello que resulta desagradable a sus propios intereses y concepciones. Sabemos que el hombre de ciencia no debería caer en ésto, y menos si considera que puede ser “objetivo.” El caso de Friedman en esta dirección no nos debe sorprender en consecuencia: no es una excepción, en tanto ignora sistemáticamente todo aquello que podría contradecir su teoría, así como ignora todos aquellos avances de la teoría keynesiana, con el objeto de poder criticar la versión “antigua” de éste (57). De ésto que, con derecho, la señora Robinson (1970) haya señalado: que la crítica de Friedman a los keynesianos parece más un embate contra espantapájaros.

A este respecto, en consecuencia, hay que señalar que la crítica de Friedman a los keynesianos es atinada en sus versiones anteriores a los años sesenta, no teniendo validez para los neo- ó postkeynesianos (como p. ej. Tobin de Yale). Esto ha sido reconocido por varios autores, entre los que se distingue la posición de Rasche (1972), quien se pregunta si la “contrarrevolución monetarista” no es más que una “diferenciación del producto” (keynesiano). (58).

-
- (56) Hay un solo punto que no podremos reprimirnos enfatizar y que es común a casi todos los graduados en Chicago: su ignorancia sobre el desarrollo de las demás ciencias sociales, debida básicamente a su superespecialización en una sola “ciencia”, lo que los ha llevado a sobrevalorar (y a sobrevalorarse) y a ignorar otros aspectos de la cultura universal. Ortega y Gasset los hubiera calificado de “bárbaros modernos.”
- (57) Hay que reconocerle, sin embargo, que es lo suficientemente astuto como para haber desarrollado toda una teoría “psicológica” sobre la “recepción” de nuevas teorías, las que —y aplica esto a la suya— pasan por tres etapas (Friedman, 1970 a, en Kalmbach, 1973, p. 62): primero se la ignora, luego se burlan de él y finalmente se apropian de sus ideas (y se le califica de extremista).
- (58) En esa misma dirección van los trabajos de Taigen (1971) y Johnson (1970).

Sin dejar de reconocerle ciertos méritos, los siguientes argumentos permiten fundamentar tales concepciones.

En primer lugar, la “nueva teoría cuantitativa” es, más que la actualización de una tradición oral de Chicago, un perfeccionamiento de la teoría keynesiana de la preferencia por la liquidez (Patinkin, 1969; Teigen, 1971, p. 143).

Desde inicios de esta década, el mismo Friedman (1970 b), en segundo lugar, señala que las diferencias entre monetaristas y keynesianos son esencialmente de índole empírica, más que de naturaleza teórica. Estas diferencias hay que buscarlas, en consecuencia, según él, en las estabilidades relativas de algunas de las relaciones funcionales, de los valores de diversas elasticidades, en la velocidad y naturaleza de los procesos de adaptación, etc.

Tercero, y más importante, el mecanismo de transmisión tal como lo perciben los economistas de Yale es muy parecido al de los de Chicago. Conviene, sin embargo, detallar las diferencias para detectar si la concepción monetarista es realmente un avance.

a) Los factores institucionales y las divergencias de comportamiento entre los sujetos económicos casi no son ponderados por los monetaristas. Así para ellos prácticamente no hay diferencia entre el cálculo económico de los consumidores y el que realizan los inversionistas (lo mismo vale para los poseedores privados de riqueza y los bancos). Las consecuencias de esto tiene largo alcance. Los keynesianos distinguen, por su parte, clarísimamente entre consumidores (familias) e inversionistas (empresas), y las divergencias entre el Ahorro y la Inversión se deben, un última instancia, precisamente a ello. Además, los empresarios no tienen como meta satisfacer las necesidades de los consumidores, siendo su cálculo económico distinto al de las familias. Esto significa que para economistas como Tobin un aumento de M lleva —en el campo de las familias— a reestructuraciones de su portafolio. Esto último tiene efectos también sobre la inversión, pero no por la variación de la demanda de las familias por riqueza real, sino por la demanda de las empresas a raíz del cambio en la tasa de interés.

b) Los monetaristas toman en cuenta muchas más tasas de interés que los keynesianos (59). ¿Es ésto un avance? ¿Lleva a una teoría “más realista”? La variedad de tasas de interés se desprende de su concepción del proceso mediante el cual se comparan los precios para el uso de activos y de los precios de esos mismos activos. De ahí derivan una tasa *interna* de interés. En esas circunstancias, el aumento en la masa monetaria lleva (después de unos pasos intermedios) a un incremento de los precios de la riqueza real de los más diversos tipos; y, como consecuencia de ello, se reduce la tasa interna de interés, lo que lleva a un aumento de la demanda de servicios (alquileres). Esto concuerda perfectamente con la concepción de “homo oeconomicus” de los libros de texto de economía.

Pero, ¿actúan –pueden actuar– así los sujetos económicos? Veamos esto a partir de los dos ejemplos más nombrados por los monetaristas para ilustrar este fenómeno.

Ejemplo 1: Alquiler de casa (o departamento) versus compra de casa (o departamento). En este caso (alternativa alquiler/compra de vivienda), tenemos un ejemplo –eso creen los keynesianos– de una sustitución de gastos de inversión por gastos de consumo, y no –como piensan los monetaristas– una sustitución de bienes de consumo duradero por el alquiler de tales bienes. Y esto último parece ser la intención central de toda su argumentación. Por otro lado, se olvidan totalmente de las anticipaciones de precios –que

(59) “The difference between us and the Keynesians is less in the nature of the process (de transmisión) than in the range of assets considered. The Keynesians tend to concentrate on a narrow range of marketable assets and recorded interest rates. We insist that a far wider range of assets and interest rates must be taken into account –such assets as durable and semi-durable consumer goods, structures and other real property. As a result, we regard the market rates stressed by the Keynesians as only a small part of the total spectrum of rates that are relevant (. . .)” (Friedman, 1970 en 1974, p. 28).

A lo que responde Tobin:

“Friedman stresses that he is more catholic than non-monetarists in the list of assets he includes in portfolios -in particular his inclusion of durable goods for which there are not good organized markets. Specific asset lists are not usually presented in theoretical models, but my own conception of ‘capital’ has always included consumer durables. I doubt that anyone disagrees with the principle that portfolio adjustments and interest rate changes will affect asset demands across a broad spectrum” (1972, en 1974, p. 89).

para otros análisis ocupan lugar preminente—; así, si se esperan incrementos de precios en el sector de viviendas, sería poco racional el traslado a alquileres de vivienda (Kalmbach, 1973, pp. 32 s.).

Ejemplo 2: Alquiler de automóvil versus su compra. Tampoco este ejemplo convence. En primer lugar, porque el rol del status y prestigio que acompañan la posesión de un automóvil (por medio del efecto demostración) dificultan y distorsionan el cálculo racional y me debería llevar al alquiler de autos a precios en alza (lo que no es el caso necesariamente). En segundo lugar, los individuos que alquilan automóviles por lo general tienen ya uno: usan el alquilado porque el propio está en el taller, o porque están de viaje en zonas lejanas a su residencia, etc. Es decir no se da el efecto sustitución compra-alquiler por los motivos indicados.

En resumen: si el alquiler puede sustituir a la compra, es necesario que existan los mercados adecuados para los servicios (del producto que se alquila) y, además, que el comportamiento de los sujetos económicos sea “adecuado.”

Y es más, faltaría que los monetaristas demuestren que la introducción de tales tasas de interés en la función consumo lleve a una mejora sustancial de los caracteres predictivos de ella. En conclusión, el hecho que se tomen en cuenta muchas tasas internas de interés —que se dice afectan fuertemente el comportamiento de los sujetos económicos— no necesariamente demuestra la superioridad de Chicago frente a Yale. Si bien todo ello señala una posibilidad teórica adicional para explicar la transmisión de los impulsos monetarios sobre la demanda de mercancías, la importancia práctica de esa posibilidad parece dudosa.

Y así, como la diferenciación de los productos en el sistema capitalista, que no incrementan los dones de ellos, también el monetarismo puede ser concebido en esa dirección: es una diferenciación del producto keynesiano que no parece contribuir al “progreso” de la ciencia económica en forma directa. En forma indirecta, si creemos que la moda monetarista ha sido importante, en la medida en que ha minado el pensamiento esclerotizado de los keynesianos.

1.3.2 Endogeneidad de la masa monetaria, los problemas de causalidad y la viabilidad de una política monetaria a la Friedman.

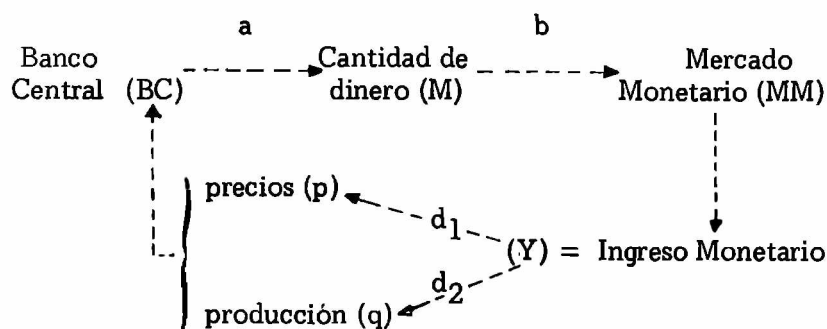
Hemos visto que la posición monetarista se caracteriza porque en la base sigue predominando su afirmación que la oferta monetaria (o cambios de ella o de su tasa de crecimiento) es el factor causal primario que determina las fluctuaciones del ingreso. Con ello se plantean dos puntos: por un lado, que la influencia de la masa monetaria sobre la actividad económica es poderosa, y, por otro, que hay una clara relación causal entre M y Y ⁽⁶⁰⁾. Sería, sin embargo, erróneo considerar sinónimos los problemas de la causalidad y el de la exogeneidad o endogeneidad de la masa monetaria, como han señalado convincentemente Brunner (1970) y Schneider (1970). Y esto es lo que hacen muchos cuando critican a los monetaristas; procedimiento que no es legítimo, porque uno puede postular una influencia causal fuerte de la modificación de la cantidad de dinero sobre el Ingreso Nacional, sin estar obligado por ello a decir que la masa monetaria es una variable exógena.

Pero con ello entramos al problema de fondo: ¿En qué grado la cantidad de dinero está determinada endógenamente? Por supuesto que lo "ideal" para los monetaristas sería que fuera totalmente exógena; pero todos sabemos —y ya nadie lo discute— que este supuesto es irreal. Por otro lado, una endogeneidad total destruiría las concepciones centrales de los monetaristas. Ante esto, los modelos liliputanos de los monetaristas no permiten dar respuesta a esta problemática, sino hasta que se "resignen" a utilizar complejos sistemas de ecuaciones (estructurales) comunes a los keynesianos, con el objeto de determinar empíricamente las ecuaciones simultáneas para evitar sesgos (61).

(60) Si bien la relación inversa (impacto de Y sobre M) es tomada en cuenta cada vez más por ellos, la importancia real que tiene es subvaluada en sus trabajos.

(61) En este sentido Schneider (1970, p. 183) escribe, correctamente, que: "La respuesta a la pregunta sobre la significancia de las variables instrumentales monetarias u otras para el nivel de Ingreso monetario y sus cambios, sólo puede darse a partir de un modelo agregado dinámico (que quiere decir: que tome en cuenta los "lags" relevantes) que tome en cuenta las variables monetarias y reales".

Friedman (62) percibe la canalización de la política monetaria de la siguiente manera (63): (a) El Banco Central (BC) controla la "cantidad de dinero" (M), (b) que llega a los mercados monetarios (MM), (c) influyendo el Ingreso Monetario (Y), que a su vez, determina (d_1) el nivel general de precios (p) y (d_2) el volumen de producción (q). La gráfica siguiente señala la *dirección de causación*:



En consecuencia, lo que se asume es que el Banco Central es un agente autónomo, en la medida en que puede determinar M. A esto cabe indicar dos críticas centrales: "En sociedades democráticas, el comportamiento del Banco Central es endógeno a un modelo del proceso político, de manera que tendríamos que cerrar el círculo de causación con una quinta ligazón que va de p y q a BC. Esto se encuentra más en el campo de competencia de los científicos políticos, que en el de los economistas, pero (. . .) ella afecta el valor descriptivo de los modelos macroeconómicos e introduce sesgos a los estimados econométricos. Es más, sugiere que los economistas no deberían pretender que los Bancos Centrales pueden perseguir libremente sus propias preferencias o las de sus consejeros, y deberían dedicar más atención profesional a la ampliación y perfeccionamiento de los instrumentos, no monetarios como monetarios, para influenciar variables-objetivo".

(62) Y, habría que añadir, los funcionarios de los Bancos Centrales.

(63) Adaptación de Brainard y Cooper (1975 , sección II, pp. 175 ss.).

‘También puede ser cuestionado el grado en que los Bancos Centrales pueden influir sobre la cantidad de dinero. Una serie de trabajos sobre el enfoque monetario de la balanza de pagos ha invertido toda la cadena de influencia, por lo menos para países pequeños con un tipo de cambio fijo. En este caso que viene determinado por factores reales y p está determinado por el tipo de cambio y por el nivel mundial de precios. Estos determinan conjuntamente Y , que determina la demanda de dinero, la que en su turno afecta el comportamiento gubernamental para asegurar la oferta adecuada, si no directamente del Banco Central, por intermedio de la balanza de pagos. Los intentos del Banco Central para ofrecer más o menos que la cantidad deseada de dinero simplemente resultará en déficit o en excedente de balanza de pagos: David Hume ha sido redescubierto y la oferta de dinero se convierte en completamente endógena’ (Brainard y Cooper, 1975, p. 173).

En segundo lugar, habría que señalar la problemática relacionada con la importancia de la variación de la cantidad de dinero como factor causal para explicar la actividad económica. El tipo de “evidencia” fundamental desde el punto de vista de Friedman para dar respuesta a esto es la noción del “time-lag”, como hemos visto: los auges y depresiones de la coyuntura económica vienen precedidos -después de lapsos de tiempo apreciables y regulares- de ascensos y descensos en la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero. Esta “fundamentación”, sin embargo, ha perdido crédito en años recientes, en especial después del trabajo de Tobin (1970), quien mostró que también se dan esos time-lags en un modelo keynesiano (extremo). Otros trabajos adicionales llevaron al convencimiento que habían otras explicaciones causales -aparte de la variación de la cantidad de dinero- para explicar los time-lags. Así, por ejemplo, Kareken y Solow (1963; pp. 13 ss.) han señalado que, cuando la cantidad de dinero se adapta rápidamente a la situación económica, a un auge en la coyuntura económica la precede no sólo una mayor tasa de crecimiento del Ingreso, sino también un crecimiento más rápido de la cantidad de dinero.

En todo caso, sin embargo, a pesar de lo antedicho, no se puede decir todavía que el problema del rol causal de la variación monetaria esté decidida aún. Es necesario comprobar en añadidura los

otros argumentos de los monetaristas (p.e) en Friedman, 1968, se presentan cinco argumentos para fundamentar la importancia causal de la variación monetaria para explicar la actividad económica, de donde sólo hemos analizado uno en esta sección), para la fundamentación de sus tesis, de acuerdo a la cual la condición necesaria y suficiente para los cambios en la tasa de crecimiento del Ingreso (monetario) es un cambio en la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero

Conviene aludir ahora a un problema adicional. Mantener la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero en 3 5 o/o (aumento "de mes en mes, de año en año ") podría considerarse deseable. Pero, el punto central es ¿es posible hacerlo?

La "receta" propuesta por Friedman (ver H₁₀) no se deriva de que tal política se base en su confianza en una relación *precisa* entre los cambios monetarios y los correspondientes de la actividad económica (ver H₄) el desconocimiento es más bien uno de los motivos fundamentales por el que se opone a una política monetaria *discrecional*. Como lo expresa Brunner (1971, p. 37) "Esta estrategia se deriva de una incertidumbre difusa sobre la estructura detallada de los mecanismos monetarios () Un mayor conocimiento de los mecanismos monetarios probablemente cambie la estrategia requerida " Habría que subrayar aquí la palabra probablemente, ya que ello iría contra el neoliberalismo friedmaniano (ver Sección 3) (64)

Regresando a su famosa receta si bien Friedman no conoce la relación específica, si considera conocer la relación "promedio" de ello que cada caso debe ser analizado especialmente antes de adoptarse medidas de política monetaria. Para los EE.UU. propone una tasa de crecimiento de la masa monetaria de 4 a 5 o/o anual (si bien podría llegar a sólo 2 o/o considerando una definición distinta), pero "añade de país en país habrá divergencia en cuanto al nivel de la tasa, de acuerdo "a las tendencias de la producción y a las propensiones a la demanda de efectivo "

(64) Por otro lado, el mismo Friedman (1968, p. 14) indica que hay casos en que la política monetaria si debe usarse para "compensar distorsiones mayores en el sistema económico, provenientes de otras fuentes"

Pero regresemos a nuestra pregunta ¿es posible mantener constante la tasa de crecimiento de la masa monetaria? Claramente la respuesta depende de nuestra concepción del gobierno. Si se le considera como un 'árbitro' del quehacer económico (como hace Friedman), y si además se considera que la burocracia encargada es incorruptible, comparte el monetarismo friedmaniano y no defiende intereses económicos específicos, naturalmente la respuesta será afirmativa.

¿En qué condiciones se mantendría constante el crecimiento de M y a qué grupos podría beneficiar la diferente política económica?

De lo contrario, si se considera que la burocracia -y de Ministerio en Ministerio, de institución en institución- representa diversos intereses de las fracciones de clase dominante (o de intereses foráneos), necesariamente la posibilidad de mantenerla o de variarla dependerá de las presiones ejercidas por los grupos sociales que se encuentran 'tras' la burocracia.

Por razones políticas, entonces, es muy difícil cumplir con la exigencia de Friedman. Pero, también hay razones técnicas: El Banco Central no es capaz de controlar el crecimiento de la masa monetaria como quisiera, por las "filtraciones" del sistema financiero.

1.3.3 Modelos, Econometría y Predicciones

Es de esperarse, que en última instancia -punto de vista en que concuerdan keynesianos y monetaristas casi unánimemente-, la controversia entre ambas "escuelas" ha de definirse en base a la calidad de las predicciones que ofrece cada grupo, como consecuencia de políticas económicas específicas en "puntos críticos" de la conyuntura.

Ya hemos visto en páginas anteriores (sección 1.2.2.), que Friedman y los monetaristas poseen y sacan a luz constantemente una serie de ejemplos de la economía norteamericana en que muestran que la política monetaria es más efectiva que la fiscal. De la lectura de sus artículos se llega, pues, siempre a la misma conclu-

sion el enfoque monetarista es el más realista, en la medida en que permite predicciones más precisas de los eventos que resultan de medidas de política económica

Pero, también tenemos como era de esperarse- que los keynesianos tienen *sus ejemplos*, en que la política fiscal ha sido determinante para explicar los vaivenes de la actividad económica, así como para mostrar que sus predicciones son las más acertadas (el caso más claro a su favor en EE.UU. es el que resultó de la reducción de impuestos en 1964, cuyo efecto sobre la economía correspondió en todos los detalles a la explicación correspondiente de los libros de texto)

Y finalmente, si las predicciones fracasan, se buscan "explicaciones alternativas" "causas excepcionales" y otros, para "tener razón" (y seguir gozando del prestigio académico en el área de las predicciones) Por ejemplo, las predicciones de los fiscalistas en 1968 (a consecuencia del alza de impuestos) fue errada ya que, si bien se redujo la tasa de crecimiento económico (aunque no tanto como esperaban), la inflación se aceleró. De ahí que se vieran en la necesidad de "justificar" el fracaso de la política fiscal, utilizando infinidad de explicaciones porque las funciones de inversión se basan más en tasas de interés nominales que reales (lo que llevó a una subvaluación), porque los sujetos económicos esperaban aumentos de precios y se comportaron consiguientemente, porque la política monetaria instaurada a consecuencia del aumento impositivo fue expansiva, con lo que compensó totalmente sus efectos; porque el aumento temporal del impuesto fue considerado como un cambio permanente en el análisis, porque la predicción del comportamiento de los consumidores y de los empresarios está sujeta a errores; porque... etc. Los keynesianos dirán que en todos estos factores hay algo de cierto, y añadirán según la tendencia que uno u otro "es el más importante" para el caso en cuestión. Así por ejemplo, Klein (1971, p. 260) considera que la última explicación es la más correcta, enfatizando que "por motivos inexplicables los consumidores cayeron en una verdadera orgía de compra durante el tercer trimestre de 1968", lo que llevó al error de predicción.

Esta problemática es más que frustrante, pero más común cada día, como ha reconocido el mismo Klein (1971). "diversos economistas afirman con gran seguridad, usando uno y el mismo material empírico, que los datos fundamentan sus diversos enfoques teóricos. Así, no importando en concreto cuáles sean los hechos económicos específicos del año 1970, tanto Walter Heller como también Milton Friedman les explican a sus alumnos que su teoría es la correcta" (p. 256).

La siguiente pregunta que se plantea es, en consecuencia, ¿en quién debemos creer?, ¿cuál es la teoría 'correcta'? La respuesta inmediata de la mayoría de economistas a esta cuestión es muy sencilla: hay que recurrir a los modelos y a la econometría ⁽⁶⁵⁾ si pretendemos llegar a respuestas concluyentes en la famosa controversia. Haremos esto enseguida, en la esperanza de avanzar en la dirección esperada.

Klein (1971) ha comparado el funcionamiento de los modelos de la Wharton School (fiscalista) y del St. Louis Federal Reserve Bank ⁽⁶⁶⁾, concluyendo lo siguiente:

"El modelo monetarista logró mejores resultados en la simulación del PNB real y algo peores en la del PNB nominal. También la tasa de interés y el nivel de precios fueron preestimados peor, mientras que la tasa de desempleo mejor. En términos generales quisiera hablar de un funcionamiento igualmente bueno de ambos modelos. Es sorprendente, sin embargo, que el modelo monetarista llegue a resultados peores en los campos típicamente monetarios" (p. 264). O sea que los modelos estructurales grandes (de los fiscalistas) por lo menos compiten a igual nivel con los modelos pequeños en forma reducida (de los monetaristas).

De manera que si bien cada modelo se basa en "filosofías" económicas alternativas, ambos llegan a predicciones más o menos co-

(65) No basta el análisis cualitativo de las predicciones tal como se ha expuesto anteriormente, señalan estos autores.

(66) Klein analiza además en este artículo el modelo "Federal Reserve Board MIT-Pennsylvania," que es una especie de "síntesis" de ambos enfoques.

rectas Parecería en consecuencia, que la econometría es una técnica para 'demostrar cualquier cosa' tal como lo recalca Boloña (1976)

“() al plantearse un modelo econométrico se le introduce (J.S. subrepticamente) un enfoque o visión de la realidad que generalmente coincide con el postulado por la teoría económica dominante y que a su vez dicho *modelo va a orientar los resultados de acuerdo al sesgo impuesto inicialmente*. Es aquí donde debemos ser conscientes de lo que estamos haciendo, ya que el modelo dirá a fin de cuentas lo que se quiso que nos diga” (p. 1, nuestro subrayado). y más adelante, “() el modelo econométrico nos dirá lo que nosotros consciente o inconscientemente le habíamos introducido durante su construcción” (p. 155) (67)

De lo anterior que pueda convalidarse la conclusión a la que llega Klein “Es un hecho triste que en la ciencia económica sólo existan pocos experimentos decisivos y que no haya posibilidad de elegir una teoría central de todo el espectro de explicaciones variadas de los hechos económicos y que permita eliminar todas las opiniones en competencia. () no somos capaces de decidirnos por o contra ciertas versiones (1971, p. 255)

Llegar a una conclusión de este tipo no es nada alentador, en la medida en que entonces, en última instancia, son *cualidades extra-científicas* las que llegan a determinar aparentemente no hay otra alternativa la “veracidad” o “falsedad” de una teoría (68). Este punto pocas veces se nombra, si bien se comparte en gran medida la conclusión de Klein

(67) Sería, sin embargo, apresurado concluir de lo anterior que con ello la econometría quedaría invalidada como instrumento científico. La econometría tendría aún una justificación sólida, si bien no tan amplia como la que se le quiso dar en décadas anteriores: “El hecho es que los modelos econométricos no son, generalmente, instrumentos precisos para discriminar entre hipótesis () Esos métodos son mejores para decidirnos sobre lo que no es el caso, que para decidirnos lo que es” (Worswick, 1972, p. 80)

(68) La teoría de las preferencias lexicográficas (Georgescu-Roegen) encuentra aquí su aplicación para la elección de enfoques alternativos de la ciencia: la necesidad menos importante (en este caso, la ideología) determina el producto que se elegirá (el enfoque)

Pero con todo esto nos estamos adelantando a un tema cuyo núcleo corresponde al capítulo siguiente ("Neo-Positivismo") Nada se pierde, sin embargo, adelantando una sola idea sencilla el neopositivismo sutil de la ciencia económica contemporánea se viste de gala (con la econometría como corona) para dar la impresión de científicidad (a la antigua), dando la impresión de que todo se basa en datos, hechos, fórmulas, etc. y otros fenómenos que impresionan a los ingenuos (y porqué no decirlo: también a los ingeniosos), dándose el disfraz de objetivo, "científico", etc. Con ello la ideología desaparece tras coeficientes, modelos y hojas de computadora.

Para poder profundizar en este tema, sin embargo, es necesario entrar a la temática de la Teoría de la Ciencia y, más específicamente, a la segunda gran característica de la Escuela de Chicago: El Neopositivismo, que pasaremos a analizar en el capítulo siguiente.

2. EL NEOPOSITIVISMO

No hace mucho Koopmans hablaba de "la mala reputación de la metodología", indicando que "If methods of scaling are ever applied to measure the relative prestige of various topics in economic research, methodological discussion will undoubtedly be found to rank near the low end of the scale" (1957: 129). Aunque en menor medida, tampoco hoy es un campo de predilección el de la teoría de la ciencia en su aplicación a la economía, a pesar de la crisis de la ciencia normal. Generalmente los economistas dejan tal preocupación a filósofos y sociólogos, los que a su vez no pueden tratar el tema a cabalidad por las dificultades que entraña el dominio propio de la ciencia económica contemporánea, cada día más sofisticada y detallista en sus exigencias conceptuales e instrumentales.

A pesar de lo anterior, hemos incluido aquí una sección exclusivamente dedicada a los aspectos de teoría y filosofía de la ciencia, en la medida en que importantes cuestiones se resuelven en este campo, como trataremos de mostrar en lo que sigue. En cierto sentido resulta imposible entender una escuela económica específica si no se conoce la teoría de la ciencia que está implícita a su análisis de la economía, en tanto en gran medida éste es un subproducto de aquel. Incluso la visión societal de cada escuela se produce en (y se deriva de) el enfoque científico y del conocimiento que maneja.

2.1 La teoría de la ciencia y la escuela de Chicago

En esta primera subsección trataremos de analizar las características principales de la teoría de la ciencia que maneja la escuela de Chicago

2.1.1 Racionalismo crítico

En general y consciente o inconscientemente, la metodología y filosofía de la ciencia que guía la ciencia económica dominante es el "racionalismo crítico" de Popper (69). Si bien Milton Friedman en su obra nunca hace alusión a éste, ciertamente comparte con él las ideas centrales, tal como se desprende de las características esenciales del enfoque popperiano (Popper, 1962)

1. Toda teoría sólo puede (y debe aceptarse) a *título experimental*, ya que la verdad no puede alcanzarse jamás. Sólo es posible por medio de la ciencia— *una aproximación* a tal verdad definida en su sentido absoluto (o sea: coincidencia de un enunciado con los "hechos").
2. De lo anterior se desprende que el "método de las ciencias sociales, al igual que el de las ciencias de la naturaleza, radica en ensayar posibles soluciones (), por lo que la justificación de nuestro conocimiento no sea, a su vez, sino igualmente provisional
3. Sólo es científico aquello que "resulta accesible a la crítica objetiva" si este principio se cumple, "intentamos refutar aquello, porque la crítica consiste en intentos de refutación." Con lo que tenemos que el método de las ciencias "no es sino una prolongación crítica del método del ensayo y del error ('trial and error') " Nace de aquí su célebre *doctrina del método deductivo de comprobación* o *principio de falsación* (frente al principio de verificación común a los

(69) (Sir) Karl Popper (1934), las referencias entre comillas son de Popper (1962). Entiendo que la única aplicación explícita del enfoque popperiano a las ciencias sociales puede encontrarse en el ambicioso intento de Hans Albert (1968)

empiristas lógicos), de acuerdo al cual las teorías sobreviven porque no son rechazadas empíricamente (y no porque sean ‘verdaderas’ o verificadas empíricamente)

- 4 La validez de las ciencias debe ser juzgada por la precisión, alcance y conformidad de las predicciones que suministra, con la experiencia. O sea que, una proposición o teoría puede representar una aproximación ‘mejor’ a la verdad que otra, si aquella tiene ‘más’ consecuencias lógicas verdaderas y menos falsas que ésta (lo que supone comparabilidad de los subconjuntos componentes de las teorías alternativas); es decir, tiene mayor fuerza explicativa y/o predictiva.
- 5 De los puntos 3 y 4 se deriva, según Popper, que las ciencias son independientes de cualquier posición ética o cualesquiera juicios normativos. “Lo que puede ser calificado de objetividad científica radica única y exclusivamente en la tradición crítica, (y es que) la objetividad de la ciencia no es asunto individual de los diversos científicos, sino el asunto social de su crítica recíproca, de la amistosa enemistosa división de trabajo de los científicos, de su trabajo en equipo y también de su trabajo por caminos diferentes e incluso opuestos entre sí.” Sin embargo, reconoce que “no podemos privar al científico de su partidismo sin privarlo también de su humanidad () El científico objetivo y ‘libre de valores’ no es el científico ideal. Sin pasión la cosa no marcha, ni siquiera en la ciencia pura ()”
6. La crítica a los empiristas ingenuos es expresada contundentemente: “No hay ninguna ciencia puramente observacional, sino sólo ciencias que más o menos consciente y críticamente elaboran teorías” (70).

(70) Friedman también critica en una sola frase a los empiricistas (o inductivistas) puros “Una teoría es una forma de percibir los ‘hechos’, y no podemos percibir ‘hechos’ sin teoría” (1953, en 1967, p. 36). El más célebre de los inductivistas en la ciencia económica es T.W. Hutchinson (1938), cuya concepción tiene aún gran arraigo, en especial entre economistas pragmáticos. Se sobreentiende que los popperianos critican también a los deductivistas puros, cuyos exponentes más lúcidos en la ciencia económica han sido Knight (1930) y Robbins (1935)

En su reciente discurso de recepción del Premio Nobel, Friedman plantea su concepción en forma muy apretada y concordante plenamente con Popper. Así, en ese memorable 13 de diciembre de 1976, señala que así como en las ciencias naturales, tampoco en las ciencias sociales “hay conocimiento sustantivo ‘cierto’, sólo (contamos con) hipótesis tentativas que nunca pueden ser “demostradas’, pero que sólo pueden dejar de rechazarse, hipótesis en las que tenemos más o menos confianza, dependiendo de características tales como la amplitud de experiencias que incluyen, en relación a su propia complejidad y en relación al rechazo posible. En ambas, en las ciencias sociales y en las naturales, el cuerpo de conocimiento positivo crece por el fracaso de una hipótesis tentativa en la predicción de fenómenos que la hipótesis postula explicar: por el remiendo de esa hipótesis, hasta que alguien sugiere una nueva hipótesis que incluya –más elegante o sencillamente– los fenómenos complejos, y así sucesivamente *ad infinitum*” (1976; pp. 1–2) (71)

Si bien los neokeynesianos no han escrito trabajos específicos de metodología de la ciencia (72), de sus notas a pie de página y de su

- (71) Hace más de veinte años Friedman había planteado ya la misma concepción: “La teoría ha de juzgarse por su poder de predicción respecto a la clase de fenómenos que intenta ‘explicar’. Únicamente la evidencia empírica puede mostrar si es ‘aceptada’ como válida o ‘rechazada’. (. . .) la única prueba importante de la validez de una hipótesis es la comparación de sus predicciones con la experiencia. La hipótesis se rechaza si sus predicciones se ven contradichas (‘frecuentemente’ o más a menudo que las predicciones de una hipótesis alternativa); se acepta si no lo son; se le concede una gran confianza si sus predicciones han sobrevivido numerosas oportunidades de contradicción. La evidencia empírica no puede ‘probar’ nunca una hipótesis; únicamente puede dejar de desaprobala, que es lo que generalmente queremos decir, de forma un tanto inexacta, cuando afirmamos que la hipótesis ha sido ‘confirmada’ por la experiencia.” (1953, p. 14). Nótese que para él la ciencia “avanza” sin cuestionarse la filosofía que la sustenta, ni el paradigma, ni el marco teórico. Son “revoluciones” dentro de una ciencia “tradicional”, estática.
- (72) Hace veinte años Koopmans se refería ya a la “mala reputación” de las discusiones metodológicas en la ciencia económica: “If methods of scaling are ever to measure the relative prestige of various topics in economic research, methodological discussion will undoubtedly be found to rank near the low end of the scale” (1957, p. 129). Reconoce también que esas discusiones alcanzan un “boom” en períodos de “revolución científica”, tal como la de Keynes, que llevó p. ej. a que en un sólo

manera de proceder en las investigaciones, se puede colegir que comparten esos mismos principios de racionalismo crítico (73). Habiendo, entonces, consenso generalizado —por lo menos en teoría— sobre estos aspectos, podemos afirmar que las diferencias entre nekeynesianos y neomonetaristas se refieren más bien a aspectos metodológicos derivados de tal posición general compartida, si bien ello tiene consecuencias importantes para la construcción y el 'progreso' de la ciencia económica, como veremos. (74)

De lo anterior que una crítica al neopositivismo de Friedman tenga que partir de su propia base: el racionalismo crítico de Popper. Aquí sólo enunciaremos las críticas más generales a Popper y que son las más útiles para evaluar la concepción de la ciencia de la escuela de Chicago:

1. El racionalismo crítico cree posible una *aproximación paulatina* a la 'verdad' por medio de hipótesis y contrahipótesis, y más precisamente por la eliminación de lo falso; o sea que la probabilidad de "tropezar" con algo "verdadero" aumenta por la separación de lo falso. Y el problema estriba en que, por el hecho de distanciarnos de algo, eso no quiere decir que estemos encaminándonos hacia una dirección específica (la 'verdad'). De esto que nos permitimos concluir que el racionalismo crítico sea *un criticismo ciego*.
2. Lo anterior puede tener dos tipos de consecuencias; veremos que ambas se dan en la ciencia económica. Por un lado, el

número del *Economic Journal* aparecieran tres artículos sobre estas cuestiones (vol. 48, setiembre 1938), escritos por R.F. Harrod, E.F.M. Durbin y L.M. Fraser. La despreocupación por los aspectos de la metodología y la filosofía de la ciencia entre economistas y, en general, entre científicos sociales es entendible en períodos de "ciencia normal" (Kuhn), en que todo está bien encaminado, en que la ciencia permite predecir aproximadamente los eventos, etc. Pero hoy en día tal proceder no tiene justificación una vez que la gran mayoría de economistas han reconocido que su ciencia está en "crisis". No hay duda que en lo que resta de esta década proliferarán ese tipo de estudios relacionados con la Teoría de la Ciencia.

- (73) Véase Worswick (1972). Keynes, sin embargo, no fue popperiano (Bray, 1977).
- (74) Otro exponente importante del racionalismo crítico en la ciencia económica es Fritz Machlup (1955).

criticismo —que prácticamente se ha convertido en fin en sí— lleva al rechazo precipitado de hipótesis y teorías parciales: porque demasiado a menudo fallan las predicciones que se derivan de ellas ⁽⁷⁵⁾, olvidándose a menudo que ello pudo deberse a “factores distorsionantes” que intervinieron en el suceso (y, en general, de variables que no pueden aislarse y que son ‘excepcionales’), por lo que no debería achacarse el fracaso de la predicción a la teoría planteada (sino a una excepción a la regla, “y que la confirma”). Por otro lado, y basándose precisamente en este último argumento, hay quienes culpan de todo a los factores disociadores y no a la teoría que ellos han planteado; pertenecen estos autores a la línea “exhaustiva” ⁽⁷⁶⁾: con ello se perennizan —en la práctica— ciertas teorías. Y Friedman es muy propenso a basarse en esto para defender sus teorías, siendo más bien criticistas cuando se trata de hablar de los keynesianos. La relevancia de este punto saldrá a la luz cuando toquemos el tema sobre el “fracaso” (supuesto, para Friedman y Harberger) de la política económica reciente en Chile.

3. El énfasis que el racionalismo crítico da a las predicciones que se derivan de la teoría los lleva a sobrevalorar este aspecto, convirtiéndose en su máxima la *efectividad* de la teoría en esa dirección. Los autores que ponderan en exceso este punto —entre los que se encuentra Friedman— se aproximan peligrosamente a la filosofía de la ciencia de los pragmatistas (Peirce, James, Dewey), para quienes el criterio de la “verdad” es la utilidad, la relevancia, el éxito y no su correspondencia con la realidad objetiva: “Verdadero es lo que se valida por sus consecuencias prácticas” podría ser una frase de Friedman en diversos de sus escritos (menos en su “Metodología”, 1953, donde es un popperiano casi puro). También este punto se verá más claramente en la discusión de la sección siguiente (2.2).

(75) Lo que lleva a la generación de hipótesis y teorías alternativas a un ritmo sorprendente. La ciencia económica es un caso patente en esta dirección, como ha señalado ya Kaldor (1972).

(76) Cuyo representante más radical es Hugo Dingler (ver Albert, 1968; pp. 30 ss.).

2.1.2 Instrumentalismo

Hasta aquí, en términos generales, persiste un acuerdo casi completo entre monetaristas y keynesianos ⁽⁷⁷⁾, en la medida en que ejercitan el racionalismo crítico. En esta sección, sin embargo, veremos ya ciertos distanciamientos esenciales entre ambos grupos de economistas en relación a su concepción de la ciencia. Veamos para ello, como punto de partida, la siguiente fundamental frase de Friedman, que a tanta controversia ha conducido:

“En la medida en que es posible decir que una teoría realmente tiene ‘supuestos’ y en la medida en que su ‘realismo’ puede juzgarse independientemente de la validez de las predicciones, la relación entre el significado de una teoría y el “realismo” de sus ‘supuestos’ es casi la opuesta a la sugerida por la opinión que estamos criticando. Se comprobará que hipótesis verdaderamente importantes y significativas tienen ‘supuestos’ que son representaciones de la realidad claramente inadecuadas, y, en general, cuanto más significativa sea la teoría, menos realistas serán los supuestos (en este sentido). La razón es sencilla. Una hipótesis es importante si ‘explica mucho a través de poco’, esto es, si abstrae los elementos comunes y cruciales de la masa de circunstancias complejas y detalladas que rodean al fenómeno que ha de explicarse y permite predicciones válidas sobre ellas. Para ser importante, por consiguiente, una hipótesis debe ser descriptivamente falsa en sus supuestos; no toma en sí dada cuenta de ninguna de las otras muchas circunstancias concomitantes, ya que su verdadero éxito demuestra que son irrelevantes para los fenómenos que deben explicarse.” (1953, p. 19).

Son dos los aspectos de esta cita. El primero es obvio y es compartido prácticamente por todo científico social: los supuestos con que se trabaja en la elaboración de una hipótesis o teoría son simplificaciones de la realidad, son abstracciones que condensan elementos esenciales y comunes a las situaciones que se estudian:

(77) También las ‘impurezas’ en el pensamiento de Friedman en este sentido (pragmatismo y exhaustivismo exagerado) son comunes a muchos autores keynesianos.

“(. . . ;) el problema importante sobre el que hay que interrogarse acerca de los ‘supuestos’ de una teoría no es si son ‘realistamente’ descriptivos, puesto que no lo son nunca, sino si son aproximaciones suficientemente buenas para el propósito que se tiene entre manos” (Friedman, 1953; pp. 19–20).

El segundo aspecto de la frase es el que a más discusión ha llevado (y no sólo *vis a vis* de los keynesianos): La significancia de una hipótesis, su importancia y relevancia, están en función de su simplicidad, es decir si es capaz de explicar “mucho a través de poco.”

Este principio es llevado hasta sus últimas consecuencias por los chicaguinos y puede resumirse en una frase: “The crucial principle is that the last of good theory is *its ability to predict something large from something small*, by means of a simple and stable theoretical relationship” (1970 a, p. 86). Es decir, los monetaristas buscan llegar a las conclusiones y predicciones de relevancia a partir de una o pocas relaciones causales sencillas. Esto explica, por ejemplo, su intensa ocupación con la función de demanda de dinero, que –debido a la estabilidad que le atribuye– tiene gran utilidad para pronosticar los eventos económicos.

Aquí tenemos, en consecuencia:

“un conflicto metodológico básico entre quienes creen que la función de la teoría es construir modelos de equilibrio general de la economía, y el ‘economista positivo’ (dirigido por Friedman) quien cree que la esencia de la teoría es encontrar relaciones sencillas entre variables claves” (Johnson, 1971 a, p.3).

Veinte años antes Friedman ya había planteado esta divergencia de enfoques. Y, en 1972, a raíz, de la controversia entre nekeynesianos y neomonetaristas, vuelve a este punto, que según él, explica las dificultades de comunicación entre contrincantes:

“the difficulty is a different approach to the use of economic theory –difference between what I termed a Marshallian approach and a Walrasian approach.” (1972 a, en Gordon, 1974, p. 145)⁽⁷⁸⁾.

Las deficiencias del enfoque walrasiano –común a los keynesianos– la planteaba ya en aquel entonces en forma sumaria:

“Abstractness, generality, and mathematical elegance have in some measure become ends in themselves. Criteria by which to judge economic theory. Facts are to be described, not explained. Theory is to be tested by the accuracy of its ‘assumptions’ as photographic descriptions of reality, not by the correctness of the predictions that can be derived from it.” (1972 a, en Gordon 1974, p. 146) ⁽⁷⁹⁾.

Tenemos aquí, entonces, una posición muy distante de la de los keynesianos (en especial, de los norteamericanos), quienes ven como tarea fundamental de la teoría económica el desarrollo y estudio de las interdependencias complejas de la economía. Esto los llevó a desarrollar modelos enormes de tipo estructural, compuestos por muchas ecuaciones de identidad, de comportamiento, técnicas e institucionales. Consecuentemente esto llevó a los keynesianos a desarrollar modelos econométricos cada vez más complejos (y cada vez menos manejables). Consideran que sólo así podrán alcanzar a predecir y explicar correctamente el quehacer económico ⁽⁸⁰⁾.

(78) Por otro lado, según Eichner y Kregel (1975 , en 1976, p. 106), la diferencia está en cuanto al propósito de la teoría de acuerdo a neoclásicos y postkeynesianos, a saber: para los primeros consistiría en “demostrar la optimalidad social si el mundo se pareciera al modelo”, mientras que para los últimos servirán para “explicar el mundo real como se observa empíricamente.”

(79) Nótese la concordancia de la primera parte de esta crítica con la que los keynesianos le hacen a los neoclásicos: Phelps Brown (1972) y Kaldor (1972).

(80) De manera que bastaría contar el número de ecuaciones del modelo económico (y econométrico) para detectar si es o no keynesiano. Veremos más adelante la importancia de este punto.

2.1.3 Universalidad y Pan-aplicabilidad.

Otra característica fundamental de la escuela de Chicago es su creencia que la ciencia económica neoclásica es aplicable indiscriminadamente a toda sociedad, en tiempo y espacio: a EE.UU. y a Chile el día de hoy; a sociedades tribales y a sociedades campesinas; a los períodos de auge en Roma y en Grecia; etc. Efectivamente la escuela de Chicago ha elaborado estudios para estas sociedades aplicando el instrumento neoclásico, llegando a la conclusión que éste tiene validez universal. Eso es en la práctica, no así en sus escritos teóricos, de donde extraemos una cita, que a la vez nos sirve de crítica a ellos mismos:

“La ciencia económica (. . .) no trata el problema económico en sentido abstracto, sino de la manera en que una *determinada* sociedad resuelve sus problemas económicos. Teóricamente, el problema económico es el mismo en una economía del tipo de la de Robinson Crusoe que en una economía agrícola atrasada, en una sociedad industrial contemporánea regida según principios comunistas o en una organizada sobre bases capitalistas. Sin embargo, cada una de estas sociedades emplea estructuras institucionales distintas para resolver sus problemas económicos. Por lo tanto, se requiere una ciencia económica diferente —o un capítulo diferente de la ciencia económica— para cada tipo de sociedad. Ocurre que, de hecho, hay mucho en común entre esos diferentes capítulos, pero esto no se puede afirmar *a priori*; es más bien una de las conclusiones de la ciencia económica” (Friedman, 1962 a, pp. 14 s.).

Pero no es eso todo. No sólo creen que la ciencia económica sirve para explicar problemas de tipo “económico”, sino que consideran que el instrumental neoclásico sirve también para analizar todo tipo de problemas “extraeconómicos” (81). Así, recientemente han aparecido estudios en los que se aplica tal instrumental para la comprensión de actividades tales como la evasión de impuestos, el control de la drogadicción y del aborto, el beisbol, la coima óptima, etc., e incluso podemos encontrar aplicaciones del análisis

(81) En otros trabajos (Frey, 1974; y Schuldt, 1975; pp. 80 a.) se han reseñado a estos autores, clasificados como “politicistas.”

económico convencional al comportamiento general de pequeños grupos (Homans, 1958) (82)

Esta invasión de los economistas de campos tradicionales reservados a otros científicos sociales, les ha permitido ignorar los avances de éstos, aspecto que tiene gran relevancia, apuntando hacia su total ignorancia —como veremos especialmente en el caso de Friedman— en materia de aspectos sociológicos (estructura social, conflicto, etc.) y políticos (concepción del Estado, etc.).

2.2 Ciencia social y juicios de valor

2.2.1 La objetividad de la ciencia económica

Una última característica del enfoque neopositivista de la escuela de Chicago se refleja de su estricta —y constantemente repetida— distinción entre economía *positiva* y economía *normativa*:

“La primera se ocupa de cómo se resuelve el problema económico; la teoría normativa, de cómo *se debe* resolver” (Friedman, 1962, a, p. 15).

Entramos con ello al eterno problema (83) de la “objetividad” de las ciencias sociales. El debate continúa y es difícil que alguna vez se decida; pero, en términos generales, sigue vigente la concepción weberiana: Las ciencias sociales no deben contener juicios de valor; es decir, en las relaciones de fundamentación de la ciencia no deben aparecer elementos “subjetivos”.

Friedman cree que quienes critican la posibilidad de una ciencia económica positiva lo hacen sólo porque consideran que las ciencias sociales están “enmeshed with values at the outset because they deal with human behavior”. (1976, p. 1). Indica, además, que

(82) Lo único que falta es que alguien intente aplicarlo a la investigación de comportamientos en el reino animal (¿e incluso en el vegetal?).

(83) La discusión se originó a principios del siglo actual en Alemania con el denominado “Werturteilsstreit (controversia sobre los juicios de valor); véase al respecto la reseña de Dahrendorf (1961).

“el difícil problema de la separación de juicios de valor de juicios científicos no es exclusivo a las ciencias sociales”, sino que se da también en las ciencias naturales ⁽⁸⁴⁾.

La importancia de una ciencia social objetiva se deriva de lo siguiente: “In order to recommend a course of action to achieve an action will in fact promote the objective. Positive scientific knowledge that enables us to predict the consequences of a possible course of action is clearly a prerequisite for the normative judgement whether that course of action is desirable. The Road to Hell is paved with good intentions, precisely because of the neglect of this rather obvious point” (ibid., p. 3).

2.2.2 Las componentes de la ciencia económica y la filtración de juicios normativos.

La ingenuidad de Friedman a este respecto es común a toda la ciencia social dominante (neopositivista). Conviene ver, en consecuencia, esquemáticamente, los *componentes* de una ciencia, para detectar por dónde se filtran los juicios de valor. El cuadro que sigue presenta las partes esenciales de una ciencia, en oposición a lo que por comodidad— denominaremos “realidad.” El lugar de origen de tal “subjetivismo” puede localizarse en los siguientes lugares (la numeración que sigue corresponde también a la del Cuadro):

- 1) Fallas de lógica en el proceso deductivo: en este caso el interés personal del científico predomina sobre el procedimiento correcto. Este tipo de defecto es fácil detectarlo y es cada vez menos común.
- 2) Creencia en un método puro de inducción: dicen recoger “objetivamente” datos de la realidad para llegar a leyes generales. Sabemos, por lo menos desde Popper, que no es posible este método sin poseer *antes* un marco teórico (o hipó-

(84) Indica así que Sir Ronald A. Fisher le había contado que podía “inferir los puntos de vista de la genética de los puntos de vista políticos” de un científico de esa especialidad.

tesis) que guíe el tipo de datos que se recolectan (sin ello no se sabría qué 'base empírica' coger).

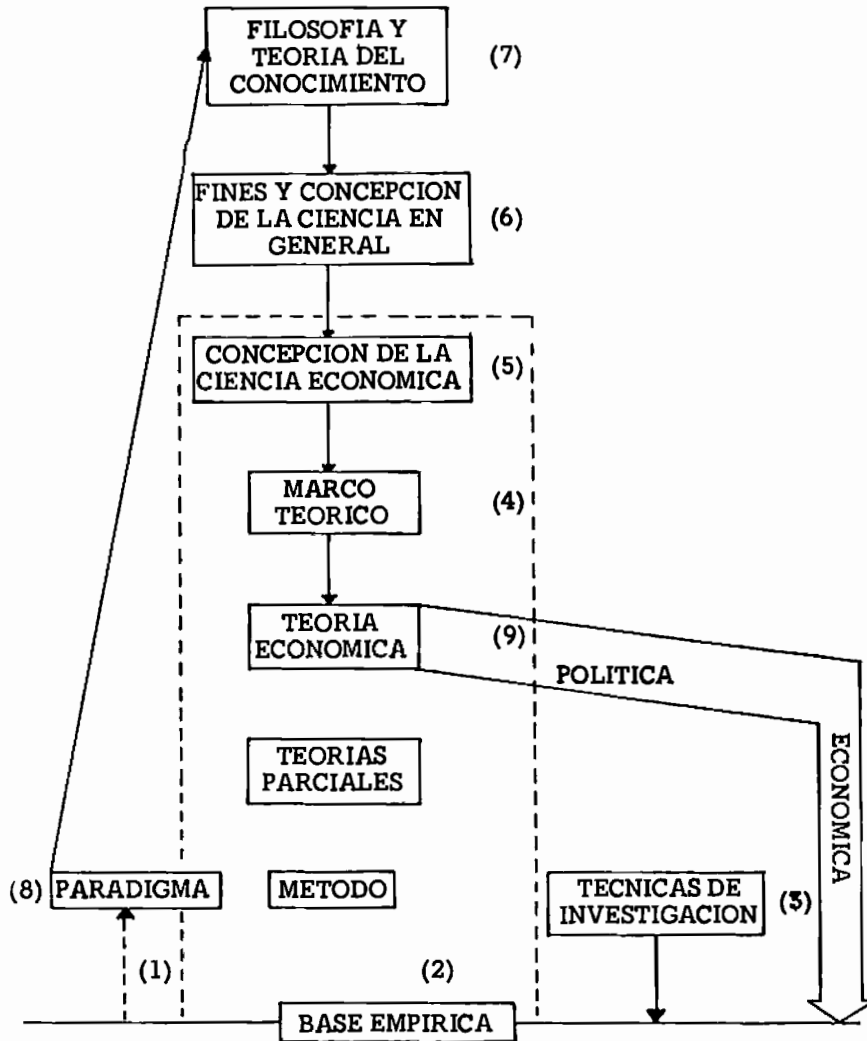
- 3) Uso de técnicas de investigación (como p. ej. la encuesta), instrumentos que se consideran generalmente "neutrales", pero que "son contruidos para captar una conciencia que se conforma a las relaciones de dominación existentes" (85).
- 4) El 'marco teórico' que establece, entre otros, las variables con las que se trabaja, permite detectar la eliminación o sobreponderación de algunas, dirigiéndonos directamente a la "tendencia" (valorativa) del autor.
- 5) Los juicios de valor dentro de la "concepción" de la ciencia económica son los más obvios. Basta analizar la definición "formalista" de lo que estudia la ciencia económica para poder determinar el subjetivismo y vaciedad de ella (ver al respecto Godelier, 1966, parte I). Por otro lado, el campo de estudio de la ciencia económica se restringe a "lo económico", con lo que se unidisciplina artificialmente el estudio de la economía.

Hasta aquí lo que forma parte explícitamente de la ciencia económica. Sin embargo, hay otras componentes que la configuran, pero que en la mayoría de textos y artículos se deja de lado, introduciéndolas subrepticamente, si bien se reflejan en las otras tres —profundamente— insertadas en el subcontinente del científico— componentes de toda ciencia:

- 6) ¿Cuál es el objetivo y el rol de la Ciencia en general? Habermas (1970) ha establecido la relación existente entre *interés y conocimiento*, según el tipo de *concepción* de la ciencia: Las ciencias empíricoanalíticas implican un *interés técnico* (aquí se incluirá a Friedman), las históricohermenéuticas un *interés práctico* y las críticas un *interés emancipatorio*.

(85) Hartviog Berger (1974) fundamenta la relación existente entre la metodología aplicada y el orden (capitalista) establecido.

LAS COMPONENTES DE LA CIENCIA



- 7) Además, tras toda ciencia –según el “enfoque” –hay una filosofía o teoría del crecimiento: positivismo, fenomenología, hermenéutica, dialéctica, existencialismo, etc., que en algunos casos, pueden darse incluso en forma combinada. Necesariamente aquí entran en catarata los juicios de valor, en la medida en que cada “tendencia” da respuestas distintas a las preguntas centrales: ¿qué, cómo y hasta dónde puedo conocer?
- 8) Finalmente, los juicios de valor penetran en la ciencia por lo que –si bien el concepto es poco preciso– se ha denominado el “paradigma” o “concepción del mundo” o “visión” del científico. ¿Cómo concibe la sociedad? ¿Qué elementos de la sociedad sirven como unidad de análisis dinámico? etc. Elementos todos que se forman en el científico desde que es concebido como hombre, pasando por sus experiencias de infancia, juventud, hasta llegar a la universidad. Generalmente es este elemento el que condiciona la “dirección” de las demás componentes de la ciencia (véase las flechas del cuadro):
- Y para terminar, hay un último elemento obvio –por lo que muchos lo conciben fuera de la “ciencia positiva”– en el que penetran los valores y opiniones personales del científico:
- 9) A la hora que se aplica la teoría económica para modificar la “realidad” a través de la política económica (Von Mering, 1945), la que favorece a unos intereses y perjudica a otros.

En la sección 2.3.3. se profundiza esta temática.

2.3 La Problemática de las “revoluciones” científicas.

2.3.1 La teoría de las revoluciones científicas.

Uno de los temas centrales y más fascinantes en discusión entre los filósofos y otros teóricos de la Ciencia, desde que apareció el libro de Kuhn (1962), se centra en lo que Spinner denomina el proble-

ma "popperiano" (86): las cuestiones relacionadas con el "progreso" científico.

La importancia de este problema al día de hoy se debe, en especial, a la competencia entre variadas "escuelas" de pensamiento en las ciencias sociales, y más específicamente en la ciencia económica. Porque de la discusión de esas cuestiones se espera respuestas a la pregunta por los criterios para una "evaluación racional" de teorías alternativas en competencia, así como "indicadores" metodológicos para determinar "la mejor teoría." Es decir, esperamos solución a los siguientes problemas (87): ¿Cuándo tiene justificación dejar de lado ciertas teorías para sustituirlas por otras? ¿Hay modelos de desarrollo "típicamente científicos"? ¿Cuáles son los modelos reales de desarrollo de la ciencia y cuáles son los idealmente deseados? ¿Con ello la ciencia se encuentra sobre la "senda de la verdad"? (87), etc.

Hemos visto en las secciones anteriores que neokeynesianos y neomonetaristas compiten por lograr el "monopolio de la verdad." En la medida en que tienen concepciones divergentes sobre el funcionamiento de la economía y de la sociedad, cuyas raíces deben buscarse en los "paradigmas" (o concepciones del mundo) y las filosofías de la ciencia implícitos en sus enfoques alternativos, es necesario elaborar criterios para evaluar cuál de ellas saldrá airosa del compromiso (si es que eso es posible) y si el neomonetarismo representa una "revolución científica" o únicamente una "moda", como habíamos señalado en la sección 1.3.1.

El célebre libro de Kuhn (1962) sobre la Estructura de las Revoluciones Científicas, así como una serie de otros trabajos sobre el

(86) Los tres problemas clásicos de la teoría del conocimiento: a) El de Hume (como lo llamó Kant): el problema de la inducción, es decir ¿cómo podemos aprender de la experiencia?; b) El de Kant (como lo llamó Popper): el problema de la demarcación ("Abgrenzung"), es decir ¿cómo distinguimos teorías científicas empíricas, tanto de sistemas científicos no empíricos (Lógica, Matemática, Metafísica), como de sistemas extra o pseudo científicos?; y c) El de Popper (como lo llama Spinner): el problema del progreso del conocimiento (científico), es decir, ¿en qué consiste y cómo se lleva a cabo el progreso científico? (Spinner, 1974, p. 22). Este último problema es el central y además incluye a los otros dos.

(87) Spinner; *ibid.*

tema (88), nos servirán de punto de partida para evaluar si el Neomonetarismo llevará o es ya de hecho una “revolución” en la ciencia económica, en la medida en que desplaza a los neokeynesianos y a las demás “escuelas” alternativas en competencia.

El estado “corriente” y “acostumbrado” de una ciencia es lo que Kuhn denomina “*ciencia normal*”, en el que la ciencia “progres” dentro de marcos preestablecidos por el “paradigma” (89): el mundo de la ciencia específica se caracteriza por un *monismo teórico*, en el que los conceptos fundamentales y el marco teórico no se cuestionan (no hay actividad crítica a este nivel en la ciencia establecida); se completa, precisa y articula la teoría, profundizándola, sustentándola; hay orden y bases de investigación sólidas; las “anomalías” que pudieran aparecer se ignoran o se suavizan en base a hipótesis ad-hoc; etc. En consecuencia, el progreso de la ciencia se da en forma *acumulativa* dentro del marco científico convencional. En este sentido es —en el fondo— una actividad dogmática y autoritaria.

Sin embargo, a la larga, van apareciendo más y más “anomalías”, es decir fenómenos reales que no responden a lo esperado por la comunidad científica (que comparte un mismo paradigma) y que contradicen la teoría o que ésta no puede explicar. Es ésta la fase de la “*transición a la crisis*” y en la que —especialmente entre los científicos jóvenes— se inicia la investigación “extraordinaria” (es decir, fuera del marco establecido por la ciencia normal).

Se pasa luego a una fase de “*crisis científica*”, en la que aparecen —e incluso proliferan— teorías científicas (sea totalmente nuevas o viejas remozadas), cada una de las cuales se sustenta en paradigmas alternativos. La ciencia ortodoxa se cuestiona desde sus bases y conviven —en conflicto— las diversas versiones científicas, en un ambiente de *pluralismo teórico*. En un determinado momento

(88) Lakatos (1970), Kruger (1974).

(89) Sinónimo de “concepción del mundo”, “visión de la sociedad”, etc., todos ellos conceptos precientíficos que ayudan a guiar a la ciencia (conciente o inconcientemente), sirviéndole de sustento. La dificultad de trabajar con el concepto kuhniano de “paradigma” radica en la variedad de acepciones que se le da, incluso su propio autor ha llegado a definirlo de 21 formas distintas, según Masterman (1970).

y por variadas circunstancias (a las que volveremos más adelante) se impone uno de los paradigmas científicos en competencia: entramos a la “*revolución científica*.” Ese paradigma se convierte poco a poco en la ortodoxia, en la nueva “ciencia normal”. Esta cuestiona explícitamente los supuestos y las concepciones implícitas y explícitas del análisis científico convencional y que son compartidos por el grupo de científicos “viejos”, sustituyéndolos por otros nuevos, generalmente incompatibles con los antiguos o de significado distinto (e irreconocible). Es decir, que la ciencia avanza aquí abruptamente, dando un “salto cualitativo”, más que acumulativamente.

Varios economistas, influenciados por la lección de Kuhn, han aplicado este esquema del “desarrollo científico” para explicar la evolución de la ciencia económica (90). Nosotros analizaremos únicamente el trabajo de Johnson (1971), por ser el más pertinente para la problemática que nos ocupa aquí. Para Johnson es esencial establecer las condiciones intelectuales y sociales que posibilitan una revolución (o contrarrevolución) en la ciencia económica, es decir lo que él denomina la “economía y sociología del cambio intelectual” (91), que debe dar respuesta a la interrogante: ¿De qué depende la “velocidad de generalización” (el éxito) de una revolución científica? Para dar respuesta a ello, Johnson se centra en la revolución keynesiana. En primer lugar, dice, depende de la

-
- (90) Así, por ejemplo, Dudley Seers (1962) aplica ese “paradigma” de la evolución de las ciencias para referirse a la revolución keynesiana. Según él cada revolución se da a partir de tres fases. En la física, p. ej. Bruno, Copérnico y Kepler-Galileo. Para la economía, Seers habla de las fases:
- a) Hobson, en que surge una gran cuestión de política económica, que los científicos ortodoxos rehusan reconocer; sólo los “herejes” se ocupan de aquella;
 - b) Kahn, en la que crecen las tensiones políticas, los jóvenes se dedican al problema y aparecen trabajos que no encajan en la doctrina económica tradicional; y
 - c) Keynes, en la que se descubren concientemente los grandes defectos de la ortodoxia, destruyéndola, pero erigiendo en su turno un nuevo “edificio” científico —y es entonces a éstos a quienes les toca construir el progreso.
- (91) Johnson habla de tres revoluciones en la ciencia económica anterior al siglo XX: la smithiana, la ricardiana y la marginalista. En el siglo actual: las revoluciones de la competencia imperfecta, la empírica o económica, la del Equilibrio General y la Keynesiana.

“situación social objetiva” (el caldo de cultivo) en que se da la nueva ciencia: Si existe una doctrina establecida (ortodoxa), cuyas conclusiones están en contradicción abierta con los hechos ⁽⁹²⁾, ésto lleva a una confusión general entre los académicos y a la irrelevancia de la teoría convencional para contribuir a resolver los problemas reales. En *segundo* lugar, desde el lado positivo y científico, la “nueva” ciencia debía cumplir con una serie de requisitos, el más importante de los cuales consistía en que debía incluir a la ortodoxia reinante como subconjunto en su propio marco teórico, para lo que —según Johnson— debe cumplir con las siguientes condiciones:

- a) Sustituir el postulado central de la ortodoxia conservadora (en este caso, la tendencia de la economía al pleno empleo) por uno alternativo (i. e. la posibilidad de equilibrio sin pleno empleo);
- b) Aparecer como algo “nuevo”, absorbiendo varios de los componentes de la ortodoxia, incluso dándoles nuevos nombres a conceptos tradicionales (así, p. ej. Keynes llamó Eficacia Marginal del Capital a lo que en esa época se entendía por Productividad Marginal del Capital);
- c) Tener cierto nivel de dificultad: debe ser lo suficientemente complicado como para que, por un lado, los economistas ortodoxos (ya de edad) no consideren posible ni “rentable” el esfuerzo de ocuparse de ella, y por el otro, como para que los jóvenes vean en ella un desafío;
- d) Ofrecer una nueva metodología, de mayor atractivo que la establecida (en este caso la sustitución del enfoque parcial por el de equilibrio general), a la vez que exige mayor rigor formal (en este caso, competencia matemática).
- e) Representar una mayor relevancia empírica; en este caso para los econométricos (para quienes resultaba más interesante, además, estimar la función consumo, que la acostumbrada demanda de azúcar).

(92) Ver Tabla de “Las Componentes de la Ciencia”, p. 60.

2.3.2 El Neomonetarismo, ¿significa una revolución científica?

Hemos visto que para Friedman “el cuerpo de conocimiento crece por el fracaso de una hipótesis tentativa en la predicción de fenómenos que la hipótesis postula explicar; por el rendimiento de la hipótesis, hasta que alguien sugiere una nueva hipótesis que incluya –más elegante o sencillamente– los fenómenos complejos y así sucesivamente ad infinitum” (Friedman, 1976, pp. 1 s., nuestro subrayado).

O sea que las “revoluciones científicas” se darían, según él, a nivel “interno” de la ciencia específica: la filosofía de la ciencia, el “paradigma”, la concepción de la ciencia, etc., no se modifican. Lo único que cambia son una o más “teorías parciales” (sea por el canal 1 ó 2) ⁽⁹³⁾, que son revisadas o sustituidas paulatina o “revolucionariamente”.

En ese sentido parecería que Friedman considera que el neomonetarismo es una revolución (o contrarrevolución) porque modifica ciertas hipótesis centrales de la ciencia económica convencional, respetando siempre la filosofía y metodología ortodoxas.

Sin embargo, Johnson piensa distinto. Él cree que la de Friedman no es una revolución “grande”, en tanto no modifica todas las formas convencionales del saber económico. Veamos su argumentación.

A mediados de los años 50 el keynesianismo –después de haberse asentado la “revolución”– se convirtió en la ortodoxia establecida. Sus puntos débiles eran los mismos que el propio Keynes había cuestionado a los economistas clásicos: incapacidad para resolver un problema social central (en este caso, la inflación, y ya no el desempleo) y la “dependencia de la autoridad y prestigio de los científicos más viejos, lo que es difícil de soportar para los jóvenes” (Johnson, 1971, p. 205). Lo que faltaba entonces, para que se pueda llevar a cabo una nueva revolución, era una teoría que suplementara a la keynesiana. Según Johnson, los criterios necesarios los reunía el neomonetarismo:

(93) Ver Tabla de “Las Componentes de la Ciencia”, p. 60.

- a) Atacaron la posición de que "el dinero no interesa", sustituyéndola por el *dictum* "el dinero es todo lo que interesa". (Nótese la caricaturización típica de las posiciones en situaciones de debate científico).
- b) Generalizaron la teoría keynesiana de la preferencia por liquidez, a partir de un análisis más detallado de la riqueza y de la relación entre riqueza e ingreso.
- c) Como hemos visto el tipo de análisis que se deriva del punto anterior es muy complejo, con lo que el neomonetarismo cumplía también con la condición del "grado de dificultad" que estimula a la joven generación.
- d) Luego, apareció una "metodología" nueva y atractiva según Johnson: "se busca desarrollar modelos sencillos, escogiendo las relaciones esenciales, sin necesidad de ocuparse de las cadenas de causación intermedias; siempre con el fin de obtener mucho de poco."
- e) El quinto "criterio de éxito" consistió en encontrar una relación empírica nueva e importante: la demanda de dinero (en cuya estabilidad consistía el núcleo de la teoría cuantitativa tradicional del dinero) (94).

En resumen, según Johnson, los neomonetaristas se sirvieron de los keynesianos frente a la ortodoxia, para llevar a cabo su contrarrevolución. Sin embargo, concluye, el efecto fundamental de los neomonetaristas ha consistido en "provocar" el "saber convencional", obligando a repensar el problema del rol del dinero en la economía y su uso en política económica. Considera que su éxito será temporal, por haberse concentrado en un problema político menos importante (inflación) que los keynesianos (desempleo), porque "o triunfaremos sin mayores costos sobre la inflación, o nos acostumbraremos a ella."

(94) Nótese, sin embargo, que esto no es irreconciliable con el modelo de equilibrio macroeconómico keynesiano; incluso en la construcción del diagrama IS-LM se asume su existencia.

2.3.3 Grupos de Poder y revoluciones científicas en la Economía Política.

Las interminables discusiones entre los filósofos de la ciencia sobre el monismo y el pluralismo científico, así como la relacionada con los criterios científicos necesarios para que se de una revolución científica, caducan—porque pierden sentido— en la ciencia económica. Y es que, por razones “externas” a la actividad científica, los grupos sociales dominantes —y, en tanto el poder está fuertemente legitimado y anclado en ellos— seleccionan *una* teoría económica: Lo que es válido para ellos es válido para la ciencia “normal”. La clase dominante establece la “verdad” (95): lo que es útil es verdadero (96).

Únicamente en épocas de *crisis del sistema establecido*, en que nuevos grupos sociales sustituyen a los tradicionales, aparecen también situaciones de *crisis en la ciencia*: se inicia un pluralismo (generalmente un *dualismo*) científico y cada enfoque de la ciencia económica es usado por los grupos sociales en pugna. Los nuevos grupos sociales en ascenso promueven la ciencia a su servicio y desempolvan teorías que habían sido ignoradas en épocas pasadas.

Conflicto entre grupos dominantes significa también conflicto entre escuelas económicas (97); la controversia entre éstas terminará cuando el conflicto entre aquéllas haya terminado. La ciencia económica ortodoxa será la que concuerde con los intereses de los grupos sociales que salieron airoso del conflicto.

(95) Reprimiendo “verdades” contrarias a sus intereses. Distinto, en consecuencia, al proceso de selección en el caso de las ciencias naturales.

(96) Hay sin embargo, condiciones adicionales a ello: “rigurosidad”, “formalismo”, etc.

(97) El *neomonetarismo* es la racionalización del liberalismo usado en economías subdesarrolladas durante el período de “desarrollo hacia afuera” (válido en épocas de crisis) y el *Neokeynesianismo* es la racionalización de los intereses de los “nuevos” grupos para imponer su dominio (es decir, respeta sus intereses la política económica derivada de sus recetas nekeynesianas). Así la moda del keynesianismo (estructuralismo) se expandió en América Latina, y se le aplicó específicamente, primero en aquellos países que pasaban a la fase de sustitución de importaciones. Esto se analizará en detalle en la sección 3.2 de la Parte II.

El mismo desarrollo de la sociedad y los triunfos de los nuevos grupos va dándole la "razón" a la "nueva" ciencia: ella concuerda cada vez más con la nueva dinámica de la sociedad y los intereses de los nuevos grupos dominantes. Es sólo marginal —si bien ideal formalmente— si la ciencia cumple también con los requisitos que deben acompañar a toda revolución científica, tal como los ha señalado Johnson (98).

En consecuencia, la dinámica socioeconómica determina la validez o no de una teoría económica específica: nunca puede decirse que una teoría económica sea falsa — lo único que puede decirse es que no es válida en un momento determinado del tiempo. Casi todas las teorías vuelven a tomarse en cuenta, aunque sólo sea parcialmente, en momentos de crisis económica, es decir cuando se busca "reconstruir" la ciencia económica (y por necesidad "social" de los "nuevos" grupos sociales que penetran en la esfera política)(99)

Por tanto: una teoría y política económica no es "verdadera" ó "falsa", sino que es útil o es poco practicable, respectivamente. Por la dinámica social, sin embargo, generalmente lo útil es lo verdadero (lo útil para los grupos dominantes es lo verdadero de los científicos que cultivan la ciencia económica que sirve a sus intereses). Esto es prácticamente una tautología: los científicos desarrollan modelos que cuadran con los intereses de los grupos dominantes, que le dan impulso y dirección a la sociedad —de manera que no pueden ser de otra forma. Los que poseen otra ciencia u otro enfoque de la ciencia son "utópicos" y están en lo "falso"— lo que también es parcialmente "cierto", porque no han captado los intereses dominantes y con ello no son conscientes de la dinámica de la sociedad. La filosofía instrumentalista está a la orden del día, si bien se esconde tras un cientifismo sutil y rimbombante.

- (98) De lo contrario, basta con un "pragmatismo" en materia de política económica (es decir, cuando no hay una ciencia económica coherente), siempre que esté de acuerdo con los intereses de los grupos dominantes.
- (99) Dominio en manos seguras: no hay crisis económica y social. Eso explica el monismo teórico en la ciencia económica. En estado de crisis se desempolvan y renuevan casi todas las teorías "viejas", se busca inspiración en lo "clásico", se maquilla lo antiguo, se repasa la historia de la ciencia económica, "todo" vuelve a adquirir vigencia, se filosofa sobre las bases de la ciencia, etc.

De manera que la ciencia económica dominante ha sido siempre de validez parcial, en tiempo y espacio. La modificación interna al modo de producción dominante, o el cambio a otro modo de producción, hacía caduca la ciencia económica ortodoxa del momento.

Cada modo de producción requiere de un enfoque a la ciencia económica: fase final del feudalismo y mercantilismo; transición al capitalismo y fisiocracia; y capitalismo y teoría económica clásica.

A la vez, cada fase dentro del desarrollo de cada modo de producción requiere de un tipo de enfoque a la ciencia económica: fase inicial del capitalismo y teoría del laissez-faire, así como el keynesianismo a partir de la Gran Depresión.

Las teorías se usan por los grupos dominantes o en ascenso, lo que explica porqué algunas teorías —a pesar de su valor en sí y para épocas posteriores— queden marginadas por mucho tiempo (o, incluso, para siempre)

La teoría económica ha sido y sigue siendo, en consecuencia, herramienta para mantener el orden establecido por parte de los grupos en el poder. A la vez ha servido, en algunos casos, para los grupos que ascienden al poder. En este sentido su rol, si bien en otra esfera de abstracción y en forma más sutil, cumple el mismo que desempeñan los tanques, los castillos, etc. Se complementan unas a otras.

En ese sentido, la ciencia económica es un medio de producción —en su sentido más amplio— como cualquier otro, físico. Con ello entramos en la problemática de la ciencia económica como componente esencial de la “ingeniería social.”

Por tanto, toda revolución científica requiere —para que sea usada— de una revolución social, o —por lo menos— de una modificación profunda en el modo de producción vigente. Pero, también a la inversa: una revolución social que no posee una ciencia económica (y las medidas de política económica consecuentes) puede degenerar y reforzar el orden establecido anterior, impidiendo el dominio de los grupos emergentes.

Son pocos los enfoques económicos de ciencia grande: cuando captan el funcionamiento de *todo* un modo de producción o incluso *más de uno*. Las demás teorías tienen vigencia sólo parcialmente en un modo de producción (mercantilismo en época feudal, keynesianismo y monetarismo bajo el sistema capitalista). Entre las grandes sólo podrían señalarse las escuelas "clásica" y "marxista." Esta, sin embargo, sirve a los científicos para *explicar* la realidad, pero no para manipularla por parte de grupos dominantes, dentro del capitalismo.

Las ciencias "verdaderas" no sirven para los fines indicados, en la medida en que desnudan la realidad social. La ciencia económica "útil" es la que aparece como "objetiva", con el fin de poder contar —por parte de los grupos dominantes— con los científicos para sus propios fines. El científico social —en especial el economista— queda así alienado para servir a los fines de los grupos sociales en el poder.

3. EL NEOLIBERALISMO

La última característica importante de la Escuela de Chicago, su obstinado liberalismo, constituye la temática de este capítulo final de la Parte I.

3.1 Keynes

También para comprender el rol que, según Friedman, debe cumplir el Estado en una moderna sociedad capitalista, hay que analizar previamente la posición "ortodoxa", es decir keynesiana. Basten para ésto algunas citas del propio Keynes ⁽¹⁰⁰⁾.

El liberalismo económico de principios del siglo actual no ha logrado resolver algunos de nuestros problemas más urgentes ⁽¹⁰¹⁾:

"Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la *ocupación* plena y su *arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos*."

De lo anterior que, según Keynes, sea indispensable y de

"importancia vital (. . .) *establecer ciertos controles* centrales en asuntos que actualmente se dejan casi por completo en manos de la iniciativa privada, (. . .). *El estado* tendrá que ejercer una *influencia* orientadora sobre la pensión de consumir, a través de

(100) J.M. Keynes (1936). Ver capítulo 24: "Notas finales sobre la filosofía social a que podría conducir la Teoría General"; pp. 328—337.

(101) Los subrayados son nuestros.

su sistema de impuestos, fijando la tasa de interés y, quizá, por otros medios. Por otra parte, parece improbable que la influencia de la política bancaria sobre la tasa de interés sea suficiente por sí misma para determinar otra de inversión óptima. Creo, por tanto, que una *socialización bastante completa de las inversiones* será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero fuera de esto, *no se aboga francamente por un sistema de socialismo de estado* que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que conviene al estado asumir. Si destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde. Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente *sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad.*” Porque, “(. . .) fuera de la necesidad de controles centrales para lograr el ajuste entre la propensión a consumir y el aliciente para invertir no hay más razón para socializar la vida económica que la que existía antes” (p. 333).

Junto a la “planificación indicativa” debe procurarse la libertad personal:

“Pero, por encima de todo, *el individualismo es la mejor* salvaguarda de la *libertad personal* si puede ser purgado de sus defectos y abusos, en el sentido de que, comparado con cualquier otro sistema, amplía considerablemente el campo en que puede manifestarse la facultad de elección personal. También es la *mejor protección de la vida variada* que brota precisamente de este extendido campo de la facultad de elección, cuya pérdida es la mayor de las desgracias del estado homogéneo o totalitario; porque esta variedad preserva las tradiciones que encierran lo que de más seguro y venturoso escogieron las generaciones pasadas, colorea el presente con las diversificaciones de su fantasía y, siendo subordinada inseparable de la experiencia, así como de la tradición y la imaginación, es el instrumento más poderoso para mejorar el futuro.”

Todo ello con el fin de mantener el orden establecido:

“Por consiguiente, mientras el *ensanchamiento de las funciones de gobierno*, que supone la tarea de ajustar la propensión a consumir con el aliciente para invertir, parecería a un publicista del siglo XIX o a un financiero norteamericano contemporáneo una limitación espantosa al individualismo, yo las defiendo, por el contrario, tanto porque *son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes*, como por ser *condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual*.”

En resumen, la única forma de asegurar la supervivencia del sistema capitalista es incrementado la participación del gobierno en la actividad económica, respetando la propiedad privada de los medios de producción.

3.2 Reviviendo a Adam Smith.

Para Friedman, por el contrario, la mayoría de males del sistema económico contemporáneo pueden ser achacados a la excesiva intervención del Estado en la actividad económica. Su posición general acerca del sistema económico y social óptimo puede resumirse en los siguientes puntos ⁽¹⁰²⁾:

1. La actividad económica y social debe basarse en un “capitalismo competitivo” en el que todo se organiza en base a la *empresa privada* que opera en un *mercado libre*.
2. ¿Cuál es su concepción del Estado?

“Para el hombre libre, el país es la colección de individuos que lo componen, y no algo añadido y por encima de ellos. Está orgulloso de una herencia común y es fiel a unas tradiciones comunes. Pero considera el *gobierno como medio*, instrumento, ni concesor de favores y regalos, ni dueño o dios al que haya que alabar y servir ciegamente. No reconoce nin-

(102) Las citas han sido tomadas de su libro *Capitalismo y Libertad*, Madrid, Rialp, 1966 (la versión original en Inglés fue editada por la Universidad de Chicago en 1962). Todos los subrayados son nuestros.

guna meta nacional, excepto la que reuna al consenso de las metas que persigan los ciudadanos separadamente.”

3. Empalmado ésto con el primer punto, Friedman escribe sobre el rol del Estado:

“En resumen, la organización de la actividad económica mediante el intercambio voluntario, presupone que ya nos hemos encargado, a través del Estado, del *mantenimiento de la ley* y el orden para impedir el uso de la fuerza de un individuo sobre otro, para hacer cumplir los contratos contraídos voluntariamente, definir el significado de los derechos de propiedad, interpretar y hacer cumplir esos derechos, y mantener la estructura monetaria” (Sobre ésto: ver H₁₀).

4. La mayor amenaza a la libertad es la concentración del poder político: Y el gobierno a la vez, que debe asegurarla, puede amenazar a tal libertad:

“La libertad es una planta rara y delicada. Nuestra mente nos dice, y la historia nos lo confirma, que la gran amenaza a la libertad es la concentración del poder. El gobierno es necesario para mantener nuestra libertad, es un instrumento mediante el cual podemos ejercer nuestra libertad; pero la concentración del poder en manos políticas es también una amenaza a la libertad”, porque “el poder para hacer el bien es también el poder para perjudicar; los que controlan el poder hoy puede que no lo hagan mañana; y, sobre todo, lo que un hombre considera como el bien, otro lo puede considerar como un perjuicio. La gran tragedia del impulso centralizador, así como de la tendencia a extender la esfera del Estado en general, es que está dirigido principalmente por hombres de buena voluntad que serán los primeros en lamentar sus consecuencias” (103).

(103) Estamos de acuerdo con esta última argumentación, sólo que creemos que se podrá materializar únicamente en base a un *socialismo descentralizado*, no así el capitalismo, cuyos principios de funcionamiento requieren (como lo estamos observando crecientemente en todos los países) cada vez más del “impulso centralizado” tan temido por Friedman.

5. En consecuencia, la única forma de asegurar la libertad es dejar la actividad económica en manos privadas:

“Basándonos esencialmente en la cooperación voluntaria y en la empresa privada tanto para las actividades económicas como para las de otra especie, podemos asegurar que el sector privado ejercerá un *control sobre los poderes del sector gubernamental*, y una *eficaz protección de las libertades* de palabra, religión y pensamiento.” Supone, en consecuencia, que la actividad privada se controla a sí misma.

6. O sea que el mercado libre asegura la libertad política:

“Las organizaciones económicas tienen una doble función en la promoción de una sociedad libre. Por una parte, la libertad en las organizaciones económicas es en sí una parte de la libertad en términos generales, así que la libertad económica es un fin en sí misma. En segundo lugar, es también un medio indispensable para la consecución de la libertad política”, de manera que “(. . .) la libertad económica, en sí y de por sí, es una parte importantísima de la libertad total.”

Y es que “la evidencia histórica decididamente muestra una relación entre la libertad política y el mercado libre. No sé de ningún ejemplo de una sociedad que en algún lugar o momento haya mantenido la libertad política y que no haya usado también, para organizar el grueso de la actividad económica, algo comparable a un mercado libre”. “(. . .) Lo que hace el mercado es reducir muchísimo el número de cuestiones que hay que decidir por medios políticos y, por tanto, minimiza la medida en que el gobierno necesita participar directamente en el juego” (104).

(104) Por lo demás, el capitalismo competitivo tiene una serie de ventajas adicionales:

- a) “Los grandes adelantos de la civilización (. . .) nunca han salido del gobierno centralizado, (. . .) fueron el producto del genio individual, de opiniones de minoría mantenidos con firmeza, de un clima social que permitía variedad y diversidad”;
- b) “El gran éxito del capitalismo no ha sido la acumulación de propie-

7. Y de ahí parte su crítica a los “dos extremos”; por un lado, al “socialismo”: “En una sociedad socialista no existen estas posibilidades; solamente existe el Estado todopoderoso”; y, por el otro, al anarquismo económico: “Por muy atractiva que sea la anarquía, como filosofía, no es factible en un mundo de hombres imperfectos”.

Toda esta “filosofía social” es perfectamente coherente con —y sirve de base a— la crítica que Friedman formula a la concepción de los keynesianos sobre el funcionamiento de la economía. Así, según Friedman, Keynes consideraba —en su cuestionamiento de la teoría “clásica” —que:

“(. . .) ha sido demostrado que es falsa. El error de Keynes consistió en haber ignorado el papel de la riqueza en la función consumo —o, expresado en otra forma, en haber ignorado la existencia de un stock de riqueza deseado como fin que motiva el ahorro. Todo tipo de fricciones y rigideces pueden interferir con el logro de una posición hipotética de equilibrio en el largo plazo, con pleno empleo; los cambios dinámicos en la tecnología, los recursos y las instituciones sociales y económicas pueden cambiar continuamente las características de esa posición de equilibrio; pero no hay una fundamental ‘imperfección en el sistema de precios’ que de lugar al desempleo como resultado natural de un mecanismo de mercado plenamente operativo” (105).

Con esto regresamos, 200 años después y sin cualificación alguna (106), a la “mano invisible” de Adam Smith. Y la denominada

dad, sino las oportunidades que ha ofrecido a hombres y mujeres para ampliar, desarrollar y mejorar sus capacidades”;

- c) “Es un evidente hecho histórico que el desarrollo del capitalismo ha ido acompañado de una gran reducción de las dificultades que encuentran los distintos grupos religiosos, raciales o sociales con respecto a sus actividades económicas.”

(105) Friedman: 1970 b, en 1974; pp. 15 s.

(106) Sin embargo, Johnson, quien fundamenta tal liberalismo irrestricto de manera similar (1971), añade que el gobierno debe “interferir” en los mecanismos de mercado sólo en los siguientes casos:

- a) Cuando tenemos ‘externalidades’;
- b) Cuando es necesario redistribuir el ingreso de “política social”;
- c) Cuando la estabilidad interna se desmorona, requiere de políticas monetaria y fiscal correctivas; y
- d) Cuando el valor externo de la moneda exige cambiarse para asegurar la estabilidad (Knapp, 1973; p. 29).

revolución keynesiana es reabsorbida por la ortodoxia, según los monetaristas, porque el aspecto central —las consecuencias de la “flexibilidad de precios”— ha sido erróneamente elaborado por Keynes (107).

Por otro lado, la coherencia de su obra, tal como se desprende de su “filosofía” liberalista, se deriva también de comparar ésta con su concepción de la política económica, y que puede resumirse en sus propias palabras:

“(. . .) crecimiento monetario constante y moderado; gastos gubernamentales menores e impuestos menores, con su presupuesto de pleno empleo aproximadamente balanceado; eliminación de los controles de precios y de salarios —tanto los nuevos establecidos por el presidente Nixon, como los más antiguos, tales como los precios de apoyo agrícolas y las tarifas aéreas reguladas. La necesidad fundamental en la determinación de políticas es la reversión del crecimiento del gobierno; para dejarnos una cantidad mayor de nuestros ingresos para nuestro gasto, de acuerdo a nuestros valores propios; para reducir la amplitud con que nuestro Gran Hermano en Washington corre nuestras vidas por su propia cuenta” (1972, pp. XV–XVI).

Y es que “(. . .) hemos estado erosionando la regla de la ley de manera lenta y constante por décadas, a medida que el gobierno ha participado más y más en los asuntos económicos, en vez de limitarse a proporcionar reglas, actuar de árbitro y hacer cumplir los contratos privados. Después de todo, el desarrollo del mercado privado fue lo que hizo posible el movimiento original desde un mundo de status a un mundo de contratos voluntarios. A medida que el gobierno ha tratado de reemplazar al mercado en una y otra áreas, inevitablemente ha llevado a reinstaurar el mundo de status” (ibid., p. 31 s). Según él, si bien es real e importante la “infamia” resultante del poder de los monopolios (empresas y sindicatos), ella es “infima comparada a la resultante del reemplazo de los acuerdos de mercado por edicto gubernamental, comparada con la entrega de poder arbitrario a un número pequeño de burócratas

(107) Knapp, *ibid.*, p. 28.

designados, comparada con la inculcación en el público del respeto por la ley" (ibid).

¿Una filosofía social caduca? Basten dos críticas —íntimamente relacionadas— para responder afirmativamente.

El aspecto más débil del neoliberalismo friedmaniano se debe a su *ingenua concepción del Estado*. Concebir al Estado moderno como *árbitro* entre los grupos sociales ("el gobierno como medio, instrumento, como concesor de favores y regalos") es aceptar las ideas que tienen al respecto periodistas, burócratas y grupos de poder, quienes son precisamente los que se benefician con una definición de esa índole (y que se esmeran en publicitar).

Frente a esta opinión, que puede releerse en cualquier texto elemental de ciencia política, tenemos que el Estado es producto de la división social del trabajo, cuyo papel consiste en reforzar y reproducir la estructura societal establecida, siempre que ésta no esté asegurada por el automatismo económico.

Sus funciones pueden ser clasificadas en tres grupos (Mandel, 1972, cap. XV). En primer lugar, el Estado cumple una función *represiva* (Friedman: "mantenimiento de la ley"), para asegurar la dominación *clasista* en apoyo de la armada, la justicia, la policía, etc. Es claro que una sociedad no puede sostenerse, ni el dominio legitimarse, si ésta fuera la única función del Estado.

Su segundo papel es, en consecuencia, la función *integradora*, que realiza por medio de la enseñanza, el perfeccionamiento, la cultura, los medios de comunicación, etc.

Finalmente, tenemos la función *técnica* que, a diferencia de las anteriores, está íntimamente ligada a la esfera de la producción, tendiendo a asegurar (entre otras) las precondiciones generales y sociales del proceso de producción propiamente tal (medios de transporte, infraestructura, etc.)

Friedman sólo reconoce (y parcialmente) la primera función, ignorando que hoy en día las dos últimas son las fundamentales (como

se deriva del presupuesto público) y que su necesidad es lo que hace crecer la intervención del Estado en la economía y la sociedad. Este crecimiento es, a su vez, reflejo de la creciente dificultad de la reproducción sin fricciones del capital, de su creciente inseguridad para ampliarse y consolidarse en apoyo a las "fuerzas de mercado." La supuesta "hipertrofia irracional" del aparato estatal refleja la radicalización de las actuales contradicciones sociales internas: oposición entre capital y trabajo, entre metrópolis imperialista y colonias o semicolonias, y entre los mismos centros económicos dominantes. De esto que, sin la creciente intervención del Estado y sus diversos "favores" (108), no habrá forma de reducir los conflictos a esos tres niveles, peligrando el "orden" establecido.

Reconociendo esto, la tesis del Estado como bondadoso juez o como representante del "bien común" resulta insostenible.

Por otro lado, a pesar de ser un experto en Teoría de Precios (Friedman, 1962) *sus concepciones sobre el mercado* y sobre las funciones que éste puede desempeñar son imprecisas, por no decir erróneas.

En primer lugar, cae en el mismo error que Ludwig von Mises y Max Weber, ya que *el mercado no es idéntico con capitalismo*: cuando menos ciertas sociedades tribales y en el socialismo de mercado (tanto a la Lange, como a la Vanek) su papel es determinante. Lo que importa, en consecuencia, no es el *tipo de propiedad* (privada, comunitaria, estatal, p. ej.), sino el *grado de descentralización* necesario para evitar la formación de "cliques."

(108) Son variadas las formas en que el estado cumple con este papel: a) Asegura, por intermedio de su política colonial y armamentista, campos de "inversión" en el país y en el extranjero para el capital excedente; b) Refuerza la continuidad del dominio político de la burguesía, transfiriéndola a sus miembros cada vez más desde el parlamento a los cargos supremos de la administración gubernamental; c) Garantiza el uso de parte del capital "desempleado"—especialmente en épocas de sobrecapitalización— encargando y demandando proyectos. También la estati-zación de ramas productivas enteras o de empresas individuales, cuya rentabilidad es reducida, cabe en este mismo renglón de subvenciones al Capital. Y en general, el capital estatal apoya, en tanto es complementario (empresas públicas), al capital privado.

En segundo lugar, casi todo sistema económico es compatible con el mercado. De ahí que su función sea puramente técnica y neutral desde el punto de vista social: el mercado parte de una distribución de la propiedad dada (y políticamente tolerada), así como de un sistema (políticamente dado o soportado) de regulaciones para el uso y la protección de la propiedad, *tendiendo a reproducir ilimitadamente esa estructura* inicial (Heimann, 1963; pp. 112–38).

En ese proceso no sólo está sujeto a decisiones políticas cambiantes, sino también a modificaciones espontáneas en la sociedad —y que modifican el poder relativo de los participantes en el mercado. De manera que el mercado *refleja* la estructura y dinámica de la sociedad, expresando cambios en ella, sin tener por ello fuerza propia ⁽¹⁰⁹⁾. La causación, en conclusión, no parte del “mercado”: de ahí que cualquier reforma profunda del sistema social debe modificar la estructura económica y social si desea tener éxito; no basta, entonces, modificar los datos del proceso de los mercados, ya que éstos sólo reflejan aquella.

Tercero: Tras la apariencia impersonal y automaticista de las fuerzas de mercado, Friedman elimina subrepticamente del marco teórico los *fenómenos de poder* (políticos y sociales, aparte de los económicos) característicos e imanes a toda sociedad humana. El análisis económico que propone discurre, así, partiendo de sujetos económicos —más o menos homogéneos— que toman decisiones tendientes a maximizar (sean beneficios, sean satisfacción), *dadas* las restricciones tecnológicas y del mercado. Con ello se le escapan aspectos fundamentales del funcionamiento del mecanismo de mercado, ya que “la gente usará su poder para modificar el mencionado mecanismo; ya que el poder desigual puede influir determinadamente en los resultados de las operaciones de mercado; ya que la gente puede aspirar hacerse de poder económico tanto como de riqueza económica (...)” (Rothschild, 1971, p. 7) ⁽¹¹⁰⁾.

(109) Los óptimos de Pareto son muchos y compatibles con las más diversas distribuciones del ingreso y la propiedad (Scitovsky, 1972:10).

(110) Esta omisión es tanto más grave cuanto que la Universidad de Chicago publicó en 1943 una obra maestra sobre las “operaciones extramercantiles” firmada por E. Ronald Walker (1943). Incluso estas nociones han sido posteriormente “vulgarizadas” por otros economistas: por ejemplo

Las derivaciones de estas concepciones friedmanianas son de gran alcance. En primer lugar, para él sólo existe el capitalismo competitivo —jamás se le había ocurrido un sistema socialista con mercado, y en ningún lugar de su obra (que yo sepa) opina al respecto (111). Segundo: en lugar alguno Friedman explica la forma en que cree que las “libres fuerzas” del mercado puedan llevar a reducir el poder de los monopolios y los oligopolios. De ahí que su frase “podemos asegurar que el sector privado ejercerá un control sobre los poderes del sector gubernamental” deba modificarse: “podemos asegurar que el sector privado (monopolista) hará suyos los poderes del sector gubernamental.” Y eso es lo que vemos hoy en EE.UU. y, especialmente, en Chile.

En resumen: contrariamente a lo que afirman los economistas, que en el estudio de la ciencia económica no aparece la ley de rendimientos decrecientes, queremos postular que ese principio vale perfectamente: el estudio excesivo de la economía convencional nos cierra la vista a aspectos fundamentales de la vida social, pudiendo llegar a reducir a cero nuestros conocimientos de la economía si la estudiamos en el vacío. Esto lleva a la teoría de Chicago a un “irrealismo” que hace que ni siquiera en EE.UU. tenga utilidad y validez; lo único para lo que parecería servir es *como producto de exportación*, cuyos motivos reseñaremos más adelante. También otras críticas a su neoliberalismo quedarán para más tarde.

3.3 El desarrollo económico en la visión de Chicago (112)

La “filosofía” del liberalismo económico es aplicada a rajatabla y con relativa coherencia por los profesores de Chicago para “resolver” los problemas económicos de los “nuevos estados.”

J.K. Galbraith (1969) demuestra cómo las grandes empresas en los EE.UU. han conformado un “nuevo Estado Industrial” logrando evadir más y más los mecanismos de mercado y “planificando el mundo a su medida.”

(111) En el caso de Chile post Allende esta posibilidad (teóricamente) estaba a la mano: la instauración de un socialismo de mercado.

(112) Esta sección establece el *punte* entre la Parte I de esta Tesis, centrada en los aspectos *teóricos del Monetarismo*, y la Parte II que elabora las *aplicaciones*, implicancias y vigencia de tal teoría para América Latina.

Probablemente son los trabajos de Harry G. Johnson los que mejor expresan tal tendencia y los que mayor impacto han ejercido sobre los especialistas del ramo (113).

El punto de partida (e hipótesis central) de su planteamiento señala que, "casi por definición, el *nacionalismo* es la fuerza motriz de los nuevos estados. Es la motivación para su formación, la llave maestra de su política y, también, uno de los objetivos de su desarrollo (. . .)" (1972 a, p. 25; nuestro subrayado). Reconocido ésto, según Johnson, es fácil establecer "las implicancias del nacionalismo para la *ideología de la política económica*" (ibid., n.s.): "Una de ellas, obviamente, es el intento de alcanzar el máximo nivel posible de *autosuficiencia*. Otra es la *propiedad pública* y la empresa pública en sectores económicos clave y, donde ellas son impracticables, la amplia *regulación pública* y el control de la empresa privada. Una tercera consiste en asegurar, en la medida mayor de lo posible, la participación doméstica o en el control de la *propiedad de empresas extranjeras* y de su administración. Todo ésto implica *discriminación* en favor de los nacionales en general, pero ello también implica *discriminación* a favor de ciertos tipos de nacionales —esto es, la discriminación no es homogénea. La discriminación se aplica particularmente a favor de aquellos que son parte de la propia organización gubernamental o de los que pueden ser asignados o controlados por ella (. . .). Esta discriminación implica confiarse en la nacionalidad, más que en la eficiencia económica, la competencia o el desempeño productivo (. . .)" (ibid., p. 27, n.s.). No hay pues cómo remontar el subdesarrollo si no es sobreponiéndose al nacionalismo y su corolario de política económica "discriminatoria."

Al respecto vale la pena plantear tres objeciones a Johnson, relacionadas con las temáticas de nacionalismo, política económica intervencionista y discriminación.

(113) Sea por la brillantez y la claridad de su exposición, pero quizás sobre todo porque rebasa el marco del análisis "estrictamente económico." Por otro lado, Friedman (en: *Money and Economic Development*, 1973) es extremadamente "naive" en sus concepciones de la problemática del desarrollo económico, probablemente por carecer de experiencia prolongada sobre el tema y de casos específicos, exceptuando quizás Chile. En todo caso, los aportes de Harberger y Sjaastad sobre la materia son más relevantes y "sofisticados", como veremos.

En primer lugar conviene explicitar la “vaciedad” de su concepto de nacionalismo.

De un lado, Johnson no explica cual es el origen del nacionalismo específico a que se refiere y que parecería caer del cielo o ser una característica innata de las sociedades “tradicionales”, y, por tanto, ajena a las sociedades “modernas”. Esto no parece corresponder a los hechos como se constata de simples observaciones: la historia que se desató en ciertos países europeos a raíz de la “invasión” de capitales árabes a partir de 1974 (v. gr. cuando se pretendió comprar la “Mercedes Benz”) y la gran acogida que tuvo el libro de Servan Schreiber en el viejo continente, acusan de nacionalistas extremos incluso a los “universalistas” europeos. En añadidura el supuesto cosmopolitismo de los norteamericanos, expresado por ejemplo en décadas pasadas, en su política liberal de comercio exterior, es en última instancia nacionalista, valga la redundancia, en la medida en que favorece los intereses “nacionales”. Hoy en día cuando los EE.UU. levantan barreras arancelarias contra los productos manufacturados de las economías de la periferia, el nacionalismo sale de su escondite en toda su magnitud. Así, no es que se han convertido en nacionalistas en los últimos años: lo que sucede es que los intereses nacionales *en unos casos* son servidos mejor por una actitud cosmopolita y *en otros casos* por una nacionalista-proteccionista. Ambas son “nacionalistas”, si bien sus consecuencias dependen de la política económica que se adopte, la que a su vez es función de la modalidad de acumulación vigente y de los intereses sociopolíticos dominantes (114).

Por otra parte, según el enfoque del autor, el “nacionalismo” da lugar al control por —parte del Estado— y a la discriminación contra ciertas fracciones de capital, sobre todo de las de origen foráneo. Y el planteamiento debería partir del otro lado de la afirmación, invirtiendo la relación de causalidad: la penetración del capital extranjero y la existencia de “oligarquías” dan lugar a la formación de “intereses contrarios” (115) —y que se expresan a

(114) Véase el mismo tema en una perspectiva histórica y en relación al papel de la teoría económica: Joan Robinson, 1962.

(115) Pensemos en los gobiernos “populistas” latinoamericanos; véase, más adelante.

través de un determinado tipo de nacionalismo— que, utilizando las estructuras del Estado, buscan imponer sus condiciones a través de la “autosuficiencia” (116).

Finalmente, e integrando las afirmaciones de los dos párrafos anteriores, cabe una generalización: el nacionalismo no es sino el mascarón ideológico que expresa intereses específicos de ciertos grupos sociales. Así, su origen y formas concretas de expresión varían en tiempo y espacio de acuerdo a las constataciones socio-políticas vigentes. Pero, siempre y en todo lugar, el nacionalismo persiste en las sociedades humanas, en formas más o menos “demagógicas” o sutiles, no habiendo llegado a nuestro conocimiento aún una nación no o antinacionalista (si bien en algunos casos el racismo o el regionalismo pueden llegar a tener más fuerza que el nacionalismo).

En *segundo* lugar, es válida su caracterización de una *determinada política económica* que pretende llevar a la “autosuficiencia” con la participación creciente del Estado, discriminando contra el capital extranjero y ciertos capitales nacionales. Pero, tal “ideología de la política económica” es de vigencia limitada en tiempo y espacio; así, encuadrándola en América Latina y respetando las variantes que se dan de país en país, rige básicamente durante el período que transcurre entre la Gran Depresión y los años sesenta del siglo actual, por razones y con las características que se revisarán más adelante (ver Parte II, capítulo 2).

En tercer lugar, Johnson se queja de la *discriminación* a que da lugar tal política económica, ignorando que toda sociedad humana discrimina —de una u otra forma— entre fracciones sociales, favoreciendo a unos y perjudicando a otros. Basten para ello algunos ejemplos de los propios EE.UU: la discriminación de la mujer frente al hombre (Mitchell; Power; Gordon) de los negros contra los blancos (Franklin y Tanzer), de ciertos países frente a otros (Magdoff) (117), por no hablar del trabajo frente al capital, si bien

(116) Más precisamente: sustitución de importaciones en el caso de América Latina luego de la Gran Depresión y sobre todo a partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial

(117) Artículos incluidos en Mermelstein (1970).

todo esto pueda ser tildado de "propaganda comunista" o "demagogia". Johnson parecía asumir, en consecuencia, que el buen funcionamiento del sistema de mercado asegura que "a cada uno se le dé el valor de su contribución marginal a la producción nacional."

En añadidura, toda política económica favorece intereses específicos. Un tipo de cambio sobre o subvaluado beneficia a importadores (e industriales) o exportadores, respectivamente. Tasas reales positivas o negativas discriminan a favor de prestamistas o prestatarios, respectivamente. Los términos de intercambio fomentan a sectores rurales o urbanos, según la coyuntura. Y así, sucesivamente, si se toman en cuenta las políticas tributaria, arancelaria, de comercio exterior, etc.

En resumen: en las frases citadas de Johnson se filtran nuevamente las grandes debilidades del enfoque económico de Chicago: su ignorancia de los avances en las demás ciencias sociales, la falta de un encuadre histórico a sus análisis y la pretendida solución de todos los problemas económicos a través de los mecanismos de mercado.

Continuando con el trabajo citado de Johnson, pasa luego a analizar las *condiciones* que deben cumplirse para llevar a cabo el desarrollo económico y que son fundamentalmente dos: Crear las condiciones estructurales e institucionales para *implantar el capitalismo* en las economías periféricas, por un lado, e implementar las medidas tendientes para instaurar el reinado de las *fuerzas de mercado*, eliminando los obstáculos para el "libre" juego de la oferta y la demanda, por el otro.

A su vez la materialización de ambos requisitos impregnaría de *racionalidad* al proceso económico y social de la formación social en cuestión. Veamos esto. Es necesario detenerse en su concepción implícita de la noción de racionalidad, que para él es sinónimo de eficiencia y funcionamiento libre del mercado, punto en el que coinciden sin excepción los economistas de la escuela de Chicago y, en general, los neoclásicos.

Para Johnson —y en general, para los neoclásicos— “racionalidad” y “capitalismo” son sinónimos. Se filtran aquí el etnocentrismo y la deformación profesional (como economista, en este caso) del autor.

La falta de respeto y la subvaluación de culturas foráneas por parte de los economistas formados en teoría económica convencional es evidente, reforzada por falta de conocimiento profundo de otras realidades sociales, a las que se juzga de “irracionales” e “ineficientes”: se juzga así, en base a juicios de valor que en ese caso coinciden con su “educación” y experiencias en sociedades de capitalismo central.

Respecto al segundo punto, la “formación” del economista se sustenta en el principio de que su objetivo debe ser siempre el de alcanzar fines específicos a partir del uso de recursos alternativos, definición “convencional” de economía y más precisamente: definición de toda actividad “racional”. La dificultad surge de que ésto lo aplican inmediatamente a la economía: se habla de fines económicos (maximizar ganancia o satisfacción) y de recursos económicos (básicamente materiales). Se olvida así que la lógica de la acción formal es

- a) Vacía, porque no significa nada, mientras no se explicita el contexto social y político en el que se desenvuelve tal actividad; y
- b) Que tal racionalidad varía en tiempo y espacio.

Generalmente se define la actividad económica como “la mejor utilización de medios limitados con el objeto de alcanzar las finalidades deseadas” (Koopmans). Godelier señala al respecto que “nos encontramos frente a una definición formal de lo económico” la cual de nada sirve, y de un principio de racionalidad que para esclarecer cualquier tema económico necesita que la economía se defina correctamente. Esto significa que nada se puede *deducir* del principio general de la acción racional y que son necesarias tres condiciones para que la investigación de la racionalidad económica desemboque en conocimientos científicos:

- “10.- Que lo económico en general se defina en términos reales y no en términos formales, en términos de estructura y no de comportamiento.
- 20.- Que la estructura específica de un sistema económico específico se conozca o se suponga como tal, para que la racionalidad del comportamiento de un agente económico en el seno de este sistema se pueda analizar.
- 30.- Finalmente, que se dé o se conozca una cierta estructura de las necesidades de los miembros de una sociedad, es decir, una jerarquía específica de finalidades-objetivos, (...) los partidarios de la definición formal de lo económico, a fin de lograr conocimientos positivos, reintroducen subrepticamente estas tres condiciones y así pueden creer que deducen estos conocimientos de un principio general formal” (Godelier, 1967; pp. 14s).

FIN DE ETAPA

Ha sido gran mérito de la escuela económica monetarista, específicamente en la versión del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, el haber renovado y puesto al día la teoría y política económica del pensamiento neoclásico. Desde inicios de la década de los años cincuenta, bajo el liderazgo de Milton Friedman, el enfoque neoclásico-monetarista sentó bases y adquirió nuevos bríos, después de quedar relegado durante décadas a raíz de la revolución Keynesiana. Esa “contrarrevolución” contribuyó, asimismo a renovar el anquilosado edificio de pensamiento de los keynesianos. Pero es sólo a partir de la segunda mitad de la década del sesenta que —ciertamente como consecuencia de los problemas de inflación y desempleo recurrentes en economías como la norteamericana— la escuela neoclásica va colmando contundentemente las escuelas de economía y, sobre todo, las políticas económicas de los principales países de occidente. El Premio Nobel concedido a Friedman y la aplicación del monetarismo con la señora Thatcher en Inglaterra, marcan el apogeo de este enfoque a la

economía y, probablemente con las recetas del nuevo presidente norteamericano, se juegue su gran carta (final?).

En esta primera parte de la investigación hemos tratado de sintetizar las principales características de la escuela de Chicago, como versión más nítida —si bien, también, más radical— de este “nuevo” pensamiento económico. Sin embargo, el éxito que tiene en la vida real —tanto en las Facultades de Economía, como entre los más diversos gobiernos— no parece corresponderse con su lucidez y coherencia teóricos. Resumamos este punto.

Hemos visto que se trata de una escuela que renueva el monetarismo postulando una masa monetaria exógena, cuando es conocida la presión que hay sobre los bancos centrales, tanto del propio gobierno, como de los gremios empresariales. Arguir que la causa de la inflación estriba en el exceso de la masa monetaria, deja de ser una explicación científica, para permanecer en la mera tautología. Una teoría científica de la inflación, así como las recetas de política económica que deben derivarse de ahí, debe contemplar los diversos agentes e intereses económico-políticos que presionan por una expansión de la masa monetaria. Y ello, a su vez, obliga a un estudio detallado de las bases económicas de cada grupo social, para desentrañar un modelo dinámico del quehacer económico. En tal sentido la masa monetaria y la inflación no son sino un aspecto de la complicada trabazón de una sociedad dentro de la economía mundial y de los diversos grupos de interés y fracciones de clase que persiguen incrementar o mantener su participación en el Ingreso Nacional.

También hemos visto que el neopositivismo que guía el enfoque teórico y la investigación de esta escuela pretende una objetividad en el análisis económico que no es posible ni deseable. A ello se aúna el hecho que se trata de un enfoque unidisciplinario que busca convertirse en totalizante y universal, con lo que pierde perspectiva histórica y espacial.

Finalmente, la escuela se presenta como neoliberal, enfatizando en la “competencia” *in vacuo*, ignorando la tendencia histórica a la concentración y centralización del capital. A ello se une su anti-

estatismo extremo, en la pretención de eliminar todo rasgo interventor, dejando con ello toda decisión en el "poder central" del gran capital.

Estas tres características de la escuela de Chicago, sin embargo, resultan de gran utilidad para determinados intereses que han saltado al proscenio a raíz de la crisis económica mundial, tanto en los países centrales, como en las sociedades de capitalismo periférico. El supuesto ascepticismo, la aversión al estado en su acción económica y su visión universalista hacen de esta teoría un útil instrumento para reforzar el poder económico y político de determinadas fracciones del capital, fenómeno que pasaremos a analizar en la segunda parte de esta tesis.

**PARTE SEGUNDA: PRAXIS Y RACIONALIDAD
DEL MONETARISMO**

INDICE	Página
Introducción	95
1. Acumulación, Conflicto y Política Económica en América Latina	97
1.1. Las modalidades de acumulación del capitalismo periférico	100
1.2. Dinámica sociopolítica y Estado	107
1.2.1. La dinámica de clases	108
1.2.2. Formas de Estado	112
1.3. Política económica y formas de acumulación ..	116
1.4. Resumen y conclusiones	120
2. Crisis de Coyuntura y Monetarismo	123
2.1. Orígenes y características del 'populismo'	124
2.2. Política económica y 'poder compartido' en el período de post-guerra	127
2.3. Intereses y manipulación de precios	130
2.4. Precios relativos y crisis	136
3. Crisis Estructural y Monetarismo	145
3.1. Friedman y Chile	147
3.1.1. Las Universidades de Chicago y Católica	147
3.1.2. El liderazgo de Friedman	150
3.1.3. ¿Imperialismo científico?	156
3.2. ¿Éxito o fracaso económico?	162
3.2.1. Crecimiento Económico	164
3.2.2. Inflación y Remuneraciones	169
3.2.3. Balanza de Pagos y Deuda Externa	170
3.2.4. Empleo y distribución del Ingreso	178
3.3. La lógica del nuevo modelo de acumulación ..	188
3.3.1. Estructura social y política económica ..	189
3.3.2. La racionalidad del proceso	198
Proyección Adicional	201

INTRODUCCION

A lo largo de la primera parte de esta investigación nos hemos limitado al análisis crítico del *pensamiento* monetarista contemporáneo. Sólo marginalmente se hicieron comentarios sobre su *aplicación* a economías concretas (i. e. la norteamericana).

En esta segunda parte, enfatizaremos primordialmente la *praxis* del monetarismo, con leves alusiones a la *teoría* que lo guía; ciertamente, sin perder de vista que no se puede separar una de otra.

Descubiertas las debilidades teóricas del Monetarismo, cabe preguntarse por su vigencia en América Latina, tanto durante las décadas pasadas, como especialmente durante la presente, en la que está amenazando crecientemente en convertirse en el *único enfoque* de teoría económica y de política económica.

Nuestra intención es, en consecuencia, detectar la "racionalidad" del Monetarismo para la década presente y para el caso específico de América Latina. Responder a esa problemática obliga, sin embargo, a desentrañar el carácter de las formaciones sociales del subcontinente, su dinámica sociopolítica y los intereses dominantes. Esta necesidad y propósito explica el esquema global de esta segunda parte, en la que procederemos de la siguiente manera.

Un primer capítulo desarrolla el marco teórico general para la comprensión de la dinámica económica latinoamericana, desde su acoplamiento al mercado mundial hasta el presente. Los

cambios de tal subordinación a la división internacional del trabajo representan la esencia del planteamiento. Y ello, a su vez, nos da las pautas para la comprensión totalizante de la compleja interacción entre la dinámica del capital, el conflicto y el consenso sociales, así como de las características de la política económica, todos ellos en juego e interdependencia mutuas.

Este marco teórico nos permitirá distinguir los momentos históricos precisos en que el monetarismo adquiere vigencia y “necesidad” en América Latina, tema que abarca los dos capítulos restantes de esta parte II.

El capítulo segundo afina el lente de mira, centrándose en la denominada fase de “desarrollo hacia adentro” o de “sustitución de importaciones”, cuyas crisis recurrentes llevan a la aplicación *temporal* del recetario monetarista —en la versión del Fondo Monetario Internacional—, lo que expresa una lógica coyuntural específica en el manejo de la política económica. Pero en este periodo este recetario del manejo económico no es dominante, sino más bien el estructural-keynesiano (en los periodos de auge económico).

La culminación o “agotamiento” de la “sustitución de importaciones”, marcada por crisis de balanza de pagos sin precedentes y por niveles de inflación de tres dígitos, apertura el campo para la aplicación de la política económica neoliberal en el subcontinente, haciéndola aparecer como “racional”, gracias al surgimiento —al interior justamente de tal proceso de industrialización dependiente— de nuevas fracciones del capital que llaman a la “apertura externa”, casi sin límite, de nuestras economías. Este aspecto se desarrolla en el tercer capítulo, que ilustra lo que concebimos como un caso *tendencialmente* general para América Latina en lo que queda del siglo XX. Para ello nos centraremos en el análisis de la dolorosa experiencia instaurada en Chile a partir de 1973. Este “exitoso” caso de aplicación de la política monetarista —en la versión de Chicago— nos permitirá fundamentar nuestras hipótesis de partida y profundizar en algunas de sus consecuencias.

1. ACUMULACION, CONFLICTO Y POLITICA ECONOMICA EN AMERICA LATINA

La insatisfacción respecto al estado actual de nuestra capacidad de explicación y pronóstico económicos es generalizada (118). Como en otras ciencias y en otras épocas para la ciencia económica, también ahora tal desconfianza ha surgido de las crecientes incongruencias entre la teoría económica y la "realidad" (i. e. las necesidades del capital). Las causas a las que se atribuye tal incoherencia son múltiples, y que para los fines de este trabajo se reducirán a una, a nuestro entender central en tanto engloba a gran parte de las demás: la *unidisciplinaridad* de la ciencia económica.

En esta perspectiva, los objetivos que se tratan de alcanzar en este capítulo son varios. El *primero* consiste en introducir a la *bibliografía* reciente publicada por economistas y, sobre todo, por sociólogos y politicólogos latinoamericanos que han logrado integrar de diversas formas novedosas el análisis y las "variables" políticas y sociales con las de corte típicamente económicas.

A diferencia de la mayoría de economistas que juzgan por "demagógicas y difusas" a las demás ciencias sociales, consideramos que los avances recientes de la sociología y la ciencia política latinoamericanas son indispensables para poder comprender la dinámica económica de los países de capitalismo periférico. En este sentido este capítulo servirá también a manera de introducción para los economistas que consideran que debe haber una "mutua indispen-

(118) Consúltese Braun (1973), Harcourt y Laing (1971), Hunt y Schwartz (1972), Mermelstein (1970) y Teubal (1972).

sabilidad" entre científicos sociales (incluso si hay divergencias irreconciliables entre sus marcos teóricos) (119).

Segundo: en base a una síntesis de esos refrescantes aportes se planteará un *marco teórico* que integra las componentes fundamentales: las modalidades de acumulación, la dinámica sociopolítica y la política económica (120). El Cuadro No. 1 ilustra, muy esquemáticamente, los niveles de análisis y la estructura de tal "modelo". El nivel C viene en él "explicado" —sin dejar de reconocer las interdependencias— por los niveles B y A, que son precisamente los que se dejan de lado en la ciencia económica dominante. Creemos que el análisis económico sólo podrá llevar a una ciencia económica relevante si logra integrar en su marco tales *niveles determinantes*.

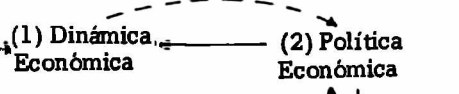
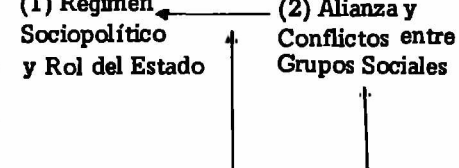
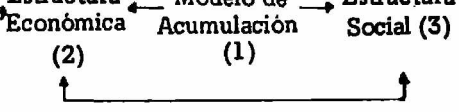
De ahí que nuestro planteo deba partir necesariamente de la explicitación de las diversas *modalidades de acumulación*, determinadas en última instancia por la dinámica del capitalismo metropolitano (sección 1.1.). Cada uno de esos modelos de desarrollo da lugar a (y viene condicionado por) una *estructura y dinámica sociopolítica* específica que, por un lado, los implanta y que, por otro, los rompe desde dentro. Esta dinámica busca expresión a través del *régimen político y del Estado*, cuya forma y naturaleza refleja la pugna entre los segmentos sociales y fracciones de clase, así como la relación fundamental de "dependencia" (Cardoso y Faletto, 1977: 374). Ambos aspectos se tratan en la sección 1.2.. Finalmente, desde este enfoque, *la dinámica y política económica* de

(119) A lo largo del trabajo iremos nombrando las contribuciones más importantes, de utilidad para el economista, en las que se combina el análisis económico con la dinámica sociopolítica, el papel del Estado y las modalidades de acumulación. Entre los no economistas que trabajan en esta área destacan: Portantiero, O'Donnell, Malloy, Graciarena, Skidmore, González Casanova. Entre los economistas figuran, entre otros, autores tan disímiles como Abalo, Canitrot, Chossudovsky, Ferrer, Pinto, Vuskovic. En esta última enumeración no se ha señalado los autores más conocidos y que han venido trabajando a partir de esta óptica desde la década pasada y que, en gran medida, han sido rebasados por los desarrollos teóricos de la década actual: Baran (1957), Hirschman (1964) y Frank (1968).

(120) Se sentarían, de esta manera, las bases para el desarrollo de un enfoque transdisciplinario, más que interdisciplinario.

corto y mediano plazos no son sino procesos resultantes de la interacción entre la estructura (modalidad de acumulación) y la coyuntura (sociopolítica) socioeconómica: sus tensiones, contradicciones e interdependencias permiten comprender las tendencias de las "variables" propiamente "económicas" que interesan al economista y que son motivo de su única preocupación (sección 1.3.). Consideramos que sólo a partir de un marco conceptual tan vasto y semejante al aquí presentado es posible estudiar la economía, convirtiéndola en ciencia social (121) y apartándola del análisis económico convencional que irresponsablemente se queda en la ingeniería social. El cuadro que sigue resume nuestro planteamiento general respecto a la correspondencia entre "variables".

Cuadro 1:
ANALISIS ECONOMICO, DINAMICA SOCIOPOLITICA Y
MODALIDADES DE ACUMULACION

Tipo de Análisis	Los Componentes del "Modelo"	Nivel de Abstracción (Tiempo)
C. Económico		C. Apariencial
B. Sociopolítico		B. Coyuntural
A. Integrado		A. Estructural

(121) Son cada vez más los científicos sociales que trabajan en este intento, apartándose de los éxitos fáciles (y aparentes) que brinda la teoría económica dominante para explicar y pronosticar la dinámica económica.

Alcanzado el objetivo anterior, podemos sentar —en *tercer* lugar— las bases para establecer la *correlación* que se ha dado en América Latina entre formas determinadas de acumulación, alianzas y conflictos particulares entre fracciones de clase y políticas económicas específicas. El Cuadro que sigue establece, si bien exageradamente simplificadas, tales relaciones para el caso del capitalismo periférico en América Latina. Finalmente, de ahí se derivan las *condicionantes* más profundas de las “variables económicas” propiamente tales (122).

1.1 Las modalidades de acumulación del capitalismo periférico

Los países latinoamericanos de mayor grado de desarrollo relativo (específicamente: Argentina, Brasil y México) han transitado, desde su inserción plena al mercado capitalista internacional en el siglo XIX, por diversas modalidades de acumulación: pasaron del modelo primario exportador o de desarrollo *hacia afuera* (hasta 1910/1930), al modelo de industrialización dependiente o de desarrollo *hacia dentro* (o de sustitución de importaciones, que culmina en la década de los años sesenta), hasta llegar al modelo industrial exportador o de desarrollo *asociado* (Cardoso y Faletto, 1969; Cardoso, 1971, 1974), “fase” ésta en la que se encuentran actualmente (123). Está demás decir que la transición de una a

(122) En este trabajo se ubicarán en primera plana los condicionantes internos de la dinámica y política económicas. Ello no significa que se esté subvaluando la *determinación dominante* que surge de las modalidades internacionales de la división del trabajo y de las modificaciones del “orden” económico internacional.

(123) Caben aquí dos precisiones. Por un lado, que la “etiqueta” de cada modalidad deja mucho que desear; sin embargo, sigue siendo una buena primera aproximación para nuestros fines, por ser la terminología más conocida en los análisis convencionales, fundamentalmente a partir de las publicaciones de la CEPAL. Por otra parte, es evidente que cada modalidad de acumulación tiene su propia periodización, siendo indispensable distinguir entre sus diversas etapas: de implantación, de maduración y de resquebrajamiento de cada una de ellas. Las implicancias e importancia de esto quedarán aparentes más adelante. Basta decir aquí que las *inconsistencias* entre “predominancia económica” y “hegemonía política” —en la acepción gramsciana— juegan un rol determinante para dilucidar la periodización interna a cada “estilo de desarrollo”. Sobre esta problemática compleja consúltese Portantiero (1974).

Cuadro 2:
LA CORRELACION DEL CASO LATINOAMERICANO

<i>Modalidad de Acumulación ("estrategia de desarrollo")</i>	<i>Régimen Socio-Político (Bloque hegemónico)</i>	<i>Tipo de Estado</i>	<i>Política económica "Natural"</i>
1. Primario-Exportador (crecimiento hacia fuera)	Gran capital extranjero agrominero; oligarquía; gran comercio importador	Central-Patrimonial u Oligárquico	Liberalismo Ortodoxo
2. Secundario-Interno (desarrollo hacia dentro)	Burguesía industrial; capas medias; aristocracia obrera.	Nacional-Populista	Intervencionismo Keynesiano (estructuralismo)
3. Secundario-Exportador (industrialización exodirigida)	Gran capital extranjero; gran burguesía industrial nacional; tecno-burocracia	Burocrático-Autoritario o Monista Corporatista	Neo-Liberalismo

otra modalidad es un fenómeno extremadamente complejo y que no nos interesa aquí en detalle, pero se puede señalar también —en base a las investigaciones al respecto— que la propia dinámica de cada modalidad lleva forzosamente a la siguiente, reforzada por las modificaciones de las modalidades dominantes del capitalismo central (Vuskovik, 1979).

A diferencia de los países “grandes”, la mayoría de las demás economías latinoamericanas —que se han insertado de manera similar a la economía mundial— han traspuesto ya, en función directa a la magnitud de su propio mercado interno, el modelo primario-exportador, transcurriendo actualmente (exceptuando a Cuba) por la vía de la denominada sustitución de importaciones (124).

Conviene ahora pasar a describir, a manera de repaso (125), cada uno de estos modelos de desarrollo económico, enfatizando en el hecho que se distinguen entre sí al nivel de la *esfera de la producción*. Se hablará en cada caso de “tipos ideales” en su concepción weberiana (126).

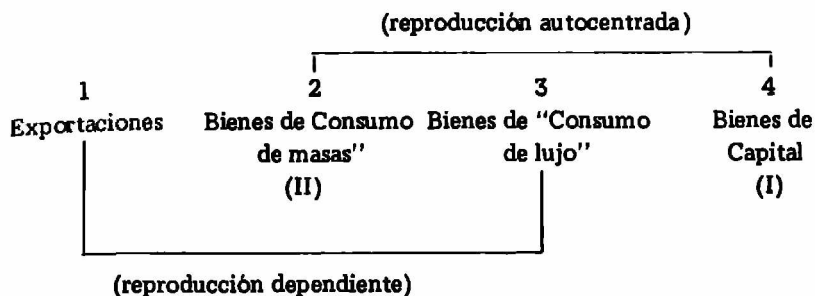
Siguiendo a Samir Amin (1974), distinguiremos entre economías *autocentradas* y *periféricas*, análisis que procede a partir de la articulación de las cuatro secciones productivas que se grafican a continuación (127):

(124) Nuestra hipótesis es que estas economías no adoptarán el modelo de desarrollo asociado —como lo evidencian los casos de Uruguay y Chile que estaban en condiciones de hacerlo en 1974 y 1973 respectivamente— ya que ésto tropezaría con la nueva división intercontinental del trabajo, en la que México, de un lado, y Argentina y Brasil del otro, juegan un papel trascendental en los mercados de centro y sudamérica respectivamente. La difusión de la noción de subimperialismo procede de estos eventos.

(125) Ya que son en demasía conocidas estas modalidades, sobremanera a raíz de la avalancha de literatura aparecida en relación al problema de la “dependencia” y el imperialismo.

(126) Véase respecto a la validez de este tipo de estrategias de investigación el ensayo de Reyna (1971).

(127) Queda pendiente si ésta es la forma más adecuada de presentar las características de las diversas modalidades de acumulación. Consúltese, también, para enfoques distintos, los trabajos de Abalo (1976) y Cordera (1976). En todo caso, las consecuencias para los fines propuestos de este trabajo no variarían de aplicarse estas otras formas de ordenamiento e interacción.



Los subsectores incluidos abarcan en el sector 1: insumos primarios y alimentos no elaborados; sector 2: artículos de la agricultura, ganadería y pesca de consumo humano internos, industrial textil y "esenciales"; sector 3: sobre todo, bienes de consumo duradero; y sector 4: equipo, bienes intermedios, etc.

Según Amin, la combinación fundamental en el sistema autocentrado es la que se da entre los sectores 2 y 4, que ha caracterizado efectivamente el desarrollo histórico de los países capitalistas centrales y tal como ha sido analizado en "El Capital" (coincidiendo con los sectores I y II, respectivamente, del modelo de reproducción de Marx).

Un aspecto crítico de su "modelo", y que llama poderosamente la atención a primera vista ⁽¹²⁸⁾, es la caracterización de los sectores 2 y 3 a partir de la distinción entre bienes *de masa* y bienes *de lujo*. De ahí que sea necesario recalcar el carácter *históricamente relativo* de estas categorías: "estrictamente, según esta terminología, sólo podría denominarse productos de 'lujo' a aquellos cuya demanda se deriva de la parte consumida de la ganancia. La demanda que se genera a partir de los salarios aumenta con el

(128) Recuérdese la "eterna" discusión entre economistas, cuando se trata de distinguir entre bienes "esenciales" y bienes "de lujo", sea a partir de las elasticidades-ingreso, sea en base a la teoría de las preferencias lexicográficas.

crecimiento económico, con el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas. Mientras que en el inicio de la historia del capitalismo esta demanda se dirigía casi exclusivamente a bienes de consumo primario —alimentación, vestimenta y vivienda—, hoy en día, a un nivel de desarrollo más elevado, se transfiere crecientemente hacia bienes de consumo duradero (automóviles, aparatos electrodomésticos, etc.). Estas transformaciones históricas del carácter de los productos de masa tienen una elevada significación para la comprensión del problema que nos ocupa. La estructura de la demanda en los inicios del sistema favorece la revolución agraria, en tanto abre posibilidades de absorción de alimentos a partir del mercado interno (históricamente, la transformación de la agricultura ha adoptado la forma del capitalismo agrario). Conocido es también el rol histórico de la industria textil y de la construcción urbana en el proceso de acumulación. Contrariamente, los bienes de consumo duradero, cuya producción absorbe grandes cantidades del capital y de fuerza de trabajo calificada, aparecen en el momento preciso en que la productividad de la agricultura y en aquellas ramas industriales que no producen bienes de consumo duradero ya ha traspuesto importantes etapas" (Amin, 1974:75).

Frente a este modelo (consumo de masas/bienes de capital), y respondiendo en parte a la dinámica de éste, tenemos el modelo de acumulación y de desarrollo socioeconómico de la periferia del sistema económico internacional. Las necesidades del capitalismo central de elementos constitutivos de capital constante (materias primas) o de capital variable (alimentos) dieron lugar a la formación de un sector de exportación en estos países, y que habrá de desempeñar un papel decisivo en la formación de sus respectivos mercados internos.

Inicialmente el esfuerzo productivo se centra casi exclusivamente en el sector 1, que recibe mano de obra barata, alimentada a partir de la producción "tradicional" del sector 2. Los bienes "industriales" del sector 3 se importan íntegramente por parte y en beneficio de las diversas fracciones privilegiadas del modelo de desarrollo hacia afuera (latifundistas, comerciantes, empleados, funcionarios públicos, etc.).

A medida que se expande la actividad exportadora y, por la misma mecánica de acumulación, se va incorporando a una población cada vez más numerosa al mercado capitalista, ampliando la demanda interna. Con ello se pasa al modelo de sustitución de importaciones, en el que la reproducción se centra —en lo que se ha dado en llamar el período de sustitución “fácil”— en los sectores 1 y 3, predominando esta última. Finalmente, según Amin, se procede a desarrollar el sector 4, pero para que sirva a la producción —previa expansión del mercado interno— del sector 3 (y 1), y no del sector 2 como se dió en el modelo autocentrado.

Hasta aquí llega Amin (ibid. Dos Santos, 1970). Cabe añadir nuestra tercera modalidad de acumulación que consiste en convertir —una vez “agotada” la fase de sustitución de importaciones— al sector 3 en sector de exportación y reforzando el desarrollo del sector 4, tal como sucede en el modelo de desarrollo asociado (Cardoso, 1974): Argentina, Brasil y México en la década actual.

La transferencia de una modalidad de acumulación a otra viene determinada por la dinámica sociopolítica interna y por las modificaciones del capitalismo a nivel mundial. Veamos aquí únicamente las contradicciones que, al nivel de producción, determinan tal transformación (dentro del propio capitalismo periférico).

El paso del desarrollo hacia afuera al desarrollo hacia adentro se produce:

- a. Por la necesidad de ampliar el mercado interno que venía restringido en virtud de que (Dos Santos, 1970): gran parte del ingreso nacional provenía del sector exportador y se usaba para la compra de los medios de producción del mismo sector (que a menudo fluía al exterior) y de los bienes de consumo de lujo importados para los grupos adinerados; la fuerza laboral estaba sujeta a elevados niveles de “sobree explotación”, lo que limitaba su capacidad de compra; y dado que proporción importante de la ganancia, sobre todo en las economías de exportación de tipo enclave, fluían al exterior.

- b. Ligado a lo anterior, por la necesidad de encontrar nuevas posibilidades de inversión, sobre todo de parte de las fracciones del capital más "moderno", tanto nacional como extranjero que han ido ampliando poco a poco sus inversiones en sectores económicos dirigidos a satisfacer la demanda interna de las capas sociales privilegiadas (Departamento 3).

Así, las exigencias de acumulación de este modelo (exclusión política y económica "natural" de amplios sectores de la población y concentración de los frutos del incremento de la productividad en un sector reducido) entra en contradicción con las necesidades objetivas del capital dominante, que requiere de una ampliación selectiva del mercado interno (por el lado de la demanda), y —ya que la política económica convencional de libertad de importaciones había imposibilitado la diferenciación de la estructura productiva interna— un aumento pronunciado y seccionado de los aranceles (por el lado de la oferta). Tal contradicción se expresa —a nivel sociopolítico— por la imposibilidad de las fracciones dominantes de establecer una legitimación política a partir de los años treinta.

De otra parte, las contradicciones económicas del modelo de "desarrollo hacia adentro" han sido desarrolladas por varios autores; aquí nos centraremos en las más importantes.

Según Benetti (1974, Parte II) en este caso las limitaciones a la reproducción de la ganancia provienen de dos elementos interdependientes: la concentración oligopólica de los mercados industriales y la estructura segmentada de la demanda de mercancías.

Por un lado, se parte del hecho que en los países de capitalismo periférico el proceso de acumulación de capital viene condicionado por la conformación monopólica y oligopólica de los mercados, lo que tiene las siguientes consecuencias: que los precios aumentan, no por el exceso de demanda, sino por el mismo proceso productivo (Prebisch, 1976); que la monopolización da lugar a una reducida difusión del aumento de la productividad, ya que no necesariamente reinvierte las ganancias (obtenidas por los aumentos de los precios) en la ampliación de la capacidad de producción

por "el riesgo de generar una crisis de desproporción"; y que las técnicas de producción reflejan el nivel de concentración y centralización del capital en los países de capitalismo metropolitano.

Por otra parte, ligado al y condicionado por el fenómeno descrito arriba, la mala distribución del ingreso ⁽¹²⁹⁾ "hace que la demanda social aparezca seccionada y diversificada" determinando "la ausencia de un plusproducto suficiente en la producción de artículos de consumo", lo que a su vez "frena indefectiblemente el crecimiento de la sección que elabora los bienes de producción", dado que "no hay posibilidad de producción que no sea sostenida por el consumo" (Abalo, 1978; 86);

Nótese que este esquema, puramente descriptivo, de las modalidades de acumulación responde al esquema dialéctico: primero, el énfasis en las exportaciones primarias (tesis), luego en la industria manufacturera (antítesis) y finalmente en la exportación de manufacturas (síntesis) ⁽¹³⁰⁾.

1.2 Dinámica sociopolítica y Estado

El esquema base de análisis descrito anteriormente —las modalidades de acumulación— es de gran utilidad para el análisis económico en el *largo plazo*, en tanto permite detectar las contradicciones fundamentales de cada modelo. Pero, si nuestro interés estriba en el análisis económico coyuntural, *de corto y mediano plazos*, es necesario conocer la *dinámica sociopolítica* que caracteriza a cada uno de los subperíodos de las modalidades "puras" de acumulación, lo que se expresa en alianzas y conflictos específicos entre grupos y fracciones de clase claramente diferenciables entre sí. Estas,

(129) Esto es nuevamente un concepto "subjetivo" a dos niveles: a) En comparación con la modalidad de desarrollo hacia afuera, la distribución del Ingreso Nacional aparece como "más igualitaria"; b) En comparación con la capacidad productiva, sobre todo del "sector dinámico" de la economía periférica, aparece como "mala" ya que da lugar a una demanda "restringida" respecto al stock de capital.

(130) Repetimos que no hay que perder de vista que cada una de esas modalidades, si bien su imposición es un fenómeno interno, responde a las transformaciones del capitalismo metropolitano.

a su vez, se expresan a través del *Estado* y por intermediación de un régimen político específico, que asume formas y funciones particulares diversas. Estos niveles de análisis se detallarán, respectivamente, en las subsecciones siguientes.

1.2.1 La dinámica de clases

Cada estructura económica tiene su contrapartida en la estructura social, debiéndose distinguir en cada caso entre: las fracciones de la clase dominante (131), las capas en ascenso, los grupos subordinados y los estratos "marginados" del sistema económico y político. Esto tiene como objeto distinguir las contradicciones sociopolíticas inherentes a cada modalidad, centrandó el análisis en la autogeneración de nuevos grupos sociales y configuraciones sociopolíticas que, a la larga, llevan al cuestionamiento del modelo de acumulación vigente.

El "estilo" de *desarrollo hacia afuera* genera, endógenamente, tendencias a la formación y creciente organización de nuevos grupos sociales, que llevan —sobre todo a partir de los años treinta en América Latina— a la paulatina pérdida de hegemonía de la burguesía primario-exportadora, asociada al capital extranjero (en el comercio, las finanzas y la industria). Poco a poco tuvo que compartir crecientemente su supremacía con la gran burguesía nacional, el capital extranjero y las capas medias, así como con la clase obrera y amplios sectores de trabajadores independientes. Después de un período "transicional", tal dinámica dio lugar al establecimiento de un proyecto alternativo al primario-exportador: el modelo de desarrollo hacia adentro. La expresión política de esta nueva tendencia fueron (o son) los gobiernos "*desarrollistas*" y/o "*populistas*" (132) en América Latina (133), que se analizarán en la siguiente subsección.

(131) Aquí, a su vez, es necesario distinguir entre los grupos políticamente hegemónicos y los que predominan económicamente (Portantiero, 1974).

(132) Precisiones mayores, en el marco que nos interesa, respecto a la nueva dinámica social, especialmente en relación a los populismos y sus características, pueden consultarse en Cardoso y Faletto (1969), Malloy (1977a), Mayorga (1974) y Weffort (1968).

La modalidad de "desarrollo hacia adentro" está íntimamente ligada al surgimiento político de las clases populares, el que, según Weffort (1968:3), "traerá consigo —particularmente en sus formas populistas— algunos elementos contradictorios propios del ambiente en que se forma. Aparece íntimamente relacionado a la crisis de hegemonía oligárquica y de las instituciones liberales (...) y la vigencia de una 'democratisation par voie autoritaire' (...). Aparece también como expresión de la debilidad inherente a los nuevos grupos dominantes cuando pretenden sustituir a la vieja burguesía oligárquica en las funciones de hegemonía y de dominio políticos en un período en que parecían abiertas las posibilidades de desenvolvimiento capitalista nacional. Y, finalmente, es expresión de las peculiaridades de urbanización y de la industrialización de estos países capitalistas tradicionalmente agrarios y dependientes."

Según el mismo autor estos gobiernos se caracterizan por una "estructura institucional de tipo autoritario y semicorporativista; orientación política de tendencia nacionalista, antiliberal y antioligárquica; orientación económica de tipo nacionalista, estatista e industrialista; composición social policlasista cuyo apoyo mayoritario proviene de las clases populares". Y, si bien tal estudio se centra en los casos argentino y brasileño, puede generalizarse su conclusión: "La formación de este 'sistema' está condicionado, por un lado, por la crisis de la economía de exportación y por la reorientación hacia actividades industriales, que caracterizan el período posterior a los años 30; y, por el otro, debido a la crisis de hegemonía de la burguesía oligárquica y del sistema institucional liberal vigente en la etapa histórica anterior."

Tenemos, en consecuencia, que los grupos sociales que impulsan el modelo de sustitución de importaciones llegan al poder sostenidos por una alianza multigrupal, liderada por la burguesía industrial

(133) Es importante señalar que el proceso de sustitución de importaciones en América Latina ha sido llevado a cabo en base a proyectos "desarrollistas" y/o "populistas." En Argentina fue instaurado por un gobierno populista, que luego fue sustituido por el desarrollismo. En el Perú fue a la inversa: el populismo de Velasco sustituyó a los desarrollistas anteriores. En otros países la "industrialización" dependiente fue llevada a cabo únicamente a partir de tendencias desarrollistas (p. ej. Colombia) o populistas (Bolivia).

nacional y las secciones privilegiadas de la clase obrera, con la participación de avanzada y creciente de las clases medias. Así, el "desequilibrio social" (aparición de nuevos grupos sociales cuya significancia política entra en desproporción con su marginal participación en los frutos del desarrollo económico) entra en contradicción con el "equilibrio económico" (reducido mercado interno, poca absorción de mano de obra y escasas posibilidades de inversión) que exige el modelo de desarrollo hacia afuera. Esta contradicción, agravada por la crisis del sector externo, conduce a un nuevo proyecto económico (desarrollado hacia adentro) que garantiza el "equilibrio social" (con la inclusión de los nuevos grupos económicos ligados a los sectores "dinámicos y modernos" de la economía) (134).

Sin embargo, ya que la burguesía primario-exportadora rara vez pierde totalmente su poder —porque no se expropián las bases materiales de su predominio— se va generando una dinámica sociopolítica de "poder compartido", "empate", "pretorianización" o "impase social" como ha sido definido en la literatura pertinente: "ningún sector tenía la capacidad de establecer una dominación estable y la norma era la creación de coaliciones que, si bien eran incapaces de imponer sus propias preferencias, imposibilitaban a otros sectores en la imposición de las suyas" (O'Donnell, 1977: p. 56). Así "el estado perdió crecientemente su capacidad para controlar a sus aliados y adversarios, y su evidente crisis lo dejó a merced de los sectores más poderosos, tanto internos como externos, que operaban en tales sociedades. Correlativamente, la situación económica estuvo caracterizada por tasas de crecimiento erráticas y decrecientes, inversión reducida, fugas de capital, drásticos cambios intersectoriales de ingreso, crisis recurrentes de balanza de pagos, alta inflación y otros fenómenos que en parte expresaban y en parte alimentaban la crisis política".

La creciente "agresividad" del movimiento obrero, a medida que se desarrolla el proyecto de desarrollo hacia adentro —sobre todo

(134) Hasta entonces la forma principal de articulación de la sociedad es el "clientelismo" caracterizado por la hegemonía oligárquica y un sector popular atomizado y políticamente inerte. Posteriormente predomina el "corporativismo" caracterizado por un alto grado de burocratización y formalización de las relaciones sociales (O'Donnell, 1978).

si está sustentado por una alianza populista— y las inevitables crisis económicas a que da lugar, llevan a la maduración de una nueva alianza que lleva —irremediablemente a través de un gobierno represivo— al *desarrollo asociado*.

La estructura y dinámica sociopolítica del modelo de desarrollo asociado ha sido descrita fundamentalmente por O' Donnell (1973, 1977, 1978), Cardoso (1974) y Cardoso y Faletto (1977), en quienes nos basamos.

Según Cardoso (1974) el desarrollo asociado se caracteriza por la expansión simultánea y diferenciada del capital internacional ⁽¹³⁵⁾, del privado nacional y del estatal, que amplía su base económica. ⁽¹³⁶⁾

Esta nueva forma de crecimiento tiene dos ejes, dándose p. ej. en el caso de Brasil una “forma preferencial de asociación” entre las empresas estatales y los consorcios internacionales para la producción de insumos industriales (petroquímicos, laminados de acero) y productos minerales industrializados (manganeso, hierro). Por su parte, “el sector nacional no sólo se asocia a capitales extranjeros, sino que también funciona de modo enfeudado teniendo ya sea al estado, ya sea a las empresas multinacionales, como clientes o como proveedores casi exclusivos.”

“Lo que es característico del capitalismo dependiente en la fase de industrialización de la periferia bajo el impulso del capitalismo oligopólico internacional es el desarrollo de una forma estatal basada en la alianza entre empresas multinacionales, empresariado estatal y burguesía local a través de la cual estos sectores generan el dominio sobre el resto de la sociedad.” (Cardoso y Faletto, 1977, p. 382).

La materialización de esta nueva modalidad de acumulación sólo puede ser llevada a cabo por el Estado y por segmentos del capital

(135) Sus subsidiarias desplazan al capital nacional y monopolizan los sectores más rentables de la economía.

(136) Básicamente en sectores de infraestructura.

internacional, fundamentalmente por los mayores plazos de maduración y los requerimientos tecnológicos que exige. Estas inversiones requieren por tanto, el mantenimiento autoritario del "orden social" en el largo plazo para garantizar su rentabilidad, exigiendo en consecuencia la exclusión política y económica del sector popular. Se explica así la situación de "mutua indispensabilidad" entre el capital internacional y el Estado (137) en el proceso de implantación de la modalidad de desarrollo asociado.

Sólo una vez estabilizada la nueva modalidad puede integrarse poco a poco al proyecto la burguesía nacional, convirtiendo —según O'Donnell el dúo en un 'ménage a trois' que genera una situación mucho más compleja dando lugar a fricciones y a un tira y afloja entre el capital internacional *vis a vis* el nacional y el estatal. Así, poco a poco se va conformando una nueva estructura y dinámica social congruente con el reciente estilo de desarrollo. Los casos de Brasil (a partir de 1964) y de Argentina (desde 1976) cuadran evidentemente dentro de esta constelación general. No es tan clara la situación de Chile (a partir de 1973) y de Uruguay (desde 1974) en este panorama, ya que en estos casos —como lo señala el mismo autor— más que hacia una "profundización" tiende hacia una "reprimarización" de la estructura productiva.

1.2.2 Formas de Estado (138)

Entender adecuadamente el proceso de transición de una modalidad de acumulación a otra —así como la dinámica sociopolítica inherente a cada una de ellas— implica considerar correctamente la compleja mediación entre lo económico y lo político: es decir, la interacción entre la estructura económica, las clases y el Estado.

(137) Que, según Cardoso, (1974), es la "forma preferencial de asociación".

(138) La literatura sobre este tema es tan vasta y variada (García et al., 1977), como ambigua y hasta contradictoria, que nos hemos visto obligados a recurrir a sólo unos pocos autores para no perdernos en el bosque.

Intentaremos aproximarnos a esta problemática, analizando aquí fundamentalmente ⁽¹³⁹⁾ uno de sus aspectos centrales: El Estado ⁽¹⁴⁰⁾.

Para abordar el problema de la constitución del Estado en América Latina en relación al desarrollo del capitalismo nos remitiremos al trabajo de Zylberberg (1977) que analiza cada uno de los tipos de Estado, ubicándolos en la etapa del desarrollo capitalista dependiente a la que pertenece (y la estratificación social correspondiente), coincidiendo su análisis con el esquema elaborado en las anteriores subsecciones. Su análisis lo lleva a tres tipos de estructuras estatales.

- El Estado Central Patrimonial, que emerge en una sociedad global donde el campo político es embrionario y limitado por la preponderancia del poder socioeconómico y la ausencia de una nación.
- El Estado Nacional Populista, que se desarrolla en relación con la emergencia de una nación, conduciendo a la formación de un campo político autónomo. Y,
- El Estado Monista Corporativista, que es un instrumento de dominación modernizado que reprime a la nación y ocupa sólo el campo político.

En la primera de estas formas de estado, el Central Patrimonial, la base económica "está estructurada según un modelo colonial, de exportación de productos primarios... vigente de 1760 a 1930,... y que asegura la continuidad del modelo exportador agrominero" (Zylberberg. 1977: 82). Por Estado *Central* el autor entiende uno caracterizado por la exclusión de las masas y la ausencia de una historia común: es decir, la antítesis del Estado-Nación ⁽¹⁴¹⁾

(139) Pero no exclusivamente, ya que se trata siempre de un problema de mediación y correlación.

(140) Concebido, para nuestros fines, en la línea de Stepan (1978).

(141) Entendido éste "como un conjunto humano integrado territorialmente por estructuras estatales y estructurado por redes múltiples de comunicación económica, social y cultural" (Ib.: 81).

La componente *Patrimonial*, de este estado que surge de las mini-guerras constituye la extensión del “poder doméstico” de un grupo de origen local que se impone, en un primer momento, a los “habitantes de una esfera territorial delimitada artificialmente y bautizada como República”. Posteriormente, el Estado Patrimonial debe “reflejar los intereses comunes de fuerzas que existen entre sus diferentes fracciones”, lo que permite que tal estado “se automatice entonces parcialmente en relación con cada uno de ellos. Este desarrollo político real no debe ser puesto en comparación con una politización global de una sociedad que aún se expresa en gran parte con la exclusión de las masas” (Ib.: 86–87).

En *segundo* lugar, “El Estado *Nacional-Populista* que sucede al Estado Central oligárquico, está en relación de causalidad circular con la formación y la integración de una nación. Esta se esboza a partir del acelerado crecimiento —entre 1920 y 1970— de las fuerzas aparecidas entre 1890 y 1920”. La modalidad de acumulación que le corresponde es, por tanto, la de sustitución de importaciones. Tal estado “no reposa sobre una *nación histórica*, en tanto sus políticas económicas voluntaristas —“desarrollistas”— no suprimen las diferencias sociales: cooptaciones populistas no significan una democracia burguesa ni popular, su creciente hipertrofia no responde por completo a un funcionamiento especializado articulado racionalmente con la diversificación de demandas sociales (Ib.: 91).

En este caso, el conflicto es canalizado “progresivamente por la dictadura populista en un corporativismo obligatorio y subordinado. El poder central no puede sustraerse de controlar y reglamentar los diferentes y opuestos intereses sociales bajo pena de verlos automatizarse y romper el mito de armonía social en una defensa demasiado encarnizada de intereses particulares” (Ib.: 98).

Con ello el Estado diversifica y amplía sus funciones “por una creciente red de instituciones burocráticas, limitadas evidentemente por una base financiera estrecha” (Ib.: 100). Pero es a la vez un estado “mal integrado y no sobrevive a las fuerzas centrífugas de los diferentes aparatos funcionarios, sino con una centralización del ejecutivo cuyo carácter monista-democrático limita la

autonomía de la burocracia y las fuerzas no reglamentadas por el Estado" (Ib.: 101).

Finalmente, es necesario considerar el *Estado Monista Corporativista*, que coincide con el estado "Burocrático-Autoritario" descrito por O'Donnell (1978).

En relación a su infraestructura económica, tenemos que las crisis económico-políticas de los populismos llevan al surgimiento del Estado Monista Corporativista, que en el plano económico supone (generalmente) la impulsión de un proyecto capitalista por la burocracia militar; proyecto que se refiere tanto a la acumulación, como a la circulación, dejando de ser ésta última un objetivo en sí. La capitalización está considerada como un "prerrequisito" del crecimiento, debiendo éste presidir diacrónicamente el desarrollo social; o sea, el consumo interno (Ib.: 108).

Esta forma de estado surge, "cuando la inestabilidad política alcanza un punto de no retorno, para la mutua neutralización de los intereses sociales y la de sus mediadores partidarios; la fracción militar de la élites burocráticas de posesión es la única que queda para ocupar el vacuum político creado por 50 años de efervescencia social populista. Dominando al Estado, las élites burocráticas militares se esfuerzan por eliminar lo que ellos perciben como obstáculo a sus fines de seguridad nacional y de industrialización estratégica. Tales objetivos suponen no solamente la militarización del Estado y la acumulación ilimitada, sino también la exclusión de la nación en provecho del Estado nacionalista y su cohesión interna y externa. El régimen monista corporativista (es decir, semitotalitario y despolitizado) instaurado por la élites militares, destruye las formas de la acción populista reforzando a sus dos acompañantes de base que se han desarrollado en el período anterior: el Estado y el Capital extranjero"(Ib.: 106).

En conclusión, "el estado moderno procede frente a sus 'enemigos' con una lógica militar: en nombre del nacionalismo aplasta al enemigo interno (la nación) y se asocia con el adversario exterior (el capital extranjero) para obtener los medios de hacer una política industrial con tecnología avanzada".

La dialéctica de los tres sectores: La Nación, Estado y Multinacionales, autoriza suficientes combinaciones para que el Estado militar no represente el fin de la historia, aunque simboliza tal vez el fin de la historia política" (Ib.: 115). "La relación sociedad-estado se hace de un modo corporativo, iniciado por la élites populistas pero con una considerable diferencia: el corporativismo del período nacional populista se esforzaba por jerarquizar todos los grupos y fracciones sociales en grupos clientes, estableciendo una relación directa con el Estado a partir de sus intereses funcionales; el corporativismo del período militar moderno excluye, en gran parte a las masas urbanas, y no capta sino la reglamentación de grupos unidos directamente con el orden capitalista y con su organización" (Ib.: 112).

1.3 Política económica y modalidades de acumulación

Cada modelo de acumulación posee un específico "equilibrio" económico y sus propias contradicciones y dinámica en cuanto a la distribución del ingreso, los desequilibrios sectoriales, la sub o sobrevaluación del tipo de cambio, el ritmo de adopción de nuevas tecnologías, la estructura de la demanda y de la inversión, etc. Asimismo, cada una de ellas posee su propia y "natural" política económica, reflejo —dentro de los límites que impone la modalidad dominante de acumulación— de la coyuntura sociopolítica vigente, expresando el dominio relativo de la coalición de fracciones dominantes *vis a vis* los grupos subordinados. (142)

El estilo de desarrollo primario-exportador lleva necesariamente (y en forma "automática") a la implementación de una política económica de *laissez-faire*, que —dada la dinámica sociopolítica y la inserción del capitalismo periférico en la economía mundial— tiende a ubicar en primera plana el desarrollo del comercio exterior, dejando casi totalmente de lado la formación de un mercado interno. El Estado liberal en su forma más pura no interviene, ni

(142) Aquí cabe distinguir entre la política económica "natural" que surge de los intereses de los grupos políticamente hegemónicos, de la política económica "anticrisis" que se adopta cuando los síntomas de las crisis (inflación y déficit de balanza de pagos) son insalvables.

en la manipulación de los precios relativos (internos/externos), ni en la inversión productiva, limitando su actividad al desarrollo de la infraestructura y a la creación y mantenimiento de las condiciones impuestas por la dinámica del mercado mundial, responsabilizándose de la estabilidad política del país.

Por ser en exceso conocida esta *política económica liberal ortodoxa* (143), ligada a la modalidad primario-exportadora, se deja de lado un análisis más profundo (y no porque haya perdido vigencia en América Latina, como veremos).

Frente al liberalismo económico, que rige prácticamente incuestionado (144) en el continente, cuando menos hasta la Gran Depresión, surge poco a poco una política económica alternativa que refleja los intereses que llevan a cabo la modalidad de desarrollo hacia adentro. Por comodidad la llamaremos *la política económica intervencionista* cuyos rasgos comunes en América Latina pasaremos a reseñar enseguida. (145)

La característica central de la política económica "intervencionista" (146) consiste, a nuestro entender, en la manipulación de los precios relativos y en la fijación y control de los "precios fundamentales" de la economía, a saber: los bienes esenciales, servicios públicos, alquileres, tasa de interés, tipo de cambio, salario mínimo, etc. Por otra parte se procede a controlar las importaciones (a través de prohibiciones directas o del aumento de aranceles)

(143) Ya que corresponde a la de los libros de texto. Respecto a América Latina véase: Ferrer (1977) y Eshag y Thorp (1965).

(144) Evidentemente, su "pureza" dependía de la fuerza relativa del movimiento obrero y, sobre todo, de la creciente presencia de las capas medias: la "pacificación" de estos grupos se lograba a través de concesiones y compensaciones, tales como el otorgamiento de mejores condiciones de trabajo y, sobre todo, del seguro social (Mesa-Lago).

(145) Se podría afirmar que esta política económica se inspira en el Keynesianismo en boga y tal como fuera materializado en América Latina por el "estructuralismo." A esto hay que decir que la política económica sería similar de no haber existido Keynes, ya que su aplicación responde a los intereses inmediatos de la coalición múltiple de corte populista (o desarrollista). Le hubiera faltado quizá, como al "New Deal" de Roosevelt (1932), la *rationale* luego provista por Keynes.

(146) Un análisis más detallado se encuentra en el capítulo siguiente.

de los bienes industriales finales. Finalmente, se amplía la actividad del Estado como empresario, ligado en muchos casos a las nacionalizaciones de los sectores económicos “básicos.”

Los objetivos últimos que se buscan con esta política económica son la redistribución de ingresos —y, a través de la ampliación del mercado interno— (a favor de las clases urbanas frente a las rurales, y a favor de los asalariados frente a los capitalistas) y la industrialización (por sustitución de importaciones) de las economías periféricas, con la finalidad de alcanzar mayores niveles de justicia social y reducir la dependencia externa. Es sabido que, a medida que procede el “experimento”, se da todo lo contrario: aumenta la dependencia externa y —una vez que se desata la crisis económica— los sectores populares ven reducida su participación en el ingreso nacional.

Lo anterior se constata a partir de las contradicciones inherentes a la política económica populista, tal como ha sido demostrado en una serie de estudios. Así, Ferrer concluye su discutido ensayo (De Pablo, 1977; Lavagna, 1978; Ferrer, 1978) señalando que tal política “terminó promoviendo la redistribución del ingreso sin crecimiento, la participación sin disciplina social y el nacionalismo sin eficiencia” (1977, pp. 9s.), lo que se debe a la contradicción inherente entre la meta *económica* de crecimiento acelerado y la meta *política* de generación de apoyo popular y mayores niveles de justicia social como la ha descrito Malloy:

“Un dilema clave se presentó entre la inversión y el consumo. Debido a la situación de escasez prevalenciente en América Latina, el objetivo de un programa de desarrollo económico debe ir dirigido a la generación de un excedente orientado a la inversión mediante economías internas como, por ejemplo, la restricción en el consumo. En países como el Perú, por lo tanto, existe un conflicto (al menos en el corto plazo) entre las metas reformistas de justicia social y de desarrollo económico. Este conflicto se agrava aún más por el hecho que los regímenes reformistas necesitan apoyo popular para gobernar, lo que los lleva a satisfacer las demandas económicas concretas de los distintos grupos sociales. En consecuencia, se da también un conflicto entre el objetivo político de ganar

mayor apoyo y el objetivo económico de alcanzar el desarrollo” (1974, p. 77).

En otras palabras, el conflicto entre las necesidades del Capital (de mantener o aumentar la tasa de ganancia) y las exigencias del Trabajo (de satisfacer las demandas económicas de los sectores populares), en la medida en que predominaban estas últimas, y en tanto no se cambia el sistema de acumulación (capitalista), la situación da lugar necesariamente a las crisis. Otros trabajos importantes que han profundizado el estudio de esta contradicción entre las metas de los populistas y las medidas de política económica que adoptan son: Canitrot (1975), Malloy (1977), Abalo (1976), Porto (1975), O'Donnell (1978) (147).

Si bien la “causa última” de las crisis resultantes de la aplicación de esas medidas es su “distanciamiento de las fuerzas de mercado”, (Sheahan, 1978), lo que se expresa en las contradicciones arriba señaladas, las tendencias a la crisis aumentan debido a la reacción (huida de capitales, restricción de la producción, etc.) de los grupos sociales afectados por el proyecto populista. El mejor trabajo sobre este punto es el de González Casanova (1971).

Para terminar, conviene esbozar en líneas generales la *política económica neoliberal* que acompaña al estilo de desarrollo asociado. En el proceso de instauración del desarrollo asociado se regresa —en una primera fase— en forma drástica a las denominadas políticas “ortodoxas”; pero, poco a poco, se plantea una política económica neoliberal que racionaliza el sistema arancelario, devalúa programadamente, aumentan los salarios pero a ritmos inferiores a la productividad y se procura llevar a cabo políticas monetarias y fiscales de “equilibrio”.

(147) En otro lugar hemos presentado la forma en que se concilian las políticas económicas (aparentemente irracionales) y los intereses sociales, así como la forma en que tales políticas llevan a inflación, desempleo y déficit creciente de balanza de pagos (Pennano y Schuldt, 1977). En ese trabajo se distinguió también entre los populismos formales (desarrollismo) y los populismos reformistas (o populismos propiamente tales). Estos últimos son los que generalmente llevan a las crisis más graves, no por las reformas y redistribuciones de propiedad que realizan, sino por ser gobiernos autoritarios, mientras generalmente los primeros son gobiernos presidenciales.

Frente a la política económica populista, esta "nueva" política económica pierde su carácter pronacionalista y preredistributivo, manteniendo en cambio —si bien racionalizando y modernizándolo— su proestatismo. Los casos más conocidos de este enfoque vienen dados por Brasil (post-1964) y Argentina (1966–70 y de 1976 en adelante).

1.4. Resumen y Conclusiones

Hasta aquí hemos pretendido mostrar que la dinámica económica y las medidas de política económica son reflejo de —si bien también influyen sobre— las complejas relaciones entre la especificidad de la modalidad de acumulación y las peculiaridades socio-políticas de la sociedad en cuestión. La inflación, la distribución del Ingreso, los ciclos económicos, los problemas de balanza de pagos, etc. no pueden entenderse ni pronosticarse si no se introduce al análisis —y en primera plana— tales "variables condicionantes" Por eso, creemos que la explicación y el pronóstico económicos seguirán fracasando en ausencia de un *marco teórico totalizante*, que incluya coherentemente esos elementos.

En este trabajo se ha señalado una de las rutas a partir de las cuales puede armarse un análisis de esta índole. Algunos de los científicos sociales que vienen trabajando en esta perspectiva son: en relación a la inflación, Abalo (1976), Davis (1965), González Casanova (1971), Schott (1959), Schuldt (1973), Villanueva (1972); respecto a la distribución del ingreso destacan Canitrot (1975), Graciarena (1976b) y Prebisch (1976); explicaciones de la sobrevaluación del tipo de cambio se encuentran en Kindleberger (1971) y Schuldt (1978); en relación a la política económica conviene consultar a Cordera (1977), Diamand (1973), Ferrer (1977), Mallon y Sourrouille (1976), O'Donnell (1978), Portantiero (1977), Sheahan (1978), Skidmore (1977) y Vuskovic (1975). Trabajos de economistas sobre el Perú y en esta línea son (si bien muy diferentes entre sí) los de Caravedo (1974, 1976) y Dragisic (1971).

Del trabajo se deriva, en segundo lugar, que: 1. Las contradicciones concretas inherentes —al nivel de la producción— de cada modalidad de acumulación *posibilitan* la transformación del “estilo” del capitalismo periférico; 2. La *materialización* de tal transformación es resultado de la dinámica social específica y de la chance de imponer un determinado conjunto de intereses a partir de una alianza sociopolítica alternativa a la dominante; y 3. La *permanencia* de la reestructuración deriva de la coherencia entre la política económica específica y de las reformas estructurales que implementen los “nuevos” grupos sociales, dada la modalidad dominante de acumulación. La política económica se convierte así —de un asunto meramente técnico al que la reduce cierto análisis económico— en un proyecto social, económico y político general que: *favorece* explícitamente a ciertas fracciones, *compensa* a las relegadas que tienen poder para cuestionarlo; y *perjudica* sistemáticamente a las demás. Las crisis económicas resultan así —en el nivel apariencial— de las contradicciones entre la dinámica económica estructural (predominio económico). En un nivel más profundo esta última va imponiendo más y más la política económica específica a seguir, con lo que las crisis económicas se repiten con una regularidad cada vez más terca. Finalmente, dado el desarrollo de las fuerzas productivas en el continente, las políticas de “estabilización” requieren cada vez más de medidas de “estabilización” y marginación política con el fin de asegurar tasas “normales” de ganancia. Con ésto resulta “necesaria” una correlación cada vez mayor entre gobiernos autoritarios y políticas económicas neoliberales, dado el orden establecido.

De lo anterior se deriva que toda explicación y pronóstico económico deba partir de la idea que cada modelo de acumulación posee un específico equilibrio económico y sus contradicciones y dinámica económica propias en cuanto a la distribución del ingreso, los desequilibrios estructurales, la sub o sobrevaluación del tipo de cambio, la estructura y dinámica de la inversión, el cambio tecnológico, la tasa de ahorro, etc. La dinámica sociopolítica y las políticas económicas que se derivan de ésta llevan irremediablemente a crisis económicas (y políticas) si no se da la correspondencia necesaria entre ellas y la modalidad de acumulación. Se

sigue de ahí que no puede hablarse de una “racionalidad económica” a secas y de validez universal en tiempo y espacio: sólo la racionalidad social y global permiten detectar la racionalidad económica, cuya vigencia es temporal y está en función de las leyes de la modalidad de acumulación vigente (Godelier, 1970).

2. CRISIS DE COYUNTURA Y MONETARISMO

Insistimos en la imposibilidad de entender, explicar y pronosticar la dinámica económica y las políticas económicas, si no se conoce *previamente* las constelaciones sociopolíticas fundamentales en el marco de una modalidad específica de acumulación del capitalismo periférico.

En este entendido es necesario esbozar una metodología y un marco de análisis alternativo al que ofrece el enfoque económico convencional (neoclásico/Keynesiano). Y es que, éste —aplicado a nuestra realidad— se queda en lo anecdótico o fracasa rotundamente cuando promete analizar y predecir la coyuntura y política económicas. Aunque reconocemos que es necesario, y en algunos casos indispensable, manejar los conceptos de oferta y demanda —sea a nivel micro o macroeconómicos—, con todas las derivaciones, exquisiteces y exigencias intelectuales que tal instrumental plantea, es marcadamente *insuficiente* (por parcial y ambiguo) para comprender y adelantarse a la problemática económica contemporánea. Y es más, tomado sólo, en el vacío, resulta distorsionante y enmascarador de importantes realidades del quehacer económico, aspectos que se tratan de rescatar precisamente en los planteamientos que siguen.

En este segundo capítulo nos proponemos plantear, algo más a fondo, la correlación específica observable entre una dinámica sociopolítica particular —el populismo/desarrollista— y su correspondiente política económica —el intervencionismo/estructuralismo— para las constelaciones generales del subcontinente. Se trata, así, de fundamentar la “racionalidad” y los orígenes de la

política económica no-ortodoxa (tan común durante las últimas tres o cuatro décadas), sus características y la “inevitabilidad” con que dan lugar a crisis económicas, dada la modalidad de acumulación capitalista dependiente en su fase de “sustitución de importaciones.” Ese contexto nos permite establecer, finalmente, cuando y porque se inicia la aplicación del Monetarismo a través de las conocidas políticas de “estabilización”.

2.1 Orígenes y características del populismo

Con la Gran Depresión se inicia una nueva modalidad de acumulación en América Latina, como hemos señalado. Desde entonces en adelante va creciendo la conciencia de nuestra “dependencia externa” y la necesidad de industrialización en el continente, a la par que van surgiendo los grupos sociales —alrededor de una naciente burguesía industrial— capaces de materializar el proyecto desde el punto de vista político. Los procesos de desarrollo “hacia adentro” se daban, en consecuencia, primero en aquellos países —sobre todo con mercados internos mayores— en los que el sector industrial logró un mayor desarrollo relativo durante el período primario-exportador.

Las crisis del sector externo ejercían un impacto cada vez más intenso, ya que afectaban a grupos sociales cada vez más grandes y mejor organizados. Y es que tales crisis obligaban a reducir el nivel de consumo de las clases medias —a través del mecanismo de la inflación y por el control de las importaciones— y dificultaban las importaciones (y, con ello, la producción y el comercio) de las burguesías locales emergentes —a través del mecanismo de las devaluaciones y las restricciones de divisas—, con lo que se planteó el *cuestionamiento* de la coalición política tradicional.

Este cuestionamiento —que se repetía a la par y como consecuencia de las crisis del sector externo— fue preparando el camino, en prácticamente todos los países del subcontinente, a nuevos tipos de alianzas sociales, alternativas a la de corte proexportadora. Dada la poderosa estructura de dominación y debido a la ausencia de una burguesía industrial más dinámica, los *gobiernos populistas*

fueron —tenían que ser— la respuesta al dilema, en tanto eran los únicos capaces de viabilizar una alianza multclasista, necesaria para atacar al poder establecido.

Así, la mencionada crisis del modelo primario-exportador se reflejaba hacia adentro como una crisis general de autoridad de las estructuras del poder oligárquico. Sin embargo, y ya que el control y la disposición de las divisas y el capital estaban en manos de esos grupos asentados en el sector externo, la precondition para llevar a cabo el proyecto populista de desarrollo —hacia— dentro forzaba a la búsqueda de aliados del más diverso origen de parte de las clases medias progresistas ⁽¹⁴⁸⁾ que lideraban —ideológica y políticamente— el proceso. Esto dio lugar —como punto de partida para llegar al poder y, luego, para llevar a cabo los cambios estructurales requeridos— a poderosas coaliciones multigrupales en América Latina.

Su “rol histórico” consistía en llevar a cabo la transición del modelo de crecimiento hacia afuera al modelo de crecimiento hacia adentro, es decir hacia una economía que enfatizara la sustitución de importaciones para el mercado interno, con el objeto de eliminar la “dependencia externa.”

“El rasgo distintivo del ‘período de transición’ en América Latina (. . .) quizá puede ser definido por la presencia cada vez más importante y por la participación creciente de las clases medias urbanas y de las burguesías industriales y comerciales en el sistema de dominación (. . .) La expresión económica de esta situación social se manifiesta a través de las políticas de consolidación del mercado interno y de industrialización” (Cardoso y Faletto, 1969, p. 102). Las ideologías nacionalistas y desarrollistas de los gobiernos populistas pretendían llevar a cabo precisamente ese proceso, como veremos más adelante.

(148) Estos grupos, imprecisamente denominados así, no fueron producto de un proceso autónomo de industrialización (como en el caso de los países centrales), sino que se desarrollaron en dependencia del sistema burocrático y por ende de la oligarquía tradicional, fenómeno que ha sido adecuadamente calificado como “burocratización prematura” (Portes, 1974).

Basándonos en Malloy (1974) y Mayorga (1974) podemos aventurarnos a una breve caracterización de los gobiernos populistas latinoamericanos, lo que a su vez nos será útil en las secciones posteriores.

Los populismos parten de la idea de llevar a cabo el “desarrollo nacional” por medio de un proceso de sustitución de importaciones con el objeto de reducir la “dependencia externa”. A la dinamización de la economía en base a este desarrollo hacia adentro se opone la Gran Alianza, (149) en especial la oligarquía nacional. Reconocen, en consecuencia, correctamente, que es necesario reducir —o, en algunos casos, incluso eliminar— el poder de los grupos dominantes tradicionales. En este sentido puede decirse que los populismos tienen un carácter *antiimperialista* (150) y *antioligárquico*.

Para limitar —gradual y parcialmente— el poder de esos actores externos y de la oligarquía nacional, en la medida en que no existe una poderosa burguesía industrial, es necesario armar una alianza policlasista que permita viabilizar tal proyecto. Esta necesidad de integrar los más diversos intereses (clases medias, aristocracias obreras y campesinas, burguesías industrial y comercial, pequeña burguesía, etc.), así como la extracción de clase de los propios líderes populistas, da lugar a una ideología que concibe el desarrollo como una tarea que puede llevarse a cabo con un máximo de *armonía sociopolítica*, con un mínimo de conflicto social, dada la comunidad de intereses entre los grupos sociales de la “nación” (exceptuando a los que conforman la Gran Alianza).

Lo anterior los lleva al desarrollo de principios que tienden a reforzar la cooperación e interdependencia entre tales “nuevos” grupos sociales, es decir, al *corporativismo*. Además, en la medida en que tienen que ganarse el apoyo mayoritario (en especial de las masas populares urbanas) de la población integrada al “Sector Moderno”

(149) Conformada por el gran capital extranjero enraizado en el sector primario exportador, y la “oligarquía” nacional (Weeks, 1975).

(150) Como es sabido, sin embargo, la ideología antiimperialista es formal. Su objetivo es reestructurar (y no eliminar) las relaciones económicas y políticas con los países metropolitanos.

de la economía, son también *redistribucionistas*. Es decir buscan la ampliación de la participación selectiva— social y política, así como la redistribución limitada de ingresos a favor de los grupos populares que participan en la actividad productiva de los sectores más dinámicos y rentables de la economía. Con las restricciones señaladas se les puede considerar también, en consecuencia, *participacionistas*.

Este último punto requiere relativización, ya que sólo permite una participación muy limitada y que es controlada muy de cerca, impidiendo el liderazgo populista todo posible desbordamiento de las masas populares. Y es que lo que buscan es “organizar más racionalmente” a las masas campesinas y trabajadoras como fuerza productiva. En la medida en que éstas no poseen la preparación, ni la “educación” necesarias, deben “ser llevadas de la mano” (por su propio bien, como repiten constantemente los ideólogos populistas), debiéndose resignar al rol de recipientes pasivos de las políticas económico-sociales *paternalistas* y *elitistas* en la dirigencia populista.

Esta caracterización ha sido necesaria para comprender dos aspectos interdependientes fundamentales de las sociedades latinoamericanas: la política económica que surge de tales gobiernos multi-clasistas y la *inevitabilidad* y *repetitividad* de las crisis coyunturales.

2.2 Política Económica y Poder Compartido en el período de postguerra.

En lo que sigue, postularemos que los ciclos económicos coyunturales de las economías latinoamericanas desde 1945 en adelante pueden explicarse básicamente a partir de la dinámica sociopolítica de cada país, dada la modalidad de acumulación “hacia adentro”. Tal dinámica refleja el conflicto entre las fracciones *políticamente hegemónicas* (alianzas populistas) y las fracciones del capital *económicamente dominantes* (exportadores y ligados a éstos) (151).

(151) Portantiero (1974).

En esta perspectiva, las economías de postguerra responden a una secuencia que va de un *momento* coyuntural —en la fase expansiva del ciclo— en el que aumentan los precios relativos del sector secundario (industria, construcción) y terciario (servicios) y los salarios reales, hasta que la expansión de las importaciones —dado el tipo de cambio nominal— tropieza con la restricción externa, momento a partir del cual las fracciones primario-exportadoras fuerzan una devaluación que deprime el nivel de salarios reales y frena el desarrollo industrial. Recuperada la balanza de pagos y suavizada la inflación, se inicia un nuevo ciclo expansivo que se repite sucesivamente de esa manera (en lapsos cuyo promedio fluctúa entre seis y diez años).

Este *movimiento pendular* de la economía (y política) resulta no sólo como característica imanente del capitalismo, sino que viene reforzada por la dinámica sociopolítica característica de cada país, cuando menos desde la segunda guerra mundial (los países del Cono Sur muestran esta tendencia desde los años treinta). A partir de este momento surgen “nuevas fuerzas sociales” que cuestionan el poder hasta entonces sólidamente monopolizado por la burguesía primario-exportadora (y las fracciones del capital comercial, financiero e industrial ligadas a ella) y los terratenientes, cuya política económica corresponde prácticamente a las políticas liberales de los libros de texto. Esta alianza ve reducida paulatinamente su cuota de poder político y económico, decíamos, cuando menos desde la segunda guerra mundial, en que se comienza a configurar una situación de “poder compartido”: la gran burguesía industrial nacional y extranjera, la mediana y pequeña burguesía, la clase obrera y amplios sectores de trabajadores forman alianzas “populistas” que buscan materializar proyectos económicos y políticos alternativos al denominado modelo primario-exportador, con lo que se inicia la fase de la “sustitución de importaciones” (cuya “ideología” viene representada, sobre todo, por partidos políticos populistas y desarrollistas).

Esta dinámica sociopolítica del “poder compartido” (y del “empate hegemónico”) explica la volatilidad del quehacer económico en el subcontinente y la recurrencia de las crisis, llevándonos a la aplicación cíclica de políticas económicas “desarrollistas” y “es-

tabilizadoras" en forma alternativa y repetitiva. En la fase ascendente del ciclo, la política económica reformista está dirigida a desplazar porciones crecientes del Ingreso Nacional del sector exportador (y sus aliados) hacia el capital productivo dirigido hacia el interior (y sus aliados). Y a la inversa: en las fases de recesión y crisis la tendencia de las medidas económicas ortodoxas lleva a concentrar los flujos del excedente agregado en las ramas exportadoras de la economía, cuestionándose en apariencia la modalidad de acumulación por "sustitución de importaciones." En otras palabras, en el período que analizamos (desde 1945 en adelante), la política económica osciló entre una tendencia a retornar a la modalidad de acumulación hacia afuera —en épocas de crisis y recesión— y una tendencia a profundizar el "desarrollo hacia adentro", predominando ésta con fuerza cada vez mayor a medida que se desarrollaban la burguesía industrial y las capas medias y obreras. Ninguna de las clases sociales que representaba tales proyectos alternativos pudo definir en su favor la cuestión de la supremacía en el poder y la reorganización del Estado: "Por eso la política llegó a ser una especie de tierra de nadie, en la cual tanto los trabajadores como la gran burguesía tenían que ser representados por partidos y organizaciones pequeño-burguesas, que no respondían a sus intereses últimos, en el caso de los trabajadores, y que no terminaban de avenirse a sus exigencias, en el caso de la oligarquía y del capital monopolista." (Abalo, 1976, p. 90).

En el período al que nos estamos refiriendo se observa entonces la *división del frente burgués*, que explica precisamente el poder compartido: por un lado las fracciones primario-exportadoras que propugnan periódicas devaluaciones, la depresión de los salarios reales, las "trabas" a la expansión industrial, a través de las conocidas políticas económicas ortodoxas; y, por otro lado, la burguesía industrial que implanta políticas económicas tendientes a financiar la ampliación del mercado interno a través de la transferencia de excedentes desde los exportadores.

Ese conflicto entre fracciones de la burguesía marca, en consecuencia, la dinámica sociopolítica y la política económica durante las últimas tres décadas. Tal conflicto sigue latente (y probablemente seguirá durando) en la mayoría de países, ya que ninguna

de las secciones de la burguesía ha logrado ejercer una indiscutida hegemonía dentro de su clase y dentro de la sociedad, condiciones *sine qua non* de la “estabilidad.” Es indudable, sin embargo, que ese papel fue ejercido antes de la segunda guerra mundial por los sectores primario-exportadores, y que —poco a poco— es la burguesía industrial la que intenta suplirla en ese papel.

Pasemos, ahora, a esbozar los rasgos centrales de la política económica que propugna la alianza populista en América Latina.

2.3 Intereses y Manipulación de Precios Relativos

Una de las características centrales de la política económica reformista consiste en la *fijación* por parte del gobierno de los “precios” fundamentales de la economía: el tipo de cambio, la tasa de interés, los alquileres, los bienes “esenciales”, los salarios, etc.

Esta tendencia a la “administración” de tales precios surge, o de las compensaciones a o de las presiones de las capas y fracciones sociales que llevaron al poder a los gobernantes de turno, o de la necesidad de éstos de mantener o ganar el apoyo político de los grupos sociales que propugnan o están interesados en el proyecto político reformista.

Tales medidas económicas están en crasa contraposición a las de los proyectos políticos proexportadores y proligárquicos, que generalmente propugnan una libertad total de los precios y sus determinantes, favoreciendo así —natural y automáticamente— a las fracciones de clase que están representadas directa o indirectamente en el “gobierno.” En ese caso tenemos, entonces, una apertura de la economía; y en el proyecto reformista se da una *cerrazón selectiva de la economía* hacia el exterior, coincidiendo con los términos difusos de desarrollo hacia afuera y hacia adentro, respectivamente, dados a luz por la CEPAL.

La meta fundamental de los gobiernos reformistas consiste, en consecuencia, en “reducir la dependencia externa y alcanzar mayores niveles de justicia social”, lo que se lograría propugnando

el desarrollo de la economía a través del fomento de la industria y de la ampliación del mercado interno. O más preciso: se postula ideológicamente la independencia y la justicia para estimular la ampliación del mercado interno, elevando la tasa de ganancia de los sectores industriales y de los ligados a éstos. En este contexto la "congelación" de precios (tanto mínimos como máximos) pretende modificar la distribución del ingreso y del excedente a favor de los sectores "modernizantes" de la economía, en perjuicio de la agricultura interna y de los sectores primario-exportadores.

Pasemos a ver en qué sentido la fijación de los precios básicos de la economía es una necesidad para la supervivencia *política* de los gobiernos reformistas. La fijación debe entenderse en cualquiera de dos sentidos: Que se determine precios específicos en forma explícita o que se oponga el gobierno a presiones por parte de los sectores afectados por elevar tales precios.

Las áreas, límites y criterios de fijación son los siguientes, entre otros:

1. Las *tasas de interés* que se mantienen constantes y a tasas inferiores a las de la inflación y del rendimiento del capital;
2. Los precios de los *bienes agrícolas e industriales "esenciales"* por debajo de sus costos marginales;
3. El *tipo de cambio* sobrevaluado;
4. Los *salarios mínimos* por encima de los incrementos de productividad;
5. Los *alquileres*, los pasajes, la energía eléctrica y similares se congelan llevando a rendimiento inferiores a los que otorgaría el "libre" juego de oferta y demanda.
6. Los "precios" de ciertas *importaciones* a través de aranceles, para proteger a la industria "nacional."

Prácticamente todos los gobiernos “desarrollistas” fijan los precios en constelaciones similares a las arriba señaladas. Cada fracción de apoyo al régimen reformista se verá beneficiada por uno o varios de estos precios fijos: unos son diseñados explícita y directamente para beneficiarlos y otros los favorecen indirectamente. Veamos ésto.

En términos generales los gobiernos de este tipo requieren (en su lucha contra los intereses tradicionales y primario-exportadores) del apoyo de los siguientes sectores: la burguesía industrial (dirigida al mercado interno), las capas medias y los sectores obreros de las ramas “modernas” de la economía; en general, puede decirse también, que se favorece a los sectores urbanos frente a los “rurales.”

En primer lugar, la fijación de los precios de bienes (agropecuarios) esenciales favorece directamente a todas las fracciones de la alianza. Los trabajadores dependientes ganan con alimentos “baratos”, ya que esa tendencia eleva sus ingresos reales y les permite la compra de bienes industriales con el ingreso discrecional de ahí resultante (sobre todo artículos duraderos: automóviles, línea blanca, vivienda, etc.). Para los industriales —y en general para los sectores secundario y terciario— esto significaría salarios “bajos” y demanda creciente por sus productos.

Segundo: la creciente tasa real negativa de interés beneficia, por un lado, a los trabajadores (en primera instancia a las capas medias), que pueden adquirir “regalados” bienes duraderos “por adelantado”, y, por el otro, el crédito “barato” que permite la ampliación de las capacidades de producción a los industriales (cuya demanda está asegurada por los mecanismos antes mencionados).

El “bajo” tipo de cambio —cuya sobrevaluación aumenta a medida que procede el proceso— facilita la importación de alimentos “baratos” a medida que crece la capacidad adquisitiva interna (en la fase de recuperación y auge del ciclo) y a la par que se reduce el quantum de producción agropecuaria interna (resultó antes generada del control de precios “esenciales”). Por otra parte, el sector

industrial —altamente intensivo en importaciones— puede introducir al país bienes intermedios y de capital a precios “subvaluados”.

Se ve así que en estas tres áreas de precios (bienes agropecuarios, tasas de interés y tipo de cambio) no surge conflicto alguno entre los grupos sociales de apoyo político al modelo de “desarrollo hacia adentro”.

Como veremos enseguida, la situación es más problemática si dirigimos la atención a los otros tres precios que controla el gobierno (salarios mínimos, aranceles y alquileres). Veámoslos por separado.

La joven *burguesía industrial* se beneficia en forma directa por las bajas tasas de interés y el crédito preferencial. Indirectamente gana por la fijación de los productos agrícolas de subsistencia, lo que por un lado tiene un impacto suavizador sobre las alzas salariales, y, por el otro, permite liberar ingresos discrecionales para ampliar el mercado de bienes industriales. Sectores industriales específicos se benefician de elevados aranceles sobre importaciones competitivas (que les aseguran mercados cautivos y elevadas tasas de ganancia) Esta medida se adopta explícitamente para favorecerlos (así como la de la congelación de las tarifas de electricidad), mientras que las dos primeras no han sido diseñadas expresamente para beneficiarlos.

A las *clases medias* (y sectores obreros de altos ingresos) se les favorece explícitamente con la fijación de alquileres y la energía eléctrica, e implícitamente con la de la tasa de interés (que facilita la construcción de vivienda propia y amplía su capacidad adquisitiva) y el tipo de cambio (al facilitar el turismo y determinadas importaciones de lujo, básicamente de contrabando).

La fijación de un salario mínimo y de los pasajes urbanos está diseñada para favorecer a ciertos *sectores obreros* (sobre todo urbanos) en forma explícita, beneficiándolos —indirectamente— con el tipo de cambio fijo (para importar alimentos “baratos”).

La persistencia de ciertos gobiernos por mantener los precios —en “discordia” con las tendencias de la oferta y demanda— sólo

puede entenderse, pues, si se explicita el papel que cumple tal obstinación; lo repetimos: la necesidad de asegurar en el poder a los grupos de la burguesía industrial y sus cobeneficiarios para lo que hay que diseñar medidas ⁽¹⁵²⁾ que le permitan ganar el apoyo de grupos políticamente poderosos (clases medias y obreras urbanas), y poder así contrarrestar la fuerza de la fracciones económicamente dominantes (que controlan el sector primario-exportador).

Cabe una primera pregunta ante estas fijaciones de precios, referentes a la coherencia global de ellas con los intereses de los grupos de la coalición reformista. Veamos ésto..

El primer campo evidente en que se puede dar un potencial choque entre intereses dentro de la alianza multclasista es el relacionado con los *salarios mínimos*, que —a primera vista— favorece a los trabajadores y perjudica a los industriales (y, en general: “distorsiona” la asignación de recursos en la economía). A esto hay que señalar que éstos escabullen la medida, no tanto dejando de pagar lo establecido por ley, como sustituyendo capital por trabajo, lo que es facilitado por la sobrevaluación de la moneda nacional (y los créditos a la importación de equipo): con ello aumenta la intensidad de capital en el sector industrial (y de producción interna) y el conflicto respecto a esta medida es real sólo en el corto plazo, pero aparente en el mediano plazo ⁽¹⁵³⁾.

Los *aranceles* (y los controles de importaciones) sobre bienes finales benefician directamente a sectores específicos de industriales que producen en el país, perjudicando —en forma directa también— a las capas medias y obreras. Para éstas, el precio de los mismos productos (o incluso inferiores en calidad) antes importados, son ahora más elevados (o no se pueden adquirir) y aquellos se aseguran un mercado cautivo con ganancias monopólicas. Aquí

(152) Hasta aquí hemos visto las pecuniarias, obtenidas a través de la manipulación de los precios relativos.

(153) Inevitablemente la tasa de crecimiento del empleo industrial va decreciendo a medida que procede el proceso, lo que no es motivo de conflicto ya que los sectores obreros más organizados gozan de estabilidad (“natural”) en el período de expansión.

hay, en consecuencia un conflicto latente, que lleva a una pequeña transferencia de excedentes de los segundos a los primeros. Si el conflicto no estalla es porque la temática no constituye una bandera de batalla. Por otra parte, amplios sectores de obreros y empleados (justamente los más organizados políticamente) se benefician con la producción de estos productos asegurándose un empleo, que no habrían tenido de mantenerse "abiertas" las fronteras (si bien en ese caso, como nos adoctrina la teoría neoclásica, otros obreros y empleados se habrían beneficiado con el empleo en sectores primarios y/o exportadores).

Aparentemente —y para terminar— el control de los *alquileres* beneficia en forma directa, *ceteris paribus*, a las capas medias y perjudica a los constructores, y, en forma indirecta, perjudica también así a los industriales. Sin embargo, si tomamos en cuenta la tasa creciente de expansión de la liquidez y las decrecientes tasas reales de interés, se verá que nuevamente el conflicto es —en gran parte— aparente (sobre todo para las capas medias), ya que por este lado el estímulo a la construcción es mayor (con ello se postula y se comprueba empíricamente, que el efecto —interés es mayor al efecto - alquileres en la expansión de la demanda).

En resumen: la necesidad de establecer un equilibrio "social" (alianza trabajadores - industriales del sector "moderno") por parte del gobierno "desarrollista", exige inevitablemente la manipulación de los precios relativos en esa dirección. Sabemos que ello lleva necesariamente también al "desequilibrio" económico y a la crisis, dada la dinámica del capitalismo periférico. (Ver sección 2.4).

Se deriva de lo anterior que las fracciones sociales perjudicadas de tal política económica son los exportadores (154), los agricultores para el mercado interno y los comerciantes importadores. Los dos primeros, es decir, los productores de divisas y los de alimentos, son los principales damnificados, por lo que —a la larga— explota

(154) Y la inversión extranjera radicada en el sector primario-exportador. En cambio, las empresas multinacionales ubicadas en los sectores modernos son grandemente beneficiados por el proyecto reformista.

la crisis: tanto por la manipulación de los precios —que lleva a ciertos desequilibrios—, como por las reacciones de estas fracciones de capital ante esa tendencia (huida de capital, restricción de la producción, inversión neta nula, subvaluación de exportaciones, etc.), lo que incide directamente sobre los niveles y estructura de inversión, empleo, producción e importaciones.

Tenemos así, que las medidas económicas específicas que se aplican en un país, sólo pueden “entenderse” como parte de un proyecto político condicionado por una modalidad específica de acumulación y la dinámica sociopolítica coyuntural. Por eso, todo paquete de política económica tiene su propia racionalidad sociopolítica, que puede o no coincidir con la racionalidad y coherencia económicas, siendo esto último secundario en su implementación. En consecuencia las críticas que se plantean a las medidas de política económica de un gobierno —sobre todo de parte de economistas ortodoxos— caen en el vacío si parten únicamente de consideraciones y variables económicas, en tanto éstas son un subconjunto de un todo integrado, social y político. El economista debe pues, antes de pensar en la aplicación universal de medidas económicas, elaborar pautas de paquetes en función a la dinámica sociopolítica y la modalidad de acumulación vigentes (o deseadas), si no quiere fracasar en sus recomendaciones.

2.4 Precios Relativos y Crisis.-

Hasta aquí hemos caracterizado, a grandes brochazos, las características fundamentales de la política económica intervencionista y su ‘racionalidad’ sociopolítica. Veremos, en esta sección, la dinámica a la que da lugar y la forma en que *inevitablemente* lleva a la crisis económica (y, con ello, política). Las excepciones a la tesis de la inevitabilidad constatan la regla y surgen de desarrollos excepcionales en el sector externo de las economías: un “boom” prolongado de las exportaciones asegura la supervivencia de la política controlista sin dar lugar a graves niveles de inflación y del déficit de balanza de pagos. América Latina como conjunto, sin embargo, obedece a la dinámica a exponerse en lo que sigue: donde la fijación de cada uno de los “precios” fundamentales

contribuye —incluso reforzándose mutuamente— a desatar elevadas tasas de inflación, el déficit fiscal y de balanza de pagos, la reducida absorción de mano de obra, etc., tal como nos lo sugiere el análisis económico neoclásico a raíz del “intervencionismo” en los mercados de “bienes, monetario y de factores de producción.”

No haremos una cronología de los precios que se van fijando a través del tiempo, ya que tal periodización varía de economía en economía. Generalmente lo primero que se fija es el tipo de cambio y, luego, los precios de los bienes esenciales y el salario mínimo. Aprovechemos ésto para recordar que tal fijación de precios y el conjunto de política económica a que da lugar no es una labor conciente y preconcebida, sino que responde a la problemática del momento y, sobre todo, a las presiones que en ese sentido ejercen los integrantes de la alianza gobernante y a las “compensaciones” que ésta debe otorgar —para neutralizarlos— a los grupos económicos poderosos excluidos del proyecto.

En unos casos, sin embargo, tal “fijación” resulta sencillamente del hecho que uno o que otro de tales instrumentos (y precios) no se acostumbran ‘usar.’ Este es el caso de las tasas de interés que generalmente sólo se mueven en épocas de grave crisis y, seguramente, por recomendaciones emanadas de alguna misión extranjera. Sólo en economías que han sufrido largos procesos inflacionarios, i.e. Chile, la política de tasas de interés es muy flexible hacia arriba y abajo.

Pasaremos ahora a la temática de esta sección, explicitando las variadas consecuencias a que da lugar la fijación de cada uno de nuestros seis precios sobre la economía. El orden de exposición corresponde a motivos didácticos más que a su secuencia real en el tiempo.

La fijación del *tipo de cambio* (unidades de moneda nacional por dólar) es una de las inconfundibles características de la política económica reformista; probablemente es la más típica para distinguirla de las medidas económicas ortodoxas.

En la fase inicial del ciclo económico se le fija, generalmente, sin justificación alguna o porque hay “demasiadas” reservas internacionales. La “justificación” viene ante presiones por devaluar; en estos casos se resiste la depreciación de la moneda nacional “para evitar” alzas en el costo de vida: sea en forma directa, porque el país importa valores considerables de alimentos (con lo que perderían el indispensable apoyo político de las capas medias y de los trabajadores urbanos); sea en forma indirecta, por la alta propensión a importar de los industriales (al elevarse los costos, elevarían precios, pero perderían mercado).

Desde los inicios de la fase de recuperación económica aumentan los precios internos. Si bien las tasas de crecimiento del Índice de Precios al Consumidor son inferiores al 100/0, ello va dando lugar a —*ceteris paribus*— un tipo de cambio sobrevaluado. Las consecuencias son conocidas: implica un subsidio implícito a los importadores, que pagan los exportadores, con lo que se alientan las importaciones y se frena la inversión en el sector exportador. Así la *demanda de divisas* excede en niveles cada vez mayores a *su oferta*: la brecha (de la cuenta corriente de la balanza de pagos) tienen que ser “financiada” —dada la propensión reducida a invertir de los extranjeros— con *préstamos en el exterior* y a través de la pérdida de *reservas internacionales*. Agotadas éstas y alcanzando el tope para la deuda externa, se desata la “crisis”, que aquí debe apreciarse a partir de la Balanza de Pagos.

A medida que se agrava la sobrevaluación de la moneda nacional crecen las expectativas de devaluación, con lo que los sectores intensivos en importaciones elevan drásticamente sus inventarios de insumos extranjeros.

La pérdida de reservas internacionales permite aumentar drásticamente el Crédito Interno (para cuya expansión hay presiones, dada la tasa de interés real negativa), sin que ello signifique ampliar la liquidez (M_1), dando impulso a la *inflación* (cuyos orígenes, sin embargo, hay que buscarlos más allá del “velo monetario”).

Traer dinero del extranjero no conviene en esas circunstancias, por lo que si las empresas multinacionales desean ampliar sus activida-

des lo harán recurriendo al crédito interno, a la par que les conviene repatriar utilidades. Se resiente la Balanza de Pagos, por el lado del capital a largo plazo en el primer caso, y por el lado de la balanza de servicios en el segundo. A la par se acelera el conflicto respecto al Crédito Interno, estimulándose las presiones para su expansión.

Por efectos de la sobrevaluación del tipo de cambio se hace necesario controlar las importaciones, prohibiendo la de ciertos sectores o elevando sus "precios" a través de *tarifas*. Si bien se argumenta que tales medidas se adoptan para evitar el deterioro de la balanza comercial y para reducir la dependencia externa (mal entendida), el motivo sustancial de este "intervencionismo" consiste en salvaguardar a los sectores de sustitución de importaciones, procurándoles un mercado cautivo (y ganancias monopolísticas).

La economía se distancia, en consecuencia, de las "normas" que plantea la teoría de las Ventajas Comparativas: los recursos fluyen "en exceso" hacia los sectores dedicados a la producción de bienes elaborados para el mercado interno, atraídos de los sectores de baja rentabilidad a raíz de los controles de precios esenciales (de la agricultura) y del tipo de cambio (de los sectores exportadores). Se reduce, en términos relativos, el uso de mano de obra e insumos nacionales a favor de insumos y maquinaria importados (reforzando la línea trazada por la moneda nacional sobrevaluada).

Ante la enorme protección efectiva y la ausencia de competencia interna son inevitables la capacidad ociosa de producción y la "dilapidación" de capital productivo (y precios altos).

La *tasa nominal de interés*, habíamos dicho, llegaba a fijarse —o incluso a reducirse— una vez que las economías habían traspuesto la crisis económica, congelándose —por parte del gobierno reformista— a ese nivel, hasta que una nueva crisis obligue a su elevación (en el marco de políticas de "estabilización").

Tal enfriamiento de la tasa nominal de interés (i), y a medida que procede la inflación (π), lleva la tasa real de interés (r) a niveles

negativos (155). Las consecuencias de este fenómeno son conocidas.

En primer lugar, en vistas de la fijación "elevada" del salario mínimo, los empresarios incrementarán el uso relativo de bienes de capital *vis a vis* la mano de obra, con lo que —si bien aumenta la relación capital/producto y, con ello, la productividad del trabajo— se reduce la tasa de absorción del *desempleo*. Así, la tendencia a la ampliación del "ejército industrial de reserva" se acelera, reforzando el efecto analizado arriba de las migraciones masivas (campo-ciudad). Paralelamente se observa un incremento de las *importaciones* de equipo y maquinarias, "facilitado" por el tipo de cambio sobrevaluado.

Segundo: las tasas pasivas (reales) de interés negativas reducen la propensión de ahorrar, con lo que disminuye la participación del *Ahorro Personal* en el Ahorro Bruto del país, por lo que la Inversión Bruta del país es cubierta cada vez menos por esta componente y que, hacia finales del ciclo, llega incluso a ser negativa. Esto viene reforzado por el Crédito "fácil" que permite ampliar el *Consumo* presente (lo que, generalmente, se materializa en una mayor demanda de bienes duraderos). También esto implica un incremento de las *importaciones*, sea de bienes de consumo (cuando la sustitución de importaciones se encuentra apenas avanzada en su fase "fácil"), sea (y más exactamente) de bienes intermedios y de capital (que sirven para producir tales bienes finales).

Tres: las "bajas" tasas activas de interés llevan a una acelerada expansión de la Inversión, pero igualmente a un "racionamiento" (por el inevitable exceso de demanda a que da lugar) del crédito interno, que se decide a favor de las fracciones de la alianza gobernante, por encima de todo para los sectores construcción e industria, que pueden ampliar sus inversiones a ritmos mayores que los demás. Con ello se modifica la estructura de la asignación

(155) Recuérdese el cálculo de la tasa real de interés:

$$r = \frac{i - \pi}{1 + \pi},$$

de donde se tiene que si $i < \pi \longrightarrow r < 0$.

de recursos, desde el sector primario al secundario (y terciario), tendencia que viene garantizada por la abrupta expansión de la demanda dirigida hacia estos sectores y creada "artificialmente" por la fijación de precios (de bienes esenciales, salario mínimo, tasas activas de interés) y la creciente intervención del gobierno como empresario. Es evidente que estas tendencias deben venir acompañadas de rápidos y elevados incrementos en la oferta monetaria. Finalmente, ya que los sectores beneficiados son más intensivos en importaciones que los sectores perjudicados (sobre todo el primario), las presiones sobre la Balanza Comercial van agudizándose aún más.

La fijación del *salario mínimo* responde a la creciente fuerza política de ciertas fracciones de trabajadores y a la necesidad de contar con su apoyo de parte de los grupos gobernantes. Esta medida está ligada con otras de corte similar (ley de Estabilidad en el Trabajo, crecientes Beneficios sociales, participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas), dirigidas a favorecer a sectores privilegiados (que pertenecen al cuartil más alto de la pirámide de ingresos) entre los trabajadores: burocracia, obreros, urbanos, empleados de las ramas "dinámicas" de la economía. Sus efectos son conocidos mayormente.

En primer lugar, tienden a incrementar —reformando los efectos de la tasa real negativa de interés y la sobrevaluación de la moneda nacional— el uso de capital a costa del trabajo, reduciéndose así el ritmo de *absorción de mano de obra*.⁽¹⁵⁶⁾ Dado el tipo de cambio sobrevaluado, se expanden *las importaciones* de maquinaria y equipo (y las de insumos, royalties y otros que ellas requieren) aumentando las presiones sobre la Balanza en Cuenta Corriente.

Por otra parte, en conjunción con el incremento acelerado del empleo en el sector público, el movimiento del salario mínimo (por encima de las tasas de crecimiento de la "productividad") infla los gastos de consumo del gobierno, con lo que —junto con los otros factores— reduce cada vez más, hasta hacerlo negativo,

(156) Se observa un deterioro de la distribución personal del Ingreso Nacional, favoreciendo a los dos o tres deciles más elevados de la pirámide de ingresos.

el ahorro del gobierno en Cuenta Corriente. Su financiamiento ocurre inicialmente aumentando la *deuda pública externa* y, luego, a través del crédito interno. En este último punto se va desatando más y más el *conflicto con la empresa privada* que se resiente de participaciones cada vez menores del crédito interno total.

Finalmente, como es evidente la medida permite expandir el *Consumo Personal* agregado.

El control de *precios de los bienes agrícolas "esenciales"* (157) surge, generalmente, cuando la inflación se acelera —en la fase de auge del ciclo—, con la esperanza de seguir asegurando la "fidelidad" de los trabajadores, sobre todo urbanos.

Tal congelación (o semi-fijación) de los productos agropecuarios, da lugar a una creciente distorsión de los precios relativos agricultura-industria (158), deteriorando la *distribución del Ingreso* campo-ciudad. Con el aumento de los demás precios, el ingreso real de los agricultores crece a ritmos inferiores a los de los demás sectores, llegando a menudo a eliminar la rentabilidad positiva de los productores (159).

Con ello —sin estímulo para aumentar la producción y productividad agrícolas— unos transfieren sus *inversiones* a otras ramas (generalmente no-productivas) y los otros migran a la ciudad, aunándose al ejército de buscadores de trabajo o del sector terciario. El efecto más grave de este fenómeno sería, entonces, la reducción de la *producción agrícola*, lo que a su vez tiene una secuela: deben aumentar las importaciones de alimentos y el gobierno debe proceder a *subsidiarlos*. De ambos factores surgen, respectivamente, por una parte, presiones adicionales sobre la balanza comercial y por la otra, reducciones mayores del ahorro (en cuenta corriente)

(157) Al congelarse los precios agrícolas parecería asumirse que: a) su producción es oligopólica; y/o b) que los agricultores no pretenden maximizar ganancias.

(158) Sin embargo, en algunos países, esto no se dió porque la protección (a través de cuotas, prohibiciones y aranceles) a la industria, fue excesiva (Little, Scott y Scitovsky, 1975, p. 18).

(159) Agravado por el incremento (y la restricción de oferta) de los insumos industriales para la agricultura.

gubernamental. Tras todo ello va actuando la inflación “suprimida” (Sjastaad, 1976).

Los alimentos “baratos”, en una economía en auge, amplía la demanda de bienes “no-esenciales” —sobre todo la dirigida al sector manufacturero— los que —dada su alta propensión a importar— dan ímpetu adicional a la ampliación de *importaciones*.

Para terminar conviene enunciar las consecuencias de una serie de otros precios que son fijados para beneficiar a los grupos sociales urbanos, por su alta incidencia en el costo de vida: alquileres, pan, leche, pasajes, gasolina, energía eléctrica, etc. En cada caso, los precios tope van generando un excedente de demanda sobre oferta, lo que da lugar a consecuencias secundarias similares a las ya nombradas para los casos anteriores.

En resumen, la política de manipulación de los precios esenciales de la economía da lugar —inevitablemente y a través de mecanismos sencillos que se derivan del análisis económico convencional— a elevadas tasas de inflación, a una grave brecha de balanza de pagos, a una baja absorción de mano de obra y elevados niveles de desempleo urbano, al deterioro de la distribución personal del Ingreso Nacional y al déficit fiscal.

La gravedad de la crisis está en función del tipo de gobierno de turno. Al respecto se deben explicitar, cuando menos, las dos siguientes hipótesis. Una: Mientras más autoritario y reformista el gobierno, más tiempo se ignorará o se disimularán los elementos de la crisis. En el afán de no perder el apoyo político “de las masas”, se incrementará el controlismo (y con ello las “brechas”) y se tratarán de suprimir los elementos visibles de la crisis. Y la otra: Mientras mayor la democracia formal vigente y más débil la coalición gobernante, más rápida y contundente será la denuncia de la crisis por parte de la oposición, lo que lleva, o a adoptar medidas anticrisis a la brevedad, o al “golpe”. Así, el período que transcurre entre el descubrimiento de las “brechas” indicativas de crisis y la adopción de medidas es menor y el peligro de ampliarlas aún más es menor.

A pesar de la conocida contundencia con la que han fracasado en tales circunstancias las políticas de estabilización fondomonetaristas, siempre que se desataba la crisis, se volvía a aplicar tal recetario al pie de la letra. La "plantilla" consistió en todos los casos en las siguientes medidas que inevitablemente llevaban a la recesión económica: recorte del gasto público, drástica devaluación, contención económica y política de los aumentos de remuneraciones, aumentos nominales de las tasas de interés (activas y pasivas) y reducción selectiva de los aranceles. Las misiones del FMI siempre diagnosticaban de la misma manera (exceso de demanda sobre oferta agregada, básicamente a consecuencia del gasto público), por lo que las medidas de estabilización fueron asimismo iguales.

Como lo ha demostrado Rosemary Thorp, sin embargo, la salida de las crisis coyunturales venía dada ("a pesar de las políticas de estabilización") básicamente por la recuperación del valor de las exportaciones, que permitían importar valores superiores a los del período precrisis, con lo que se podía iniciar un nuevo ciclo de auge. A partir de este momento nuevamente el intervencionismo (a través de una mayor participación del estado en la fijación de precios y en la erogación de gastos) resultaba dominante, retirándose el equipo económico estabilizador de corte monetarista.

3. CRISIS ESTRUCTURAL Y MONETARISMO.

Con la culminación de los procesos de sustitución de importaciones —en relación directa con los mercados internos efectivos de los países— en América Latina se inician nuevas tendencias de acumulación, en búsqueda de una alternativa viable a las recurrentes crisis de balanza de pagos y su correlato de inflación permanente. En ese sentido las políticas de estabilización inauguradas durante la *década de los setenta* —paralelas a la instauración de gobiernos burocrático/autoritarios— en Chile (1973), Uruguay (1974) y Argentina (1976), señalan nítidamente “nuevos rumbos” a los patrones de acumulación ⁽¹⁶⁰⁾.

A diferencia de las décadas anteriores, en las que —luego de remontadas las crisis de balanza de pagos— se reiniciaba un proceso de expansión de la demanda interna (en el clásico ciclo del péndulo estabilización/reactivación), las experiencias recientes muestran una *permanencia* en la aplicación de políticas económicas neoliberales. En estos casos no se observa indicio alguno hacia una reactivación del mercado *interno* a través —como ha sido común en periodos anteriores— de una expansión deliberada del gasto público. En correspondencia a la imperturbada fe en el liberalismo económico, no se observa tampoco una correspondiente suavización del autoritarismo político (Cardoso, 1981,), aspectos que —paradójicamente— son contradictorios en la realidad latinoamericana contemporánea. Crecientemente forma parte del saber

(160) La experiencia brasileña a partir de 1964 es un caso precoz de esa misma tendencia, cualitativamente distinta sin embargo a las del Cono Sur, dado el creciente peso del Estado en la economía.

“convencional” el hecho que el autoritarismo político es y tiene que ser requisito y acompañante obligado del liberalismo económico en América Latina.

En este último capítulo nos ocupamos de esta novedosa experiencia en América Latina, a partir del caso chileno que —a nuestro entender— representa el caso “ideal” (en el sentido de más puro) de aplicación de una política económica monetarista, patrón que aparentemente —sin mencionarlo ciertamente— propugnan seguir diversos países latinoamericanos.

Nos interesa, en consecuencia, detectar sus características, sus consecuencias y, sobre todo, el significado que tienen desde una perspectiva de largo plazo. Nuestro interés y énfasis en esta política económica y su correspondiente modelo de acumulación deriva de la creencia en que representa lo que habrá de ser el “caso general” de nuestros países en lo que queda del siglo XX. Su conocimiento detallado es, en consecuencia, obligación y tarea perentoria de todo científico social en la hora actual.

En una primera sección nos ocupamos de los antecedentes históricos —que se remontan a la década de los cincuenta— de la política económica actual: las relaciones institucionales entre las universidades de Chicago y La Católica de Chile. Ello permitirá entender el rápido asidero que han tenido las ideas de Friedman, Harberger y Sjaastad para la aplicación de la política económica del “shock” aplicada a partir de 1975 en Chile.

La segunda sección se centra en la evaluación económica de la política económica y las reformas estructurales llevadas a cabo en Chile en el periodo consecutivo al golpe militar.

La sección final de este capítulo trata de explicitar el carácter de largo plazo de lo que se está implementando en Chile, su lógica y perspectivas. Ello permitirá detectar la nueva racionalidad económica y política del modelo chileno. Una subsección se ocupará asimismo de las experiencias similares en el Cono Sur.

3.1 Friedman y Chile

La rapidez y unanimidad en el esbozo e implementación de la política económica neoliberal a la Chicago, luego del golpe militar de 1973, no puede entenderse si no es explicitando la larga historia que une institucionalmente al Departamento de Economía de la Universidad de Chicago con su contraparte de la Universidad Católica de Santiago de Chile. Asimismo el éxito tan rotundo que tuvieron las recomendaciones de Friedman a inicios de 1975 –y que llevaron a la implementación de la política de shock– tampoco pueden comprenderse como resultado de su breve visita a Chile, sino como corolario de un paciente proceso de formación de estudiantes en la línea de pensamiento monetarista. En una primera sección de este capítulo nos ocuparemos de la etapa de formación del importante contingente de “técnicos” que, desde los inicios del gobierno de Pinochet, vienen implementando la política económica de Chile.

Una segunda sección se ocupará de reseñar los planteamientos de Friedman respecto a las causas y remedios a la situación chilena, tal como las planteara en su célebre visita al vecino país del sur.

La sección final, siempre al nivel ideológico-educativo, trata de auscultar las relaciones entre una escuela de pensamiento y los intereses financieros y políticos dentro de los cuales se enmarca, recuperando la noción de “imperialismo científico” tan en boga durante una época.

3.1.1 La Universidad de Chicago (U.S.A.) y la Universidad Católica (Chile)

La historia de las relaciones entre ambas universidades comienza a mediados de 1955 (*Finis Terrae*, No. 6), cuando el Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chicago (Theodor Shultz) y varios profesores (Simon Rottenberg, Earl Hamilton y Arnold Harberger) visitan durante unos días Santiago, con el objeto de detectar las posibilidades de intercambio educa-

cional con la Universidad Católica de Chile (161). Luego de innumerables reuniones se logró fundar un Centro de Investigaciones Económicas patrocinado por ambas facultades, pero "para cuya creación definitiva se espera la ratificación de la Universidad de Chicago" (162). Al año siguiente, por la misma época (*Finis Terrae*, No. 10), ambas universidades celebran un convenio "para realizar, en común, una proforma de *estudios de los problemas económicos básicos de Chile*, tales como el de la inflación, el desarrollo agrícola y el mejor aprovechamiento de los recursos existentes mediante inversiones nacionales o extranjeras". Ese mismo año llegan también los primeros profesores de Chicago a la Universidad Católica (Simon Rottenberg y Chauncy Dennison Harris) y viajan los primeros alumnos chilenos para realizar el post-grado en Chicago (Pedro Jeftanovic y Ernesto Fontaine), financiados con fondos del Instituto de Asuntos Interamericanos (*Finis Terrae*, No. s. 10 y 12) del Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica.

De ahí en adelante el contacto es fluido y aumenta en intensidad crecientemente (163). Y poco a poco van regresando los Ph. D. de Chicago para dictar cátedra en la Universidad Católica y para formar parte del Centro de Investigaciones: Mario Albornoz (hoy Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Director de la Escuela de Administración de la U.C.), Rolf Lüders (Decano de la Facultad entre 1968–1971, Director del Centro de Investigaciones durante varios años y hoy empresario privado, Presidente del Banco Hipotecario y miembro del Banco Central), Mario Corbo, Alberto Valdés, etc.

(161) Las gestiones previas fueron realizadas por Julio Chaná, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la U.C. (Ministro de Minería de Alessandri; hoy Vicepresidente de la Asociación de Aseguradores de Chile y Director del Dpto. de Derecho Comercial de la Facultad de Derecho de la U.C.), en base a la propuesta de Albion Patterson, Director del Instituto de Asistencia Internacional (del Dpto. de Estado de EE.UU.) en Chile. El convenio nació definitivamente del acuerdo entre los norteamericanos con miembros de la Facultad de Ciencias Económicas y del "Comité Cooperador" de ésta (formada por hombres de negocios).

(162) El subrayado es nuestro.

(163) Vid. *Finis Terrae*, números 13, 15, 16, 18, 22, 30, 32, 37 y 48.

También salen a Chicago alumnos de la Universidad de Chile: Herta Castro (hoy coordinadora del Programa de Graduados de la Universidad de Chile), Dominique Hachette (hoy Director del Instituto de Economía), Carlos Clavel y Carlos Massad (hace poco Presidente del Banco Central, ahora en el Fondo Monetario Internacional). Más tarde salen alumnos de éste (y otros): Alvaro Bardón (hoy Presidente del Banco Central) y Andrés Sanfuentes (hoy Director del Departamento de Economía de la Universidad de Chile).

Unos regresan a enseñar, tanto a la Universidad Católica, como a la Universidad de Chile, generando "escuela", elevando el nivel "técnico" de la enseñanza y de lo enseñado. Otros adquieren experiencia en la burocracia, principalmente en el Banco Central. En 1969, incluso apoyaron la candidatura a la presidencia de Jorge Alessandri, para lo que antes habían fundado, por intermedio de Emilio Sanfuentes (exalumno de Sergio de Castro en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile), el CESEC (Centro de Estudios que se financiaba por la venta de estudios económicos a empresas privadas), y del que formaban parte otros prominentes Chicago Boys de la Universidad de Chicago (Pablo Baraona, Adelio Pipino, Javier Fuenzalida y Sergio de la Cuadra) así como de otras Universidades: Sergio de Castro (Universidad de Columbia), Manuel Cruzat (Universidad de Harvard) y Sergio Undurraga. El CESEC desapareció con el triunfo electoral de Salvador Allende.

En todo caso, en las dos décadas transcurridas desde el primer contrato con Chicago, se fueron formando cientos de economistas con las perspectivas chicaguina de la ciencia económica (tal como fue expuesta en la Parte Primera) (164). La mayoría de ellos procedía de la Facultad de Economía de la Católica, si bien también en la Universidad de Chile se fueron formando (en especial, a partir de la enseñanza impartida por Massad), "aunque el medio era más adverso por la beligerante presencia de los estudiantes

(164) Es oportuno señalar, sin embargo, que no todos los que hicieron estudios de postgrado en la Universidad de Chicago son Chicago Boys y comparten su ideología. Los ejemplos más interesantes son Ricardo French Davis (de la Democracia Cristiana) y Julio Córdova (de la Unidad Popular).

marxistas" (165) y porque la escuela dominante ahí era la estructuralista (166).

3.1.2 El Liderazgo de Friedman

Con esa avalancha de economistas educados en una tradición neoliberal, neopositivista y neomonetarista era sencillo encontrar a un grupo dispuesto a trabajar en un proyecto económico alternativo al que venía llevando a cabo Allende desde 1970:

"A medida que avanzaba el Gobierno de Allende y se hacían insostenibles las consecuencias de su acción, un grupo de 'Chicago Boys' llegó, independientemente, al convencimiento de que ese gobierno no podía durar, aunque no sabían cómo ni cuándo podía producirse el cambio. En todo caso, en conversaciones entre ellos surgió la idea de que al término del Gobierno de la UP habría la posibilidad de iniciar un saneamiento a fondo de la economía del país."

"Y sintiendo que en eso tenían algo que decir, comenzaron la elaboración de un programa económico. La idea central, común a todos ellos, era la tónica del pensamiento de Chicago: un sistema económico de mercado."

"(. . .) tras este propósito aunaron fuerzas Emilio y Andrés Sanfuentes, Sergio de Castro, Pablo Baraona, Manuel Cruzat, Juan Villarzú, José Luis Zabala, Sergio Undurraga, Juan Braun y Alvaro Bardón. Su trabajo fue independiente de cualquier acción política para terminar con el Gobierno de Allende y, de hecho, antes del 11 de setiembre no existió contacto alguno entre ellos y las Fuerzas Armadas. Sin embargo, el 11 los sorprendió con su programa prácticamente terminado." (167)

(165) Parede que de ahí proviene también el apodo de Chicago Boys, que recibieron del "Papa de los estructuralistas", Aníbal Pinto.

(166) De: *¿Qué Pasa?* Revista semanal chilena, No. 214, 27 de mayo de 1975.

(167) De: *¿Qué pasa?*, Santiago No. 214, 27 de mayo 1975. En el Senado de EE.UU. se ha sugerido, a fines del año pasado, que varios de ellos han estado relacionados con la CIA (*Business Week*, 12 de enero 1976; p. 70).

A los pocos días algunos ya ocupaban puestos altos en la burocracia; los demás Chicaguinos se le unieron poco tiempo después. Y hoy en día no hay puesto clave que no ocupen: Ministerio de Economía, Ministerio de Hacienda, Banco Central, ODEPLAN, CORFO, etc. (168). Asimismo, a los pocos meses estaban escritos los informes sobre las políticas a adoptarse, algunos incluso firmados por los mismos profesores de Chicago (169).

Poco después del golpe llegaron a Santiago los exprofesores de los Chicago Boys. Arnold Harberger vino hasta tres veces durante el primer año. Y en su tercera visita (de marzo de 1975) trajo consigo a Milton Friedman. Ambos y Carlos Langoni, de la Fundación Getulio Vargas (asesor del gobierno Brasileño cuando implantaron la política económica 'a la Chicago'), fueron invitados por el Banco Hipotecario de Chile para el dictado de conferencias en el Edificio Diego Portales (sede del Gobierno). De paso aprovecharon para reunirse "informalmente y a puertas cerradas con distintos integrantes del equipo económico de Gobierno, y además con militares y ejecutivos de las empresas públicas" (170).

(168) Pablo Baraona: Ministerio de Economía, antes Presidente del Banco Central. Sergio de Castro: Ministro de Hacienda. Jorge Cauas: Hasta muy poco Ministro de Hacienda, hoy Embajador en los EE.UU. Rolf Luders: Presidente del Banco Hipotecario y Presidente de CTI. Alvaro Bardón: Presidente del Banco Central, poco antes Vicepresidente. Carlos Massad: Retirado Actividad Pública (Fondo Monetario). Ernesto Fontaine BID—ODEPLAN. Pedro Jeftanovic: Instituto de Economía. Herta Castro: Instituto de Economía. Andrés Sanfuentes: Director del Dpto. del Instituto de Economía. Adello Pipino: Ocupa cargo Comité Asesor de la Junta de Gobierno. Sergio de la Cuadra: Vicepresidente del Banco Central. Manuel Cruzat: Colocadora Nacional de Valores. Miguel Kast: ODEPLAN Oficina de Planificación Nacional. Mario Alborno: Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Director de la Escuela de Administración de la Universidad Católica. Mario Corbo: ENACO—Comercial y Banco Central Hipotecario. Emilio Sanfuentes: Oficina de Consultoría con R. Luders. Alberto Valdez: Asesor de la Junta. Sergio Undurraga: CORFO-USA; Carmen Tessada: Universidad Católica. Alvaro Saieh: Director de ESCOLATINA. Situación a 1976.

(169) Vid. por ejemplo, Larry A. Sjaastad, "The Problem of Trade Liberalization in Chile." mimeo., diciembre 1973; estudio, financiado por la AID, en el que se sugiere la salida de Chile del Grupo Andino.

(170) "Raquetazos en la Política Económica", en: *¿Qué Pasa?* No. 206, 3 de abril 1975.

A los pocos días de su llegada Friedman “conocía” las causas y las soluciones a los problemas de la economía y sociedad chilenas. Veamos su análisis y recomendaciones:

“(. . .) debe subrayarse un hecho extremadamente importante: los problemas de Chile, sin duda alguna, son ‘made in Chile’. Chile se ha visto perjudicado por el alto precio del petróleo e, indudablemente, se ha visto perjudicado por la baja del precio del cobre. Un aumento del precio del cobre y baja del petróleo ayudarían y harían más sencilla la tarea de Chile. Sin embargo, después de todo, no es el alto precio del petróleo ni el bajo precio del cobre lo que explica el porqué el gobierno gasta el 40o/o del ingreso de Chile. Ninguna de estas circunstancias explica tampoco el porqué la cuarta parte del gasto fiscal se financia imprimiendo dinero. *Estos son problemas originados en Chile y las soluciones también deben ser ‘Made in Chile’* ” (171).

Luego, “(. . .) considero que Chile tiene hoy *dos problemas* básicos: el primero, y muy obvio, es contener la inflación; el segundo, *establecer una economía social de mercado* virogosa, que permita al país ‘despegar’ en un crecimiento económico sostenido, cuyos beneficios sean compartidos por todos los ciudadanos.”

Pasa luego a analizar cada uno de estos problemas por separado, si bien reconoce que “están vinculados entre sí, aunque en rigor se trata de problemas diferentes.”

“(. . .) la inflación no es un fenómeno capitalista ni comunista, es un fenómeno de *prensa de impresión*’ (. . .) se produce por un crecimiento muy rápido de la cantidad de dinero, en comparación con la producción.”

Ahora bien, “(. . .) la única fuente de producción de dinero en Chile es el gobierno. (. . .) todo el dinero en Chile es del gobierno. (. . .) todo el dinero en Chile es creado por el gobierno.” “¿Para qué se usa? Se usa para pagar los gastos de gobierno y ésta es la

(171) El subrayado es nuestro.

fuerza fundamental de la inflación. (. . .) la fuerza de la inflación es el financiamiento del déficit fiscal.”

“¿Cómo puede Chile terminar con la inflación? Hay un solo camino, solamente uno, ¡no dos! Se termina la inflación dejando de imprimir tanto dinero. ¿Cómo se puede restringir la impresión de dinero? Hay una forma. Sólo una! Consiste en reducir los gastos del gobierno. Una reducción del 20 al 25 o/o en los gastos del gobierno es una condición absoluta para terminar satisfactoriamente la inflación que ahora está experimentando Chile.” (172)

“(. . .) hay algo que no deberán hacer: creer que los controles de precios y salarios ayudarán a terminar con la inflación. Esa no es una ‘medicina’ para la ‘enfermedad’: es la peor parte de la enfermedad. (. . .) todo gobierno que ha impuesto controles de precios y salarios lo ha hecho porque *quería* la inflación y, al mismo tiempo, quería dar al público la impresión de que tomaba medidas en contra de la inflación” “En dos mil años de historia no hay un solo ejemplo en que los controles de precios y salarios hayan tenido eficacia para controlar la inflación. Lo único que hacen es impedir que el sistema de precios funcione. Crean ‘colas’, mercados negros, distorsiones.”

Es necesario “proveer una base para el crecimiento económico de Chile, que se distribuya entre su pueblo en general y que sea aprovechado por todos.

En este sentido la necesidad real es reducir el tamaño, ámbito y función del gobierno y aumentar, mejorar y fortalecer el mercado libre, la empresa privada y la economía fundada en ellos.”

“Los mecanismos colectivos (J.S.: frente a los de mercado), pueden crear una tiranía fuerte. La URSS ha creado un gobierno de esta especie, pero los ciudadanos de Rusia no tienen buena vida. El resultado para ellos no ha sido lograr bienestar.

Si se compara Alemania Oriental con Alemania Occidental, se explicarán cuál de las dos tuvo que levantar una muralla que im-

(172) Política de Shock por la que no se aboga en EE.UU.

pidiera salir a la gente de su propio país. Si se compara el pequeño Hong-Kong, que prácticamente es pura libre empresa sin restricciones de ninguna especie, con China Roja, ¿Cuál de estos gobiernos necesita establecer policía para evitar que la gente entre al país? Los chinos rojos no necesitan policías para esos propósitos: los necesitan para impedir que la gente salga. Dondequiera que uno vaya, en cualquier parte del mundo, se comprobará lo señalado.”

En consecuencia, el gobierno debe limitarse a: “Número uno: proveer para la defensa nacional; número dos: proteger a los individuos de coerción por otra parte de otras personas dentro de la comunidad; número tres: proveer un dinero estable, no un dinero en el cual los precios suban 300 o/o al año (. . .); número cuatro: proveer el marco de referencia básico dentro del cual la gente pueda, en forma voluntaria, convenir –unas con otras– y cooperar voluntariamente en un mercado libre y competitivo.”

“Desde el punto de vista de los problemas básicos más importantes que enfrenta Chile para mejorar la condición del hombre común, en el largo plazo, lo primero que se requiere es un mercado libre y el fortalecimiento de la empresa privada.” Hay una sola forma de hacerlo: “reduciendo el sector del gobierno, transfiriendo actividades al sector privado, removiendo obstáculos y eliminando subsidios.”

“Una economía de mercado libre es aquella que elimina las barreras aduaneras y las restricciones, que permite al ciudadano de un país que compre donde crea que puede comprar más barato y que produzca aquellos bienes que pueden vender en el exterior al precio más conveniente.”

“De esta manera que, entonces, para obtener en Chile un desarrollo económico vigoroso, se necesita el fortalecimiento del sector privado mediante la eliminación de los obstáculos y los subsidios. (. . .) puede sostenerse válidamente la necesidad de anunciar que estas restricciones serán eliminadas a través de un período de varios años.”

Muchos consideran que a raíz de la visita del célebre Premio Nóbel se implantó en Chile la política económica restrictiva, el tan mentado "tratamiento de shock." Hay que recordar, sin embargo, que Friedman visitó Chile recién 18 meses después del derrocamiento de Allende. En consecuencia, la influencia importante de Friedman ha sido más bien la que ha ido dando a sus alumnos chilenos que visitaron Chicago para sus estudios de postgrado, desde mediados de los años de 1950. De manera que su intervención después del 11 de setiembre ni siquiera hubiera sido necesaria y seguramente no hubiera sido tan eficiente como la que se dió realmente: Que los propios economistas chilenos con mentalidad de Chicago implantaran las medidas económicas pertinentes. Si Friedman intervino realmente después del 11 —es sabido, en este sentido, que la influencia de Harberger ha sido mucho mayor— ésto ha sucedido para repasar con él y sus exalumnos las líneas generales de acción.

¿Cuál es entonces la importancia de su tan publicitada visita a Chile? Para ser breves baste decir que su presencia era un voto de confianza a la Junta, luz verde a la inversión privada (especialmente extranjera). Y es ésto lo que tanto requiere el gobierno chileno actual, más que apoyo técnico para la implementación de medidas de política económica (para lo que poseen, como ya hemos dicho, un equipo del mismo cuño que Friedman, con la ventaja que conocen a fondo el castellano y las necesidades del grupo social al que pertenecen).

Friedman consideró que su viaje y sus consejos fueron un éxito para él: "No hubo censura (J.S.: a su persona e ideas) por adelantado ni *ex post*, las audiencias fueron grandes y entusiastas y no he recibido críticas posteriores."

Esto realmente hubiera sido un mérito, si hubiera hablado a los mineros en las sierras o a los obreros industriales, pero su público fue muy distinto. En una ocasión: 400 oficiales de las Fuerzas Armadas. La otra en la sede del gobierno (el edificio Diego Portales), audiencia que de seguro lo escuchaba y aplaudía con entusiasmo, si pensamos en los que habían organizado la conferencia (Banco Central Hipotecario), en los que la habían patrocinado

(Confederación de Dueños de Camiones de Chile; Confederación de la Producción y el Comercio y Confederación de la Pequeña Industria y Artesanía), así como en los que habían cooperado en su realización (ESSO Standard Oil Co. de Chile; Sociedad Minera Pudahuel, CPI; El Mercurio, SAP, Ahorromet, Banco Sudamericano, Central Nacional de Distribución, Compañía Refinería de Azúcar de Viña del Mar, Compañía Electrometalúrgica, Industrias Forestales, Manufacturas chilenas de Algodón, Nacional Financiera, etc. (¿Quiénes?). Finalmente, también dictó conferencias en las Universidades de Chile y Católica, donde —después de la purga— seguramente no era de esperar una crítica y oposición; y, si aún quedaba algún “rebelde”, su participación significaba suicidio (por “monstruosidades” menores habían ido al paredón muchos en esa época en Chile), ante la presencia siempre oportuna de la policía secreta.

3.1.3 ¿Imperialismo científico?

En los inicios del capitalismo, la dominación del trabajo por el capital se reflejaba —en primera instancia— en la explotación material directa y abierta de los trabajadores. Desde principios de siglo, sin embargo, posibilitada básicamente por el desarrollo de ciertas subramas de las ciencias sociales, la explotación no es sólo de índole económica, sino que implica también fenómenos y mecanismos de concientización. Así, la distinción entre “dominados” y “explotadores”, no puede decidirse ya únicamente en función de los que sólo poseen su fuerza de trabajo frente a los que son dueños del capital, de las fábricas y de las armas, sino básicamente —si bien ligado a lo anterior— en función de quiénes controlan la conciencia de los demás.

La legitimación de la dominación (lo que no está restringido al ámbito del capitalismo) requiere, en consecuencia, del perfeccionamiento de los mecanismos de “concientización”: con el objeto, ya no sólo de expropiar fuerza de trabajo, sino para expropiar la capacidad de opinar, de enjuiciar, de reflexionar y de decidirse de manera autónoma e independiente. Con ésto, a la pauperización económica se le añade la pauperización de tipo social, político y cultural, y se pierde la noción de felicidad, se reducen las posibi-

lidades de acción política y el quehacer cultural y científico independientes sucumben.

Que este estado de cosas sea aceptado por la mayoría de la población —tanto en países centrales como en los periféricos— es uno de los grandes méritos de lo que Enzensberger (1962) denomina la “industria de la concientización”. Más que bienes y servicios (que sólo son su vehículo) esta industria ofrece ideas, estímulos, juicios y prejuicios, expectativas, valores, etc. con el objeto de legitimar el orden establecido, perennizando las relaciones de dominación. La publicidad comercial, la propaganda política, los programas de radio y televisión, la prensa, las novelas, etc. son “producidos” por expertos en mercadotecnia, por relacionistas industriales, etc. que permiten una mejor adaptación de los individuos en su trabajo (173). Y así sucesivamente, por lo que —en general— las ciencias sociales cumplen este papel de creadores de “ciencia” que permite desarrollar medidas para lograr el mantenimiento del orden establecido. Esto vale fundamentalmente a nivel nacional, pero como veremos enseguida, puede ser aplicado a nivel internaciones (174).

Luego de la segunda gran guerra, con la penetración masiva de las corporaciones transnacionales, el imperialismo cambia de disfraz en nuestro continente: el lobo se viste de abuelita. Así, de la coacción política descarada y de la intervención militar frecuente, se pasa a un período en el que la “diplomacia del garrote” (175) se convierte cada vez más en la excepción, centrándose la dominación en procedimientos más delicados para asegurar la permanencia de la injusticia establecida (176).

(173) La “conciencia feliz” de Marcuse (1964).

(174) Dando lugar a legitimar el poder establecido a los dos niveles (y que ha sido denominado imperialismo cultural a nivel internaciones).

(175) La intervención militar de los EE.UU. en nuestro continente se dio en alrededor de noventa oportunidades (NACLA, 1970, p. 9) De todas ellas, sin embargo, sólo unas pocas se dieron después de 1945 (Guatemala, Santo Domingo) y se dan cada vez menos.

(176) Requiriendo éste a partir de 1945, sólo de “ajustes marginales” entre las fracciones de clase dominante, tanto de las empresas extranjeras como de los grupos dominantes (y sus aliados); en la periferia, éstos hacen posible la penetración y permanencia de aquéllas.

Y es que la "vocación nacionalista" y la elevación de los niveles de ingreso y de educación de las "clases medias", así como la formación paulatina de una clase trabajadora organizada y activa en América Latina, por un lado; así como el interés y la preocupación por los problemas de nuestro continente de parte de amplios grupos de la población norteamericana, por el otro, exigían de nuevos métodos —menos transparentes— para perennizar la dominación externa (y hacia el interior) de nuestros países.

En esa coyuntura la violencia militar y la presión política se hacían cada vez más contraproducentes (por intolerables políticamente), garantizando apenas una legitimación endeble y aparente del sistema. Era necesario, entonces, e impostergable, "profesionalizar" el imperialismo lo que está llevando hoy en día, con éxito, de la violencia abierta a la violencia "estructural".

Esta necesidad se repite a nivel "nacional", en el que había que buscar nuevos mecanismos —más cultivados— para asegurar la dominación: porque la modificación de nuestras estructuras y dinámica económicas por el capitalismo central ha venido acompañada con retraso, por la nueva superestructura necesaria para su funcionamiento coherente y fluido. Es decir la destrucción de la base económica "convencional" de nuestra sociedad ha sido más veloz que la reformulación "cultural" necesaria para legitimar la nueva modalidad del modo de producción dominante.

Resumiendo: se hacía imperativo eliminar tal desfase, cerrando las distorsiones resultantes de la existencia de tal brecha —tanto a nivel nacional, como a nivel internacional. Había que reducir las fuentes inmediatas de frustración y fricción a nivel individual, intergrupal e internacionales, para asegurar la adaptación de personas, grupos y "naciones" al funcionamiento del sistema capitalista. Esta legitimación había que lograrla a nivel ideológico y político, tarea que quedaría (y sigue) encomendada fundamentalmente a los científicos sociales en sus grandes rasgos; y, a nivel más específico, materializando el proyecto, a educadores, relacionistas públicos e industriales, administradores de empresas, burócratas, expertos en mercadeo y publicidad, periodistas, etc.

Es sabido que, así como en la edad media los grupos dominantes llamaban a su lado a los teólogos y, posteriormente, a los filósofos, hoy en día sus consejeros preferidos son los científicos sociales. Economistas, politólogos y sociólogos (con el apoyo de antropólogos, psiquiatras y psicólogos sociales) tienen respuesta pronta a sus preocupaciones esenciales para mantener el statu quo: cómo vender más, cómo ganar las elecciones, cómo aumentar el número de matrimonios jóvenes, cómo incrementar la inmunidad frente a la propaganda comunista, cómo reducir la insatisfacción en el trabajo, etc. (177)

Junto al aumento en el status del científico social, lo hace el de los demás científicos: porque éstos, los físicos, los biólogos, los químicos, los ingenieros, etc. ponen a disposición de los grupos de poder todos los medios técnicos y materiales para adoptar las soluciones que proponen aquellos: la imprenta, el maquillaje, las carreteras, el material bélico etc.

Sería, sin embargo, superficial si dijéramos que el apoyo del científico social al orden establecido se debe únicamente a su posición de "asalariado":

"Como otros muchos en esta sociedad, el hombre de cultura depende, para subsistir, del cargo que desempeña, cosa que supone hoy un control del pensamiento. Cuando ascender requiere del asentimiento de otros más poderosos, su criterio se convierte en la máxima preocupación. Por lo tanto, y en la medida en que los intelectuales sirven directamente al poder, (. . .) lo hacen, con frecuencia, renunciando a su libertad" (Mills, 1956, p. 327).

Tampoco basta decir que la ideologización del científico y de las ciencias sociales se debe al sesgo implícito en los criterios para elegir el tema de la investigación o por el uso de que se le da al estudio científico (vid. Dahrendorf, 1961).

En este trabajo hemos postulado que el asunto no es tan sencillo y que la tendencia del científico social (en este caso, del economista)

(177) Bay (1961).

a apoyar –básicamente inconscientemente– medidas que refuerzan tendencias al mantenimiento del status quo, está predeterminada en la misma concepción de la ciencia y en la metodología de la ciencia social contemporánea: la ideología está inmersa en esa dirección. Y es más: el científico social puede tener las mejores intenciones para modificar el sistema, pero las herramientas de análisis científico que posee (tanto por el paradigma implícito, como por la filosofía que la sustenta, así como de los supuestos de que parte), así como las medidas de política que se derivan de ahí, hacen imposible la materialización de sus inquietudes.

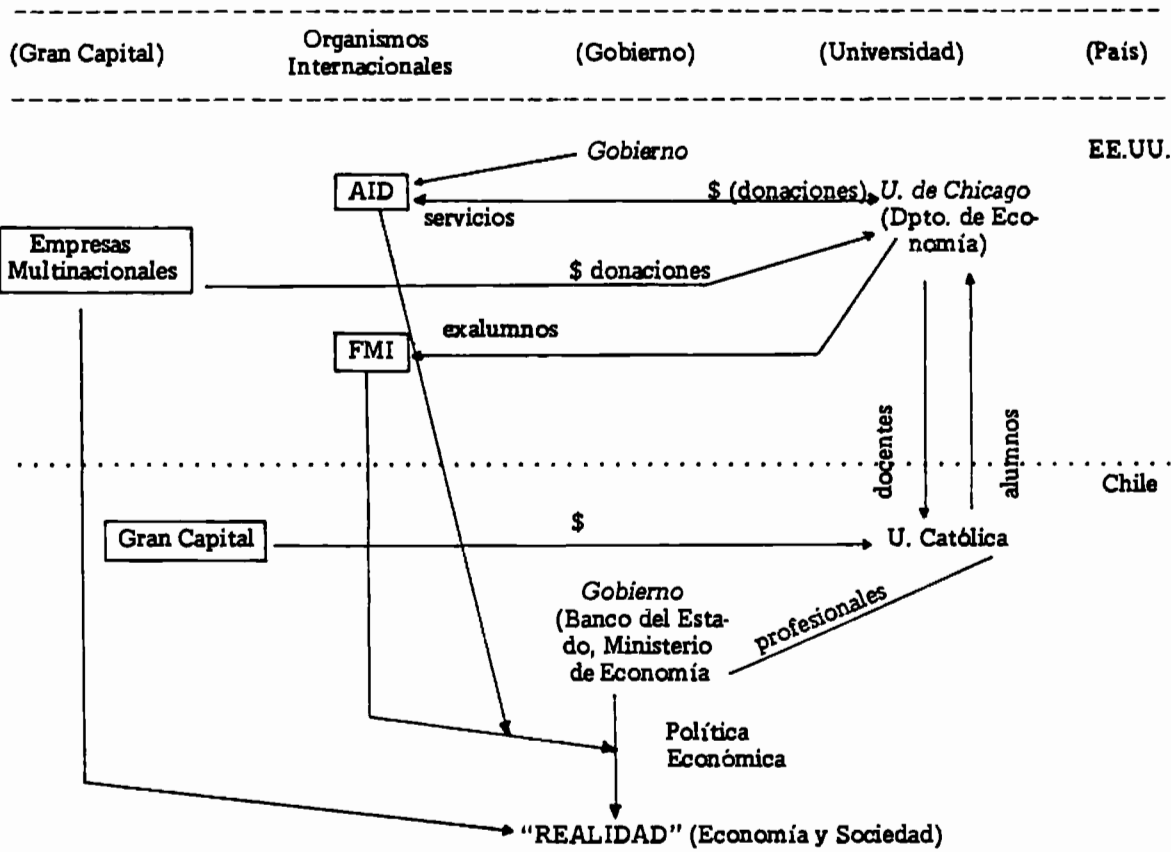
Retomando el cabo suelto: hay una variedad extensa de mecanismos de legitimización “cultural”, que –junto con los de dominación política– permiten asegurar la dominación económica, que a su vez refuerza y permite llevar a cabo aquéllas.

Los casos más conocidos se dan alrededor de dos esferas, todas ellas con el objeto de “educar” a la población en una dirección específica. (Carnoy, 1974).

El primer tipo de educación (de tipo masivo) se genera informalmente a través de los medios de comunicación: noticias, películas, documentales, series de TV, información, conferencias, etc. difundidas por los diversos medios de comunicación.

El segundo tipo de educación es a nivel formal, tal como se transmite en escuelas y universidades. Es a través de este último canal que se da el tipo de dominación “científica”, que es la que nos interesa aquí. Es decir, nos hemos concentrado en este tipo de imperialismo que infiltra ideológicamente la esfera del “saber superior”, a través de libros (técnicos y científicos), programas de cursos, intercambio de profesores, estudios de postgrado en el extranjero, investigaciones conjuntas, etc.

Para terminar, conviene trazar las cadenas de entrelazamiento entre el imperialismo económico (empresas multinacionales) y el científico (escuela de Chicago). Sirva el cuadro reproducido abajo como condensado: el Gran Capital financia las universidades, las que forman profesionales en economía, cuya “ciencia” va acorde con los intereses de aquél.



Cerraremos el círculo de esta sección con la precisa caracterización que del sistema hace el NACLA (1970, pp. 9s):

“A través de esta historia (de saqueo y despojo de América Latina por parte de empresas norteamericanas), los intereses de los Estados Unidos han experimentado una creciente necesidad de construir un sistema de control más efectivo (es decir, más provechoso y estable). A medida que la expansión del capital se amplía y se hace más compleja, la necesidad absoluta de un público ‘educado’ (esto es, que brinde apoyo), fuerza al sistema a crear nuevas organizaciones y a multiplicar los recursos de las viejas. Así surgió un gran complejo de organizaciones entrelazadas, privadas y públicas, que se dedica a ‘estudiar’ y ‘asesorar’ a las sociedades de América Latina. En el centro del sistema se encuentra la comunidad empresarial de los Estados Unidos, cuyos miembros ocupan las posiciones fundamentales en las organizaciones fundacionales, universitarias y gubernamentales que administran la mayoría de los programas importantes. Dentro de cada organización trabajan miles de individuos, la mayoría de los cuales sólo son, en el mejor de los casos, semiconscientes de que están sirviendo a un imperio”.

3.2 ¿Éxito o fracaso económico?

La política económica chilena ha transcurrido por tres momentos, desde su inauguración a fines de 1973, teniendo cada uno de ellos su contrapartida en los espacios político y económico. Siguiendo parcialmente a Bitar (1980) y Arancibia (1978), podría clasificarse el período del septenato en tres fases: “la restauración capitalista” (del 11 de setiembre de 1973 hasta principios de 1975), el “shock económico” (desde abril de 1975 hasta 1976) y la aparente “consolidación” del modelo económico de largo plazo (a partir de 1977). Veamos brevemente cada una.

En la primera etapa, se procede a lo que la Fundación Ebert (1977) denomina el “revanchismo” contra la política de la Unidad Popular (UP). Así, en materia *política*, se procede a una violenta persecución de sus militantes y a la erradicación de sus organizaciones políticas y sociales (supresión de la central única de trabaja-

dores y eliminación de una serie de facultades y alumnos del sistema universitario), a la par que se da mano libre al empresariado privado y sus representantes en el manejo gubernamental. De otra parte, en el campo *económico*: se revierten las más importantes reformas de la UP (e incluso de Frei), desmantelando gran parte de la Reforma Agraria y restituyendo las empresas estatizadas a sus antiguos propietarios (traspaso, venta y remate); se modifica radicalmente la política económica, en líneas similares a los programas convencionales de estabilización a la FMI⁽¹⁷⁸⁾. Obsérvese en resumen, el proestatismo en materia política y el antiestatismo en el campo económico. En este periodo la Junta de Gobierno representa el "poder colectivo".

La segunda etapa, denominada por el gobierno "Plan de Recuperación" (entiéndase: política del shock), se inicia en abril de 1975. Pinochet asume la Presidencia de la República y Jorge Cauas encabeza el equipo económico, pasando los denominados Chicago Boys a la primera línea, hegemonizando y homogeneizando al equipo dirigente. Es entonces cuando la Democracia Cristiana pasa a la oposición, obligados sus miembros a renunciar a sus cargos. La política económica se centra en el ataque a la inflación y en la apertura de la economía al exterior.

La tercera etapa se inicia en 1977, momento a partir del cual se domina la inflación y se observa la recuperación de la producción. Ello lleva, en setiembre de 1977 (ver: ODEPLAN, 1977), al diseño de una estrategia de Largo Plazo para el "desarrollo económico y social" de Chile. Ese momento marca el inicio del "éxito" económico y político que se autoimputa el gobierno de Chile, periodo que —en teoría— habría de culminar hacia 1989.

En esta sección nos interesa, en primera instancia, una evaluación de la gestión económica del gobierno chileno en el septenio transcurrido, así como de otras consecuencias de la estrategia, lo que

(178) Liberación de todo tipo de controles: de los precios internos, el comercio exterior y las tarifas; gran devaluación y reducción drástica del gasto público. Sólo en la segunda etapa se liberan las tasas de interés y se lleva a cabo la política de minidevaluaciones.

servirá de base para la comprensión de la racionalidad del modelo implícito.

El Cuadro 1 que sigue, resume los valores de las principales variables económicas, entre 1972 y 1980, permitiéndonos un análisis diacrónico de sus tendencias desde los últimos años del gobierno de Allende, pasando por el periodo crítico y culminando con el proceso de auge y consolidación (1976 en adelante). La evaluación parece fácil: altas tasas de crecimiento, freno a la inflación, aumento de reservas internacionales, etc.

La fría serie de cifras, sin embargo ha llevado a evaluaciones distintas como lo ha resumido Bitar:

“No hay consenso sobre las consecuencias del modelo económico de la Junta Militar. Para el gobierno chileno, los grupos financieros nacionales y las empresas y bancos transnacionales se ha logrado éxito y las expectativas son halagueñas.

Para la Iglesia, los principales partidos políticos del país, los trabajadores y los empresarios pequeños, la situación económica es dramática y las bases económicas de Chile se han deteriorado considerablemente.” (1980: 18).

Vemos si es posible terciar en estas opiniones para llegar a evaluaciones más nítidas. Para ello repasaremos los siguientes rubros: producción global y por sectores económicos; precios e inflación; balanza de pagos y deuda externa; y empleo y distribución del ingreso.

3.2.1 Crecimiento económico (global y por sectores)

Durante el régimen de Allende, de acuerdo a datos de ODEPLAN, la economía chilena creció a una tasa de 3.2 o/o (1970-1973) ⁽¹⁷⁹⁾ Los siete años del gobierno de Pinochet marcan una tasa de 4.3 o/o (cuadro 1), con una marcada diferencia entre el trienio 1974-76 (-0.5 o/o) y el periodo 1977-80 (7.9 o/o).

(179) 1970: 4.3 o/o; 1971: 6.7 o/o; 1972: 0.0 o/o y 1973: 1.5 o/o. Medido a partir del Producto Nacional Bruto a precios de 1965.

CUADRO 1

CHILE: PRINCIPALES INDICADORES ECONOMICOS

	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979(a)	1980
A. Indicadores económicos básicos									
Producto interno bruto al costo de los factores (millones de dólares de 1970)	8,566	8,256	8,724	7,739	8,056	8,749	9,431	10,233	
Población (millones de habitantes)	9.7	9.9	10.0	10.2	10.4	10.6	10.7	10.9	
Producto interno bruto por habitante (dólares de 1970)	883	837	870	759	780	829	879	937	
TASAS DE CRECIMIENTO									
B. Indicadores Económicos de corto plazo									
Producto interno bruto	-0.1	-3.6	5.7	-11.3	4.1	8.6	7.8	8.5	6.5
Producto interno bruto por habitante	-1.8	-5.2	3.9	-12.8	2.8	6.8	6.0	6.6	
Ingreso bruto (b)	-0.4	-3.4	7.7	-18.2	4.8	7.0	5.9	9.7	
Relación de precios del intercambio	-7.9	15.7	5.6	-39.5	7.4	-10.3	-2.9	7.2	
Valor corriente de las importaciones de bienes y servicios	14.5	23.5	42.6	-11.5	-7.9	47.7	30.5	32.6	
Precios al consumidor									
Diciembre a diciembre	163.4	508.1	375.9	340.7	174.3	63.5	30.3	38.9	31.2
Variación media anual	77.8	352.8	504.7	374.7	211.9	92.0	40.1	33.4	
Dinero	172.8	413.3	247.3	277.0	224.5	151.6	45.7	62.5	
Saludos y salarios reales	-9.3	-34.0	-5.3	-2.8	6.9	25.8	14.1	11.4	7.0
Tasa de desocupación (c)									
Gran Santiago	3.8	4.6	9.7	16.2	16.8	13.2	14.0	13.6	
Nacional	3.1	4.8	9.2	14.5	14.8	12.7	13.4	13.0	
Ingresos corrientes del gobierno	64.8	378.5	812.5	344.0	242.9	119.1	70.3	69.3	
Gastos totales del gobierno	77.0	447.5	247.5	238.5	236.6	114.8	64.5	52.3	
Déficit fiscal/gastos totales del gobierno (c)	41.9	55.1	32.6	11.6	10.0	8.1	4.1	7.4 (d)	
C. Sector extremo									
Saldo del comercio de bienes y servicios	-331	-184	78	-294	464	-167	-500	-290	-420
Saldo de la cuenta corriente	-473	-289	-186	-576	145	-513	-888	-894	
Variación de las reservas internacionales netas	-229	37	-166	-211	271	133	624	1,048	
Deuda externa general	3,602	4,048	4,774	5,263	5,195	5,444	6,911	8,329	10,500

(a) Cifras preliminares.

(b) Producto interno bruto más efecto de la relación de precios de intercambio.

(c) Porcentaje.

(d) Superávit.

FUENTES: CEPAL (1980) y Banco de Chile (1981).

CUADRO 2

CHILE: PRODUCTO INTERNO BRUTO POR ACTIVIDAD ECONOMICA AL COSTO DE LOS FACTORES

	Miles de pesos a precios de 1970			Composición porcentual		Tasas de Crecimiento		
	1977	1978	1979(a)	1970	1979(a)	1977	1978	1979(a)
Agricultura	8,506	8,464	9,193	7.9	8.5	14.1	-0.5	8.6
Minería	13,205	13,165	13,534	11.7	12.5	2.0	-0.3	2.8
Industria manufacturera	22,212	23,945	26,052	27.2	24.0	12.2	7.8	8.8
Construcción	2,239	2,295	2,887	4.2	2.7	3.5	2.5	25.8
Subtotal bienes	26,162	47,869	51,666	51.0	47.7	9.0	3.7	7.9
Electricidad, gas y agua	2,052	2,187	2,354	1.4	2.2	4.8	6.6	7.6
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	5,273	5,579	6,020	5.7	5.5	8.7	5.8	7.9
Subtotal servicios básicos	7,325	7,766	8,374	7.1	7.7	7.6	6.0	7.8
Comercio, establecimientos financieros y seguros	17,247	17.2	14.9
Bienes inmuebles (b)	5,901	6.0	1.6
Servicios comunales, sociales y personales (c)	17,780	18.7	0.7
Subtotal otros servicios	40,928	44,407	48,359	41.9	44.6	6.4	8.5	8.9
Producto interno bruto (d)	95,098	102,516	111,229	100.0	100.0	8.6	7.8	8.5

Fuente: 1970-1979: cálculos de la CEPAL, sobre la base de cifras de la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN).

(a) Cifras preliminares.

(b) Se refiere a propiedad de viviendas solamente.

(c) Incluye además restaurantes, hoteles y servicios prestados a las empresas.

(d) La suma de las actividades no coincide con el total por el método general aplicado en el cálculo, que consistió en extrapolar independientemente cada actividad y el total.

En términos absolutos se observa que el Producto Interno Bruto (PBI) sólo en 1977 volvió a alcanzar el nivel que tenía en 1972, luego de cuatro años de caída ⁽¹⁸⁰⁾. En el caso del PBI por habitante la recuperación del nivel alcanzado en 1972 sólo se logró cinco años después, en 1978. En consecuencia es sólo a partir de este año que se puede hablar de una leve recuperación de la economía: si bien el "milagroso" crecimiento "sólo ha sido una mera recuperación de la profunda caída de 1975, la más grande registrada desde la crisis de los años treinta" (Bitar, 1980:32). Es decir, fue el resultado del aprovechamiento de las capacidades ociosas de producción.

Desde este punto de vista habría entonces que relativizar los resultados en materia de crecimiento y que evidentemente han sido usados por la propaganda del gobierno militar para hablar de un milagro económico ⁽¹⁸¹⁾. La debilidad del argumento oficial se hace más patente una vez que se profundiza en el *tipo* de crecimiento económico que se está llevando a cabo. Varios aspectos *cualitativos* de ese patrón serán analizados más adelante; ahora nos concentraremos en la *composición* del Producto, a partir de la evaluación de los diversos sectores económicos.

Una primera observación elemental se deriva del Cuadro No. 2; los sectores que muestran las tasas más altas de crecimiento son los referidos a "otros servicios" (comercio, finanzas, inmuebles), seguidos por los servicios "básicos" (transporte, electricidad) y, a tasas muy inferiores, la propia producción de bienes (sectores primario y secundario) ⁽¹⁸²⁾. Esto muestra ya una de las características del modelo de acumulación: su tendencia "especulativa".

Respecto a la *industria manufacturera*, en el pasado polo dinámico y determinante del crecimiento económico chileno, se observa que

(180) Alcanzó fondo en 1975, en que el PBI representaba el 90.3 o/o del correspondiente a 1972.

(181) Desafortunadamente no existen estimados del PBI que realizan instituciones independientes del gobierno, ya que es conocida la tendencia —y no sólo de ese régimen— a sobrevaluar el ritmo de crecimiento económico y de reducir la tasa de inflación.

(182) Las tasas de crecimiento para el trienio 1977-79, son de 7.9 o/o, 7.1 o/o y 6.9 o/o respectivamente.

podría hablarse de “una década perdida” entre 1969 y 1978, ya que los niveles de producción prácticamente se equivalen en esos dos años. Sólo a partir de entonces se observa una expansión. Y, lo que es más significativo aún que la compresión de su expansión, la participación de la industria en la Producción Global bajó a niveles equivalentes a la década de los años 50 (21 o/o), frente al récord histórico de la década del sesenta (25 o/o). El fuerte crecimiento reciente de la industria chilena ⁽¹⁸³⁾ ha permitido recuperar un modesto 23 o/o del PBI.

De otra parte, como consecuencia de la apertura indiscriminada hacia el exterior, la *agricultura* ha estado sujeta a drásticas fluctuaciones de precios y producción. A pesar de ello es el único sector que ha crecido a tasas “aceptables” desde una perspectiva de largo plazo ⁽¹⁸⁴⁾.

La *minería* chilena ha mostrado tasas de crecimiento inferiores al promedio, ciertamente como consecuencia de los flojos mercados internacionales. La observación de los precios del cobre permite seguir de cerca la coyuntura del sector, con importantes reflejos para la economía como un todo (a través de su efecto sobre la balanza comercial) ⁽¹⁸⁵⁾.

El sector *construcción* ha sufrido el embate resultante de la reducción de la inversión pública (en vivienda e infraestructura), el deterioro en el poder de compra (reforzado por las alzas de las tasas de interés) de las capas medias y el retiro de los flujos financieros a otras actividades. La superficie construida se comprime de 1 millón cuatrocientos mil metros cuadrados (en 1974) a 780,000 metros cuadrados (en 1977) (Stragier, 1978).

En breve, el crecimiento económico de Chile ha marcado niveles modestos en perspectiva histórica, estando basado más en los *servicios* que en los sectores *productivos* propiamente dichos, todos

(183) El cuadro 2 marca tasas excepcionalmente altas de crecimiento para el trienio 1977-79: 6.6 o/o anual promedio.

(184) Durante la década de los años sesenta apenas mostró una tasa promedio anual de 1.9 o/o.

(185) Es importante señalar que la participación del cobre sobre el total de exportaciones ha bajado de 78 o/o en 1970 a 48 o/o en 1979.

los que fluctúan drásticamente en función a la coyuntura internacional. Este último aspecto nos permite señalar, en añadidura, que las perspectivas de crecimiento futuro serán contenidas en la presente década a juzgar por las proyecciones del Banco Mundial (1980; 11).

3.2.2 La inflación y las remuneraciones.

Uno de los más contundentes éxitos del gobierno militar ha estribado, tanto según ellos como de sus simpatizantes, en la drástica reducción de la tasa de crecimiento de los precios al consumidor. Y, en efecto, la inflación ha sido reducida paulatinamente de un pico de 505 o/o (1974) a sólo 31 o/o (en 1980). A esto hay que responder con algunas observaciones a la luz del Cuadro No. 3.

En primer lugar, durante el bienio 1974–75, como consecuencia de las políticas de estabilización, el gobierno militar azuzó aún más la tasa de inflación, elevándola por encima del nivel alcanzado durante el último año de Allende ⁽¹⁸⁶⁾.

En segundo lugar, se observa claramente que el equipo económico no puede reducir la inflación por debajo del 30 o/o: ya en 1978 habían alcanzado esa cifra, pero se aceleró en 1979 (a 39 o/o) y en 1980 tampoco pudieron reducirla por debajo del 30 o/o.

Finalmente, cabría añadir que la inflación no ha sido detenida aún: 30 o/o sigue constituyendo un ritmo “exagerado” de crecimiento de los precios. Y más aún: la inflación de postguerra chilena ha marcado un promedio del 25 o/o, es decir, inferior a la tasa que el régimen militar considera “aceptable”.

Como veremos más adelante una tasa de inflación del 30 o/o es “funcional” al modelo económico y político del régimen.

(186) En 1973, la inflación promedio marcó 353 o/o, mientras que en 1974 y 1975 fue de 505 o/o y 375 o/o, respectivamente.

Las *remuneraciones* (sueldos y salarios reales) promedio en 1979 (índice: 113.8) aún no superan los niveles alcanzados a inicios de la década (1972: 120.7). El Cuadro No. 4 muestra que su deterioro se inicia ya a partir de julio de 1971 (momento en que había alcanzado un pico de 124.4) llegando a estar un poco más bajo de 100 en enero de 1973. De ahí en adelante la compresión se reduce aún más llegando a rebasar el nivel de 100 sólo cinco años después, en abril de 1978.

En el caso de las familias que perciben el *salario mínimo*, cuyo índice es de 100 en 1972, observó una declinación que lo mantiene aún muy por debajo de ese nivel: 1976: 50.1; 1977: 57.5; y 1978: 61.4. En el caso de las remuneraciones correspondientes al Plan de Empleo Mínimo tenemos la siguiente tendencia: 1975: 100; 1976 : 94.8; y 1977: 77.2.

Esto pone a clara vista uno de los fundamentos del modelo: se estrujan a las clases trabajadoras a costa de los grandes propietarios, con lo que el énfasis está puesto en el mercado externo, más que en el interior.

3.2.3 Balanza de pagos y deuda externa.

El récord del sector externo de la economía chilena muestra una de las grandes debilidades del modelo en curso: a excepción de 1976, se da un déficit permanente, tanto en la balanza comercial como en la de cuenta corriente ⁽¹⁸⁷⁾. Esta última está bordeando los 1,000 millones de dólares al año (negativos). Que las reservas internacionales netas estén creciendo es, en consecuencia, resultado del extraordinario nivel que viene alcanzando la deuda externa (a 1980: 10,500 millones de dólares norteamericanos).

Observando con mayor exactitud al detalle de la Balanza de Pagos (Cuadro No. 5) se pueden hacer las siguientes anotaciones.

(187) Nótese que el déficit de cuenta corriente sigue estando —como porcentaje de las exportaciones— por encima del crítico 20 o/o (1977: -24 o/o; 1978: -36 o/o; y 1979: -23 o/o).

CUADRO 3
CHILE: EVOLUCION DE LOS PRECIOS INTERNOS

	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979
VARIACIONES DE DICIEMBRE A DICIEMBRE								
Indice de precios al consumidor	163.4	508.1	375.9	340.7	174.3	63.5	30.3	38.9
Alimentos	243.3	474.2	392.0	321.3	167.4	59.4	25.5	41.9
Indice de precios mayoristas	143.3	1,147.1	570.6	410.9	151.5	65.0	38.9	58.3
Productos importados	98.8	1,692.2	714.5	363.8	130.1	79.2	22.2	67.5
Productos nacionales	156.6	1,021.2	517.5	424.9	157.1	61.7	43.2	56.3
Agropecuarios	337.7	512.9	381.0	565.2	148.6	53.0	48.9	52.2
Mineros	96.5	1,503.1	823.3	381.8	147.7	46.6	40.6	85.6
Industriales	116.3	1,244.2	527.4	350.7	165.7	70.8	39.6	55.3
Indice del costo de edificación	236.4	681.9	315.4	328.1	195.1	78.1	43.7	44.8
VARIACIONES MEDIAS ANUALES								
Indice de precios al consumidor	77.8	352.8	504.7	374.7	211.9	92.0	40.1	33.4
Alimentos	115.2	376.5	513.7	359.6	212.8	86.2	34.6	31.1
Indice de precios al por mayor	70.0	511.4	1,029.0	482.0	221.1	86.0	42.9	49.4
Productos importados	56.2	580.4	1,349.8	445.9	201.6	99.8	34.9	41.7
Productos nacionales	74.3	492.2	926.9	486.0	226.1	82.8	45.0	51.3
Agropecuarios	108.8	448.2	640.1	567.2	245.9	79.3	34.7	51.8
Mineros	71.9	499.4	1,503.5	478.8	191.7	73.2	51.1	70.1
Industriales	66.2	505.1	969.1	420.7	215.5	87.4	52.7	48.3
Indice de costo de edificación	333.9	233.2	109.0	54.9	42.7

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Cámara Chilena de la Construcción.

CUADRO 4

CHILE: INDICE DE SUELDOS Y SALARIOS REALES
(Enero 1970 = 100)

	Indice					Tasas de crecimiento
	Enero	Abril	Julio	Octubre	Promedio	
1970	100.0	100.5	101.5	102.8	101.2	
1971	110.5	123.9	124.4	123.9	120.7	19.3
1972	122.3	111.7	109.8	94.3	109.5	-9.3
1973	99.4	85.2	70.5	34.0	72.3	-34.0
1974	74.6	60.0	72.4	66.9	68.5	-5.3
1975	70.4	63.2	66.8	65.8	66.6	-2.8
1976	67.8	67.9	71.7	77.4	71.2	6.9
1977	84.9	88.0	96.4	89.0	89.6	25.8
1978	98.2	101.1	106.7	102.7	102.2	14.1
1979	110.5	116.3	118.5	110.0	113.8	11.4

Fuente: CEPAL, sobre la base del índice de sueldos y salarios nominales del Instituto Nacional de Estadísticas y el índice de precios al consumidor de la misma entidad, salvo para los años 1971-1973 en que se ha utilizado el índice elaborado por el Departamento de Economía de la Universidad de Chile, publicado en *Comentarios sobre la situación Económica*, segundo semestre 1978, Santiago, 1979.

CUADRO 5
CHILE: BALANCE DE LOS PAGOS
(Millones de dólares)

	1974	1975	1976	1977	1978	1979(a)
Cuenta corriente						
Exportaciones de bienes y serv.	2,385	19748	2,344	2,610	3,124	4,517
Bienes fob (b)	2,244	1,570	2,087	2,180	2,469	3,821
Servicios	141	178	257	430	655	696
Transporte	30	38	61	90	125	160
Viajes	76	83	87	82	130	120
Importaciones de bienes y serv.	2,307	2,042	1,880	2,777	3,624	4,807
Bienes fob (b)	1,821	1,682	1,427	1,967	2,544	3,579
Servicios	486	360	453	810	1,080	1,228
Transporte	310	189	215	418	614	864
Viajes	101	127	88	205	195	200
Pagos de utilidades e intereses del capital extranjero (netos)	-270	-284	-326	-358	-445	-698
Utilidades	-8	-7	-17	-23	-36	-50
Intereses	-262	-277	-309	-335	-409	-648
Donaciones privadas netas	6	2	7	12	57	94
Saldo de la cuenta corriente cc/xs bienes (o/o)	-8.3	-36.7	+ 7.0	-23.5	-36.0	-23.4
Cuenta capital						
Financiamiento neto externo (a+b+c+d+e)						
	186	576	-145	513	888	894
a) Capital de largo plazo	-263	-128	114	294	1,303	1,857
Inversión directa	-557	50	15	30	230	233
Sector Privado	20	-87	226	373	596	1,331
Préstamos	42	123	344	473	871	1,641
Amortizaciones	-22	-210	-118	-100	-275	-426
Otros pasivos y activos	-	-	-	-	-	116
Sector oficial	274	-91	-127	-109	477	293
Préstamos	854	222	316	581	1,394	1,315
Amortizaciones	-580	-313	-443	-690	-917	-1,022
b) Capital de corto plazo (neto)	-285	246	-4	331	209	85
Sector privado	-54	120	167	191	150	-62
Sector oficial	-115	136	-139	114	130	132
Autoridades monetarias	-	-	-	-	-	-
Errores y omisiones	-116	-10	-32	26	-71	15
c) Financiamiento excepcional	560	234	-	-	-	-
d) Asignaciones de derechos especiales de giro	-	-	-	-	-	-
e) Donaciones oficiales	8	13	16	21
f) Reservas internacionales	166	211	-271	-133	-624	-1,048
Uso de crédito del FMI	97	208	82	-119	-18	-168
Otros pasivos	-8	-	59	44	58	-32
Oro monetario	-4	6	-2	-1	-1	-
Derechos especiales de giro	-16	-8	-31	-7	40	-2
Posición de reserva en el FMI	-	-	-	-	-50	1
Divisas y otros activos	97	5	-397	-50	-653	-847

Fuente: 1974-1977, Fondo Monetario Internacional, Balance of Payments Yearbook, vol. 30;

1978-1979, CEPAL, sobre la base de informaciones oficiales.

(a) Cifras preliminares.

(b) Incluye oro no monetario.

En lo referente a las exportaciones (Cuadro No. 6) se tiene una drástica modificación de su estructura a lo largo de la década. Si en 1970 los productos tradicionales representaban el 93 o/o de las exportaciones totales, en 1979 apenas llegaban al 68 o/o. Es decir las exportaciones "no tradicionales" habían aumentado su participación aceleradamente, lo que vale especialmente para los productos industriales. Estos incrementan su participación del 5o/o al 23 o/o del total de exportaciones (188). Durante el decenio el valor nominal de las exportaciones se ha más que triplicado (pasando de 1,100 a 3,800 millones de dólares).

El problema de los déficit crecientes de balanza de pagos proviene, en consecuencia, del lado de las importaciones.

El Cuadro No. 7 muestra su evolución (global y de composición). El explosivo crecimiento de las importaciones está a la vista, observándose que sólo en los últimos tres años (1977-79) se ha casi triplicado (respecto a 1976). Mientras que las de bienes de capital no llegan siquiera a duplicarse, las de bienes de consumo e intermedios casi se triplican. Reflejan esto la nueva estructura de la demanda efectiva en Chile: tanto el incremento de los bienes intermedios para la industria, como el de bienes de consumo, está mostrando el peso de los patrones de consumo de las clases altas chilenas (189).

El otro elemento que muestra la permanencia del déficit es la pesada carga de la deuda externa: los intereses y la amortización que requieren ser pagados absorben 2,000 millones en 1979, es decir casi la mitad del valor de las exportaciones de bienes y servicios (190).

(188) Son tres rubros los que explican este crecimiento: maderas, productos químicos e industrias metálicas básicas.

(189) La importación de automóviles creció más de diez veces y los bienes de consumo industriales (de lujo) en seis.

(190) La estructura de los pagos para 1979 es la siguiente: (en millones de dólares): 648 por intereses a la deuda; 426 por amortización del sector privado y 1,022 por amortización de la deuda pública. (Ver Cuadro No. 8).

CUADRO 6
CHILE: VALOR Y COMPOSICION DE LAS EXPORTACIONES, FOB

	Millones de Dólares					Composición porcentual		Tasas de crecimiento		
	1970	1973	1977	1978	1979(a)	1970	(1979(a)	1977	1978	1979(a)
Total exportaciones de bienes	1,096	1,248	2,190	2,408	3,763	100.0	100.0	5.2	10.0	56.3
Tradicionales	1,019	1,177	1,578	1,635	2,544	93.0	67.6	-2.1	3.6	55.6
Cobre	855	1,026	1,187	1,201	1,800	78.0	47.8	-4.8	1.2	50.0
Hierro	71	62	82	80	110	6.5	2.9	-4.7	-2.4	38.7
Salitre y yodo	25	34	40	47	58	2.3	1.5	-2.4	17.5	24.8
Molibdeno	11	10	54	47	193	1.0	5.2	17.4	-13.0	209.1
Harina de pescado	15	12	87	106	153	1.4	4.1	42.6	21.8	44.2
Celulosa	18	22	85	116	181	1.6	4.8	-2.3	36.5	56.2
Papel y cartulina	15	11	43	38	49	1.4	1.3	2.4	-11.6	27.9
No tradicionales	87	70	613	773	1,219	7.9	32.4	30.1	26.1	57.8
Mineros	2	1	41	47	92	0.2	2.4	78.3	14.6	95.3
Agropecuarios y del Mar	32	25	160	204	265	2.9	7.1	34.5	27.5	30.0
Agrícolas	22	21	129	158	184	2.0	4.9	47.7	24.4	16.6
Pecuarios	8	1	23	28	38	0.7	1.0	-8.0	21.7	34.9
Forestales	1	2	1	2	3	0.1	0.1	-	100.0	37.5
Pesca	1	2	9	16	40	0.1	1.1	28.6	77.8	155.8
Industriales	53	44	412	522	863	4.8	22.9	25.2	26.7	65.7
Alimentos y bebidas	16	12	91	90	148	1.5	3.9	62.5	-1.1	64.0
Maderas	9	4	70	94	165	0.8	4.4	141.4	34.3	74.5
Productos químicos y derivados del petróleo	6	7	78	106	128	0.5	3.4	20.0	35.9	20.7
Industrias metálicas básicas	3	7	103	143	307	0.3	8.2	8.4	38.8	113.7
Productos metálicos, maquin. y otros art. electrónicos	5	4	37	57	60	0.5	1.5	-30.2	54.1	5.3
Material de transporte	10	3	11	8	26	0.9	0.7	120.0	-27.3	221.0
Otros	4	7	22	24	29	0.4	0.8	-18.5	9.1	26.0

Fuente: Banco Central de Chile.
(a) Cifras preliminares.

CUADRO 7

CHILE: VALOR Y COMPOSICION DE LAS IMPORTACIONES DE BIENES, CIF

	Millones de dólares				Composición porcentual			Tasas de crecimiento		
	1976	1977	1978	1979(a)	1970	1978	1979(a)	1977	1978	1979(a)
Bienes de consumo	443	672	1,019	1,235	24.6	32.3	27.8	51.6	51.6	21.2
No Alimenticios	101	341	565	704	10.4	17.9	15.8	237.6	65.7	24.6
Automóviles	12	99	136	148	4.3	3.3	725.0	37.4	8.8
De origen industrial	89	242	429	556	13.6	12.5	171.9	77.3	29.6
Alimentos	342	331	454	531	14.2	14.4	12.0	-3.2	37.2	17.0
Bienes intermedios	846	1,106	1,534	2,401	46.5	48.5	54.0	30.7	38.7	56.5
Combustibles y Lubricantes	351	418	454	916	6.1	14.4	20.6	19.1	8.6	101.8
Materias primas	214	303	415	624	13.1	14.0	41.6	37.0	50.4
Repuestos y productos intermedios industriales	215	324	592	861	18.7	19.4	50.7	82.7	45.4
Gran minería del cobre	65	61	73	(b)	2.3	(b)	-6.2	19.7	(b)
Bienes de capital	367	466	605	745	28.9	19.2	16.8	27.0	29.8	23.1
Total	1,655	2,244	3,158	4,443(c)	100.0	100.0	100.0(c)	35.6	40.7	40.7(c)

Fuente: Banco Central de Chile.

(a) Cifras preliminares.

(b) Incluida en el resto de las importaciones.

(c) Incluye 61.5 millones de oro del Banco Central.

CUADRO 8
CHILE: DEUDA EXTERNA AL 31 DE DICIEMBRE DE CADA AÑO(a)
(Millones de dólares de cada año)

	1970	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979(b)
Deuda externa								
1. Deuda externa de mediano y largo plazo	2,662	3,361	4,113	4,362	4,339	4,265	5,032	5,448
Deuda pública y privada con garantía del Estado	2,533(c)	3,159	3,779	3,787	3,654	3,673	4,493	4,893
Banco Central con el Fondo Monetario Internacional	41	143	243	434	513	412	347	179
Créditos de proveedores al sector privado (coberturas diferidas)	88(d)	59	91	141	172	180	192	376
2. Créditos financieros al sector privado (Decreto 1272, art. 14, 15 y 16)	413	306	322	500(e)	600(f)	800	1,377	2,360
3. Líneas de crédito de corto plazo al sistema monetario	48	381	339	401	256	369	502	655
4. Deuda externa general (1-2-3)	3,123	4,048	4,774	5,263	5,195	5,434	6,911	8,463
5. Reservas brutas	505	401	535	427	816	871	1,597	2,792
6. Deuda externa general menos reservas brutas	2,618	3,647	4,239	4,836	4,379	4,563	5,314	5,671
Servicios de la deuda								
Total	420	175	441	690	1,061	1,315	1,435	2,198
Amortizaciones	324	133	346	478	759	1,011	1,053	1,524
Intereses	96	42	95	213	301	304	383	674
Total como porcentaje de las exportaciones de bienes y servicios	32.9	12.2	18.5	39.5	45.4	50.4	48.6	48.7

Fuente: Banco Central de Chile.

(a) Excluye saldos por utilizar. Con excepción de algunos créditos incluidos en el rubro 3, los demás se refieren a créditos a plazos iguales o superiores a un año.

(b) Cifras preliminares.

(c) Incluye saldos de créditos contratados por algunas empresas privadas que se incorporaron al sector público.

(d) Excluye saldos de créditos contratados por empresas incorporadas al sector público.

(e) Excluye 25 millones de dólares por créditos al sector público incluidos en 1.

(f) Excluye 38 millones de dólares por créditos al sector público incluidos en 1.

Ante los reducidísimos niveles de inversión extranjera el déficit se está cubriendo más y más con deuda externa, de la siguiente manera: préstamos del sector privado por 1,600 y del sector público por 1,300 (a 1979 en millones de dólares) ⁽¹⁹¹⁾.

En resumen, los déficit de balanza de pagos —consecuencia del crecimiento desproporcional de las importaciones y de las obligaciones de la deuda— tienen y seguirán siendo financiadas por una deuda externa que —en términos per cápita— resulta la más alta del mundo. El drenaje de divisas, dada la dinámica de acumulación y la apertura externa, se mantendrá en las décadas venideras, a no ser que se den inesperadas alzas en los mercados mundiales de minerales, aspecto precisamente fuera del control de las autoridades económicas chilenas.

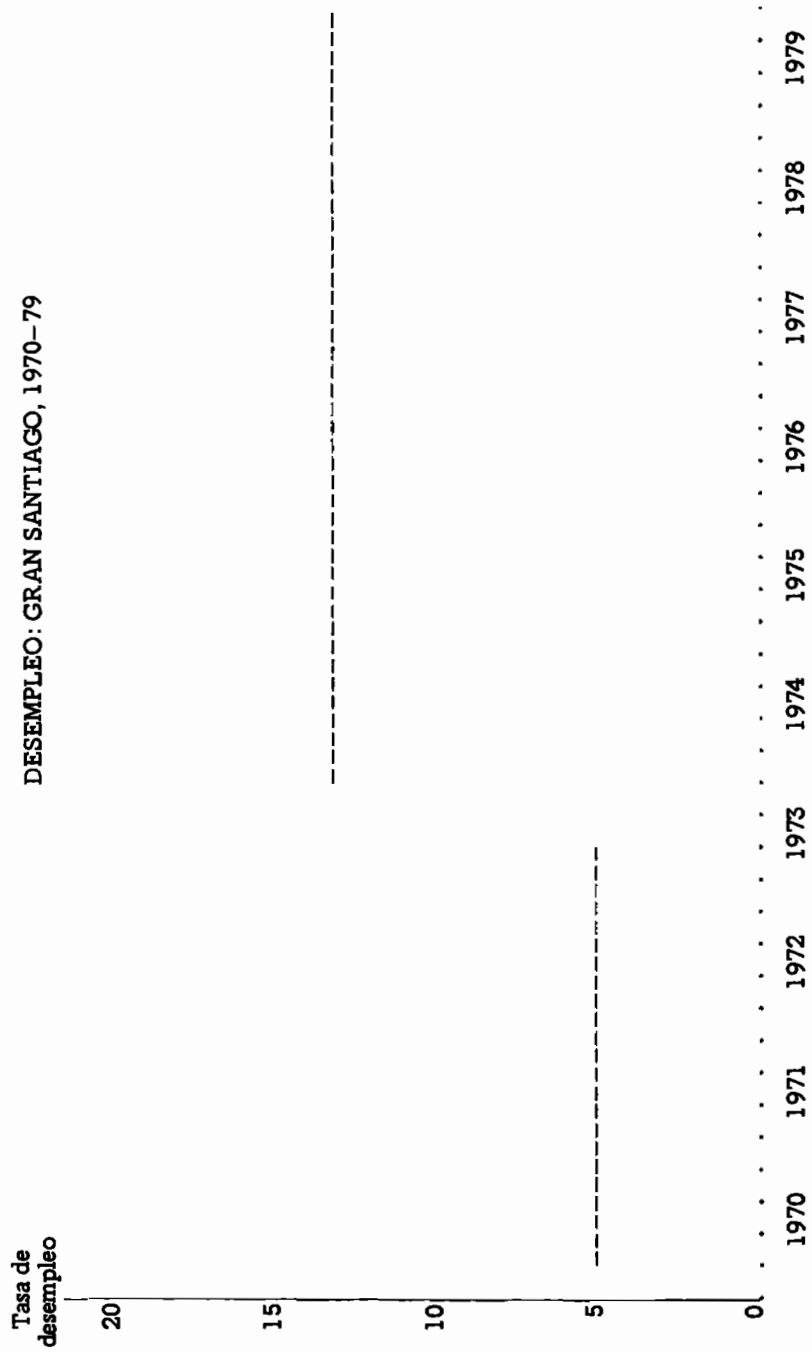
3.2.4 Empleo y distribución del ingreso

Los niveles de desempleo y el drástico deterioro de la distribución funcional y personal del ingreso nacional opacan todo posible éxito en los indicadores de inflación y producción.

Respecto al desempleo sólo existen cifras para los centros urbanos más importantes (Ver Cuadros No. 9 y 10). Mientras durante el gobierno de Allende el desempleo marca —para el caso del gran Santiago— una tasa de 5 o/o, en el de Pinochet asciende a 13.6 o/o (según datos del Departamento de Economía de la Universidad de Chile). En las principales ciudades de provincias el promedio es superior al 15 o/o. Todo ello a pesar de la drástica reducción de las remuneraciones reales. El gráfico que sigue (marzo de 1970 a diciembre 1979) muestra la terca mantención de las elevadas tasas de desempleo durante el gobierno de Pinochet. Estas cifras generan justificada sospecha respecto a los niveles y tasas de producción publicadas por el gobierno, en la medida en que siempre y en todo

(191) Nótese, sin embargo, la ganancia de reservas por 1,048 millones de dólares.

DESEMPLEO: GRAN SANTIAGO, 1970-79



CUADRO 9
CHILE: DESOCUPACION Y CESANTIA EN EL GRAN SANTIAGO

	1977				1978				1979			
	Mar.	Jun.	Set.	Dic.	Mar.	Jun.	Set.	Dic.	Mar.	Jun.	Set.	Dic.
Tasas de desocupación (Porcentajes)												
Depart. de Economía, Universidad de Chile Instituto Nacional de Estadísticas (a)	13.9	13.0	12.8	13.2	14.7	12.8	13.8	14.8	16.5	12.5	12.5	12.7
	15.8	14.9	13.2	11.5	13.5	13.2	14.6	13.7	14.8	12.6	13.0	13.2
Tasa de cesantía total (porcentajes)	9.5	10.2	10.0	9.9	11.2	9.4	10.7	10.5	12.6	9.3	9.6	9.0
Industria	11.5	11.5	11.8	12.3	13.1	9.7	11.3	12.9	15.8	11.8	11.5	13.1
Construcción	25.9	31.3	32.0	25.7	22.1	25.1	23.6	23.3	32.6	23.1	22.0	20.3
Comercio	8.9	8.1	6.4	6.2	9.8	9.2	8.3	7.9	11.3	7.8	7.7	6.2
Servicios de gobierno y financieros	5.7	6.5	5.6	6.1	7.3	7.7	8.6	6.3	6.1	5.6	5.2	4.8
Servicios personales y de los hogares	8.9	9.3	8.3	7.3	12.3	7.6	12.1	11.0	10.5	7.5	10.1	7.6
Serv. comunales y sociales	6.2	5.5	7.1	8.3	8.3	6.3	7.3	6.2	8.4	4.8	5.7	4.8
Empleados	7.4	6.0	6.0	7.5	9.2	7.8	7.8	7.1	9.5	7.3	6.6	6.7
Obreros	15.3	17.1	17.2	15.7	16.8	14.6	16.7	17.8	19.6	14.8	15.4	14.2
Trabajadores por cuenta propia	4.9	6.2	5.8	5.9	5.9	5.1	7.4	5.7	8.4	5.3	6.2	4.3

Fuente: Departamento de Economía de la Universidad de Chile e Instituto Nacional de Estadísticas.

(a) Los porcentajes corresponden a las tasas medias trimestrales de desocupación.

CUADRO 10

CHILE: TASAS DE DESOCUPACION EN CENTROS URBANOS DE LAS REGIONES IV A X
(Porcentajes)

	1977			1978		1979	
	Ene.	Set	Dic.	Ene.	Set.	Mar.	Set
La Serena y San Fernando (a)	16.6(b)	15.3			13.3	13.5	15.8
Curicó y Mulchén (c)	17.9			21.7		16.8	17.9
Tomé y Lebu (d)			17.8		18.9	18.0	19.1
Angol y Castro (e)			14.5		15.2		14.7

Fuente: Departamento de Economía de la Universidad de Chile.

- (a) Incluye las ciudades de La Serena, Coquimbo, Ovalle, Illapel, los Andes, San Felipe, La Calera, Quillota, Limache, Quilpué, Villa Alemana, Viña del Mar, Valparaíso, San Antonio, Melipilla, Peñaflo, Talagante, Puente Alto, Buin, Rancagua, Rengo y San Fernando. Estas tenían en conjunto una fuerza de trabajo de 516,900 personas en setiembre de 1979.
- (b) Marzo.
- (c) Incluye las ciudades de Curicó, Talca, Constitución, San Javier, Linares, Parral, Cauquenes, San Carlos, Chillán, Los Angeles, La Laja y Mulchén. Estas tenían en conjunto una fuerza de trabajo de 195,400 personas en setiembre de 1979. En 1977 no se incluye Curicó.
- (d) Incluye las ciudades de Tomé, Talcahuano, Penco, Concepción, San Pedro, Chiguayante, Coronel, Schwager, Lota, Curanilahue y Lebu. Estas tenían en conjunto una fuerza de trabajo de 205,700 personas en setiembre de 1979.
- (e) Incluye las ciudades de Angol, Victoria, Traiguén, Lautaro, Temuco, Villarrios, Valdivia, La Unión, Osorno, Puerto Varas, Ancud y Castro. Estas tenían una fuerza de trabajo de 175,200 personas en setiembre de 1979.

lugar se ha detectado una elevada correlación positiva entre empleo y producción. (192)

La gráfica nos permite observar las tendencias del desempleo. Durante 1974 aumenta a prácticamente el doble del periodo de Allende, pero es sólo con la política de shock (1975-76) que los niveles promedian el 17 o/o para el caso de Santiago. De 1977 en adelante baja a un promedio del 15 o/o, pero parecería quedarse estancado ahí (con un límite inferior del 12.5 o/o) en un nivel muy elevado desde todo punto de vista.

Estas aterradoras cifras no incluyen el desempleo disfrazado o subempleo, una de cuyas formas es lo que se denomina el Plan de Empleo Mínimo (193) cuya evolución figura en el Cuadro No. 11 y que evidentemente no ha logrado reducir la problemática del desempleo en Chile.

En conclusión se puede afirmar que uno de los grandes supuestos del enfoque monetarista no se ha cumplido: la "liberación" del mercado de trabajo, a través de drásticas reducciones de salarios, no lleva necesariamente al pleno empleo ni mucho menos. El supuesto "clásico" de la teoría económica no tiene pues, asidero en la economía chilena contemporánea. Y es más, crecientemente se observa en Chile una tajante diferenciación al interior de la clase obrera: frente a una pequeña "aristocracia" obrera surge una gran mayoría de proletarios que viven en condiciones paupérrimas. Es decir, frente a salarios comparados en nivel a los de las clases medias en otros países latinoamericanos, otros salarios (los

(192) Ciertamente podría argumentarse que parte del fenómeno resulta de la drástica elevación de la relación capital/trabajo como consecuencia, no de los precios relativos de los factores de producción (que habrían llevado a lo contrario), sino básicamente por la renovación de equipo importado.

(193) El subsidio medio mensual equivale a 27 dólares.

CUADRO 11

CHILE: PLAN DE EMPLEO MINIMO

	Miles de personas		
	Región Metro- politana	Resto del país	Total
1975			
Julio	4.6	71.1	75.7
Setiembre
Diciembre	28.7	98.1	126.8
1976			
Marzo	28.5	111.1	139.8
Junio	37.3	133.3	170.6
Setiembre	39.0	163.3	202.3
Diciembre	43.1	165.5	208.6
1977			
Marzo	39.8	149.0	188.8
Junio	36.4	150.7	187.1
Setiembre	35.1	154.9	190.0
Diciembre	30.7	142.5	173.2
1978			
Marzo	33.6	128.6	162.2
Junio	29.0	119.0	148.0
Setiembre	27.5	107.7	135.2
Diciembre	22.1	95.5	117.6
1979			
Marzo	21.6	99.9	121.5
Junio	21.0	107.5	128.5
Setiembre	21.1	117.4	138.5
Diciembre	25.2	136.3	161.5

Fuente: Instituto Nacional de Estadística.

más) no llegan a cubrir el mínimo de subsistencia (194). Esto nos lleva a la problemática de la distribución del Ingreso Nacional.

Como es de esperarse, sobre esta materia tan importante, no existen cifras directas, excepto en lo referido a la distribución *funcional* de la renta. Los cálculos de ODEPLAN (Cuentas Nacionales) indican que la participación de los sueldos y salarios bajan del 63 o/o (en 1972) al 41 o/o (en 1976). Correlativamente aumenta la participación *del Capital* en el ingreso, reflejo de la acelerada concentración y centralización de la propiedad

Determinados factores fundamentales del quehacer económico chileno se nos escaparían de quedarnos en el estudio de las variables económicas convencionales (195). Aquí nos ocuparemos brevemente de dos campos que resultan clave para la comprensión del modelo chileno y sus consecuencias: el nuevo papel del Estado y el surgimiento de pequeños grupos de poder que se apropian de gran parte de los frutos del crecimiento económico reciente.

En concordancia con la filosofía liberalista implícita al paradigma de los Chicago Boys —más que para atacar de raíz la inflación, que fue la excusa—, resultaba necesario —como ya lo hemos visto al analizar la ponencia de Friedman a su llegada a Chile— reducir al mínimo la participación del Estado en la *actividad económica* (196) Este proceso consistió a su vez de cuatro tipos de medidas.

La primera consistió en devolver las denominadas empresas de propiedad social al empresario privado. De esta manera de las 490 empresas que estaban en manos de la Corporación de Fomento

(194) Es significativo ver su correlato en las cifras de salud: la tifoidea pasa de 3,688 casos motivados en 1973 a 10,000 en 1977; las enfermedades venéreas, en el periodo 1974—76, ascienden en 87 o/o la sífilis primaria y en 111 o/o la gonorrea; y la desnutrición pasa de 14.6 o/o a 16.5 o/o (1976 respecto a 1974) en el Gran Santiago. Cifras del Servicio Nacional de Salud, citadas por Bitar (1980: 45 s.).

(195) Es decir de aquellas que figuran en las cuentas nacionales o en los anuarios estadísticos de organismos públicos, internacionales u otros.

(196) Lo que para los gestores no parecería contradictorio con su creciente participación extraeconómica en la “regulación” de universidades, sindicatos, prensa, partidos políticos, etc.

CUADRO 12

CHILE: INGRESOS Y GASTOS DEL GOBIERNO CENTRAL

	Valores						
	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979(a)
INGRESOS Y GASTOS EN MONEDA NACIONAL							
(Millones de pesos de cada año)							
1. Ingresos corriente	227	1,775	7,902	25,204	57,601	100,422	157,120
Impuestos directos	60	512	2,425	6,538	14,745	24,720	45,328
Impuestos indirectos	123(54.2)	1,034(58.3)	5,114(64.7)	17,947(71.2)	41,070(71.3)	69,567(62.3)	104,333(66.4)
Ingresos no tributarios	44	229	362	719	1,785	6,136	7,459
2. Gasto total	487	2,298	7,449	24,102	57,025	94,533	151,242
Servicio de la deuda pública	2	35	88	289	1,055	1,236	7,822
Otros gastos	485	2,263	7,361	23,813	55,970	93,298	143,420
3. Déficit (1-2)	-260	-523	(453(b))	1,103(b)	576(b)	5,889(b)	5,879(b)
4. Déficit/gasto total (porcentaje)	53.4	22.8	6.1(b)	4.6(b)	1.0(b)	6.2(b)	3.9(b)
INGRESOS Y GASTOS EN MONEDA EXTRANJERA							
(Millones de dólares corrientes)							
1. Ingresos corrientes	29	216	219	383	374	360	864
Cobre	19	191	177	352	353	331	840
Otros	10	25	42	31	21	29	24
2. Gasto total	169	619	556	695	624	675	679
Servicio de la deuda pública	79	338	388	544	445	507	523
Otros gastos	90	281	168	151	179	168	156
3. Déficit (1-2)	-140	-402	-337	-312	-250	-315	-184(b)
4. Déficit/gasto total (porcentaje)	83.1	64.9	60.6	44.9	40.1	46.7	27.1
INGRESOS Y GASTOS CONSOLIDADOS							
(Millones de dólares de 1976)							
1. Ingresos corrientes	1,764	2,043	1,933	2,126	2,427	2,897	3,699
2. Gasto total	3,931	3,032	2,188	2,362	2,642	3,020	3,442
3. Déficit (1-2)	2,167	989	255	236	214	123	256(b)
(Porcentajes)							
4. Déficit/gasto total	55.1	32.6	11.6	10.0	8.1	4.1	7.4(b)
5. Déficit/producto interno bruto	23.6	10.3	3.1	2.7	2.3	1.2	2.3(b)
6. Ingresos corrientes/producto interno bruto	19.2	21.3	23.2	24.5	25.8	29.5	33.6
7. Gasto total/producto interno bruto	42.8	31.6	26.3	27.2	28.1	29.7	31.3

Fuente: Dirección de Presupuesto, Ministerio de Hacienda.

(a) Cifras preliminares.

(b) Superávit.

CUADRO 13

CHILE: INVERSION GEOGRAFICA BRUTA EN CAPITAL FIJO

	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979(a)
INDICES: 1970 100									
Inversión geográfica.bruta en capital fijo	101.1	85.6	83.2	94.8	69.1	65.9	77.9	86.2	101.8
Construcción y otras obras	109.0	96.6	81.0	99.9	65.3	51.4	53.1	55.2	68.3
Edificios	116.4	101.2	77.1	88.4	53.0	44.2	48.8	48.7	62.1
Viviendas	115.7	96.9	80.5	91.3	54.2	42.5	47.1	43.6	61.4
Edificios no residenciales	117.5	109.4	70.8	83.0	50.9	47.4	52.0	60.9	62.4
Otras construcciones y obras	101.6	92.0	84.9	111.6	77.7	58.8	57.5	64.2	75.7
Maquinaria y equipos	90.7	71.1	86.1	88.0	74.2	85.0	110.6	130.4	146.8
Importados	86.7	61.6	81.8	84.7	76.5	91.4	120.2	137.5	155.8
Nacionales	106.3	108.0	102.7	101.0	65.1	60.5	73.4	99.4	108.9

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN).

(a) Cifras preliminares.

(CORFO) hoy en día el Estado apenas tiene 25. Paralelamente la posesión estatal en los bancos (poseía la mayoría de acciones en 12) fueron rematados a inversionistas chilenos y extranjeros (197).

En segundo lugar, se revirtió lo avanzado con la Reforma Agraria (incluso la adelantada por Frei). También en este caso el 35 o/o de lo redistribuido (desde 1965) pasó a manos de consorcios privados. En concordancia con esto, en 1978 la Corporación de la Reforma Agraria fue disuelta.

En tercer lugar, fenómeno bien conocido, la política económica debía responder a la dinámica del mercado: la fijación de los salarios, las tasas de interés, el tipo de cambio, etc. debían responder a las tendencias de la oferta y la demanda, postulándose el retiro paulatino del estado de esta actividad, entregándosela en consecuencia al capital privado.

Finalmente, también el sector público como tal (tanto sus gastos corrientes, como los de inversión) se contrajo de manera impresionante (198). Este último fenómeno es de importancia trascendental, no sólo porque deja el campo libre a los grandes grupos de interés (empresas transnacionales y grupos nacionales), sino por el impacto que ejerció sobre la inversión global en el país y que hace temer la debacle del modelo en el mediano plazo. Detengámonos en esto. (199)

El Cuadro No. 13 refleja las tendencias de la inversión fija a lo largo de la década. Hacia 1979 la inversión equivale a la de 1971, mostrando un tremendo bolsón en el período intermedio (en 1976 llegó a sólo 66 o/o de los valores extremos de 101).

Observando los sub rubros, sin embargo, se tiene que la inversión en maquinaria y equipos inicia su recuperación acelerada en 1977, especialmente la de origen importado (las de origen nacional recién

(197) Unica excepción: el Banco del Estado.

(198) El gasto de consumo del gobierno (como porcentaje del PBI) declinó de 13 o/o en 1970 a 12.4 o/o en 1979. Ver detalles en Cuadro 12.

(199) En añadidura se observa que los impuestos indirectos crecen fuertemente, a diferencia de los directos.

han recuperado su nivel de 1972). El aspecto fundamental en todo esto es que la inversión fija (bruta) ha declinado a lo largo de todo este periodo: de 13.7 o/o del PBI en 1970 a sólo 10.9 o/o en 1979. El panorama resulta aún más oscuro en la perspectiva histórica: mientras en la década de los sesenta era de 15.3 o/o, en el período 1975–79 ascendía a sólo 11 o/o.

Si bien la fundamentación de la desestatización fue una (“lucha contra la inflación” y restauración de la competencia), el resultado fue muy distinto: la gran concentración del ingreso y de la riqueza en manos de unos pocos, tema que sintetiza lúcidamente Bitar (1980: 49): “los bancos estatales fueron traspasados a un número reducido de grupos financieros que asumieron enseguida el control del llamado mercado de capitales. Por intermedio de los bancos tomaron luego el control de las financieras (organizaciones de intermediación creadas a partir del golpe de Estado), bancos de fomento, empresas de seguros y, lo más importante, adquirieron considerables paquetes de acciones de las empresas industriales estatales que la Corfo entregó a manos privadas. El procedimiento consistió en usar recursos financieros del banco para dar una cuota inicial y pagar el resto con las propias utilidades de las empresas adquiridas. Al cabo de cinco años se distingue fácilmente la presencia de unos seis grupos financieros en torno a los cuales se desenvuelve la iniciativa económica del país. Así el *sistema financiero* se ha transformado en el *centro de comando* de la economía chilena” (nuestro subrayado).

3.3 La lógica del modelo de acumulación

Para terminar queda por explicar la racionalidad —en un sentido totalizante y no sólo económico— de este nuevo modelo de acción económica y política, en la que se da una aparentemente extraña amalgama entre el liberalismo económico y el autoritarismo político. Si bien hemos limitado nuestro estudio al caso chileno, se observa que más y más gobiernos optan por la aplicación —ya no sólo de vigencia coyuntural— de la política económica monetarista, en un proceso que se da dentro del marco de gobiernos altamente represivos. Aunque durante la década de los setenta han sur-

gido los tres casos clásicos de esta modalidad, es de esperarse que la experiencia se vaya generalizando más y más a través del continente en lo que queda del siglo, tanto por el avance de las capas populares en cada una de las naciones, como por la prolongada crisis económica por la que atraviezan los países de “capitalismo tardío” (Mandel, 1972).

En esta sección nos ocuparemos básicamente de dos aspectos –íntimamente ligados entre sí– de esta temática. De un lado, trataremos de analizar la correlación existente entre diversas dinámicas sociales y sus correspondientes políticas económicas (y escuelas de pensamiento) dominantes. Del otro, se pretende explicitar los orígenes de la correlación entre políticas económicas liberales y estados burocrático-autoritarios en América Latina.

3.3.1 Estructura Social y Política Económica.

Como hemos visto los monetaristas creen que sus recetas de política económica son de aplicación y validez universales. ¿Hasta qué punto es cierta esta pretensión?

En el artículo “Inflación, Devaluación y Lucha de Grupos Sociales” (Schuldt, 1973) hemos analizado la *condición fundamental* que debe cumplirse –determinada por la estructura social– para que la política económica monetarista (y neoliberal) tenga “éxito” (200) en países de la América Latina, a saber: si los gobiernos son “autocráticos y tradicionales” (Davis, 1966, p. 510), es decir en economías que se caracterizan por ser “predominantemente agrícolas, con sectores de subsistencia sustanciales, un débil desarrollo industrial y con un bajo nivel de urbanización y, por tanto, con una *débil representación política de las grandes masas asalariadas* (. . .) (Sunkel, 1964, p. 427).

Pero los monetaristas ignoran totalmente la estructura social específica de los países en que aplican sus programas de estabilización,

(200) Sabemos, por otro lado (Thorp, 1967), que la reactivación, más que resultado de las medidas de política económica ortodoxa, es resultado de la recuperación del sector externo. Es ésta una condición necesaria, pero no suficiente.

en especial han subvaluado los profundos cambios en la dinámica social acaecida por los procesos de sustitución de importaciones en la mayoría de nuestros países. De ahí que sus recomendaciones de política económica están condenadas al fracaso en países en que existe una burguesía industrial nacional en ascenso y una clase obrera bien organizada, las que se oponen a la reducción en la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero y de los ingresos reales, afectando –respectivamente– a ambos grupos. *Coyunturalmente*, entonces, frente a este tipo de políticas económicas, hay intereses comunes entre los industriales nacionales y el proletariado del “sector moderno” de las economías latinoamericanas, empeñados en desarrollar un proceso de sustitución de importaciones.

En Chile ese es indudablemente el caso, lo que explica además la inhumana represión que acompaña las políticas económicas de corte chicaguino (201): la estructura social no permite la implementación “pacífica” de una política económica que afecta a los grupos de interés que hasta entonces se beneficiaban principalmente de los frutos del crecimiento económico.

Así, la viabilidad de los programas monetaristas sólo está garantizada política y, con ello, económicamente, en países tradicionales de exiguuo desarrollo industrial, con una clase obrera sin fuerza y en la que el dominio de la oligarquía tradicional permanece aún incólume, a la vez que la burguesía industrial nacional no posee aún los canales y el poder para presionar por políticas económicas a su favor.

En conclusión, en estas condiciones no hay grupo social que cuestione, abierta y eficazmente, las políticas de estabilización patrocinadas por la clase dominante “tradicional”, la gente muere en silencio (202). La aplicación del recetario monetarista en países de

(201) De lo contrario, en un país con estructura social tradicional no son necesarias las fuerzas de represión primitivas y abiertas para lograr los objetivos de estabilización económica: no hay grupos poderosos que puedan oponerse con éxito a la represión económica que se deriva de las políticas económicas antiinflacionarias.

(202) Lo que vale textualmente para los grupos de ingresos bajos y figurativamente para los empresarios nacionales, y que son consecuencia de la devaluación y la política antiinflacionaria.

estructura social moderna lleva al fracaso o exige de una poderosa represión.

Sin embargo, son pocos los países de nuestro continente en los que sigue vigente esa estructura social. Gran parte de los países han pasado ya del modelo de desarrollo "hacia afuera" a un proceso de industrialización dependiente. Con ésto se ha modificado radicalmente la estructura social convencional (Cardoso y Faletto, 1969, Cap. IV y V): "nuevas" fuerzas sociales han aparecido en la escena política, luego del rompimiento de la Gran Alianza (entre el gran capital extranjero y la oligarquía nacional) que dirigía el proceso de desarrollo guiado por las exportaciones primarias. Con ello se pusieron a la orden del día los gobiernos populistas-desarrollistas. Estos gobiernos que se basaban en el apoyo pluriclasista para permitir la transición al proceso de desarrollo "hacia adentro" eran inevitables, ante la ausencia de una burguesía industrial autónoma y poderosa. Las "nuevas" clases medias que lideraban los movimientos políticos de esa índole buscaban el apoyo de las aristocracias obrera y campesina, así como de las nacientes burguesías nacionales comercial e industrial. Por la misma estructura de las alianzas de clase era necesario llevar adelante el proceso en base a políticas económicas keynesianas, como veremos (203).

Sin embargo, es equivocado criticar a los monetaristas —*vis a vis* los keynesianos— por las consecuencias a que llevan sus medidas de política económica. Ellos nunca han afirmado que sus políticas de estabilización no den lugar a reducciones en el ingreso real de la población y a aumentos en los niveles de desempleo. Dentro del sistema capitalista ello es inevitable para recuperar la dinámica del sistema es necesario reducir los niveles de consumo de la población, a la par que se crean las condiciones de partida para incrementar la tasa de ganancia del capital, eliminando las empresas "marginales" e ineficientes en términos relativos (204).

(203) Un análisis más detallado de estas hipótesis se puede encontrar en Pennano y Schuldt (1977).

(204) Lo que sí se les puede criticar a los monetaristas es que subvalúan las consecuencias negativas de su política económica. Así p. ej. Harberger señaló que reduciendo a la mitad los déficit del gobierno la tasa de desempleo aumentará solo en un punto de porcentaje, pero lo que sucedió fué que aumentó en seis (véase Letelier, 1976, p. 49).

En ese sentido tampoco los keynesianos podrían llevar a cabo políticas de estabilización sin esas mismas consecuencias: porque es necesario comprimir la demanda agregada (con su secuela de desempleo y reducción del ingreso real) para reducir la inflación y los déficit de balanza de pagos.

Sin embargo, es en los países de América Latina con estructura social no tradicional en que los keynesianos —es decir, los “estructuralistas”— tienen más acogida entre la “población” porque *aparentemente* hacen menos daño. Y es que ellos cuidan de los grandes intereses y su política económica no afecta a todos los grupos sociales “nacionales” en igual medida, como es el caso de los monetaristas. Así, los gobiernos desarrollistas keynesianos establecen controles de precios, subsidios, tipos de cambio múltiple, etc. y otras medidas que recompensan a los grupos de poder (entre los que se encuentra la aristocracia obrera) ante el impacto de las devaluaciones y la reducción de la “liquidez”. En este caso son únicamente los grupos no organizados o de poca capacidad de presión de la economía los que pagan todo el costo de la “reactivación.” De lo anterior que, con este tipo de política, por lo general, no se requiere de una represión abierta y con las armas para cuidar de la “paz social”: la represión es más sutil y las ejercen directamente la inflación y el desempleo sobre los grupos humanos que no tienen cómo presionar contra su efecto.

En consecuencia, puede decirse que los keynesianos (estructuralistas) son “más realistas” que los monetaristas, en la medida en que, al tomar en cuenta la estructura y dinámica sociales, posibilitan la dinamización del capitalismo periférico, ya que cuentan con el apoyo de los grupos poderosos de la sociedad.

De ahí que podamos concluir nuevamente que, para la mayoría de países latinoamericanos “el conservadorismo de los monetaristas los lleva a políticas de estabilización que tienden a profundizar los conflictos sociales. Por otro lado, (. . .) los estructuralistas —al favorecer cambios estructurales (y al tomar en cuenta la estructura social)— no hacen sino consolidar el sistema capitalista en nuestros países, perennizando las relaciones de dominación y explotación” (Schuldt, 1973, p. 13), en la medida en que buscan una

concordancia entre las medidas de política económica que implementan y la viabilidad social y política de ellas.

Pero, entonces, ¿por qué se sigue aplicando la política económica monetarista? Para responder a esto es necesario explicitar los intereses a que favorece.

Ya hemos visto que en Chile, donde por:

- a) La existencia de una burguesía industrial nacional fuertemente organizada; y por
- b) el desarrollo de una clase trabajadora creciente y consciente de sus derechos, las políticas de corte chicaguino son fuertemente combatidas por afectar los intereses de ambos grupos. La drástica represión de la clase obrera y la abierta crítica de los grupos industriales nacionales ⁽²⁰⁵⁾, representados por la voz de Orlando Sáenz, son consecuencia de este fenómeno.

Esos intereses tropiezan con los de quienes son favorecidos por la política monetarista y el nuevo laissez-faire: los exportadores y las corporaciones extranjeras que dan lugar a la desnacionalización de la industria chilena como consecuencia de aquellas medidas ⁽²⁰⁶⁾. Estos vienen representados por las compañías que invitaron a Friedman a Chile.

Frente a este modelo social y económico de los monetaristas (es decir, de las grandes corporaciones transnacionales), se alza el proyecto “desarrollista” (es decir, de las burguesías industrial y comercial nacionales), que propugna medidas keynesianas. Veamos esto para el caso chileno.

(205) El caso chileno es un ejemplo casi químicamente puro de la reacción aislada de la burguesía industrial nacional frente a las políticas monetaristas. En países en que el movimiento obrero no es reprimido tan cobardemente, es generalmente tal proletariado el que se rebela ante este tipo de políticas, no necesitando intervenir tan abiertamente la burguesía industrial nacional para hacerla reversible.

(206) También las grandes empresas chilenas no se ven afectadas mayormente, ya que no se les reduce el crédito significativamente a consecuencia de la política antiinflacionaria.

En contraposición a los que favorecen el modelo chicaguino están en consecuencia los “perdedores” de las políticas monetaristas: agricultores, obreros del “sector moderno”, las clases medias, la burocracia, etc., pero por encima de todos la burguesía industrial nacional, que se expresa por intermedio de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), presidida por Orlando Sáenz. La oposición en conjunto busca ser capitalizada por la Democracia Cristiana, que busca amalgamar precisamente todos esos intereses perjudicados para llevar a cabo su proyecto “desarrollista”. De una entrevista realizada por el semanario *Ercilla* (No. 2078 del 28 de mayo de 1975; pp. 8–12) a Eduardo Frei se derivan sus diversos planteamientos, así como la base social que sustenta su plataforma política y viabiliza su plan económico (keynesiano) alternativo.

La crisis económica, según Frei, se debe fundamentalmente “a la aplicación de un modelo económico equivocado”: “Los países no son laboratorios y la política económica no es sólo una fórmula matemática. Comprende factores sociales, humanos y locales que no se pueden olvidar.” “De nuevo se confía en que la política monetaria y la automaticidad del mercado arreglarán el problema”, sabiéndose que “provocan trastornos tanto o más graves que el mal que se desea curar”: “alto porcentaje de cesantía”, “pérdida considerable del salario real” y deterioro de los sectores industrial y agrícola.

Según él, son dos los defectos fundamentales del modelo monetarista: por un lado “no dudo que pueda detenerse la inflación reduciendo la actividad de un país al extremo límite. Así no existirá inflación. Tampoco desarrollo” (207). Por otro lado, “mercado libre no es sinónimo de mercado competitivo. En el contexto de desigualdad entre las empresas del cual se partió en Chile, es probable que mercado libre implique más monopolícos o concentrados. Y eso es lo que está ocurriendo: una mayor concentración de poder y de riqueza. (. . .) En estas condiciones, el mercado no puede ser regulador de una competencia que no existe (. . .)”.

(207) Frei señala además, que ni siquiera han sido capaces de reducir la inflación: “No creo que ésto pueda señalarse como un buen resultado, tanto más que estamos en un país sin huelgas y con absoluta tranquilidad social” (sic).

Frei es consciente que tal política económica afecta fundamentalmente a sus “protegidos”, a saber:

- a) Al sector de la aristocracia trabajadora: “el peso de esta situación caerá, por tanto, especialmente sobre los que viven de sueldos y salarios, que son, por lo demás, los que también pagan la masa mayor de impuestos”;
- b) El campesinado y el propietario agrícola, ya que su sector sufre “debido al problema del costo de los insumos, especialmente fertilizantes, pesticidas, maquinarias, repuestos y otros, lo que acarrea una grave disminución en la productividad y un serio retroceso tecnológico”; todo como consecuencia de las devaluaciones; y
- c) A los industriales que sufren de una “disminución de las ventas industriales de artículos de consumo habitual y con ello, la fuerte baja en la producción, la formación de *stocks*, y la cesantía”, resultado de la reducción de la demanda por parte de la aristocracia obrera.

“Para modificar esta situación (continúa) se requeriría (. . .) un cambio de política y un cambio en el modelo”; es decir, una nueva alianza policlasista con políticas económicas keynesianas.

En primer lugar, entonces, Frei es plenamente consciente de la necesidad de una alianza de corte populista para la implementación del “desarrollismo.” La viabilidad de un plan económico depende de la estructura y dinámica sociales: “Jamás he pensado que la solución sea exclusivamente económica (. . .). En un país pesan más los factores políticos, sociales y humanos, que son mucho más determinantes, tanto en lo interno, como en lo internacional y que condicionan toda definición en el plano económico. Esto es para mí esencial y constituye mi convicción más profunda.”

Por otro lado, el nuevo modelo —con el objeto de afianzar la alianza social— debe basarse en una política económica keynesiana, en la que le cabrá un rol fundamental al Estado, cuya intervención debe:

- a) Estimular el desarrollo de la burguesía industrial: “Todos los países, incluso los de más alto desarrollo, defienden y estimulan al productor nacional. La reciente Ley de Comercio de Estados Unidos es un ejemplo más. Aquí se pretenden abrir las puertas a un mercado competitivo sin tener con qué comprar y en una situación de extrema debilidad en el sector empresarial, y en medio de una gran cesantía. No hay ningún país en desarrollo (208) que resista una política así.”
- b) Reducir el impacto de las políticas de estabilización sobre las aristocracias obreras, controlando precios y subsidiando: “No creo que tales controles sean una forma ideal y definitiva. Son necesarios ahora, para detener este proceso y crear nuevas condiciones”; “en situaciones de emergencia y de guerra, Estados Unidos y los demás países más partidarios de la libre empresa apelan a formas muy severas de control. La emergencia que vivimos es tan grave como una guerra.” Además, por la concentración económica, “el mercado no puede ser regulador de una competencia que no existe y es necesario que el Estado ejerza su función reguladora y de control, en especial sobre los monopolios, pero sobre todos ellos, sin excepción.”
- c) Promover el ‘desarrollo’. “Dígase lo que se quiera, pero sin la acción decidida del Estado no tendríamos ni planta siderúrgica, ni Empresa Nacional de Electricidad, ni industria azucarera, ni Empresa Nacional del Petróleo, y luego, en los últimos años de la década del 60, nuevas plantas azucareras que impulsan el desarrollo agrícola regional, ni dos nuevas plantas de celulosa, ni varias de petroquímica, ni nuevas refinerías de petróleo, ni una vasta red de infraestructura agrícola, ni una nueva planta productora de neumáticos, ni la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, etc. Y esto para citar sólo algunos ejemplos.” “En cada ocasión, hubo quienes se opusieron a la construcción de estas industrias o empresas en nombre de lo que consideran sacrosantas doctrinas. Si se le hubiera hecho caso, ¿dónde estaría el país?”

(208) J.S.: más específicamente ‘no hay ninguna burguesía nacional.’

En conclusión, "creo que el Estado debe cumplir una función determinante, incluso para que el sector privado pueda progresar."

He ahí dos posiciones económicas (y políticas) nítidamente diferenciables y en conflicto: por un lado, los monetaristas (—FMI) de quienes se sirven los intereses de las grandes empresas extranjeras, y por el otro, los keynesianos (—estructuralistas), cuyas recomendaciones de política económica están al servicio de los grupos sociales que conforman el "sector moderno" (nacional) de la economía.

Cabe indicar, sin embargo, como lo ha hecho resaltar Rosemary Thorp (1967), que la reactivación de la economía, más que resultado de las medidas de política económica ortodoxa, es resultado de la recuperación del sector externo. Es ésto lo que permite —al aumentar el Ingreso Nacional— reducir o eliminar los conflictos sociales a que da lugar el Ingreso estancado (o que crece a tasas muy reducidas como para satisfacer las exigencias de los diversos grupos sociales). Lo anterior es cierto y lo seguirá siendo, mientras nuestras economías dependan en gran medida de las exportaciones (y no hay aún país latinoamericano que no caiga en crisis profunda cuando se estancan sus exportaciones).

Cabe hacerse, entonces, la siguiente pregunta: ¿es más adecuada una política económica monetarista o una de tipo keynesiano para —mientras "se espera" la recuperación del sector externo— poner la economía en condiciones para la nueva reactivación? Es aquí donde, respetando siempre el sistema capitalista, se hace recomendable el recetario de los keynesianos; porque sus medidas no llevan a una desnacionalización tan drástica de la economía (porque elaboran medidas conexas que impiden la destrucción de los capitales medianos y grandes nacionales) y porque reduce sólo ligeramente los niveles de ingreso de las aristocracias obrera y campesina, así como el de las clases medias. Ya que tratan con guantes de seda a los grupos sociales que podrían llevar a cabo precisamente tal intento, con ello se cuidan de una disrupción del sistema desde dentro.

De lo anterior podemos llegar a una conclusión más general aún, de utilidad en otros campos: no sólo cada modo de producción requiere de una teoría económica distinta (para sustentarlo) sino que *dentro* del capitalismo periférico, a la vez, los diversos intereses dominantes en pugna tienen sus preferencias específicas por una “escuela” (en este caso “monetarismo” vs. “fiscalismo”) *dentro* de la ciencia económica dominante (209).

3.3.2 La racionalidad del proceso.

Para terminar, queda por explicar los orígenes de cada vez más generalizada tendencia (en América del Sur) por aplicar medidas económicas neoliberales, en apoyo a estados altamente autoritarios, dentro de procesos políticos que se instalan sin muchas esperanzas de retirarse y abrir el campo al voto popular. Se trata, pues, de sistemas políticos en los que los militares se arrojan la tarea —que habrá de durar décadas— de “crear las condiciones para regresar a la democracia”, basándose paradójicamente en condiciones brutales de represión económica, política y social.

Creemos que son dos las condiciones históricas que explican, tanto el *origen* como la *permanencia* de estos regímenes burocrático-autoritarios: el surgimiento de amplias capas populares, capaces de cuestionar el orden capitalista establecido, y la configuración de nuevas fracciones del gran capital interesadas en la apertura externa de nuestras economías. Ambos fenómenos son consecuencia del largo proceso de “sustitución de importaciones” iniciado cuando menos en la década de los años treinta en los principales países, y que son los que ahora penetran en la nueva forma de acumulación económica y de dominación política.

(209) Lo anterior concuerda con la crítica típica a los monetaristas, crítica que se *queda* en las *consecuencias* de la política económica a la FMI: que es muy drástica (“shock”) y que genera desempleo y deflación. Es decir, nadie critica el enfoque científico en sí, lo que aclara aún más el carácter de fracción de clase de la crítica. Es una crítica que proviene generalmente de las burocracias nacionales, las clases medias y las burguesías nacionales, cuyos intereses son golpeados con ese tipo de política, fenómeno que no se da en ese grado con una política económica keynesiana.

No es casual que el tipo de régimen económico-político que estamos estudiando haya surgido durante la década de los setenta, precisamente en aquellos tres países latinoamericanos que se encontraban más avanzados en el modelo —inspirado teóricamente en las recomendaciones de la CEPAL— de “desarrollo hacia adentro”: Argentina, Chile y Uruguay (210).

El supuesto “agotamiento de la sustitución de importaciones”, que había dado lugar a las inmanejables tasas de inflación y a los desequilibrios de balanza de pagos, presentaba entonces dos alternativas para asegurar las bases de una renovada acumulación, sin cuestionar necesariamente la dinámica del capital. El “agotamiento”, derivación de los estrechos mercados internos, tenía que llevar por uno de dos caminos, o a una drástica redistribución del ingreso y la riqueza (concentrada en el cuartil superior de la pirámide de ingresos y que eran precisamente los beneficiarios del proceso de industrialización dependiente) que permitiera ampliar los mercados y la demanda efectiva, asegurando así tasas normales de ganancia y la continuada expansión de la acumulación y el empleo. O, por el contrario, dado el perfil de distribución y demanda interna, podía procederse a la “*apertura externa*” de la economía, ingresando drásticamente y dinámicamente en mercados mundiales.

Evidentemente ambas alternativas presentaban peligros, de consecuencias *internas* devastadoras. Así, la primera vía, la redistribución, significaba una creciente participación efectiva —ya no sólo política— de las capas populares, sea en el agro (reforma agraria), sea en los sectores “modernos” (reforma de la empresa); es decir, implicaba una amplia movilización popular, cuyas consecuencias para el orden establecido eran fáciles de imaginar para quienes estaban persuadidos de la necesidad de mantener el orden establecido a toda costa.

(210) Brasil y México, los otros dos países del subcontinente que habían alcanzado niveles equiparables de “industrialización”, muestran facetas más complejas de correlación. Pero asimismo el corporativismo burocrático-autoritario es la forma hegemónica de dominación. La diferencia estriba en el peso del estado en materia económica y, en consecuencia, en las políticas económicas que divergen del neoliberalismo en importantes facetas.

Dado el elevado desarrollo de la clase obrera en esos tres países, el riesgo de ir por este camino era demasiado elevado, en la medida en que habría significado ciertamente la disrupción del sistema (211).

La otra ruta, a su vez, implicaba riesgo para determinados sectores de la burguesía y de las capas medias. Porque la indiscriminada apertura a la competencia externa contraería *irremediablemente* el cierre de muchas empresas e incluso ramas económicas, especialmente al interior de la industria manufacturera. En este sentido, amplias fracciones del capital —que habían surgido y sobrevivido al amparo del proteccionismo industrial— habrían de sucumbir, proletarizando a sectores de las capas medias. Esto significaba ciertamente perder bases políticas importantes para cualquier gobierno dispuesto a tomar esta vía. Únicamente el capital financiero y el gran capital productivo —tanto de la industria, como de los sectores primarios— estarían en condiciones de apoyar el proyecto, en la medida en que se encontraban en situación de competir a nivel mundial. El reducidísimo peso político de éstas, implicaba también un gobierno autoritario sobre la base de la exclusión política y económica de la gran mayoría de la población (incluyendo las fracciones del capital y de las capas medias que no habrían de sobrevivir la apertura externa).

En consecuencia, dada la ausencia de una burguesía capaz de imponer su hegemonía, y ante el desafío a la “seguridad nacional” por parte de las capas populares, los militares optaron por la vía segunda, aún a costa de perder el apoyo de las capas medias y de las que ellos mismos provenían: Dirigir hacia una apertura externa, en apoyo a la política económica liberal, reduciendo el papel del estado a nivel económico para atraer al capital extranjero. Por lo señalado, el gobierno tenía que ser altamente autoritario, tanto por las consecuencias del modelo sobre la pequeña y mediana burguesía, como por su impacto sobre las capas populares.

(211) Distinta fue la situación del Perú (entre 1968 y 1975) donde, a pesar de las reformas estructurales, debido al bajo desarrollo orgánico de las capas populares, más bien se reforzó el sistema capitalista, modernizándolo. Ciertamente tales reformas han llevado a una maduración y expansión del movimiento popular en el Perú, aperturando con ello las vías que —a mediados de los años setenta— se presentaron en las sociedades del Cono Sur.

PROYECCION ADICIONAL

Hemos visto que el proceso de pendulación económico-política característico del desarrollo hacia adentro, aparece igualmente como de caos y de "pérdida de tiempo". En apariencia estas tres (y hasta cinco) décadas significan un "retraso" del continente latinoamericano, en relación a las economías centrales. En esta sección nos ocuparemos, por ello, de encuadrar el período dentro de una perspectiva histórica más amplia, para poder desentrañar el rol de sus procesos característicos dentro de la dinámica económica continental y mundial.

Es ya lugar común clasificar el proceso de "desarrollo del subdesarrollo" del capitalismo periférico en tres "etapas" claramente delimitables: primario-exportadora, secundario-interna y secundario exportadora (212). Aunque este punto no nos interesará en detalle aquí, parece existir consenso respecto a la *necesidad* de transitar por —y en el orden planteado— cada una de esas fases (cuando menos para la generalidad de economías latinoamericanas).

Esto plantea una pregunta central: ¿Por qué no se pasa directamente de la primera a la tercera fase? (213) Fundamentalmente tal propuesta (214) el hecho que ambas fases se sustentan en políticas económicas liberales y de aprovechamiento máximo de las ventajas comparativas, exportándose en el primer caso materias primas y alimentos y, en el segundo caso, enfatizado la de manufacturas o productos semimanufacturados.

(212) La terminología tiende a ser muy variada, pero los rasgos generales de cada período coinciden aproximadamente, independientemente de las precisiones conceptuales y trasfondo ideológico de los diversos autores.

(213) Pregunta muy común —si bien en forma implícita— para muchos neoclásicos que se exasperan ante "la ineficiencia y el costo" que significan los procesos de sustitución de importaciones en nuestro continente.

(214) Retrospectivamente para los casos de Brasil y Argentina y como propuesta actual válida para economías aún primario-exportadoras.

Hasta aquí habíamos puesto el modelo de “sustitución de importaciones” dentro de una perspectiva estrecha: se trataba así de una modalidad de acumulación que expresa la participación política —como miembros hegemónicos— de la burguesía industrial, las capas medias y ciertos sectores obreros, que logran captar así una mayor tajada del Ingreso Nacional, a la par que el capital extranjero comienza a fluir —básicamente a través de las corporaciones transnacionales— crecientemente hacia el secundario y terciario de la economía (e incluso en enfrentamiento con inversiones del mismo origen asentadas en los sectores agrario-minero-exportadores). El mecanismo básico de tal tendencia se da, habíamos dicho, a través de la manipulación de los precios relativos; si bien no están ausentes —en algunos casos— cambios estructurales y de los tipos de propiedad.

Desde una perspectiva de vuelo mayor, sin embargo, podría concebirse este proceso de “desarrollo hacia adentro” como medio para imponer —en las economías periféricas— su inserción a una nueva división internacional del trabajo, de la inversión y el comercio. En esta hipótesis la llamada sustitución de importaciones no sería sino la primera fase de la “industrialización exo-dirigida” en la que se impone (definitivamente) el papel de nuestras economías como exportadores no tradicionales, si bien las exportaciones convencionales siguen cumpliendo un papel preponderante. En el largo plazo tendríamos que distinguir entonces únicamente entre *dos formas del desarrollo hacia afuera*: primario-exportador y secundario-exportador, en la que la fase de transición de una modalidad a otra (y que en nuestro continente ha durado entre tres y cinco décadas) viene representada por el populismo a nivel político y el desarrollismo o intervencionismo a nivel económico, cuyo papel específico consiste en modificar las ventajas comparativas tradicionales.

Confirmaría tal hipótesis la naturaleza altamente errática del período —como toda etapa de transición—, en el que el desequilibrio sociopolítico, originado en situaciones de “poder compartido”, da lugar —en promedio, cada cuatro o cinco años— al “desequilibrio económico”. Esto lleva, durante las décadas en cuestión, a ciclos de expansión-estabilización que dan la impresión

de caos, si bien responden a una lógica claramente determinable: la reinserción de las economías capitalistas periféricas a la nueva división internacional del trabajo (215).

En esta perspectiva el errático proceso de sustitución de importaciones resulta *necesario* desde el punto de vista del desarrollo del capital a nivel mundial. Lo que para ciertos economistas ha sido (y sigue siendo) un periodo de "irracionalidad" y "excesivo nacionalismo" —cuando estudian las respectivas políticas económicas durante el periodo de "desarrollo hacia adentro"— desde este enfoque resulta perfectamente coherente con el desarrollo de las economías periféricas, en tanto crean las bases para su conversión en economías secundario-exportadoras.

Que tal reconversión pudo haberse llevado a cabo a partir de políticas económicas "más eficientes" es un razonamiento expost (típico entre economistas neoclásicos) que ignora la dinámica sociopolítica interna del capitalismo periférico en este "periodo". En términos de teoría económica pura (y "positiva") la afirmación es correcta, pero sobrevalúa el papel de los economistas en el desarrollo de la totalidad social. El predominio de "la política" sobre "la economía" en este periodo (216), tal como se caracteriza a menudo, no es sino —usando la conceptualización de Portantiero— la expresión del "lag" entre la hegemonía política y la predominancia económica, es decir: en esta fase el predominio económico pasa de las fracciones agrario, minero, ganadero, exportadoras al capital monopólico enraizado en la industria (las finanzas y el comercio), a la par que éste aún no logra la hegemonía política.

En la fase "primario-exportadora" la "gran alianza" poseía la dominación económica y la hegemonía política. En la fase de "sustitución de importaciones" el capital monopolista (sobre todo industrial) adquiere la predominancia económica, pero no es capaz

(215) Este ciclo corresponde, también, como hemos señalado en otro lugar, a la vigencia cíclica del pensamiento estructuralista y monetarista durante el proceso de sustitución de importaciones.

(216) Una de cuyas expresiones es el "redistribucionismo" forzado por acción del gobierno de turno en contraposición con el "respeto" de las fuerzas ("impersonales") del mercado.

de hacerse aún de la hegemonía política; y a la inversa, los intereses primario-exportadores pierden en esta fase su predominancia económica, pero son capaces aún de ejercer –bajo ciertas condiciones– la hegemonía política. Finalmente, en la tercera fase, asentado el “modelo” de industrialización exodirigida, el gran capital industrial refuerza su predominancia con la hegemonía. Con esto se cumple el ciclo de reacoplamiento del capitalismo periférico al “nuevo orden económico internacional”, iniciándose así un nuevo proceso “largo” –tal como el primario-exportador– de crecimiento económico. Es en su seno que se despliega la contradicción básica del capitalismo en su forma más pura: su maduración lleva la semilla del cambio hacia un modo de producción “superior”.

Cabe anotar, sin embargo, que el camino de la industrialización exodirigida está reservado únicamente a los países “grandes” del subcontinente: los demás quedarán entrampados en procesos de autoritarismo inclusivo o excluyente (Stepan, 1978), cíclicamente, con lo que probablemente las puertas al socialismo están más próximas –si bien sobre bases más débiles– que las que enfrentan economías como las de Brasil, Argentina y México, que van por rutas más “estables”.

La hipótesis anterior puede verificarse a través del estudio de las tendencias del tipo de cambio de paridad respecto al oficial. En los dos tipos de desarrollo “hacia afuera” (p. ej. Brasil antes de 1930 y después de 1964) el tipo de cambio de mercado coincide aproximadamente con el de paridad; mientras que en el proceso de sustitución de importaciones hay una sobrevaluación tendencial de la moneda nacional, porque se trata de la transición de la hegemonía política y el predominio económico de la oligarquía hacia la burguesía industrial, en una perspectiva de largo alcance. La modalidad de crecimiento hacia adentro es de esta manera una de “desequilibrio” social y económico perenne: social, porque ni la oligarquía primario-exportadora, ni la burguesía industrial en formación poseen el predominio económico; y económico, porque se da una contradicción entre las fuerzas y el equilibrio de mercado con la dinámica sociopolítica hegemónica de los gobiernos desarrollistas y populistas. Así, a medida que se desarrollan las

fuerzas productivas en una economía periférica en el proceso de industrialización dependiente, aumentan también las presiones —de parte de la burguesía industrial, de las capas medias y de las clases populares, en ese orden— por mantener fijo el tipo de cambio. Esa es una de las causas centrales, dijimos, del carácter cíclico (ya que exigen devaluaciones traumáticas cada cierto tiempo y en relación directa a la tasa inflacionaria, que a la vez es expresión del conflicto sociopolítico en torno a las tajadas del Ingreso Nacional) de nuestras economías en el periodo de “desarrollo hacia adentro”. De ahí que en formaciones sociales “relativamente avanzadas” del capitalismo dependiente el dilema de la constante y tendencialmente creciente sobrevaluación del tipo de cambio plantea las siguientes alternativas (según la clase social que se observe):

- O represión abierta, económica y política, del movimiento obrero, instaurando así un gobierno autoritario (burocrático) excluyente, que implique también reestructuración entre las fracciones del capital, ingresándose así a un proceso de “exportaciones tradicionales”, en base a una política económica neoliberal;
- O reprimiendo al capital, instaurando un gobierno socialista.

Esta es una conclusión a la que han llegado varios científicos sociales en América Latina, y que ha sido planteada —generalmente— con poca precisión analítica, como alternativa entre “fascismo” y “socialismo” (Briones, 1976; Dos Santos, 1967).

Cabe señalar una dificultad respecto a la generalización de la industrialización exodirigida en las economías de capitalismo periférico: ¿Permitirán las “grandes” economías de América Latina, que son las que poseen la mayor ventaja comparativa para exportar manufacturas en el subcontinente, que las economías “menores” transiten por ese camino? Más aún: ¿Concuerda con la lógica del capital transnacional y el principio de las economías de escala, el desarrollo de otras economías semiindustrializadas en la periferia, aparte de las ya existentes?

En América Latina, México y Brasil transitan ya por la ruta de las exportaciones de manufacturas en apoyo a gobiernos burocrático-autoritarios. Sus mercados no sólo son los de las economías centrales, sino que cuentan también con la demanda relativamente amplia de los sectores "modernos" de las economías periféricas del continente. En esa perspectiva la noción de "subimperialismo" adquiere vigencia, a la par que se hace cada vez más difícil para las demás economías seguir por esa misma ruta (exceptuando quizás a la Argentina). De lo anterior que, probablemente, las demás economías tengan que "regresar" a la modalidad primario-exportadora (pensemos en los casos de Chile a partir de 1973 y de Uruguay desde 1974) (217). Se consolidaría así una situación de creciente diferenciación en las exportaciones al interior de América Latina, con poco espacio de maniobra para la gran mayoría de sus economías.

(217) Lo que no quiere decir que no resten márgenes considerables para exportar un porcentaje de bienes manufacturados o semielaborados.

CONCLUSIONES

*

El cuestionamiento a la Escuela de Chicago ha venido fundamentalmente de dos direcciones que, si bien son útiles y de gran interés, tienen graves limitaciones. El primer grupo de críticas, que provienen básicamente de los Keynesianos, se ha limitado —con poco éxito— a criticar las consecuencias que se derivan del enfoque de los monetaristas respecto al rol del dinero —y en consecuencia de la política monetaria— en las economías contemporáneas (218). El otro grupo de críticos, los “radicales” norteamericanos y la “izquierda” latinoamericana, se centra en la crítica de las consecuencias sociales y políticas a que llevan las recetas de política económica recomendadas por los monetaristas.

Frente a estos esfuerzos de cuestionamiento, por otro lado, el nuestro ha puesto la atención en la crítica de su concepción de la ciencia, de la sociedad y de la economía, es decir, en la forma en que se han llevado a cabo la racionalización de una ideología (219). En otras palabras, consideramos que la crítica más contundente es la que parte de los propios fundamentos de la ciencia establecida, en este caso de la Escuela de Chicago, elegida para este trabajo por tratarse, del enfoque más coherente y sutil de la ciencia económica convencional (220). Este camino de crítica nos obligó a recurrir a la filosofía, la teoría y la sociología de la ciencia, a partir de un marco teórico específico (221).

(218) Uno de los aspectos más positivos de los monetaristas es haber despertado a los Keynesianos de su largo letargo en materia de teoría económica, tal como lo atestiguan las discusiones en torno a las tasas real y nominal de interés, las reglas monetarias, la cantidad óptima de dinero, la necesidad de introducir elementos de dinámica en la teoría monetaria, etc.

(219) El único objetivo de esta teoría es que objetiva los objetivos de una o más fracciones de la clase dominante en los países capitalistas, con lo que deviene subjetiva, ideológica.

(220) Por otra parte, sin embargo no nos olvidamos que, ligada al cuestionamiento de la ciencia económica dominante debe estar la crítica al sistema económico establecido, en la medida en que aquella refleja los intereses representados por la dinámica de éste.

(221) En este caso, la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, Marcuse, Habermas).

Sin embargo, a pesar de la distancia relegada, son pocas las conclusiones definitivas que el lector puede haber extraído de este ensayo. Creemos, en todo caso, que se han abierto una serie de vías de inquietud, sobre las que no es posible dar veredicto concluyente en todos los casos. En este sentido este trabajo es, a nuestro entender, una trocha de la que falta aún mucho por recorrer. De ahí que, dejando de lado los cabos sueltos y las conclusiones específicas expuestas a lo largo del trabajo, nos limitaremos a presentar únicamente las dos críticas más generales a los monetaristas. (222)

I

En primer lugar, no concebimos una "ciencia" que pretenda explicar los procesos económicos únicamente a partir de "variables económicas": ese proceder no sólo es análisis parcial —al excluir variables políticas y sociales; sino que es análisis falso. Como hemos visto los monetaristas afirman, por dar un sólo ejemplo, que el aumento "exagerado" en la tasa de crecimiento de la masa monetaria da lugar a inflación. Esta afirmación es parcial y falsa.

Es parcial porque debería comenzar explicando porqué aumenta la masa monetaria analizando las presiones de grupos sociales por elevar precisamente tal tasa de crecimiento de M (223) más que atribuirla únicamente al déficit fiscal.

Es falsa porque el aumento de M pasa por el tamiz social y político, que —de haber grupos sociales débiles— no necesariamente lleva a inflación (224).

(222) Si bien puedan parecerles evidentes a algunos lectores, pensamos que la ruta para llegar a ellas es novedosa, en el sentido que busca escabullir la crítica tan de moda hoy en día contra los monetaristas.

(223) Lo interesante para la ciencia es precisamente —si se quiere terminar con el problema— deducir las causas que llevan a una excesiva presión por parte del Estado, los industriales, etc. por aumentos en M . Para ello hay que conocer la dinámica social y su estructura. Concentrarse únicamente en M es quedarse en el síntoma: es resultado —su dinámica— de la dinámica social.

(224) Este es un fenómeno empírico. Habría que preguntarse, por ejemplo, para el caso peruano por qué con Bustamante la inflación fue mayor

Por lo demás, la hipótesis monetarista es tautológica: equivale a decir que hay una inundación debido al exceso de agua; y lo que hay que explicar es precisamente a qué causas se debe atribuir el exceso de agua (p. ej. rotura de dique que a su vez se debe a . . . , etc.) y porqué el exceso de agua causa inundación (ausencia de canalización adecuada). En consecuencia, concluimos lo obvio: no es posible analizar la economía de un país sin un análisis totalizante (225). La ausencia de un enfoque transdisciplinario por parte de los monetaristas nos permitió señalar el carácter ingenuo, formalista, tecnicista y pragmatista de esos economistas. (226)

Paradójicamente, sin embargo, en los últimos años son precisamente profesores de economía de Chicago que, en una serie de artículos, afirman la importancia que tienen las presiones y la acción de los grupos sociales para explicar la inflación. Veamos ésto.

Sjaastad (1976), experto en economía latinoamericana (profesor de Chicago), reconoce que los gobiernos —una vez que han sucumbido al financiamiento inflacionario— son conscientes que “pueden obtener mayores montos de ingreso, optando por una tasa de inflación mayor o menor a la que prevalece” (p. 73). O sea que hay “incentivos” para modificar la tasa de inflación: el gobierno puede (y desea) modificarla deliberadamente (227), ya que “una inflación inestable genera más ingresos que una estable” (p. 77).

Con ello la escuela de Chicago penetra en campo “escabroso” (como ellos mismos lo calificarían), ya que introducen explícitamente

que con Prado, a pesar que la aceleración de la tasa de crecimiento de M fue mayor con éste que con aquél. Por otro lado, es un problema teórico similar al planteado por el “black-box-analysis”: no se toma en cuenta el mecanismo social de la transmisión de los impulsos monetarios sobre precios.

(225) Los peligros de un enfoque de este tipo son conocidos, el más importante de los cuales es que puede dar lugar a la demagogia. Los peligros inherentes al enfoque parcializado, por otro lado, lleva a conclusiones “falsas” y a otras consecuencias que veremos más adelante.

(226) Recuérdese para ésto su concepción del Estado.

(227) Siempre y cuando haya reconocido a la inflación como fuente de ingresos alternativos o complementarios a los percibidos por concepto de impuestos.

a un "nuevo" agente económico al análisis: al "gobierno", que manipula "artificialmente" la masa monetaria para su propio beneficio. Ante ésto cabe una serie de interrogantes:

- a) El gobierno ¿realmente busca maximizar "ingresos"? ¿No hay otra (s) meta (s) más importantes que engloban a la anterior? (228)
- b) ¿Se concibe al "gobierno" como ente autónomo (e independiente) de otros grupos sociales o fracciones de clase? ¿No representa el gobierno ciertos intereses específicos o coaliciones de intereses, aparte o por intermedio de la burocracia misma?
- c) Técnicamente hablando, dejando de lado el aspecto sociopolítico, el "gobierno" ¿está representado por el Banco Central, por el Ministerio de Economía y Finanzas, por el Consejo de Ministros? ¿Asumen homogeneidad en el parecer de estas tres instancias?
- d) Si el gobierno busca (deliberadamente) aumentar (o reducir) la tasa de inflación, ¿por qué no pueden haber otros grupos sociales que utilicen ese mismo medio (u otros) para alcanzar sus fines específicos?.

En el mismo ensayo, Sjaastad considera la "inflación como fenómeno social y económico a la vez" (p. 77). Esto debió obligarlo a explicitar la estructura social y su dinámica en el "modelo" de inflación: nada de eso sucede, sin embargo. Si bien señala correctamente, que es "conveniente analizar la inflación como un proceso por medio del cual los gobiernos generan ganancias de capital sistemáticamente a su favor (pérdidas de capital para tenedores de dinero)" (ibid), parecería asumir que los gobiernos son todopoderosos y que los demás grupos sociales, o no son conscientes de ese deterioro en la distribución del ingreso, o no tienen a su disposición los medios necesarios para oponerse o neutralizarlos.

(228) Por ejemplo, maximación de poder o mantenimiento del orden social o minimización del conflicto social.

Esta dinámica social se ignora y permite afirmar que el enfoque de Sjaastad es parcial e incompleto (229).

Recientemente, también Friedman introduce la variable política al análisis de la inflación:

“Hay una sola y básica causa de la inflación: una tasa de crecimiento demasiado elevada de la cantidad de dinero (. . .). En estos días, esta causa es producida en Washington, más precisamente por el Sistema de Reserva Federal, que determina lo que ha de suceder con la cantidad de dinero. En última instancia son las presiones políticas y de otra índole ejercidas sobre el Sistema, de las cuales las más importantes son las presiones para crear dinero para pagar el explosivo gasto federal y para promover la meta del ‘pleno empleo’ “(Newsweek, 3 de octubre de 1977, p. 84). La noción de “causa” parece ser relativa a la profesión: como economista la encuentra en la cantidad de dinero; de ser científico social la encontraría en las presiones políticas.

Finalmente, otro economista de Chicago, Robert Gordon (230), plantea la misma inquietud de Sjaastad y Friedman, sólo que la amplía a otros grupos sociales:

“(. . .) Friedman correctamente señaló que la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario. Pero a pesar de los intentos de algunos monetaristas menos sutiles, para quienes esta cita resuelve todos los problemas, de hecho ella *sólo representa un punto de partida*. Las aceleraciones en el crecimiento monetario generalmente no son caprichosos ánimos autónomos de los banqueros centrales. (Más bien) el rol de la autoridad monetaria ha consistido en financiar pasivamente los déficit financieros resultantes de la indeseabilidad o imposibilidad por parte de los políticos para financiar los gastos por medio de la imposición tributaria convencional. De la misma manera, una ‘presión de cos-

(229) El artículo de Sjaastad, según tengo entendido, no ha tenido acogida en Chicago. La razón podría encontrarse en el hecho que introduce “incoherencias” en el impecable edificio de teoría económica de la escuela de Chicago —su adopción obligaría a ampliar el análisis económico con otras variables, más “gaseosas”, políticas y sociales.

(230) Ahora profesor de la Northwestern University.

tos' por parte de los sindicatos o las empresas debe ser ratificada continuamente por la autoridad de seguir la inflación''.

Un enfoque más general, explícitamente planteado en el análisis clásico de Melvin Reder, atribuye la inflación a la pasividad de la autoridad monetaria a la luz de un conjunto "tripartito" de presiones provenientes de todos los grupos de la sociedad —el trabajo, los empresarios y el gobierno. R.J. Gordon extiende este tema, distinguiendo: la "*demanda*" por inflación, esto es, la acomodación monetaria, generada por la negativa del gobierno a aplicar más impuestos y de los grupos sociales que tratan de incrementar su participación en el Ingreso Nacional; y la "*oferta*" de inflación, el grado de respuesta a estas presiones, resultado del balance político de los votos que probablemente se perderán debido a la mayor inflación, frente al costo en votos de mayores niveles de desempleo consecuentes con una política de no acomodación.

Evidentemente esta tendencia a reconocer que hay que tomar en cuenta la dinámica social para comprender la inflación es halagadora (231). Los modelos económicos con los que trabajan, sin embargo, no la toman en cuenta, aparte que la formación convencional de los economistas hace imposible su formulación, en la medida en que no se tiene un conocimiento de la estructura y el funcionamiento del sistema capitalista.

Estriba en lo anterior el problema clave. No conozco pediatra, neurólogo o cardiólogo alguno que, antes de su especialización, no haya cursado largos estudios de medicina general. En las ciencias sociales, sin embargo, como ejemplarmente lo atestiguan los economistas de Chicago, la especialización (en economía) procede sin necesidad de estudiar antes o paralelamente (ni después) los principios y el funcionamiento de la sociedad en que habrá de ejercerse la profesión.

Lo anterior explica la peculiar forma de definir "causas" por parte de los economistas: sólo pueden haber las económicas, las demás escapan a su formación, interés y horizonte. Esto no causa

(231) Si bien no reconocen que, para entender la distribución del Ingreso, el progreso técnico, la devaluación, etc., había que hacer lo mismo.

problema alguno entre los economistas —es el procedimiento más normal. Ese comportamiento, sin embargo, es similar al del cardiólogo que considera (no lo hace por cierto) que la causa del ataque al corazón radica en la falla del funcionamiento de la válvula; cuando la causa real (y no aparente) estriba en el deterioro orgánico (arteriosclerosis) debido quizás al excesivo consumo de tabaco. En consecuencia, el economista tiene una formación académica equivalente a la de un cardiólogo (que no existe) que conoce profundamente el corazón humano, sin preocuparse de los demás órganos del cuerpo.

II

En segundo lugar, nos permitimos concluir que la ciencia económica "monetarista" tiene un contenido esencialmente ideológico. Esto no sólo porque su uso contribuye a fortalecer el orden capitalista establecido (232), sino fundamentalmente porque los juicios de valor están inmersos en ella desde el mismo proceso de construcción de la ciencia económica. En la medida en que no creemos en una ciencia social objetiva, tampoco era de esperarse una conclusión distinta: lo que es necesario enfatizar es, entonces, que no se hacen explícitos tales juicios de valor y se afirma que la ciencia económica es (y puede ser) objetiva; en ese sentido, el neomonetarismo es un engaño encubierto tras un velo sofisticado de supuestos, principios y conceptos aparentemente asépticos. Una de nuestras tareas como científicos sociales debe consistir en conocer a fondo tales enfoques con el objeto de desentrañar el "cientifismo" y el "objetivismo", así como para develar los intereses sociales a que sirve (233).

Y es más: los monetaristas critican el funcionamiento actual de la economía capitalista, sin cuestionar la economía capitalista, tema tabú. En este sentido el monetarismo no puede considerarse ni

(232) Y, como habíamos señalado, en nuestros países el monetarismo racionaliza y favorece al capital extranjero (empresas multinacionales) frente al naciente capital nacional cuyos intereses van más de acuerdo con el enfoque Keynesiano.

(233) Primer paso para la construcción de una ciencia económica abiertamente política y al servicio de las clases populares en una sociedad socialista.

siquiera ciencia económica y es más precisamente “ingeniería social” (234). El calificativo de ciencia económica sólo cabría para aquella teoría capaz de explicar (y predecir) la dinámica económica interna a cada sistema económico y social, así como los procesos de transición de uno a otro sistema.

Ante esto cabe preguntarse, sin embargo, para terminar, ¿por qué tiene cada vez más arraigo la teoría monetarista?

**

En el mundo actual somos todos testigos de una crisis y general y generalizada: religiones e ideología están en crisis, fenómeno que se reproduce a nivel de las ciencias sociales. Esta crisis se está dando sobre todo en la ciencia económica, tal como se refleja de una serie de síntomas: convivencia de una serie de paradigmas, incrustación de hipótesis ad hoc a la teoría convencional, controversias sin fin, etc., resultado —básicamente— de la esclerosis del pensamiento Keynesiano. Esto ha llevado a una situación de inseguridad general entre los economistas: la crisis científica y la proliferación de teorías ha llevado a un vacío que pocos economistas logran soportar. Es aquí donde los monetaristas encuentran campo abierto y fértil, sobre todo entre las jóvenes generaciones de estudiantes. La situación es similar al vacío dejado en la historia por las grandes religiones: el hombre emprende la “huida” a la droga, el sexo, el nihilismo, la criminalidad, etc., en una palabra: la moda sustituye a la “auténtico”. Esta podía ser una explicación.

(234) De la falsa pero útil creencia en la objetividad de la ciencia económica la gran mayoría de economistas deriva efectivamente la noción de que la economía es una técnica, un instrumental eficiente —no importando el sistema social de que se trate, ni la estructura social del país en cuestión— para “resolver” los problemas económicos. De ahí se deriva una máxima muy común entre los economistas (—burócratas) de nuestros países: “Los economistas planteamos las alternativas, los políticos deciden cual de ellas se adopta”. Esto cumple con dos funciones. Por un lado, los asesores económicos “se lavan las manos”, en la medida en que son “técnicos” (no hay “compromiso”), lo que les permite sobrevivir a los diversos gobiernos (este fenómeno, sin embargo, es más común en el Perú que en Chile). Por otro lado, tal creencia hace aparecer a la ciencia económica como “instrumento” (neutral) para alcanzar el “bien común”, a la par que favorece realmente a ciertas fracciones de clase.

I

Nosotros hemos preferido tomar otra ruta, a partir de un ambicioso marco teórico. La perspectiva planteada nos permite explicar la "racionalidad" de políticas económicas específicas en América Latina, concretamente la "moda" actual del monetarismo.

En la parte I se planteó la crítica —a partir de un enfoque específico de la Teoría de la Ciencia— de la concepción *monetarista* de la economía. El cuestionamiento se centró en los trabajos de la Escuela de Chicago, por considerar que representa en su forma más pura y coherente la concepción de aquella vertiente de la ciencia económica. El trabajo plantea así, las deficiencias de su teoría (y política) económica, de su teoría de la ciencia y de su filosofía política y social. (235)

Aparte de los comentarios críticos convencionales de los monetaristas y sus adherentes, a esos trabajos se les plantea una crítica que me parece fundamental: si el enfoque monetarista fuera realmente tan deficiente, se argumenta, no se aplicarían —en más y más países latinoamericanos— sus recetas de política económica, ni se llamaría con tanta insistencia a sus defensores para formar parte de los equipos "estabilizadores" en Ministerios de Economía y Bancos Centrales. Específicamente, se indica que los monetaristas —sobre todo exalumnos de Chicago— no sólo dirigen la política económica en Chile, sino que lo hacen también, en la Argentina, Brasil, Uruguay y Panamá, por nombrar algunos.

Respondamos brevemente a este cuestionamiento, sin rebatir su punto de partida e incluso generalizándolo a partir de un pronóstico: *el recetario monetarista será aplicado crecientemente en América Latina en lo que queda de este siglo*. En este sentido, se han revisado aquí las condiciones que, en América Latina, exigen (y dan vigencia) al enfoque monetarista para resolver los problemas fundamentales de las economías de capitalismo periférico.

(235) Escogimos esa ruta de crítica por considerar que —si bien necesaria— la forma convencional de hacerlo, se centra exclusivamente en las nefastas consecuencias económicas, sociales y políticas que implica la aplicación del recetario monetarista, con lo que se queda en lo anecdótico

De las muchas escuelas de economía que coexisten actualmente en el panorama de la ciencia económica contemporánea, una sola defiende aún el liberalismo económico –en su forma más convencional– como filosofía básica para llevar a cabo el desarrollo de las economías capitalistas: el “monetarismo”, tal como viene siendo defendido y aplicado en América Latina por la escuela de economía de Chicago y por el Fondo Monetario Internacional.

Podría arguirse que es superficial (e incluso erróneo) concebir en una línea de pensamiento y acción a Milton Friedman y el FMI. Es evidente que hay divergencias entre ambos enfoques, pero que se reducen a aspectos técnicos (236), ya que en lo fundamental sus concepciones son idénticas: el neomonetarismo, el neoliberalismo y el neopositivismo que defienden es uno y el mismo.

Postulamos que la “moda” actual del monetarismo en América Latina es reflejo de las crisis económicas (y políticas) que sufre gran parte de países del continente. Toda crisis requiere, para salir de ella sin cuestionar la racionalidad del capitalismo, la reimposición autoritaria del “reinado de la fuerzas del mercado”. Este principio vale para cada una de las formas y *condiciones* en que se adopta medidas de corte monetarista en América Latina, si bien su vigencia, consecuencias, fracciones sociales favorecidas y el grado de represión política aplicado dependen de la modalidad de acumulación vigente y de la dinámica sociopolítica en curso, es decir, básicamente del desarrollo de las fuerzas productivas.

II

En el caso del modelo de desarrollo hacia afuera tenemos una vigencia “natural” del *monetarismo sin monetaristas*, siendo expresión incuestionada de los grupos exportadores. Sólo a medida que surgen fuerzas sociales que cuestionan el modelo se deben hacer

(236) Véase, por ejemplo, el cuestionamiento que Sjaastad (1976) hace de las concepciones del FMI respecto a sus recomendaciones en relación a las alzas de los precios por parte de la OPEP.

concesiones que llevan a las “impurezas” de la política económica liberal.

En todo caso, durante la vigencia de esta modalidad de acumulación no se requiere al monetarismo como instrumental (técnico y teórico) y/o como bagaje ideológico, ya que la política económica se establece de manera “natural”, dada la dinámica e intereses de las fracciones sociales exportadoras.

Repasando las políticas económicas ortodoxas aplicadas en América Latina durante los últimos veinte años, veremos que han sido adoptadas en diversos momentos en cada país y en las economías más disímiles y que, en cada caso, venían acompañadas de gobiernos militares. Unos duraron un par de años, otros tienen una larga vigencia. ¿Cómo explicar coherentemente estas diversas situaciones?

A medida que en América Latina se pasa al “modelo de desarrollo hacia adentro”, se desarrollan las capas medias y los sectores obreros, los que van participando más y más en la actividad política y económica. En períodos de auge económico, esta tendencia lleva a la adopción de medidas de política económica que deben considerar siempre sus intereses (sobre todo por parte de los gobiernos populistas), con lo que se “distorsionan las leyes del mercado”, como se ha visto: “crean conflictos directos entre las preferencias populares y los criterios de eficiencia” (Sheahan, 1978, p. 12). “En muchos casos (...) el grado extremo de distorsiones introducidas por tales políticas malogró las posibilidades de crecimiento económico y agravó directamente el conflicto grupal. La evidencia de tales costos llevó a un énfasis opuesto, de retorno a “criterios de eficiencia”, en orden a liberar las limitaciones al crecimiento. El buen sentido de tal cambio en términos de las posibilidades para el crecimiento debería ser evidente, pero la reversión *llevó a un conflicto directo entre la política económica y las preferencias de los principales grupos*, tanto obreros como industriales, los mejor dotados para ejercer oposición política” (ibid., pp. 13–14). De ahí que, generalmente, el regreso a la dinámica “libre” del mercado requirió de drástica represión política (y económica).

Desde fines de la segunda guerra mundial se han ido aplicando políticas de estabilización “monetarias” en América Latina, con intervención directa o indirecta del FMI, cuya “plantilla” de medidas de política económica anticrisis ha sido aplicada al pie de la letra en más y más países. Los gobiernos de turno, al momento de la explosión de la crisis, eran sustituidos al poco tiempo de aplicarse tales medidas o inmediatamente antes de su adopción (Skidmore, 1977). A medida que procede el desarrollo de las fuerzas productivas en América Latina las tendencias autoritarias de los regímenes de turno van creciendo en haras de hacer cumplir tales medidas de política económica. Sin embargo, y ésto es lo que hay que distinguir, se dan tres casos muy claros en cuanto a la *duración* y las *condicionantes* de las políticas económicas ortodoxas.

El primer caso se da por un *breve* lapso, mientras la economía se recupera de la crisis, durante la vigencia del modelo de “sustitución de importaciones”. A medida que la economía vuelve a dinamizarse —por lo general por la expansión de las exportaciones— se va aplicando más y más la política económica intervencionista. (237)

En las fases de auge eran llamados a asesorar a los gobiernos los estructuralistas y en las de crisis los monetaristas, lo que confirma el carácter parcial de los enfoques de los contendientes, teniendo “razón” los unos en períodos de “boom” y los otros en períodos de “crisis”.

El segundo caso corresponde a la situación de *transición* entre el “agotamiento” de la sustitución de importaciones y la instauración del modelo de sustitución de exportaciones (desarrollo asociado). En este caso, la vigencia de la política económica monetarista viene asegurada por el estado burocrático autoritario. Así pues, dados el avance del movimiento obrero y la necesidad de divisas, la política económica anticrisis debe venir acompañada de un régimen autoritario que garantice la implementación de las medidas y la permanencia del proyecto, con el objeto de atraer el ca-

(237) Las discusiones entre monetaristas y estructuralistas que tuvieron vigencia precisamente en ese período, alcanzando su apogeo hacia 1963 con la “controversia de Río de Janeiro” (Baer y Kerstenetzky, 1964).

pital extranjero. Condición fundamental para esto último es extirpar el desafío de las clases populares.

Todo ello requiere de tiempo como señala O'Donnell: "Tiempo para reducir la activación política popular y la autonomía de las organizaciones del sector popular; tiempo para demostrar su capacidad para enfrentarse o demoler cualquier desafío que pueda aparecer; y tiempo para demostrar la seriedad de sus intenciones en asuntos socioeconómicos al capital internacional" (1978, p. 16). Corresponde esta situación a los casos brasileño desde 1964 y argentino a partir de 1976.

Lo anterior implica la adopción de políticas "racionales" y "atractivas" que contraen un alto costo social y la pérdida de aliados internos. "Esto explica porqué los primeros años del estado burocrático-autoritario son el período de los económicamente 'ortodoxos' —Campos y Bulhoes, Krieger Vasena y el 'equipo de Chicago'. No es casualidad que ellos provengan de los sectores más internacionalizados de la coalición que apoyó la aparición del estado burocrático-autoritario. Ellos son técnicos de prestigio cuya formación profesional ha sido mezclada con experiencia considerable en los foros y corporaciones del capitalismo mundial. Ellos conocen las reglas de juego, creen en su racionalidad y no las encuentran antagónicas con el interés nacional abstracto que ellos también desean servir" (O' Donnell, 1978; 17).

Finalmente se da el caso de las economías que, a pesar de tener un elevado grado de desarrollo del movimiento obrero, sus mercados internos no son lo suficientemente amplios como para poder intentar —a gran escala— un modelo de exportaciones industriales. En estas economías la política económica monetarista cumple con la función de "reprimarizar" la economía. Este regreso al "modelo primario exportador" (en una fase superior de desarrollo) requiere necesariamente también de un estado autoritario, de caracteres distintos a los de corte burocrático, similar al del caso 1. La permanencia de estos regímenes y de la política monetarista que los acompaña debe ser más duradera, porque no sólo debe cumplir la función de "reinstaurar las fuerzas de mercado" (como en el primer caso), sino que debe "reestructurar" la economía y la so-

ciudad (caso de Chile) reduciendo el rol del Estado y del movimiento obrero en la economía.

En resumen, en cada una de estas situaciones, las políticas monetaristas requieren la implantación más o menos larga –dependiendo de la situación estructural– de un régimen autoritario. Con ello, el recetario monetarista es el vehículo que viabiliza el regreso a las “fuerzas de mercado” en las economías de capitalismo periférico y, con ello, a la recuperación de la tasa de ganancia de los sectores internacionalizados de la economía. (238)

(238) Consúltense al respecto los trabajos de Chossudovsky (1975, 1975 a), Harnecker (1975), Gunder Frank y Letelier en Schuldt (1977), Quijano (1978) y Valenzuela (1976)

BIBLIOGRAFIA

- ABALO, Carlos (1976), "El derrumbe del peronismo y la política económica del gobierno militar", en: *Nueva Sociedad*, No. 27, noviembre-diciembre; pp. 85-98.
- ABALO, Carlos (1978), "Sistematización de los problemas actuales del subdesarrollo", en: *Comercio Exterior*, vol. 28(1), enero.
- ALBERT, Hans (1968), *Traktat über Kritische Vernunft*, Tubinga, J.C.B. Mohr.
- ALCHIAN, A.A. y W.R. Allen (1968), *University Economics*, California, Belmont.
- AMIN, Samir (1974), "Zur Theorie von Akkumulation und Entwicklung in der gegenwärtigen Weltgesellschaft", en: Dieter Senghaas (ed.), *Peripherer Kapitalismus*, Frankfurt, Suhrkamp; pp. 71-97. Original en: *Tiers Monde*, vol. 13, No. 52, 1972.
- ANDERSEN, Leonall C. y Jerry L. Jordan (1968), "Monetary and Fiscal Actions: a test of their relative importance in economic stabilization", *Review of the Federal Reserve Bank of St. Louis*, vol. 50, noviembre; pp. 11-24. Reimpreso en Kalmbach (1973: 217-253).
- ANDERSEN, Leonall y Keith Carlson (1970), "A Monetarist Model of Economic Stabilization", en: *Review of the Federal Reserve Bank of St. Louis*, vol. 52 (4), abril; pp. 7-25.
- ARANCIBIA, A. (1978), "1973-1978: La vía chilena a la pauperización y a la dependencia", en: *Economía de América Latina*, vol. I (1), setiembre; México.
- BANCO DE CHILE (1981), *170 Memoria*, Santiago.
- BANCO MUNDIAL (1980), *World Development Report 1980*, Washington, D.C., The World Bank, agosto.
- BAER, Werner e Isaac Kerstenetzky (1964), eds., *Inflation and Growth in Latin America*, Homewood, Ill., Irwin.
- BARAN, Paul A. (1957), *La Economía Política del Crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BAY, Christian (1961), *La Estructura de la Libertad*, Madrid, Tecnos.
- BENETTI Carlo (1974), *La Acumulación en los Países Capitalistas Subdesarrollados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

- BERGER, H. (1974), *Untersuchungsmethode und soziale Wirklichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp.
- BERNAL, J.D. (1970), *Wissenschaft*, Reinbek B. Hamburg, Rowohlt, vol. IV (versión original en inglés: *Science in History*).
- BIEDMAN, Patricio (1970), "Ciencia y Racionalidad Capitalista", en: *Cuadernos de la Realidad Nacional*, No. 5, setiembre.
- BITAR, Sergio, ed. (1980), *Chile: liberalismo económico y dictadura política*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- BLAUG, Marc (1975), *The Cambridge Revolution: Success or Failure*, Nueva York, Hobart.
- BOLOÑA, Carlos (1976), *La aplicación de un modelo econométrico a la economía peruana: un ejercicio metodológico*, Lima Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, Documento de Trabajo No. 3; setiembre.
- BRAINARD, W.C. y R.N. Cooper (1975), "Empirical Monetary Macroeconomics: What Have We learned in the last 25 years", en: *American Economic Review*, vol. 65 (2), mayo; pp. 167-175.
- BRAUN, Oscar, ed. (1973), *Teoría del Capital y la Distribución*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- BRAUN, Oscar y M. Joy (1968), "A model of economic stagnation – A case study of the Argentine economy", en: *The Economic Journal*, vol. 78, No. 312, diciembre.
- BRAY, Jeremy (1977), "The Logic of Scientific Method in Economics", en: *Journal of Economic Studies*, vol. 4, No. 1, mayo; pp. 1-28.
- BRIONES, Alvaro (1976), "América Latina: crisis económica y fascismo dependiente", en: *Comercio Exterior*, vol. 26 (8), agosto; pp. 927-33.
- BRODESOHN, Mario S. (1973), "Sobre Modernización y Autoritarismo, y el estancamiento inflacionario argentino", en: *Desarrollo Económico*, vol. 13, No. 51, octubre-diciembre; pp. 591-605. Respuesta de O'Donnell, *ibid.*, pp. 606-12.
- BRUNHOFF, Suzanne de (1973), *Política Monetaria*, México, Siglo XXI, 1974.
- BRUNNER, Karl (1968), "The Role of Money and Monetary Policy", en: *Review of the Federal Reserve Bank of St. Louis*, vol. 50 (7), julio; pp. 8-24.

BRUNNER, Karl (1970), "The 'Monetarist Revolution' in Monetary Theory", en: *Weltwirtschaftliches Archiv*, vol. 105 (1), pp. 1-29. Reimpreso en Kalmbach (1973: 70-103).

BRUNNER, Karl (1971), "The Monetarist View of Keynesian Ideas", en: *Lloyds Bank Review*, No. 102, octubre; pp. 35-49.

BRUNNER, Karl y A.H. Meltzer (1963), "The Place of Financial Intermediaries in the Transmission of Monetary Policy", en: *American Economic Review*, Papers and Proceedings, vol. 53; pp. 372 ss.

BRUNNER, Karl y A.H. Meltzer (1964), "Some Further investigations of Demand and Supply Functions for Money", en: *Journal of Finance*, vol. 19, mayo; pp. 240-83.

BRUNNER, Karl y A.H. Meltzer (1971), "The Uses for Money: Money in the Theory of an Exchange Economy" en: *American Economic Review*, vol. 76; pp. 784-807.

BRUNNER, Karl y A.H. Meltzer (1972), "Friedman's Monetary Theory", en: *Journal of Political Economy*, vol. 80; pp. 837-63. Reimpreso en Gordon (1974: 63-76).

BRUNNER, Karl y A.H. Meltzer (1972a), "Money, Debt and Economic Activity", en: *Journal of Political Economy*, vol. 80 (5), setiembre-octubre; pp. 951-77.

BURGER, Albert E. (1971), *The Money Supply Process*, Belmont, California, Wadsworth.

CANITROT, Adolfo (1975), "La experiencia populista de redistribución de ingresos", en: *Desarrollo Económico*, vol. XV, No. 59, octubre-diciembre; pp. 331-51.

CARAVEDO, Baltazar (1974), "Conflictos interburgueses durante el ochenio de Odría", Lima, Universidad Católica, Departamento de Ciencias Sociales.

CARAVEDO, Baltazar (1976), *Burguesía e Industria en el Perú, 1933-1945*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

CARAVEDO, Baltazar (1978), *Desarrollo Desigual y Lucha Política en el Perú, 1948-1956*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

CARDOSO, Fernando H. (1971), *Ideología de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, México, Siglo XXI.

CARDOSO, Fernando H. (1974), "Las contradicciones del Desarrollo Asociado", en: *Desarrollo Económico*, vol. 14, No. 53, abril-junio.

CARDOSO, Fernando H. (1981), "¿Transición política en América Latina?", en: *Socialismo y Participación*, No. 14; pp. 19-28; Lima.

CARDOSO, Fernando H. y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.

CARDOSO, Fernando H. y Enzo Faletto (1977), "Estado y proceso político en América Latina", en: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39 (2), abril-junio; pp. 357-387.

CARNOY, Martín (1974), *Education as Cultural Imperialism*, Nueva York, David McKay.

CEPAL (1980), *Estudio Económico de América Latina 1979: Chile*, Comisión Económica para América Latina, setiembre.

CAUAS, Jorge (1975), "Entrevista", en: *¿Qué Pasa?*, Santiago, No. 232, 2 de octubre; pp. 10s.

CHOLVIS, Francisco (1974), *La Dependencia Exterior*, Buenos Aires, Cuenca Ediciones.

CHOSSUDOVSKY, Michel (1975a), "Hacia el Nuevo Modelo Económico de Chile – Inflación y Redistribución del Ingreso", en: *El Trimestre Económico*, No. 166.

CHOSSUDOVSKY, Michel (1975), "Chicago Economics, Chilean Style", en: *Monthly Review*, vol. 26, No. 11, abril; pp. 14-17.

CLOWER, Robert W., ed. (1969), *Monetary Theory*, Hamondsworth, Penguin.

CORDERA, Rolando (1975), "Los límites del reformismo: la crisis capitalista en México", en: *Cuadernos Políticos*, No. 2, México.

CORDERA, Rolando (1977), "Las decisiones del poder: notas sobre la coyuntura económica", en: *Comercio Exterior*, vol. 27 (5), mayo; pp. 586-89.

DAHRENDORF, Ralf (1961), "Sozialwissenschaft und Werturteil", en: *Dahrendorf, Gesellschaft und Freiheit*, Munich, Piper.

DAVIDSON, Paul (1972), "A Keynesian View of Friedman's Theoretical Framework for Monetary Analysis", en: *Journal of Political Economy*, vol. 80. Reimpreso en Gordon (1974: 90-110).

- DAVIS, Tom (1965), "Inflation and Growth in Latin America", en *Journal of Political Economy*, pp. 389-97.
- DE PABLO, Juan Carlos (1977), "Comentarios a Ferres", en *Desarrollo Económico*, enero-marzo.
- DIAMAND Marcelo (1973), *Doctrinas Económicas; desarrollo e independencia*, Buenos Aires, Paidós.
- DIAZ-ALEJANDRO, Carlos (1966), *Devaluación de la tasa de cambio en un país semiindustrializado, la experiencia argentina 1955-1961*, Buenos Aires, Instituto di Tella.
- DIAZ-ALEJANDRO, Carlos (1970), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- DIEDERICH, Werner, ed. (1974), *Theorien der Wissenschaftsgeschichte*, Frankfurt, Suhrkamp.
- DIEGUEZ, Héctor (1976), "Capital, Precios y Crecimiento", en: *El Trimestre Económico*, vol. 43 (3), No. 171, julio-setiembre; pp. 707-56.
- DOS SANTOS, Theotonio (1967), *Crisis Económica y Crisis Política en el Brasil*, Santiago, mimeo.
- DOS SANTOS, Theotonio (1970), "The Structure of Dependence", en: *American Economic Review*, vol. 60 (2), mayo; pp. 231-36.
- DRAGISIC, John (1971), *Peruvian Stabilization Policies, 1939-1968*, University of Wisconsin, tesis doctoral (economía), mimeo.
- EICHNER, Alfred S. y J.A. Kregel (1975), "Un Nuevo Paradigma en Economía", en: *Información Comercial Española*, mayo 1976, pp. 95-108. Original: *Journal of Economic Literature*, diciembre 1975.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus (1962), "Bewusstseinsindustrie", en: *Enzensberger, Einzelheiten*, Frankfurt, Suhrkamp, vol. I; pp. 7-15.
- ESHAG, Eprime y R. Thorp (1965), "Economic and social consequences of orthodox economic policies in Argentina in the post-war years", en: *Bulletin of the Oxford Institute of Economics and Statistics*, febrero; pp. 3-43.
- FELS, Rending, ed. (1972), *The Second Crisis of Economic Theory*, American Economic Association, Morristown, General Learning Press.
- FERRER, Aldo (1977), *Crisis y Alternativas de la Política Económica Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica.

FERRER, Aldo (1978), "Crisis y Alternativas de la Política Económica, Una Respuesta.", en: *Desarrollo Económico*, vol. 17, No. 68, enero-marzo; pp. 647-53.

FERRER, Aldo (1981), "El monetarismo en Argentina y Chile", en: *Comercio Exterior*, vol. 31, No. 2, febrero, Parte II; pp. 176-92.

FISHER, Stanley (1975), "Recent Developments in Monetary Theory", en: *American Economic Review*, vol. 65 (2), mayo; pp. 157-166.

FRANK, André G. (1968), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press.

FRANK, André G. (1974), "Carta Abierta de Aniversario a Arnold Harberger", en: *Desarrollo*, Bogotá, Año 8, No. 26, noviembre; pp. 59-67.

FRANK, André G. (1976), "Genocidio Económico en Chile" (Segunda Carta Abierta a Milton Friedman y Arnold Harberger), varias ediciones.

FRANKLIN, Raymond y Michael Tanzer (1968), "Traditional Microeconomic Analysis of Racial Discrimination: A Critical View and Alternative Approach", en *The Industrial and Labor Relations Review*, vol. 21 (3), abril; reimpresso en Mermelstein (1970: 117-129).

FREY, Bruno (1974), "Die Renaissance der Politischen Oekonomie", en: *Schweizerische Zeitschrift für Nationalökonomie und Stabistik*, No. 110; pp. 357-406.

FRIEDMAN, Milton (1953), "La Metodología de la Economía Positiva", en: Friedman, *Ensayos de Economía Positiva*, Madrid, Gredos, 1967; pp. 9-44.

FRIEDMAN, Milton (1956), "The Quantity Theory of Money: A Restatement", en: Friedman, *Studies in the Quantity Theory of Money*, Chicago, Chicago University Press.

FRIEDMAN, Milton (1959), *A Program for Monetary Stability*, Nueva York, Forham University Press. Versión castellana: *Un Programa de Estabilidad Monetaria y Reforma Bancaria*, Bilbao, Deusto, 1962.

FRIEDMAN, Milton (1962a), *Teoría de Precios*, Madrid, Alianza Editorial, 1966.

FRIEDMAN, Milton (1962b), *Capitalismo y Libertad*, Madrid, Rialp, 1966.

FRIEDMAN, Milton (1962c), *A Theory of the Consumption Function*, Princeton, Princeton University Press.

FRIEDMAN, Milton y Anna Schwartz (1963), *A monetary History of the United States, 1767-1960*, Princeton, Princeton University Press.

FRIEDMAN, Milton (1968), "The Role of Monetary Policy", en *American Economic Review*, vol. 58 (1), marzo; pp. 1-17.

FRIEDMAN, Milton (1968a), "Money: Quantity Theory", en *International Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 10, Nueva York, Macmillan y Free Press.

FRIEDMAN, Milton (1968b), *Dollars and Deficits*, Prentice - Hall.

FRIEDMAN, Milton (1970a), "The Counter-Revolution in Monetary Theory", First Wincott Memorial Lecture, Institute of Economic Affairs for the Wincott Foundation, Occasional Paper No. 32, Londres. Reimpreso en Kalmbach (1973: 47ss.).

FRIEDMAN, Milton (1970b), "A Theoretical Framework for monetary analysis", en *Journal of Political Economy*, vol. 78 (2), marzo-abril; pp. 193-238. Reimpreso en Gordon (1974: 1-62).

FRIEDMAN, Milton (1970c), "Comment on Tobin", en: *Quarterly Journal of Economics*, vol. 84, mayo; pp. 318-25.

FRIEDMAN, Milton (1971), "Government Revenue from Inflation", en *Journal of Political Economy*, vol. 79/4, julio-agosto, pp. 846-56.

FRIEDMAN, Milton (1972a), "Comments on the Critics", en *Journal of Political Economy*, vol. 80, pp. 906ss. Reimpreso en Gordon (1974: 132-77).

FRIEDMAN, Milton (1972b), "Have Monetary Policies Failed", en: *American Economic Review*; reimpreso en: Fels (1972).

FRIEDMAN, Milton (1972c), "Criterios para una Política Monetaria", en: *Problemas Económicos Actuales - Política Monetaria versus Política Fiscal*, Barcelona, DOPESA, pp. 141-59.

FRIEDMAN, Milton (1972d), *An Economist's Protest*, Glen Ridge, Thomas Horton y Co. (recopilación de sus artículos del semanario Newsweek, entre 1966-72).

FRIEDMAN, Milton (1976), "Inflation and Unemployment", *Nobel Lecture*, mimeo.

FRIEDMAN, Milton (1976a), "The Line We Dare not cross; The Fragility of Freedom at '60 o/o'", en: *Encounter*, noviembre; pp. 8-14.

FUNDACION FRIEDRICH EBERT (1977), *Chile: Antecedentes sociopolíticos y política de estabilización*, Trabajos de la Sección de Investigación de Países en Desarrollo, No. 44, Bonn; enero, mimeo.

GALBRAITH, John Kenneth (1969), *El Nuevo Estado Industrial*, Barcelona, Ariel.

GALTUNG, Johan (1971), "A Structural Theory of Imperialism", en: *Journal of Peace Research*, vol. 8 (2), pp. 81-118.

GARCIA, Inés, Luis Adrianzén y Virginia Guzmán (1977), *Bibliografía comentada sobre el tema 'Estado y Clases en América Latina'*, Lima, Pontificia Universidad Católica, Departamento de Ciencias Sociales.

GODELIER, Maurice (1966), *Racionalidad e Irracionalidad en la Economía*, México, Siglo XXI, 1967.

GONZALES CASANOVA, Pablo (1971), "Las reformas de estructura en América Latina (su lógica dentro de la economía de mercado)", en: *El Trimestre Económico*, vol. 38 (2), No. 150, abril-junio; pp. 351-88.

GORDON, Linda (1972), "Families and the Oppression of Women", en: R.C. Edwards, M. Reich y T.E. Weisskopf (eds.), *The Capitalist System*, Englewood Cliffs, N.J. Prentice-Hall; pp. 337-341.

GORDON, Robert, ed., (1974), *Milton Friedman's Monetary Framework*, Chicago, The University of Chicago Press.

GORDON, Robert (1975), "The Demand For and the Supply of Inflation", en: *Journal of Law and Economics*, vol. 18, diciembre; pp. 807-36.

GORDON, Robert (1977), "The Theory of Domestic Inflation", en: *American Economic Review*, vol. 67 (1), febrero; pp. 128-34.

GRACIARENA, Jorge (1971), "Estructura de Poder y distribución del ingreso en América Latina", en: *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Vol. II (2), agosto.

GRACIARENA, Jorge (1976a), "Poder y estilos de desarrollo", en: *Revista de la CEPAL*, I (1).

GRACIARENA, Jorge (1976b), "Tipos de concentración del ingreso y estilos políticos en América Latina", en: *Revista de la CEPAL*, I (2); pp. 203-37.

GRAMSCI, Antonio (1972), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.

GURLEY, John G. (1972), "Have Fiscal and Monetary Policies Failed?", en: Fels (1972: 19-23) y en: *American Economic Review*, Papers and Proceedings, vol. 62; pp. 19ss.

HABERMAS, Jürgen (1971), *Theorie und Praxis*, Frankfurt, Suhrkamp.

HABERMAS, Jürgen (1970), *Zur Logik der Sozialwissenschaften*, Frankfurt, Suhrkamp.

HARBERGER, Arnold (1963), "Dynamics of Inflation in Chile", en: C.F. Christ (ed.), *Measurement in Economics*, Stanford, Stanford University Press; pp. 219-50.

HARBERGER, Arnold (1974), "Entrevista", en: *El Mercurio*, edición nacional del 14 de julio (edición internacional: 15-21 de julio).

HARBERGER, Arnold (1976), *Cuatro Momentos de la Economía Chilena*, Santiago, Fundación de Estudios Económicos, BHC.

HARCOURT, G.C. (1972), *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital*, Cambridge, Cambridge University Press.

HARCOURT, G.C. y N. F. Laing, eds. (1971), *Capital and Growth*, Harmondsworth, Perguin.

HARNECKER, Martha (1975), "Chile, la desnacionalización", en: *Economía y Desarrollo*, No. 27, enero-febrero; pp. 93-110.

HEIMANN, Eduard (1963), *Soziale Theorie der Wirtschaftssysteme*, Tübinga, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck).

HICKS, John (1937), "Keynes y los 'Clásicos': una posible reinterpretación". Reimpreso en: M.G. Müller (ed.), *Lecturas de Macroeconomía*, México, Cía. Editorial Continental, 1971; pp. 143-52.

HICKS, John (1967), "The Pure Theory of Portfolio Selection", en: Hicks, *Critical Essays in Monetary Theory*, Osford; pp. 103 ss.

HICKS, John (1975), "What is Wrong with Monetarism?", en: *Lloyds Bank Review*, No. 118, octubre; pp. 1-13.

HICKS, John (1976), "The Little that is Right with Monetarism", en: *Lloyds Bank Review*, No. 121, julio; pp. 16-18.

HIRSCHMAN, Albert O. (1964), *Estudios sobre política económica en América Latina*, Madrid, Aguilar.

HOMANS, George (1958), "Social Behaviour as Exchange", en *American Journal of Sociology*, vol. 62; pp. 597-606.

HORKHEIMER, Max (1937), "Kritische und Traditionelle Theorie", en: Horkheimer, *Kritische Theorie*, Frankfurt, S. Fischer, 1968, vol. II, pp. 137-200

HOROWITZ, I.L., ed. (1967). *The Rise and Fall of Project Camelot*, Cambridge, Mass., The MIT Press.

HUMPHREY, Th. M. (1971-2), "Role of Non-Chicago Economists in the Evolution of the Quantity Theory in America 1930-1950", en: *The Southern Economic Journal*, vol. 38; pp. 12ss.

HUNT, E.K. y Jesse G. Schwartz, ed.s (1972), *A Critique of Economic Theory*, Harmondsworth, Penguin.

HUTCHINSON, T.W. (1938), *The Significance and Basic Postulates of Economic Theory*, Londres, Macmillan.

JARCHOV, H.J. (1973), *Theorie und Politik des Geldes*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, vol. I

JOHNSON, Harry G. (1970), "Monetary Theory and Monetary Policy", en: *Euromoney*, diciembre; pp. 16-20.

JOHNSON, Harry G. (1970a), "Recent Developments in Monetary Theory - A commentary", en David R. Groome y H.G.Johnson (eds.), *Money in Britain, 1959-1969*, Londres; pp. 83-114.

JOHNSON, Harry G. (1971), "The Keynesian Revolution and the Monetarist Counter-Revolution", en: *American Economic Review*, Papers and Proceedings, vol. 61, mayo; pp. 1-14. Reimpreso en Kalmbach (1973: 196-216).

JOHNSON, Harry G. (1971a), *Macroeconomics and Monetary Theory*, Londres.

JOHNSON, Harry G. (1972), *Inflation and the Monetarist Controversy*, Amsterdam.

JOHNSON, Harry G. (1974), "Major Issues in Monetary Economics", en: *Oxford Economic Papers*, vol. 26 (2), julio; pp. 212-25.

JOHNSON, Harry G. (1976), "What is Right with Monetarism", en: *Lloyds Bank Review*, No. 120, abril; pp. 13-17.

- KAHN, Richard (1976), "Inflation - A keynesian view", en: *Scottish Journal of Political Economy*, vol. 33 (1), febrero; pp. 11-16.
- KALDOR, Nicholas (1970), "The New Monetarism", en: *Lloyds Bank Review*, No. 97, julio.
- KALDOR, Nicholas (1972), "The Irrelevance of Equilibrium Economics", en: *Economic Journal*, vol. 82, No. 328, diciembre; pp. 1237-52.
- KALMBACH, Peter, ed. (1973), *Der Neue Monetarismus*, Munich, Nymphenburger Verlag.
- KARECKEN, J. y R.M. Solow (1963), "Lags in Monetary Policy", en: *Comission on Money and Credit, Stabilization Policies*, Englewood Cliffs, pp. 14 ss. Citado por Kalmbach (1973: 36).
- KEYNES, John Maynard (1936), *Teoría de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- KINDLEBERGER, C.P. (1968), "El sistema de desequilibrio en el comercio exterior y los países en desarrollo", en: J. Theberge (ed.), *Economía del Comercio y Desarrollo*, Buenos Aires, Amorrortu; pp. 565-84.
- KLEIN, Lawrence R. (1947), *The Keynesian Revolution*, Nueva York, Macmillan; segunda edición, 1966.
- KLEIN, Lawrence R. (1971), "Empirical Evidence on Fiscal and Monetary Models", en: J.J. Diamond (ed.), *Issues in Fiscal and Monetary Policy: The Eclectic Economist Views the Controversy*, de Paul University; pp. 35-50. Reimpreso en Kalmbach (1973: 243-73).
- KNIGHT, Frank J. (1930), "The Limitations of Scientific Method in Economics", en: R.G. Tugwell (ed.), *The Trend of Economics*, Nueva York, Crofts.
- KOOPMANS, Tjalling. (1957), "The Construction of Economic Knowledge" en: Koopmans, *Three Essays on the State of Economic Science*, Nueva York, McGraw-Hill; pp. 127-66.
- KRÜGER, Lorenz (1974), "Die systematische Bedeutung wissenschaftlicher Revolutionen", en: Diederich (1974: 210-248).
- KUHN, Thomas (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, The University of Chicago Press.

LAFER, Celso (1975), "El sistema político brasileño: algunas consideraciones y perspectivas", en: *Desarrollo Económico*, vol. 14, No. 56, enero-marzo; pp. 461-76.

LAIDLER, David (1969), *The Demand for Money: Theories and Evidence*. Versión castellana: *La Demanda de Dinero: Teoría y Evidencia*, Barcelona, Bosch, 1972.

LAKATOS, Imre (1970), "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes", en: I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, pp. 91-195.

LAKATOS, Imre (1974), "Die Geschichte der Wissenschaft und ihre rationalen Rekonstruktionen", en: Diederich (1974: 55-119).

LAVAGNA, Roberto (1978), "Aldo Ferrer y la Política Económica en la Argentina de Posguerra (II)", en: *Desarrollo Económico*, vol. 17, No. 68, enero-marzo; pp. 654-64.

LEIJONHUFVUD, Axel (1968), *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes*, Nueva York, Oxford University Press.

LETELIER, Orlando (1976), "Economic Freedom's Awful Toll: The 'Chicago Boys' in Chile", en: *Review of Radical Political Economics*, vol. 8 (3); pp. 44-52.

LINDER, Marc (1974), *Der Anti-Samuelson*, Erlangen, Politladen, vol. II.

LITTLE, Ian, Tibor Scitovsky y Maurice Scott (1975), *Industria y Comercio en algunos Países en Desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica.

MACHLUP, Fritz (1955), "The Problem of Verification in Economics", en: *Southern Economic Journal*, vol. 22; pp. 1-21.

MALLON, R. y Juan Sourrouille (1973), *La política económica en una sociedad conflictiva: el caso argentino*. Buenos Aires, Amorrortu.

MALLOY, James M. (1974), "Authoritarianism, Corporatism and Mobilization in Perú", en: *Review of Politics*, vol. 36 (1), enero; pp. 52-84.

MALLOY, James, ed. (1977a), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, University of Pittsburgh Press.

MALLOY, James (1977b), "Autoritarismo y Corporativismo en América Latina", en: *Estudios Andinos*, Año 7, No. 13: pp. 1-18. Versión original en Malloy (1977a: 3-19).

- MANDEL, Ernest (1972), *Der Spätkapitalismus*, Frankfurt, Suhrkamp.
- MARCUSE, Herbert (1964), *El Hombre Unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1968.
- MASTERMAN, Margaret (1970), "The Nature of a Paradigm", en: Lakatos y Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press; pp. 59-89.
- MAYORGA, René Antonio (1974), "Das Scheitern des populistischen Nationalismus in Bolivien", en: H.C.F. Mansilla (ed.), *Probleme des Dritten Weges*, Darmstadt, Luchterhand, pp. 69-123.
- MERMELSTEIN, David, ed. (1970), *Economics - Mainstream Readings and Radical Critiques*, Nueva York, Random House.
- MILLS, L. Wright (1956), *La Elite del Poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.
- MITCHELL, Juliet (1966), "The Situation of Women", en: *The New Left Review*, No. 40, noviembre-diciembre.
- MONZA, Alfredo (1976), "Crecimiento y Demanda", en: *El Trimestre Económico*, No. 169, vol. 43 (1), enero-marzo; pp. 107ss.
- NACLA (1970), North American Congress on Latin America, *Ciencia y Neocolonialismo*, Buenos Aires, Periferia, 1971.
- NACLA (1975), "El Aparato Contrarrevolucionario de los Estados Unidos: La Ofensiva Chilena", en: *Casa de las Américas*, año XVI, No. 92; setiembre-octubre; pp. 3-26.
- NAGEL, Ernest (1963), "Assumptions in Economic Theory", en: *American Economic Review*, mayo; pp. 211-19. Reimpreso en: W. Breit y H.M. Hochman (eds.), *Microeconomía*, México, Interamericana, 1973; pp. 36-41.
- ODEPLAN (1977), *Estrategia Nacional de Desarrollo Económico y Social: Políticas de Largo Plazo*, República de Chile, Presidencia de la República, Oficina de Planificación, Santiago, setiembre.
- O'DONNELL, Guillermo (1972a), "Modernización y golpes militares", en: *Desarrollo Económico*, vol. 12, No. 47, octubre-diciembre.
- O'DONNELL, G. (1972b), *Modernización y Autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós.

O'DONNELL, G. y Delfina Linck (1973), *Dependencia y Autonomía*, Buenos Aires, Amorrortu.

O'DONNELL, G. (1973), *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism, Studies in South American Politics*, University of California Berkeley, Institute of International Studies, Politics of Modernization Series No. 9.

O'DONNELL, G. (1977), "Corporatism and the Question of the State", en: Malloy (1977a: 47-87).

O'DONNELL, G. (1978), "Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State", en: *Latin American Research Review*, vol. 13 (1); pp. 3-38.

PATINKIN, Don (1969), "The Chicago Tradition, The Quantity Theory, and Friedman", en: *Journal of Money, Credit and Banking*, vol. 1 (1), febrero; pp. 46-70.

PATINKIN, Don (1972), "Friedman on the Quantity Theory and Keynesian Economics", en: *Journal of Political Economy*, vol. 80. Reimpreso en Gordon (1974: 111-31).

PENNANO, Guido y Jürgen Schuldt (1977), "Premisas y Antecedentes para la evaluación del Plan Túpac Amaru", en: *Apuntes*, No. 6, Año III; pp. 51-68.

PHELPS, Edmund S., ed. (1970), *Microeconomic Foundations of Employment and Inflation Theory*, Londres, Macmillan.

PHELPS Brown, E.H. (1972), "The Underdevelopment of Economics", en: *The Economic Journal*, vol. 82, No. 325, marzo; pp. 1-10.

PHILIPS, A.W. (1958), "The Relationship between Unemployment and the Ratio of Change of Money Wage Rates in the United Kingdom, 1891-1957", en: *Economica*, noviembre; 283-99.

PINTO, Aníbal (1964), *Chile: Una Economía Difícil*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 156-82.

POPPER, Karl R. (1934), *Logik der Forschung*, Tubinga, J.C. B. Mohr, 1971 (cuarta edición revisada).

POPPER, Karl R. (1962), "Die Logik der Sozialwissenschaften", reimpreso en Theodor W. Adorno y otros, *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, Darmstadt y Neuwied, Luchterhand, 1969; pp. 103-24.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1973), "Clases dominantes y crisis política en la Argentina", en: Braun, op. cit., 1973; pp. 73-118.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1974), "Dominant Classes and Political Crisis in Argentina Today", en: *Latin American Perspectives*, vol. 1, No. 3, Fall; pp. 93-120.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1977), "Economía y política en la crisis argentina", en: *Revista Mexicana de Sociología*, Año 39, No. 2, abril-junio; pp. 531-65.

PORTES, Alejandro (1974), "Modernity and Development: A Critique", en: *Studies in Comparative International Development*, vol. 8, No. 3.

PORTO, Alberto (1975), "Un modelo simple sobre el comportamiento macroeconómico argentino en el corto plazo", en: *Desarrollo Económico*, No. 59, vol. 15, octubre-diciembre; pp. 353-71.

POULANTZAS, Nicos (1969), *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.

POWER, Marilyn (1970), "The Economic Exploitation of Women", en: *The Review of Radical Political Economics*, Vol. 2, No. 1, Spring.

PREBISCH, Raúl (1976), "Crítica al capitalismo periférico", en: *Revista de la CEPAL*, Primer Semestre; pp. 7-73.

QUIJANO, José Manuel (1978), "Uruguay: balance de un modelo friedmaniano", en: *Comercio Exterior*, vol. 28 (2), febrero; pp. 173-86.

RASCHE, Robert H. (1972), "Comments on a Monetarist Approach to Demand Management", en: *Review of the Federal Reserve Bank of St. Louis*, vol. 54 (1), pp. 26-32. Reimpreso en Kalmbach (1973: 164-78).

REDER, Melvin W. (1948), "The Theoretical Problems of a National Wage-Price Policy", en: *Canadian Journal of Economics*, febrero; pp. 46-61.

REYNA, José Luis (1971), "Modelos Causales y Tipo Ideal: Una Estrategia Teórico-Methodológica para la Sociología del Desarrollo Latinoamericano", en: *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 8, No. 20, enero-abril; pp. 7-17.

ROBBINS, Lionel (1935), *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, Macmillan.

ROBINSON, Joan (1962), *Economic Philosophy*, Londres, Watts.

ROBINSON, Joan (1970), "Quantity Theories Old and New", en: *Journal of Money, Credit, and Banking*, noviembre; pp. 504-512. Reimpreso en Kalmbach (1973: 130-141).

ROBINSON, Joan (1975), "The Unimportance of Reswitching", en: *Quarterly Journal of Economics*, vol. 89 (1), febrero; pp.32-39. Con comentarios de Samuelson (pp.40-47), Solow (pp. 48-52) y respuesta de Robinson (pp. 53-55).

ROTHSCHILD, K.W. (1971), "Introduction", en: Rothschild (ed.), *Power in Economics*, Harmondsworth, Penguin; pp. 7-18.

SAMUELSON, Paul A. (1970), "Monetarism Objectively Evaluated", en: Samuelson (ed.), *Readings in Economics*, Nueva York.

SCHNEIDER, Erich (1970), "Automatismen oder Ermessensentscheidungen in der Geldpolitik?", en: *Basler Wirtschaftswissenschaftliche Vorträge*. Reimpreso en: Kalmbach (1973: 179-195).

SCHOTT, F.H. (1959), "Inflation and Stabilization Efforts in Chile, 1953-1958", en: *Inter-American Economic Affairs*, invierno; pp. 3-20.

SCHULDt, Jürgen (1973), "Inflación, Devaluación y Lucha de Grupos Sociales", en: *Apuntes*, Año 1, No. 1; pp. 3-20.

SCHULDt, Jürgen (1975), "Crítica y Alternativas a la Ciencia Económica Dominante: un ensayo bibliográfico", en: *Apuntes*, Año 3, No. 5; pp. 75-97.

SCHULDt, Jürgen (1977), compilador, *Monetarismo y Capitalismo Periférico*, Lima, CIUP.

SCHULDt, Jürgen (1978), "¿Cuesta demasiado el dólar?", en: *Cuadernos de Coyuntura*, Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

SCITOVSKY, Tibor (1972), *Bienestar y Competencia*, Buenos Aires, Amorrortu.

SEERS, Dudley (1962), "Why Visiting Economists Fail", en: *Bulletin*, Institute of Economics and Statistics, mayo.

SHEAHAN, John (1968), "Importaciones, Inversión y Crecimiento - Colombia", en: Gustav Papanek (ed.), *Teoría y Práctica de la Política de Desarrollo*, México, Fondo de la Cultura Económica, 1972; pp. 103-124.

SHEAHAN, John (1978), "Market-oriented Economic Policies and Political Repression in Latin America", *Research Memorandum Series*, No. 10, The Center for Development Economics, Williams College, junio.

SIEBKE, Jürgen y Manfred Willis (1970), "Das Geldangebot in der Bundesrepublik Deutschland", en: *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, vol. 126; pp. 55-74. Reimpreso en: Kalmbach (1973: 274-95).

- SJAASTAD, Larry (1973), "The Problem of Trade Liberalization in Chile", AID, diciembre (mimeo.). Reimpreso en: *Journal of World Trade Law*, vol. 9 (2), Marzo-abril 1975; pp. 160-76.
- SJAASTAD, Larry (1976), "Why Stable Inflation Fail: an essay in political economy", en: Michael Pastrin y George Zis (eds.), *Inflation in the World Economy*, Londres, Unwin; pp. 73-95.
- SKIDMORE, Thomas E. (1977), "Politics and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil", en: Stepan, *op. cit.*, 1973.
- SKIDMORE, Thomas E. (1977), "The Politics of Economic Stabilization in Postwar Latin America", en: Malloy (1977a: 149-190).
- SMITH, Warren L. (1969), "A Neokeynesian View of Monetary Policy", en: *The Federal Reserve Bank of Boston, Conference Series No. 1, Proceedings of the Monetary Conference Held on Nantucket Island, 8-10 de junio*; pp. 105-26. Reimpreso en: Kalmbach (1973: 104-129).
- SPINNER, Helmut F. (1974), *Pluralismus als Erkenntnismodell*, Frankfurt, Suhrkamp.
- STEIN, Jerome (1974), "Unemployment, Inflation, and Monetarism", en: *American Economic Review*, vol. 64(6), diciembre; pp. 876-87.
- STEPAN, Alfred (1978), *State and Society in Peru*, Princeton, Princeton University Press.
- STRAGIER, Jorge (1978), "El mercado de la vivienda en la economía social de mercado", en: *Mensaje*, No. 275, diciembre.
- SUNKEL, Oswaldo (1964), "Comments", en: Baer y Kerstenetzky (eds.), *Inflation and Growth in Latin America*, Homewood, III., Irwin; pp. 423-27.
- TEIGEN, Ronald L. (1971), "Some Observations on Monetarist Analysis", en: *Kredit und Kapital*, vol. 4 (3); pp. 243-260. Reimpreso en: Kalmbach (1973: 142-163).
- TEUBAL, Miguel, ed. (1972), *Crítica a la ciencia económica*, Buenos Aires, Periferia.
- THORP, Rosemary (1967), "Inflation and Orthodox Economic Policy in Perú", en: *Bulletin*, Oxford Institute of Economics and Statistics, agosto; pp. 185-209.

TOBIN, James y W. Brainard (1963), "Financial Intermediaries and the effectiveness of Monetary Controls", en: *American Economic Review*, vol. 33, octubre; pp. 383-84.

TOBIN, James (1965), "Money and Economic Growth", en: *Econometrica*, vol. 33, octubre; pp. 671-84.

TOBIN, James (1965a), "The Monetary Interpretation of History", en: *American Economic Review*, vol. 53, junio; pp. 464-85.

TOBIN, James (1970), "Money and Income: Post Hoc Ergo Propter Hoc?", en: *Quarterly Journal of Economics*, vol. 84 (2), mayo; pp. 301-17. Además respuesta de Friedman (pp. 318-27), y réplica de Tobin (pp. 328-29).

TOBIN, James (1972), "Inflation and Unemployment", en: *American Economic Review*, vol. 62, marzo. Reimpreso en: *El Trimestre Económico*, vol. 39 (4), No. 156, octubre-diciembre.

TOBIN, James (197a), "Friedman's Theoretical Framework", en: *Journal of Political Economy*, vol. 80; pp. 852-63. Reimpreso en Gordon (1974: 77-89).

VALENZUELA, Carlos J. (1976), "El nuevo patrón de acumulación y sus condiciones. El caso chileno: 1973-1976", en: *Comercio Exterior*, vol. 26 (9), setiembre; pp. 1010-1024.

VILLANUEVA, Víctor (1972), "Una interpretación de la inflación argentina", en: *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, mayo.

VILLANUEVA, Javier (1974), *Notas sobre Inflación, Distribución del Ingreso y Comercio Internacional*, Buenos Aires, Coloquio (espp. pp. 27-83).

VON MERING, Otto (1950), "Social Ideals and Economic Theory", en: *Kyklos*, vol. 4; pp. 172-195.

VUSKOVIC, Pedro (1975), "América Latina: La crisis de un patrón de desarrollo y sus consecuencias políticas", en: *Comercio Exterior*, vol. 25 (12), diciembre; pp. 1412-24.

VUSKOVIC, Pedro (1979), "América Latina ante nuevos términos de la división internacional del trabajo", en *Economía de América Latina*, Semestre No. 2, marzo; pp. 15-28.

WALKER, E. Ronald (1943), *From Economic Theory to Policy*, Chicago, University of Chicago Press.

WALL, David, ed. (1972), *Chicago Essays in Economic Development*, Chicago, The University of Chicago Press.

WEEKS, John (1975), "Crisis and Accumulation in the Peruvian Economy, 1967-1975", en: *Review of Radical Political Economists*, vol. 8 (4), noviembre; pp. 56-72.

WEFFORT, Francisco C. (1968), *Classes Populares e Desenvolvimento Social* (Contribuição ao estudo do 'populismo'), Santiago, ILPES.

WORSWICK, G.D.N. (1972), "Is Progress in Economic Science Possible?", en: *Economic Journal*, vol. 82, No. 325, marzo; pp. 73-86.

ZWICK, Burton (1971), "The Adjustment of the Economy to Monetary Changes", en: *Journal of Political Economy*, vol. 79 (1), enero-febrero; pp. 77-96.

ZYLBERBERG, Jacques (1977), "Estado-Corporativismo-Populismo: Contribución a una Sociología Política de América Latina", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, Año VI, No. 18, setiembre-diciembre; pp. 77-115.

AUTOBIOGRAFIA

- 1943 : Nacimiento en Lima, Perú.
- 1949-1959 : Educación Primaria y Secundaria en el Colegio Pestalozzi de Lima.
- 1960-1962 : Bachillerato en Ciencias (Abitur) en la Hermann-Lietz-Schule, Schloss Bieberstein, Fulda, Alemania.
- 1963 : Inicio de estudios en la Facultad de Economía de la Universidad de Hamburgo, Alemania.
- 1964-1967 : Estudios de Administración de Empresas y de Economía en la Universidad del Pacífico, Lima, Perú.
- 1968 : Trabajo con Caritas en el Departamento de Puno.
- Marzo 1969 : Bachiller en Ciencias con mención en Administración y Bachiller en Ciencias con mención en Economía con la tesis "*Mecanismos y Determinantes de la Distribución Funcional del Ingreso Nacional*".
- 1969-1970 : Estudios de Maestría en Economía en El Colegio de México, México D.F. (Beca Lincoln-Juárez).
- 1971-1983 : Profesor del Departamento Académico de Economía e Investigador del Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- 1971 : Licenciado en Economía, Universidad del Pacífico.
- 1973 : Maestro en Economía, El Colegio de México.
- 1973-1974 : Estudios de Doctorado en Economía, Universidad de San Gall, Suiza (Beca de la Fundación Ford).
- 1975-1976 : Jefe del Departamento Académico de Economía, Universidad del Pacífico.
- 1977-1983 : Director del Programa Académico de Economía, Universidad del Pacífico.
- 1981 : Año Sabático otorgado por la Universidad del Pacífico (Beca de la Fundación Ebert) y redacción de la tesis doctoral.